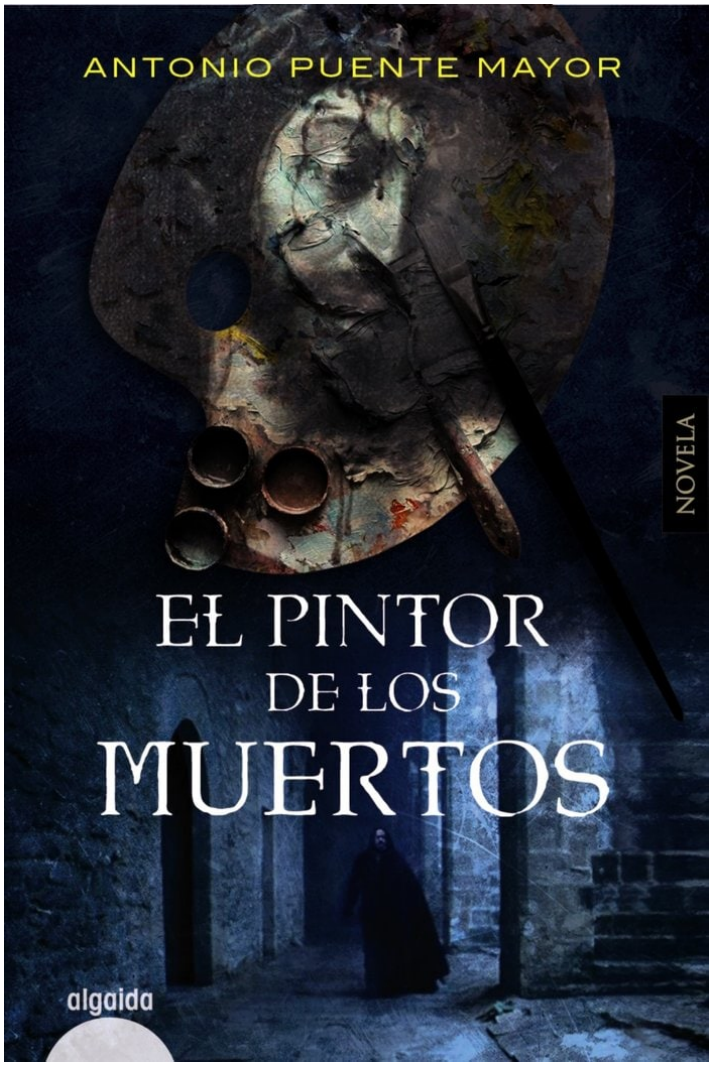
ANTONIO PUENTE MAYOR
NOVELA
EL PINTOR DE LOS MUERTOS
algaida

ANTONIO PUENTE MAYOR

# EL PINTOR DE LOS MUERTOS

algaida

*A mis amigos artistas,*
*con quienes he vuelto a sentir*
*acuarelas en el estómago.*

«Las cuatro postrimerías
son aquellas que llamamos
Muerte, Juicio, Infierno y Gloria
(ten, cristiano, en tu memoria),
desde que al mundo llegamos».

*Las cortes de la muerte*
LOPE DE VEGA

# INTROITO

*Sevilla, 1672*

Cuando el eco de la última campanada resonó en las paredes de la alcoba, los amantes ya se hallaban desnudos y preparados para el asalto.

Sobre el suelo, amontonadas en un rincón, sus ropas ejercían de testigos mudos del encuentro. Apenas unos susurros y unas risas recortadas sirvieron de preámbulo para el primer roce.

Fuera llovía intensamente, y el viento reñía con puertas y ventanas, cuya madera soportaba las embestidas con suficiencia.

Los fríos de enero habían sometido las lindes del Guadalquivir y penetrado por entre la argamasa de la barbacana, tiñendo de gris el rostro de unos sevillanos que, hacía pocas jornadas, gozaban del júbilo que proporcionaban las fiestas de la Epifanía.

Aún no se habían disipado el aroma de la arropía, el estrépito de las castañuelas y el recuerdo de las bullangas, cuando las calles se vieron abocadas a la irrupción de una estación extrañamente impetuosa, que invitaba al recogimiento y la proximidad del hogar, especialmente en los días de menos luz.

—Yace el pobre, yace el rico, yacen infieles y obispos…

—Ignoraba que fueseis poeta.

—¿Cómo yacerán nuestros cuerpos cuando Dios nos llame a juicio?

—Probad este linzuelo.

—Mejor escojo el vuestro.

Tras la pausa, breve y sostenida, como una nota que se diluye en el aire, ambas siluetas reanudaron la monta, cual

corzos en el pico del celo.

La sucesión de besos, caricias y gemidos contribuyó a enardecer un recinto que, hasta ese momento, se había mantenido incólume al éxtasis prolongado. Especialmente el clandestino.

Una vez desposeídas las formas de cualquier tipo de recato, procedieron a fundirse en una sola, alimentando pliegues, saciando huecos e incautando espacios renuentes al deseo.

Desparramada la colcha y con la única compañía del cabezal de anjeo —el cual, situado en la cabecera del lecho, ejercía de árbitro improvisado del lance—, una humedad caliginosa comenzó a aflorar de los intersticios de ambos cuerpos, provocando que la escena adquiriese su tono más lúbrico.

—Cubridme eternamente o ayudadme a bien morir.

—Si la parca se manifestase con vuestra opulencia, sería yo quien se arrojase en sus brazos sin vacilar.

Consumado el encuentro carnal, y tras concederse unos minutos de asueto, ambos contendientes renunciaron al tálamo y caminaron en silencio hacia el ventanal, cuyos vidrios resplandecían salpicados por decenas de gotas.

Fuera, el mundo seguía su curso, con su cotidiana algarabía apenas contraída por el temporal que azotaba campos, edificios y gentes.

La tierra, ya convertida en barro por la acumulación de agua, se ahormaba al paso de los carros tirados por bestias, mientras los aleros —labrados unos, toscos la mayoría— desafiaban a la ventisca desde lo alto de las casas, compitiendo en arrojo con las torres, los cimborrios y las espadañas.

El sol, cuya presencia había estado velada por los negros nubarrones durante el día, dio inicio a su ritual de despedida coincidiendo con la preparación de las vísperas, cuyos rezos iban acompañados de sus preceptivos cánticos en los numerosos templos de la ciudad. De ahí que, pronunciada la última sílaba del responsorio, el piso superior fuese colonizado por los sones del *Benedictus* y el *Magnificat,* entonados por las monjas de un cercano convento.

—¿Tenéis frío?

—No.

—¿Aún deseáis jugar?

—Si os cabe alguna duda, prended ese candil y acercadme la bolsa.

Dispuestos los útiles sobre la mesa, la mano sostuvo el pincel por el mango y, tras impregnarlo de suave pigmento, comenzó a deslizar sus cerdas sobre la superficie nívea.

Con delicada parsimonia, repitió la operación una y otra vez, hasta culminar la faena. Luego se alejó unos cuantos pies, con idea de contemplar su obra desde la distancia.

Finalmente sonrió y apagó la vela.

# 1

En la puerta de la Almenilla, bajo una fina capa de lluvia, un perfil se recortó ante el arco de medio punto y se dirigió entre grandes zancadas al lugar donde había emergido el cadáver. Este se hallaba privado de camisa y alumbrado de insectos, y estaba rodeado por varios curiosos. Entre otros sobresalía el dueño de una de las barcazas que cruzaban a la otra orilla, razón por la que aquel reducto hispalense, cuyo interés residía en acoger el monasterio de San Clemente e intentar frenar el habitual desborde de las aguas del Guadalquivir, había sido rebautizado como Barqueta.

Tras varias jornadas sumergido en lo más profundo del torrente, lo primero que saltaba a la vista era la maceración cutánea del cuerpo, la cual había afectado en mayor medida a las partes gruesas. A consecuencia de ello, la epidermis se exponía arrugada, luciendo un color tan blanquecino que costaba imaginar que alguna vez hubiese fluido sangre bajo ella. Al estar desprovisto de calzado, este detalle podía apreciarse nítidamente en las plantas de los pies, que lucían sucios y desnaturalizados sobre la húmeda arena; si bien eran sus dedos, pequeños y finos, los que presentaban una mayor deformación.

—Manos de lavandera —advirtió el recién llegado, con el tono invariable de quien ha contemplado más de un cuerpo exangüe a lo largo de su existencia.

Sorprendidos por el comentario, parte del grupo se volvió instintivamente para examinarlo, descubriendo a un hombre de mediana estatura, complexión gruesa pero bien hecha, con semblante redondo, ojos vivos y color trigueño, los cuales pasaban desapercibidos ante la magnitud del bigote, cuyas puntas parecían desafiar las leyes de la gravedad, elevándose hacia los pómulos.

Su nombre era Juan de Valdés Leal, y aquella mañana en la que Sevilla había amanecido más desabrida que de costumbre, vestía completamente de oscuro, como parecía corresponder a tan luctuosa escena.

Sin perder un ápice de su tiempo, el artista se abrió paso entre los presentes y, extrayendo sus útiles para el dibujo, comenzó a plasmar las formas de aquellos restos anónimos que, expuestos al frío y la indiferencia, parecían clamar por un sepelio digno.

Bien sabía Valdés que de no ser por la intervención de los hermanos de la Santa Caridad —quienes desde su fundación se ocupaban de inhumar los restos de los ignorados—, aquel triste sería víctima del abandono, como muchos otros que a diario sufrían por la iniquidad de cada rincón de las Españas.

Pese a la reinante neblina y las tenues gotas que se precipitaban sin cesar sobre la cabeza y extremidades del virtuoso, entorpeciéndole la labor, poco a poco, el papel agarbanzado fue revelando aquel rostro inánime, cuya alma parecía pulsar cada trazo y cada línea, buscando con ello, tal vez, trascender su propio destino.

Quién le iba a decir a aquel huérfano de justicia, a quien la vida seguramente había maltratado desde la infancia, que iba a ser retratado nada menos que por Valdés Leal, pintor cuyo nombre corría de boca en boca entre los círculos más aventajados de la ciudad, y a quien se le acumulaban los encargos en los últimos tiempos. Un honor reservado únicamente a ángeles y santos, así como a figuras sacadas de las Escrituras, cuyo protagonismo era a menudo disputado por los mecenas que sufragaban las obras.

Mucho menos podía imaginar que aquellas manos que ahora inmortalizaban sus despojos, tiempo después contribuirían a darle tierra entre humaradas de incienso y susurros de responso, como correspondía a los buenos cristianos. Esa era la diferencia entre morir en Sevilla y hacerlo en cualquier otro lugar del mundo, pues, si la urbe resultaba implacable con muchos de sus hijos mientras estos se hallaban vivos, la piedad mostrada hacia ellos en la hora del trance bien compensaba la falta.

Pese a que la putrefacción apenas era visible en la parte inferior del cuello así como en la superior del tórax, el mal estado del rostro, cuyas cavidades se hallaban dilatadas y albergaban partículas de arena y restos de algas, complicaba en extremo su identificación. Esta era la razón por la que la concurrencia no había pronunciado una palabra desde la llegada de Valdés, aguardando, quizás, su veredicto.

No obstante, el artista continuaba absorto en su tarea, deslizando su mirada por la superficie de los restos —los miembros presentaban un reblandecimiento general en los tejidos, fruto de la estancia prolongada en el medio acuático—, mientras su diestra reproducía los detalles por medio del grafito; técnica que había logrado perfeccionar en Córdoba, ciudad a la que debía gran parte de su prestigio y donde había residido hasta en dos ocasiones. Fue allí donde firmó sus primeros contratos, donde desarrolló las enseñanzas previamente adquiridas junto a su maestro sevillano, Francisco de Herrera el Viejo, y donde conoció el amor. Aunque hubo de ser durante un episodio funesto, el de la peste de 1649, cuando adquiriese una mayor destreza a la hora de representar el perfil de la muerte. Por desgracia, no fueron pocos los vecinos y amigos que sucumbieron en aquellas fechas terribles, parte de ellos en la flor de la vida y dejando atrás hijos y sueños. Algo que a Juan y su flamante esposa, Isabel Martínez de Morales y Carrasquilla, desgarró cruelmente el corazón, aunque no logró hacer lo propio con sus almas.

Tras calcular los riesgos y despedirse del inmueble que hasta ese momento había sido su referente y su refugio, ambos abandonaron la ciudad califal poniendo rumbo a Sevilla, donde pronto hallaron acomodo en la calle de las Boticas, próxima a Omnium Sanctorum, en cuya collación residía la madre del pintor. Más tarde, y a base de esfuerzo y no pocos sacrificios, la pareja se trasladaría a una casa más grande ubicada junto al hospital del Amor de Dios, entre cuyas paredes alumbrarían una familia numerosa y darían forma a sus ilusiones y proyectos.

Y es que, incluso en las labores más tediosas, Isabel tendía la mano a su marido cuando este requería de su ayuda,

llegando a armar bastidores, aparejar e imprimar lienzos, mezclar pigmentos o aplicar policromía sobre distintos soportes, y todo ello sin proferir una queja.

De las terribles escenas presenciadas durante el apocalipsis al que se vio abocada la antigua capital de los omeyas —su hermana hispalense correría peor suerte—, el artista no podía borrar de su cabeza dos detalles relacionados con los óbitos. En primer lugar, la rigidez cadavérica, la cual iba acompañada de un *livor mortis* o coloración rojiza-amoratada de las partes declives del cuerpo, la cual se debía a una acumulación de la sangre en dichas zonas. Y muy especialmente la expresión de horror que reflejaban los rostros, sobre todo los de aquellos pertenecientes a las clases más desfavorecidas, gentes a las que la hora suprema les había alcanzado en la más completa indefensión, y que se aferraban a la vida entre gritos lastimeros y súplicas desconsoladas. Imágenes que ingresaban por las retinas de los espectadores hasta hacerlos zozobrar, y al poco colonizaban las entrañas, provocando el dolor y la náusea. Algo a lo que sin duda contribuía el hedor producido por las heces no contenidas por los esfínteres, así como el sudor y demás secreciones expulsadas por casi todos los orificios del cuerpo.

Por suerte para los presentes, aquel anónimo arrojado por el río y regado por la persistente llovizna aún no desprendía olor, si bien, a medida que transcurriesen las horas, esta cuestión cambiaría radicalmente. De ahí que Valdés Leal aprovechase la presencia de un niño que parecía avispado para pedirle que corriese a dar parte al diputado de entierros de la Santa Caridad. Encargo que el crío asumió con entusiasmo tras recibir una moneda.

# 2

Antes de descalzarse y abandonar la estancia, Angustias permaneció unos minutos sentada y en silencio, observando una grieta que había surgido en la parte superior del tabique. Esta no era grande, y su presencia apenas alteraba el conjunto de la alcoba, por lo general sencilla, donde únicamente sobresalían un arcón de madera dispuesto a los pies de la cama y un jarrón de loza repleto de flores silvestres, que ella misma se ocupaba de recoger en sus escasos paseos extramuros.

Dicha abertura, no más ancha que la crin de un caballo, la movió a recordar a su padre, a quien una leve herida en el muslo, provocada por un apero de labranza, le había arrancado la vida dos años antes. Desde entonces, su existencia y la de sus hermanos no había vuelto a ser la misma. Al quedarse huérfanos —su madre falleció durante el parto de su tercer retoño—, la joven se vio obligada a cuidar de la casa y de los dos críos, mientras su progenitor, un hombre recio pero de espíritu noble, llevaba el pan a la mesa a cambio de quebrarse el lomo de sol a sol.

Apenas había superado la treintena cuando el Omnipotente quiso llevárselo, trayendo la desolación a la familia y condenando a Angustias a realizar trabajos de toda índole para poder subsistir.

El día que lo enterraron, merced a la caridad de la gente del pueblo, y mientras escuchaba a don Fructuoso susurrar una oración en latín, la muchacha hizo un juramento: jamás volvería a pisar una iglesia, ni mirar al cielo, ni rezar.

Si el Dios de sus padres había decidido arrancarlos de su hogar sin contar con su opinión ni la de sus hermanos, no era digno de ocupar sus pensamientos.

Por contra, haría cuanto estuviese en su mano para sacar adelante a los suyos, a riesgo incluso de perder la honra.

Esta lucha desesperada por sobrevivir la llevaría a fregar suelos, remendar ropa e incluso servir comidas en una venta a las afueras del municipio.

Hasta que un señor viudo se cruzó en su camino durante una de sus excursiones ribereñas y le propuso trasladarse a su residencia, ubicada en la collación sevillana de San Lorenzo. A cambio, él pagaría a una vecina del pueblo para que cuidase de los pequeños y les proveyese de todo lo necesario.

En su nuevo destino, Angustias se emplearía dentro de una servidumbre extrañamente escueta para la posición de su amo, y mucho menos para la majestuosidad del edificio, la cual estaba compuesta por un criado mayor que desempeñaba la función de secretario, un cochero, dos lacayos y un portero, completando el servicio cuatro criadas, además de la recién llegada, cuyas funciones estaban relacionadas con el mantenimiento de la vivienda. Ese número impar en el conjunto de féminas parecía explicar por qué la muchacha no compartía habitación con ninguna compañera. O al menos eso caviló al ingresar en el inmueble durante una calurosa tarde de junio. Esa misma noche, al ser visitada de improviso en su cuarto, conocería que aquella circunstancia, lejos de beneficiarla, le acarrearía un sufrimiento terrible.

De ahí que aquella mañana de invierno, en que las cicatrices del alma competían con las del cuerpo, Angustias decidiese dar un paso en firme para huir del infierno en que se había convertido su vida. Antes prefería mendigar que ser objeto de tantas laceraciones en la mente y los huesos.

Por eso, mientras se alzaba de la cama y recogía el hatillo con el que se lanzaría al vacío, apretó los dientes e ignoró el sudor frío que comenzaba a aflorar en su espalda. Dicho paquete incluía un par de candelabros que, con la firmeza que le imprimían los recuerdos de su humillación, se había aventurado a sustraer de uno de los salones. Si todo iba bien, dicha plata le ayudaría a iniciar una nueva vida junto a sus hermanos, a los que pensaba recuperar en cuanto fuese posible.

Sigilosamente, abrió la puerta, salió presurosa a la crujía y, tras volver a cerrarla con celo, comenzó a recorrer los metros

que la separaban del patio porticado, cuyas columnas de mármol rosado enmarcaban la preciosa escalera, de caja cerrada, que tanto le había impresionado el día de su llegada.

No iba a resultar sencillo acostumbrarse a una vida lejos de aquel palacio; ni para bien ni para mal. Y es que, en los tiempos que corrían, comer dos veces al día y tener un techo bajo el que cobijarse, resultaba todo un lujo para las personas de su condición. Máxime con el estigma que ella arrastraba.

Pese a todo, Angustias mantuvo la sangre fría y caminó decidida hacia el portón utilizado por los criados, el cual se ubicaba en la parte trasera de la casa, sabedora de que, a aquellas horas del día, este ya estaría despejado para recibir el pan y otras viandas destinadas a las cocinas. Desde hacía un buen rato, venía rumiando la excusa que daría a su compañera Francisca en caso de que esta la interceptase en su apresurada huida. Desde hacía unos meses, y debido a la pérdida de uno de sus hijos durante la quema de Panamá, le resultaba imposible pegar ojo más de dos horas seguidas. Mientras que el portero y los lacayos, ubicados en la parte oeste de la vivienda, y normalmente ajenos a la actividad de las criadas, no debían suponerle un problema para ejecutar su plan.

Afortunadamente, la muchacha no hubo de recurrir a ninguna farsa, pues una vez superado el patio, desde la crujía que conducía a la despensa solo le restaban diez metros para alcanzar la libertad. Pese a todo, se detuvo unos segundos junto a la pared, para tomar aire, templarse los nervios y calcular el último movimiento.

Cualquiera que hubiese estado a su lado en esos momentos habría escuchado el eco de sus latidos o respirado el aroma de su miedo. No en vano su cuerpo, menudo aunque bien formado, parecía temblar de arriba abajo; al igual que su rostro, ligeramente alargado y salpicado de pecas, donde sobresalían unos bonitos ojos verdes.

Una vez que se hubo calmado y hubo comprobado que nadie la observaba —ya había perdido la cuenta de las veces que había girado el cuello—, Angustias volvió a apretar los dientes, y tras apartarse un par de cabellos negros de la frente, volvió a enderezar el rumbo.

Lo primero que haría al pisar la calle sería cerrar los ojos y abrir las fosas nasales para aspirar el aire con todas sus fuerzas. Luego se dejaría acariciar la piel por la lluvia que, desde el día anterior, empapaba el suelo y las fachadas, para de ese modo sentirse limpia.

Más tarde transitaría por las calles en dirección norte, en busca de los senderos que, allende las murallas, conducían hasta las tierras de Badajoz, zona próxima a Portugal en donde podría ocultarse en caso de necesidad. Dado que la Macarena era el barrio por donde los comerciantes de vino solían ingresar su mercancía, no le resultaría difícil acceder a alguno de ellos para que la subiese en su carro.

Otra opción, quizás más segura, sería buscar el postigo del Cuco, el cual utilizaban los vecinos de Ancha de la Feria para evitar los controles de mercancías de las puertas principales. Este era apenas una grieta, llamada así por las aves que anidaban en su entorno, pero para su objetivo resultaba perfecta.

Todos estos pensamientos, sumados a su deseo incontrolable de comenzar una nueva vida y volver a abrazar a sus hermanos, le hicieron perder la concentración durante un instante, lo que provocó que golpease sin querer una carretilla que se encontraba pegada al muro exterior. Este hecho suscitó que se le congelase la sangre en las venas. Tanto que sintió que le flaqueaban las piernas.

Pese a todo, una voz interior la conminó a armarse de valor y salir de allí cuanto antes, para lo cual volvió a elevar por enésima vez sus ojos por encima del hombro y dio los últimos pasos hasta situarse en la puerta.

Fuera, la temperatura era mucho más baja que en el conjunto del edificio, y los reflejos del agua, que durante la noche había logrado encharcar el paisaje hasta convertirlo en inhóspito, aportaban la única luminosidad a una estampa propia del mes de enero.

Angustias no solía amedrentarse ante la amenaza del frío. Desde que era una niña, y pese a los esfuerzos de su padre, se había acostumbrado a la escasez de leña y cocido, y no habían sido pocos los inviernos en los que había sufrido la tortura de

los sabañones y el rigor de las heladas, especialmente cuando debía sacar agua del pozo o descender hasta el río para lavar la ropa.

Ya había puesto un pie en el exterior —que en su caso equivalía a la mitad de su alma— cuando un grito procedente de las estancias superiores la detuvo en seco.

Era la voz de Francisca, y por el tono y volumen empleados, supo de inmediato que debía regresar.

Rota por dentro, pero consciente de la gravedad de la situación, volvió a ingresar en la despensa y desandar todos sus pasos, no sin antes depositar la bolsa tras una enorme tinaja.

Mientras corría desbocada hacia el patio, Angustias no dejaba de escuchar el eco de la criada, a quien no había visto perder tanto el equilibrio desde que le comunicaron la muerte de su hijo.

Tal era su estado de ansiedad, que no reparó en que, mientras se precipitaba hacia el interior del palacio, se había alzado las ropas más de la cuenta, dejando a la vista parte de su anatomía; detalle que no pasó desapercibido para el secretario, quien, desde una de las ventanas de la galería, la descubrió mientras corría.

# 3

Dispuestas sobre la losa, las partículas de cinabrio se asemejaban a un pequeño volcán a punto de estallar. Sin embargo, en lugar de expeler lava, su contorno rojizo acogió una rociada de aceite de linaza que, tras la acción de la espátula, lo volvió compacto y pastoso. Seguidamente la mezcla fue abatida por la acción de la moleta, cuyos movimientos circulares lograron que esta se fuese esparciendo poco a poco, hasta convertirse en una capa fina y apta para pintar.

—No te hacía aquí tan temprano.

Bajo el dintel de la puerta, Valdés Leal miraba a su pupilo con un gesto de sorpresa.

—¡Maestro! —exclamó el mozo sobresaltado, al tiempo que depositaba la maza en una esquina de la mesa—. ¿No os acordáis? Ayer tarde, vuesa merced me pidió que preparase una nueva remesa de bermellón, para ir rematando los pliegues del manto.

Mientras hablaba, su mano izquierda señalaba un lienzo situado al fondo, donde se representaba el misterio de la Santísima Trinidad, el cual estaba bastante avanzado, únicamente a la espera de introducir un par de elementos ornamentales así como perfeccionar algunos detalles de los ropajes. En el mismo sobresalía la figura de Dios Padre sosteniendo un cetro dorado y cubierto por una capa, a cuya diestra se hallaba su Hijo, el cual miraba al espectador mientras sostenía la cruz de su martirio.

Instintivamente, el pintor dirigió su mirada al cuadro, descubriendo al Espíritu Santo que, en forma de paloma, desplegaba sus alas estableciendo un vínculo entre ambos personajes. Sobre estos se disponían tres de los siete arcángeles mencionados por los teólogos, comenzando por Miguel, jefe de

la milicia celestial y defensor de la Iglesia, y continuando por Uriel, guardián de las puertas del paraíso, y Gabriel, el anunciador. Para completar la escena, el artista había introducido cuatro ángeles niños, quienes se sumaban a un conjunto de querubines que, apenas esbozados, surgían a modo de aureola sobre las cabezas de los protagonistas.

—Cierto es, Manuel. Lo había olvidado —asintió apesadumbrado—. Esta semana tengo que concluir esa obra sin falta. Los duques de Medinaceli desean regalársela a las clarisas de Montilla a primeros de febrero, coincidiendo con la festividad del beato Conrado, y aún tenemos que preparar el marco.

—Me hago cargo, señor. Pero venís empapado, y la señora os tiene dicho…

—Que no salga cuando llueve —lo interrumpió.

—Disculpad mi osadía.

—No yerra al advertírmelo, no. El pasado invierno mis pulmones sufrieron más de la cuenta, y es bueno ser precavido. Pero esta madrugada sentí la necesidad de pasear solo, en busca de inspiración. El nuevo encargo me está provocando delirios…

—¿Os referís al de don Miguel?

—El mismo.

Antes de continuar con su plática, el pintor se despojó del chambergo y el capotillo, depositó los útiles sobre el tablero de roble y se secó la frente. A su alrededor se disponían un sinfín de objetos relacionados con su oficio. Allí un caballete sosteniendo una tabla a medio terminar; más allá dos compases, reglas de granadillo y un tirador de líneas; y en una de las esquinas, apoyado sobre un estante repleto de cajas con colores, un marco con un vidrio para coger perfiles.

—Pero no hablemos más —señaló sin vacilar— y pongámonos a trabajar de inmediato.

—Si me lo permitís, el problema de ese encargo no radica en su complejidad, sino en vos mismo.

—¿Qué quieres decir? —Esta vez el virtuoso se volvió hacia su discípulo enarcando una ceja y urgiéndole a que respondiera.

—Lo que trato de explicaros es que… en esa empresa… vos no estáis solo…

—¿Otra vez, Manuel? ¿Otra vez? —Y mientras pronunciaba estas palabras, Valdés levantó el brazo y lo sostuvo en el aire con cierto ímpetu.

—¡Disculpadme, os lo ruego! —suplicó el muchacho, dando un paso atrás, con la cabeza gacha y el ánimo contrito.

Pero lejos de arremeter contra él, su maestro se mordió el labio inferior y, relajando los músculos, luchó por controlarse.

Luego, tras inclinar el cuello hacia atrás e inspirar profundamente, avanzó hacia donde se encontraba su pupilo y, apoyando las dos manos sobre sus hombros, declaró:

—Soy yo el que debe pedirte disculpas, Manuel. Bien sabes cuánto te aprecio, y por nada del mundo desearía violentarte.

—Lo sé, maestro, pero…

—Déjame terminar, por favor.

Dicho esto, Valdés cerró los ojos por un segundo, y sosegando el gesto, concluyó:

—Mis pleitos con ese hombre hace tiempo que concluyeron. Y dado que el Señor Nuestro Dios ha querido que nos reunamos bajo un mismo techo para dar testimonio de su grandeza, no seré yo quien altere sus planes.

»Además, Bartolomé ya no es el que era. Y yo tampoco.

»Te aseguro que, como hermano de la Santa Caridad, trabajar a su lado en el embellecimiento de nuestra iglesia es un honor y un privilegio.

»Los años me han hecho comprender que nuestras diferencias eran ridículas, y ahora me arrepiento de haberme comportado como un necio.

Tras oír estas palabras, Manuel esbozó una sonrisa de cortesía y volvió a poner su atención en la losa, sabedor de que su maestro llevaba años librando una batalla interna. No resultaba justo entregar treinta años de una vida ejecutando tablas, retablos y lienzos para oratorios privados, iglesias fastuosas y grandes monasterios, y llegar a la conclusión de que, por mucho que se esforzase, por mucho que se dejase el alma en cada proyecto, a los ojos de los clientes siempre estaría a la sombra de Murillo.

Él sabía bien de sus virtudes. De la pasión que ponía en todo cuanto caía en sus manos, de su sensibilidad y sacrificio. Pero también conocía sus peores vicios, los cuales, lejos de perjudicar a otros, siempre hacían mella en su propia persona.

Su altivez, su terquedad y continuos arrebatos no eran sino el reflejo de una enorme inseguridad con la que debía luchar a diario, tratando de aparentar aquello que no era, y rodeándose de seres que no le importaban, pues tan siquiera le mostraban un mínimo aprecio.

¿Qué necesidad tenía el gran Valdés Leal de ser cuestionado, replicado e incluso vilipendiado por su labor al frente de la Academia?

Ninguna.

Pero el hecho de ocupar el sillón principal le había seducido de tal modo que, en contra de la opinión de su esposa y de todos aquellos que le querían bien, puso cuanto estuvo en su mano hasta conseguirlo.

¿La razón? Poder ocupar un puesto al que había renunciado Murillo por no tropezar con su persona, y mostrarse a los sevillanos como príncipe de las bellas artes durante, al menos, cuatro años.

Lo que no imaginaba era la cantidad de disgustos que iba a acarrearle aquel cargo, sobresaliendo los pleitos con oficiales y artistas que acudían a la Casa Lonja para perfeccionar su estilo, y de los que no se libraban ni los espectadores.

Sonado había sido el caso de un italiano que, llegado a Sevilla con intención de empaparse de su luz y su belleza, asistió a algunas sesiones de la Academia en las que participaba su presidente, llegando a atreverse a dibujar ciertas figuras a carboncillo, las cuales fue borrando con miga de pan con gran maestría y habilidad. Este detalle molestó profundamente a Valdés, quien pensó que aquel extranjero pretendía burlarse de la institución, y por tanto de su persona, por lo que le impidió volver a pisarla. Sin embargo, el italiano, lejos de amilanarse, y una vez se hubo alejado del edificio, ejecutó un par de lienzos con esa curiosa técnica, e incluso tuvo la osadía de exponerlos para su venta en un día señalado de la ciudad. Acción que llegó a oídos del artista, quien,

presentándose en el lugar hecho una furia, a punto estuvo de matarlo.

Afortunadamente, el tiempo puso las cosas en su sitio y, tras no pocas porfías y discusiones de similar naturaleza, Valdés Leal cedió el sitio a otro compañero.

Pero sus contradicciones no terminaban ahí, y muchas de ellas afectaban incluso a su medio de vida.

¿Qué le empujaba a aceptar encargos por debajo de su precio, arañando horas a la noche y obligando a su mujer e hijos a emplearse a fondo durante semanas?

Su obsesión por aparentar.

A nadie escapaba que Valdés había alcanzado una posición destacada en los últimos tiempos, fruto, naturalmente, de su esfuerzo al frente del obrador.

Sin embargo, el hecho de acoger a familiares de su esposa, contratar criados e incluso comprar esclavos, mermaba considerablemente su economía, lo que inevitablemente le conducía a firmar contratos por encima de sus posibilidades, lastrando su día a día y condenándole a trabajar sin descanso. Encargos que, en su mayor parte, diferían de los acometidos por Murillo, especialmente en cuanto a presupuesto, pues aquel poseía un caché mucho más elevado tanto en la ciudad como fuera de esta, lo cual le permitía elegir.

Pese a todo, el artista seguía empeñado en representar un papel que no le correspondía, de ahí que parte de su talento se viese desperdiciado en trabajos de poca enjundia, muchos de los cuales no le reportaban apenas beneficio, tan solo la satisfacción de realizarlos en lugar de quien él consideraba su rival.

«Mal compañero os habéis buscado», solía pensar su pupilo cuando, al ver desvelado a su maestro por la mucha acumulación de compromisos, caía en la cuenta de que todo se debía al orgullo.

Quizás porque lo respetaba y admiraba de un modo difícil de explicar aún para un joven de su condición —Manuel, que procedía del municipio toledano de Maqueda, se había quedado huérfano pronto, y tras vivir un tiempo con su tía, había sido abrazado por el pintor siendo apenas un niño—,

quiso creer que aquellas palabras, pronunciadas en la intimidad de su obrador, eran completamente sinceras.

O tal vez era su deseo, inapelable y revestido de esperanza, de que Juan de Valdés Leal, creador fecundo y de poderosa inventiva, fuese capaz de brillar más allá de sus complejos, lo que le movía a asumir su discurso.

De un modo u otro el tiempo, ese juez inapelable que solía enmendar errores y compensar daños, dictaría sentencia más tarde o más temprano.

# 4

No hay cadáver que no enturbie el ánimo de quien lo contempla, pero el de Pietro Bertorelli lo hacía de un modo especial, casi diabólico.

Puede que fuese el estado de su cuerpo, desnudo y retorcido sobre el suelo de mármol, que contrastaba con la sobriedad del conjunto.

O sus ojos abiertos, cuyas pupilas habían logrado retener todo el azul mediterráneo.

E incluso sus manos, contraídas en un gesto de desconcierto, que luchaban por apurar los rescoldos de una existencia llana y a la vez intensa.

Aunque probablemente era una mezcla de todo eso y mucho más, algo que escapaba a la lógica humana y convertía su contemplación en una experiencia impía y profundamente desagradable.

—Que nadie lo toque —ordenó Antonio de Leyva, al tiempo que ingresaba en el aposento con pasos cortos y firmes.

No era el del secretario un perfil alto ni ancho, y mucho menos robusto.

No obstante, su carácter grave, propio de quien ostenta un cargo relevante, movía a cuantos se le cruzaban a respetarle sin fisuras.

—Sí, señor —respondieron al unísono las criadas, quienes habían acudido con presteza tras sentir los gritos de Francisca. Esta se hallaba sentada sobre una banqueta, con el pecho encogido y la piel trémula, sin poder pronunciar palabra a consecuencia de la impresión.

Viendo el estado en que se encontraba, el hombre de confianza de Bertorelli —quien de inmediato se había erigido en dueño de la situación— dispuso que le diesen un vaso de agua, siendo Angustias, que acababa de acceder a la estancia,

quien se ofreció a traérselo. Esta apenas pudo mirar de reojo el cadáver, el cual se hallaba cruzado a los pies de la cama, en una posición de lo más chocante. Si bien no pudo pasar por alto un detalle que, rápidamente, llamó la atención de los presentes.

Leyva se refirió a esta circunstancia en cuanto la joven hubo regresado.

A esas alturas se encontraban ya en la pieza el portero y uno de los lacayos, quienes no daban crédito a lo sucedido.

—¿Alguien sabe qué significa ese símbolo?

Los presentes se miraron entre sí, desconcertados.

—Parece una estrella —se atrevió a insinuar Benito, el más joven de los criados, cuyo pelo ensortijado le hacía destacar entre el resto.

—Gracias —volvió a intervenir Leyva, sin tan siquiera mirarlo—. Pero, más allá de esa obviedad, quisiera saber si a alguno le resulta familiar. Ya veis que no hay restos de sangre, y tampoco marcas de estrangulamiento, y la cabeza está intacta. Si hubiese recibido un golpe se apreciaría a simple vista.

Mientras pronunciaba estas palabras, el secretario se movía alrededor de los restos de quien, hasta la noche anterior, había sido la única razón de que él aún permaneciera en Sevilla. Y es que, tras ver la luz en el Véneto y desempeñar diferentes cargos en la administración italiana, su vida había cambiado por completo al conocer a Pietro Bertorelli. Dedicado a la banca desde su juventud, el genovés había sido su principal valedor, de ahí que no se hubiese separado de su lado durante un largo tiempo. Juntos habían vivido triunfos y fracasos, llegando a cultivar una relación estrecha y de plena confianza. Por eso, cuando el banquero decidió casarse con una hermosa joven de Florencia llamada Elena, Leyva se encargó de organizar las nupcias, concertar el banquete e incluso acompañar al flamante matrimonio a las puertas del lecho. Asimismo viajaría con la pareja al sur de Francia, donde ambos deseaban holgar varias semanas, siendo él quien les sugeriría los mejores planes y les proporcionaría los contactos con las mejores familias de Marsella, lugar donde residirían un tiempo.

Pese al amor que se profesaban Elena y Pietro, el secretario, que no dudó en permanecer soltero, nunca dejó de ser una pieza fundamental en la familia Bertorelli, máxime cuando los años pasaban y la deseada descendencia no terminaba de llegar.

Por más que lo intentó el matrimonio, por más que los mejores galenos estudiaron las posibles causas de la infertilidad de Elena, definitivamente tuvieron que resignarse a no tener hijos, lo cual les causó una tristeza infinita; especialmente a ella, quien llegó a perder las ganas de vivir y a enfermar.

Este fue el motivo por el que el genovés decidió venirse a España en cuanto le surgió una oportunidad, aún a sabiendas de que el país no atravesaba su mejor momento debido al desgaste producido por las guerras. Sin embargo, una semana después de firmarse la paz en Westfalia, y espoleado por el interés de su mujer en conocer otros lugares —y sobre todo cambiar de aires—, la pareja se embarcó rumbo a la península ibérica.

El destino elegido fue Sevilla, la que en tiempos fuese llamada «nueva Roma», por ser la urbe donde uno de los antepasados del banquero había logrado amasar su fortuna. Una ciudad en clara decadencia que, si bien los recibió con sus mejores galas y una deliciosa temperatura de otoño, pronto les golpearía la voluntad con uno de sus episodios más terribles.

No fue fácil sobrevivir a «la muerte negra» en medio de una urbe enloquecida que no sabía ya a qué santo encomendarse, y mucho menos soportar los horrores que, durante los meses en que perecieron la mitad de los sevillanos, ambos hubieron de presenciar.

Desgraciadamente, cuando las aguas volvieron a su cauce —la imponente riada que asoló Sevilla durante la primavera de 1649 fue uno de los desencadenantes del desastre—, Pietro y Elena eran una pareja estable de puertas para afuera pero completamente rota en la intimidad. Algo que fue empeorando con las sucesivas salidas nocturnas de él y la cada vez mayor indiferencia de ella.

Ni la pompa con que embellecieron la casa, ni los ricos

vestidos y joyas traídos de diversos rincones del mundo, ni las fiestas celebradas en su honor, le sirvieron al banquero para reconquistar a su esposa.

Con el paso de los años, sus encuentros fueron cada vez más distantes, tiñendo su hogar de una pátina gris que afectó a la totalidad de la servidumbre y que apenas se vio iluminada por las visitas y agasajos de quienes más estimaban a la pareja.

Quizás por esa razón, la noche en la que Elena cerró los ojos, en toda la plenitud de su belleza, en el palacio Bertorelli no hubo que desplegar un solo velo de luto para anunciar la noticia, pues este se había ido tejiendo día a día, hebra a hebra, sobre la propia fachada, llegando a extender su maldición por toda la collación de San Lorenzo.

Aún así, las campanas doblaron a duelo de un modo particular en la vecina parroquia, las misas se sucedieron durante días, y las muestras de pésame abarcaron varias semanas.

Pasado un tiempo, Pietro decidió regresar a Génova solo y con la excusa de visitar a unos parientes, manteniéndose en el más completo ostracismo durante años, y no haciendo partícipe a su secretario de ninguno de sus movimientos, ni tan siquiera por carta. De hecho, Leyva permaneció en Sevilla atendiendo los negocios de su patrón, no volviendo a cruzarse sus miradas hasta varios años después, cuando, para sorpresa de este y todos los miembros del servicio, Bertorelli se presentó en la casa.

De aquello hacía tan solo dos años y medio, pero desde entonces parecía que la luz hubiese vuelto a iluminar las paredes de las estancias y a colorear las flores de los patios.

A ello contribuyó el hecho de que el banquero contratase a una nueva sirvienta, Angustias, quien había supuesto un enorme alivio para Francisca, pero también un soplo de aire fresco para quienes habitaban el inmueble. La joven no solo era bonita y dispuesta, sino que parecía estar dotada de una energía especial.

Desde entonces, el ánimo de Bertorelli parecía haber mutado por completo, mostrándose incluso más amable y generoso que en sus primeros años, lo cual le llevó a renovar

muebles, adquirir nuevos enseres y organizar cenas con amigos y conocidos de la ciudad.

Una situación de lo más favorable que se vería abortada de manera drástica aquella mañana de enero, cuando su cadáver fue encontrado por sorpresa por la pobre Francisca.

—¿Os encontráis bien? —inquirió preocupado el portero, sacando al secretario de sus pensamientos y devolviéndolo a la realidad, prácticamente de improviso. Aquella digresión en su discurso, algo anormal dentro de su proceder, le había descolocado por completo.

—Sí… Me encuentro perfectamente.

—Entiendo que la muerte del señor os habrá causado una enorme impresión —continuó el sirviente, intentando romper el hielo que, desde hacía unos segundos, parecía haberse instalado en la cámara—. Bueno… al igual que a todos —puntualizó—. A fe que vuesa merced lo apreciaba de un modo especial, y también él os profesaba afecto…

—Mucho —se sumó una de las criadas, con los ojos vidriosos.

Impasible ante las muestras de reconocimiento, el secretario retomó el hilo de la conversación.

—Lo apremiante en estos momentos es saber qué le provocó la muerte y en qué circunstancias. Y para ello será necesaria la colaboración de todos.

—Diga vuesarced qué podemos hacer para ayudar —se apresuró a decir Benito, el lacayo del pelo rizado a quien la visión del cadáver, verdaderamente impactante, le había obligado a permanecer a distancia, protegido tras la espalda del portero.

—Será la justicia quien se encargue. Ya he dado orden para que el alguacil mayor sea informado del asunto, y confío plenamente en su criterio. Sea quien sea el culpable de esta monstruosidad —esta última palabra la deslizó con dureza, buscando la mirada de cada uno de ellos—, lo pagará caro. Lo juro.

Tras un nuevo paréntesis, con el que pretendía serenarse y

suavizar el tono, Leyva volvió a insistir sobre el detalle del símbolo aparecido en el abdomen.

—¿Ninguno ha visto algo similar?

Temiendo que el secretario pudiese enojarse si no obtenía una respuesta, una de las sirvientas más jóvenes, llamada Beatriz, se aventuró a añadir, aunque sin demasiada convicción:

—Hace años, en la vieja judería, vi una estrella parecida a esa, aunque no recuerdo el sitio.

—Eso no es posible —la interrumpió Francisca, con un tono de voz que asombró a la concurrencia.

Como un resorte, todos se volvieron de inmediato para escrutarla.

Tras inspirar fuertemente una bocanada de aire y beber un nuevo sorbo de agua, la veterana, quien parecía recuperarse poco a poco del ataque de nervios, explicó con sorprendente aplomo que el emblema al que se refería la muchacha era la estrella de David, símbolo de los judíos desde la Edad Media, el cual poseía seis puntas; mientras que la imagen hallada en el cuerpo sin vida de Bertorelli poseía cinco.

Antes de que el secretario le preguntase cómo sabía aquello, Francisca se adelantó diciendo:

—Miguel era un libro abierto. Siendo apenas un niño, ya se sabía los nombres de todos los reyes de Castilla.

—¡Ay, pobriño! Dios lo tenga en su gloria —acertó a decir Rafaela, sabedora de que su compañera aún no había superado la muerte de su hijo, y seguidamente se persignó. Un gesto que, inmediatamente, fue secundado por el resto de la servidumbre a excepción de Angustias; detalle que no pasó desapercibido para Leyva.

—¿Y tú? —preguntó el secretario dirigiéndose a ella—. ¿No tienes nada que decir?

La joven levantó los ojos despacio, hasta encontrarse con los de él, y al saberse observada por todos, respondió sin vacilar:

—Yo nada sé de símbolos. Nací y me crié en el campo, y allí las únicas estrellas son las que nos alumbran desde el cielo.

# 5

«Y si como el bienaventurado san Agustín dice en la ciudad de Dios, que los cuerpos de los muertos no se acaban sino se deshacen, llevando cada elemento la porción que le toca, de que están compuestos (…) Pues si en esta división para la grandeza humana, ¿por qué te ensoberbeces, ceniza? Polvo, ¿por qué presumes? ¿Qué locura es esta, que os tiene ciegos en mitad del día?»

Cuando leía en voz alta, Miguel Mañara no se limitaba a pronunciar cada palabra y cada frase con la entonación y las pausas correctas, más bien las paladeaba.

Solo de esta forma, estimaba él, el receptor captaría el mensaje con la atención necesaria, asimilándolo posteriormente y de manera adecuada, tanto en el seso como en el corazón.

Este proceder no se limitaba a sus hermanos de la Santa Caridad, a los que se dirigía con cordialidad y afecto fuesen cuales fuesen las circunstancias, sino que se hacía extensible a allegados, vecinos y gentes con las que compartía pan, alegrías y tristezas.

Pese a que su actitud ante la vida y la muerte se había trocado radicalmente tras el fallecimiento de su esposa, quien ocupase notables cargos en la municipalidad, el Concejo y la Universidad de Mercaderes de Sevilla —amén de ejercer como miembro en las juntas del Consulado y ostentar el título de caballero veinticuatro— no había adquirido esta costumbre durante sus años de formación, sino que había sido su padre, don Tomás Mañara Leca y Colona, quien se lo había inculcado a través del ejemplo. Perteneciente a una familia noble, aunque venida a menos, dicho personaje logró amasar una importante fortuna en el comercio con las Indias, en cuyas tierras pasó su juventud. Ya de vuelta en Sevilla, ocuparía

importantes cargos, contrayendo matrimonio con una joven que le daría diez hijos casi de corrido, aunque ninguno de ellos heredaría su vasta hacienda. Y es que tuvieron que transcurrir alrededor de tres lustros para que viese la luz Miguel, quien, con el tiempo y la pérdida de sus hermanos mayores, se convertiría en el legatario del apellido Mañara.

De natural vivo, entendimiento claro y valor intrépido —pero también impertinente y atolondrado—, el sucesor de don Tomás pronto hubo de asumir que aquella responsabilidad que el destino había depositado sobre sus hombros era incompatible con sus horas frívolas, sus lances y sus pendencias, los cuales corrían de boca en boca para disgusto de su familia.

Y es que su sangre caliente, espíritu altivo y carácter pretencioso chocaban frontalmente con los deseos de sus ascendientes, quienes le inocularon la fe y el sentido del deber ya desde la cuna, lo que le llevaría a padecer profundas crisis de conciencia e incluso protagonizar episodios de reparación, como aquel en que, durante una noche lluviosa, se despojó de su capa y la depositó sobre un charco, por evitar que un sacerdote se mojase los pies.

Este era Miguel Mañara Vicentelo de Leca, un hombre contradictorio cuya despilfarrada juventud dio paso a una conversión tan súbita como sincera.

No en vano, más allá de las cientos de misas que encargó por el alma de su esposa, su retiro de cinco meses en la serranía de Ronda, o el conato de tomar los hábitos religiosos, su ingreso en la corporación de la Santa Caridad, por entonces presidida por don Diego de Mirafuentes, fue la constatación de su auténtico arrepentimiento. Corría el año de 1662, y para su fortuna, la divina providencia acababa de trazarle la senda que debía recorrer hasta el final de sus días.

«Repara, hermano mío, que esto, sin duda, has de pasar, y toda tu compostura ha de ser deshecha en huesos áridos, horribles y espantosos, tanto, que la persona que hoy juzgas más te quiere, sea tu mujer, tu hijo o tu marido, al instante que expires se ha

de asombrar de verte, y a quien hacías compañía has de servir de asombro…».

Concluida la lectura, y mientras depositaba el manuscrito sobre una mesa baja, Mañara carraspeó, y seguidamente buscó la mirada de Valdés Leal, quien permanecía inalterable en su ángulo del sotocoro, aguardando el siguiente movimiento.

—¿Qué os parecen las palabras de san Agustín? ¿No son reveladoras? —El calatravo miró a su interlocutor con la esperanza de que este hubiese captado no ya la esencia de su discurso, sino sus aspectos más prácticos.

—«Los cuerpos de los muertos no se acaban sino se deshacen» —repitió el pintor de memoria, tratando de emular el tono con el que Mañara había pronunciado aquella frase.

Este captó su intención y le correspondió con una sonrisa afable.

—Con esto, vuesarced pretende decir que lo que debiera reflejar mi obra no es tanto el fin como el proceso.

—Bien decís.

—Esencialmente, huesos en descomposición.

—Áridos, horribles y espantosos —completó Mañara, deslizando las eses con intención.

—Ya lo entiendo.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó a continuación, dándole una palmada en el hombro.

No obstante, al ver que el artista respondía a su acción con una mueca fingida, decidió cambiar de táctica, y, tras tomar un ejemplar de la Biblia, le invitó a que lo acompañara.

—Seguidme, os lo ruego.

Una vez hubieron avanzado unos pasos, y tras conquistar el crucero de la espaciosa capilla, el anfitrión se colocó frente a un inmenso cuadro que se hallaba situado en lo alto de una de las paredes laterales.

Nada más elevar la vista, Valdés sintió que se le encogía el alma.

—«Y como fuese muy tarde —comenzó a leer Mañara—, se llegaron a Él sus discípulos y le dijeron: “Este lugar es desierto y la hora es ya pasada; despídelos para que vayan a las granjas y aldeas de la comarca a comprar de comer”. Y Él les

respondió y dijo: “Dadles vosotros de comer”. Y le dijeron: “¿Es que vamos a comprar doscientos denarios de pan para darles de comer?”. Él les contestó: “¿Cuántos panes tenéis? Id a verlo”. Y habiéndolo visto, dicen: “Cinco, y dos peces”».

—Marcos seis, treinta y cuatro, cuarenta y cuatro —señaló el pintor, haciendo gala de una extraordinaria memoria.

—Correcto —concedió Mañara—. ¿Y qué observáis en el lienzo?

—A Jesús tomando los alimentos y dirigiéndose al Padre para multiplicarlos —respondió muy convencido—. Y en un segundo plano a la muchedumbre, que, recortada sobre el paisaje, espera ser alimentada.

—Perfecta descripción.

—Perfecta pintura, sería más apropiado.

—¿Eso pensáis? —le inquirió el hermano mayor, a sabiendas de que no mantenía una buena relación con su autor.

—No habla mi lengua, sino mi discernimiento.

—Pues ahora permitid que sea el mío quien se exprese.

Y tras atusarse la barba y afinar un poco la vista —poseía dos ojos grandes y oscuros, a juego con sus cabellos— continuó:

—Yo veo la traslación de una escena definida al detalle en los Evangelios. San Marcos menciona a una multitud que, como ovejas sin pastor, consigue captar la atención de Cristo Nuestro Señor. Este se compadece de ellos y les enseña muchas cosas. E incluso, llegada la hora del almuerzo, obra un milagro y los alimenta —Dicho lo cual, Mañara hizo una pausa, para seguidamente concluir—: ¿Pensáis que Bartolomé hubo de pasar noches en vela hasta lograr proyectar su obra? Dada su formación cristiana y su dilatada experiencia, dudo que le llevase mucho tiempo esbozarla.

»Sin embargo, lo que yo os reclamo, mi querido Juan, es que tracéis una escena únicamente abrigada en mi mente. Esa que, no lo olvidéis nunca, le fue concedida al más despreciable de los seres. ¿Puede existir encargo más ingrato?

Al oír estas palabras, Valdés Leal confirmó lo que venía rumiando desde hacía tiempo; que aquel hombre, cuya entrega

había atenuado el sufrimiento de los vivos y ennoblecido el reposo de los muertos, bien merecía su implicación y esfuerzo.

# 6

—Registrad la casa.

La orden sonó terminante en la grandiosidad del salón.

Tanto que los uniformados respondieron al unísono, antes incluso de despegar sus labios.

Una vez examinado el cadáver y determinada la causa del deceso —como todos sospechaban, este había sido provocado por la ingesta de veneno—, solo restaba encontrar la huella que les condujese al culpable.

Con el aplomo de un místico y asistido en todo momento por su escribano, el alguacil enviado por el Santo Oficio —el extraño símbolo registrado en el abdomen de la víctima llamó la atención de la Inquisición— interrogó a todos los integrantes del inmueble, incluidos el palafrenero, el cochero y el segundo de los lacayos, quienes desde primera hora de la mañana se encontraban en las caballerizas dando de comer a los équidos.

Pese a que la mayor parte de la servidumbre respondía lacónicamente a las preguntas, tratando de superar el mal trago lo antes posible, dicha tarea le llevó al delegado casi dos horas, tiempo al que hubo que sumar el destinado a la inspección ocular y la entrevista mantenida con el secretario.

Durante largos minutos, Leyva informó de todos los movimientos de su señor, desde las primeras luces del alba —al genovés le gustaba levantarse temprano— hasta la hora de la siesta, dado que el resto de la tarde, así como la totalidad de la noche, las había pasado en su alcoba, de donde no había salido siquiera para cenar.

Este detalle lo corroboró Beatriz, quien se había cruzado con Bertorelli mientras ambos recorrían la galería superior, en torno a las cuatro; y también Francisca, quien, junto a Constanza, otra de las domésticas, se había ocupado de servirle el almuerzo.

Por su parte Angustias estuvo entretenida alimentando la chimenea del comedor, minutos antes de que su señor accediese al mismo, mientras que Rafaela, la quinta de las sirvientas, había hecho lo propio en la pieza donde dormía. Al ser una jornada tan fría, el italiano había dado orden de que las estancias estuviesen bien caldeadas. Posteriormente las jóvenes se emplearon en la costura, mientras que el resto de mujeres fregaron las cocinas, el comedor y el pasillo, y salieron por unos recados.

En cuanto al portero, este declaró que antes de irse a dormir había estado limpiando el apeadero de algunos restos de barro, y entonces le pareció oír el sonido de una puerta cerrándose. Esta se ubicaba en el piso superior y, según su testimonio, tuvo que ocurrir alrededor de las once de la noche, pues justo antes había escuchado tañer las campanas de San Lorenzo. Algo constatado por el cochero y el lacayo, quienes se despidieron de él poco después de esa hora.

Precisamente en un salón anexo al lugar donde el banquero había pasado la mayor parte de la jornada fue donde se llevó a cabo el interrogatorio.

Finalizado este, la acción se desplazó a las otras estancias, comenzando por aquellas ubicadas en el piso superior y continuando por las de la planta baja. Todas fueron registradas de manera minuciosa por los alguaciles, labor que les llevó el resto de la mañana e incluso parte de la tarde.

A sabiendas de que podía meterse en dificultades si alguien descubría el hatillo, Angustias se ofreció a desplazarse a las cocinas para traerles vino y unas viandas a los servidores del Santo Oficio, quienes desde primera hora de la mañana no habían ingerido líquido ni alimento. Esto fue visto como un detalle de cortesía, de ahí que no pusiesen objeción al ofrecimiento.

Tras hacer una reverencia, la muchacha abandonó el flanco norte del palacio, donde se encontraba junto a otros miembros del servicio mientras se realizaba el registro.

Primero anduvo despacio, consciente de que cualquiera

podía vigilar sus pasos —por nada del mundo debía mostrarse nerviosa, o de lo contrario sospecharían de ella—. De este modo recorrió la totalidad de la galería y se dirigió hacia las escaleras, las cuales bajó lentamente, contando cada uno de los peldaños, con idea de sosegarse.

Una vez en la planta baja decidió mantener el ritmo, pues todavía era posible que alguien la distinguiese desde las ventanas superiores.

No obstante, tras acceder a la crujía que conducía a las cocinas, y sabiéndose a salvo de miradas indiscretas, Angustias se recogió las faldas, e inspirando aire profundamente, corrió como alma que lleva al diablo en dirección a la despensa.

Mientras lo hacía, un recuerdo acudió inesperadamente a su mente.

Era de su niñez, y en él aparecía su padre, con la jovialidad que le caracterizaba por aquel entonces. Este se hallaba junto al río, en las afueras del pueblo, y agitaba su mano con energía, invitándola a acompañarlo.

Sin pensarlo, y alentada por su madre, la pequeña corría y corría, sintiendo cómo la hierba le acariciaba los pies descalzos, imaginándose que flotaba.

Una vez alcanzada la meta, y con los rayos de sol iluminándole la cara, Angustias era sostenida en brazos por su progenitor, quien la subía y bajaba como si fuese una pluma, para seguidamente balancearla, con el amor que solo él sabía proporcionarle.

Con esta imagen en la cabeza —reflejo de un tiempo que jamás regresaría— ingresó finalmente en la despensa, y sin perder un segundo, se dirigió al rincón donde se agrupaban los recipientes de aceite.

Pese a ser de día, el recinto se hallaba en penumbra, aunque lo suficientemente iluminado como para dar con aquello que buscaba. De ahí que, haciendo caso omiso al rugido de sus tripas —las cuales comenzaban a agitarse como consecuencia del aroma de los ajos que, a modo de grandes rosarios, colgaban de las vigas de madera—, la sirvienta se precipitara hacia el lugar donde había depositado la bolsa, volviendo instintivamente el rostro hacia la puerta, para confirmar que

nadie la había seguido.

Una vez localizado el objeto, solo hubo de introducir su mano en la parte trasera, para, de este modo, palpar la tela y rescatar el hatillo.

Sin embargo, cuál no sería su sorpresa al comprobar que aquel espacio se encontraba vacío.

«No puede ser», se dijo entre dientes, volviendo a buscar en el mismo punto una y otra vez, con el corazón trotando en el pecho.

Dado que aquello no arrojaba ningún resultado, Angustias inspeccionó todas y cada una de las tinajas, temiendo haberse confundido a consecuencia de los nervios. Pero, por más que buscó y rebuscó, no logró dar con el bulto.

Desesperada, y sintiendo cómo las gotas de sudor comenzaban a desfilar por su pecho, maldijo en voz baja su mala suerte, sin reparar en que la puerta acababa de emitir un leve crujido.

—¿Buscas algo? —escuchó decir a su espalda.

Era la voz de Beatriz, quien, como un sutil espectro, acababa de acceder al recinto.

—Sí —acertó a decir Angustias, para a continuación rematar —: Trataba de localizar unos chorizos que se han caído entre las tinajas.

En efecto, suspendidas de la techumbre, al igual que los ajos y las cebollas, unas ristras de embutidos ponían la nota de color al conjunto de la despensa, de ahí que la respuesta de la criada no sorprendiese a su compañera.

—Espera, que te ayudo a buscar —se ofreció esta—. Poco después de marcharte, don Antonio me pidió que bajase a echarte una mano.

—Deja, deja. Ya me encargo yo —respondió Angustias con sequedad.

Y tras incorporarse completamente, instó a Beatriz a ir a las cocinas para buscar unos vasos—. Coge cinco o seis. Yo me haré cargo de todo lo demás.

Beatriz asintió cortada, aunque, antes de girarse para abandonar la despensa, oyó que su compañera le decía:

—Gracias.

Hora y media después, los alguaciles dieron por concluida su tarea.

La requisa no había dejado sala, sótano o alcoba sin inspeccionar, pero desgraciadamente, y pese a haberla buscado con ahínco, no hallaron rastro de la pintura empleada para trazar la estrella en el cuerpo de Pietro Bertorelli, y mucho menos del veneno que, supuestamente, le había segado la vida.

El jefe de los alguaciles no dio el caso por cerrado y prometió seguir investigando hasta que se hallara el culpable.

—Es doña Elena Caccini, quien fuese la esposa de mi señor.

Fascinado por el rostro que parecía traspasar la tela y aun escudriñarlo, el escribano era incapaz de alejar su mirada del cuadro. Este despuntaba colgado en el salón principal, lugar donde se había dado por finalizada la búsqueda, y en él la protagonista lucía un vestido color turquesa que contrastaba con sus ojos, negrísimos y profundos.

—¿Sabe vuesa merced quién es el autor? —preguntó el funcionario, al verse sorprendido por el secretario.

—La autora —le corrigió Leyva sin dejar de mirar su reloj de bolsillo, un objeto lujoso, obsequio de su señor, con el que le gustaba recrearse. Y antes de que le solicitase más información, añadió con suficiencia—: Fue pintado en Nápoles por Artemisia Gestileschi, cuando mi señora acababa de cumplir los veinticinco años. La artista ya era mayor y solía fatigarse con facilidad, pero al conocer a su modelo y descubrir la admiración que esta le profesaba, aceptó sin pensarlo.

»Aún recuerdo las jornadas en que doña Elena madrugaba para asearse y cepillarse el pelo y, de esta forma, sentirse *la più bella ragazza,* como decía ella, antes de posar durante horas.

»Por entonces todo era goce, felicidad y lujo, y no había bocado, chacota o antojo que no fuese satisfecho por su marido.

Y al decir esto, el escribano percibió un brillo especial en los ojos de Leyva.

—Lástima que los años fuesen marchitándole el ánimo, que no la hermosura.

# 7

Lucas no era un niño rollizo, más bien todo lo contrario.

A diferencia de su padre, que poseía unas carnes generosas ya desde la infancia, él había sido dotado con una constitución estrecha, en la que sobresalían un tronco luengo y unos miembros flacos, los cuales estaban desproporcionados en relación al cuerpo.

Y es que, a sus once años, Lucas se encontraba en pleno desarrollo, siendo poseedor de un rostro afilado aunque amable y unos ojos pardos y almendrados que denotaban perspicacia. Rasgos sin duda heredados de su madre, cuya esbeltez natural la hacía destacar en su familia.

Pese a todo, desde que tenía uso de razón, el único hijo varón de Valdés Leal era dado a picotear entre horas, una costumbre que sacaba de quicio a las criadas y mucho más a sus padres, quienes le reprendían una y otra vez sin fortuna.

Ya fuese de día o de noche, en cuanto sentía la llamada del hambre, el niño acudía raudo a buscar pitanza.

Para colmo no le hacía ascos a nada, y lo mismo despachaba un arenque sobrante de la cena que mordisqueaba rábanos recién traídos de la huerta.

De todos los tramos horarios en que sentía rugir a su estómago —y estos no eran pocos— el peor solía coincidir con el rezo del ángelus, cuando aún restaba tiempo para el almuerzo y el desayuno era una realidad lejana. Sin duda un momento delicado del día, pues la mayor de las veces aquella llamada surgía cuando estaba enfrascado en sus lecciones, siendo la escuela el lugar menos idóneo para saciar el apetito.

¡Cuán duro resultaba advertir cómo el maestro de gramática daba cuenta de unas almendras al rayar el mediodía!

¡Qué larga se le hacía la jornada hasta regresar a casa y sostener la cuchara!

Por esa razón, cuando llegaba la Pascua o cualquier otra festividad señalada del calendario, Lucas aprovechaba las salidas y cualquier receso de los sirvientes para acudir a las cocinas y aprovisionarse de lo que él denominaba «pequeños manjares»: de un pedazo de membrillo a una longaniza, de un gañote a una naranja.

Aunque la mayoría de las veces debía conformarse con frutos secos, los cuales, debido a su pequeño tamaño, podía ocultar más fácilmente entre las ropas.

Esta técnica la había ido depurando con el tiempo.

En sus primeros años solían descubrirlo al poco de realizar la «hazaña», lo que conllevaba la pérdida inmediata del botín.

«No te reprendo porque comas», solía decirle su madre, «sino porque lo hagas a deshoras, y sobre todo a hurtadillas, como si fueses un malhechor».

«Disculpad mi atrevimiento», respondía apesadumbrado, «pero no pude evitar tentar esos higos secos».

O «se me fue la mano al descubrir las torrijas», volvía a justificarse.

Doña Isabel asentía, mostrando siempre su enfado, pero una vez a solas no podía por menos que reírse de las pillerías de su hijo.

En consecuencia, aquella tarde en que el silencio parecía regir los destinos de la casa y la servidumbre se hallaba ocupada en diversos quehaceres, Lucas dejó reposar los libros y, deslizándose como un gamo hacia el interior de la cocina, acertó a dar con un queso que, macerado en vistoso aceite, parecía llamarlo desde una alacena.

No fueron necesarios muchos esfuerzos para lograr su objetivo, bastándole un taburete para elevarse y tomar el tarro, así como una escudilla donde colocar las tajadas.

Una vez finalizada la primera maniobra —Lucas la ejecutó con el mayor de los celos—, el niño cerró el frasco y se dispuso a colocarlo de nuevo en su sitio, no sin antes apoderarse de un pedazo de pan que, desamparado en el fondo de un canasto, parecía llamarlo a gritos.

Depositado este sobre la mesa tocinera, y vuelta la vista nuevamente hacia el aparador, el infante volvió a elevarse sobre el alzapiés, con tan mala fortuna que a punto estuvo de trastabillar y precipitarse al piso. Y es que, de manera imperceptible, unas gotas se habían desprendido del tarro al ir a guardarlo en el mueble, manchando el suelo lo justo para provocar el incidente.

Suerte que Lucas pudo mantener el equilibrio, o de lo contrario el desastre habría sido mayúsculo. Empero, en cuanto hubo colocado el recipiente en su balda, pugnó por limpiar la mancha, utilizando para ello la propia manga de su camisa. Una solución improvisada que le permitiría salir de allí lo antes posible.

Concluida la faena, y temeroso de que alguien lo sorprendiese, Lucas retornó al lugar donde había depositado las viandas, descubriendo con estupor que el pan rescatado del cesto ya no se encontraba en su sitio.

# 8

—¿Deseabais verme? —preguntó Francisca desde la puerta del despacho.

Este se hallaba impoluto, con los estantes libres de polvo, las lámparas lustrosas y la escribanía radiante sobre el tablero de caoba. Tanto, que costaba imaginar que hubiese sido utilizado por criatura viva, pese a que su dueño, el fallecido Pietro Bertorelli, lo frecuentaba de continuo.

Precisamente, uno de los desvelos del banquero había sido el aseo, el cual cuidaba denodadamente, tanto en lo referente a su persona como a aquellas estancias donde solía permanecer más tiempo. De hecho, el día que la sirvienta más veterana accedió a su puesto, su patrón le dejó entrever que, por encima de todo, él valoraba la pulcritud, y así debía hacérselo saber al resto de subordinados.

Por esa razón, cada mañana, la primera tarea de las criadas consistía en limpiar tanto el despacho como su alcoba, faena que no siempre satisfacía a la señora, quien consideraba excesivo el empeño de su marido. Para Elena, educada en una familia noble pero menos estricta, el aseo y la compostura eran importantes, pero no más que la prudencia o la caridad. De ahí que en no pocas ocasiones, y siempre a modo de chanza, la florentina accediese en secreto a la estancia más inviolable de la casa, por alterar el orden de las cosas.

Hoy un libro vuelto del revés, mañana una pluma fuera de su sitio.

Lo suficiente para desnivelar a Pietro y, de este modo, captar toda su atención.

Aún recordaba Francisca el rostro airado del genovés al ver desordenados sus papeles; tanto o más que cuando deseaba lacrar una carta y la barra de cera no se hallaba en el cajón correspondiente.

«¡Vive Dios que en esta casa parecen morar duendes!», gritaba consternado, siendo habitualmente los criados quienes debían cargar con la culpa.

Por fortuna, la mayoría de las veces, la señora les advertía de sus intenciones, llegando incluso a recurrir a un código mediante el cual Francisca, o cualquier otra doméstica previamente adiestrada, debía ponerle en la pista para que acudiese a tal o cual espacio. De este modo Bertorelli se desplazaba hasta el salón de invitados, el vestidor o la alcoba, donde siempre le esperaba su mujer con ademán seductor, ocultando el objeto sustraído en el interior del corpiño, el verdugado o la enagua.

Este curioso pasatiempo fue empleado por la señora durante las primeras semanas de estancia en Sevilla, y su razón de ser no era otra que atraer a su esposo para que le tentase las carnes y así poder yacer con él.

Tal era su deseo de concebir que no había jornada en que el matrimonio no realizase la cópula, ya fuese de día o de noche, sobre las sábanas o en cualquier rincón improvisado del palacio.

Lamentablemente, al no obtener el fruto deseado, y como ya ocurriese en Italia, al cabo de un tiempo Elena perdió el interés, trocando su anhelo en insatisfacción y cayendo en la más absoluta apatía.

—Pasa, Francisca —dispuso Antonio de Leyva, en cuanto hubo levantado la vista del folio.

Pese a hallarse vacante el asiento al otro lado del escritorio, era incapaz de ocuparlo sin la anuencia de Bertorelli, de ahí que se hallase de pie junto a una hermosa esfera armilar que su señor había adquirido en Milán.

Apurado el frugal almuerzo y restituido el orden tras la marcha de los alguaciles, todos los miembros de la casa se habían esforzado en aparentar normalidad pese a la infausta sombra que pendía sobre ellos.

—La razón por la que te he hecho llamar es porque deseo que seas tú quien se haga cargo del velatorio. —El secretario

pronunció la frase de corrido y sin pestañear, y antes de que la criada emitiese sonido, añadió con benevolencia—: No albergo dudas de que el señor así lo habría querido, pues te tenía en gran estima.

—Como ordene vuestra merced.

Satisfecho ante la respuesta, Leyva continuó:

—Dada la pertenencia del señor a la hermandad del Santo Entierro de Cristo, he pensado que lo más apropiado sería amortajarlo con ese hábito. Por eso he enviado a un lacayo a San Laureano, para solicitarles a los hermanos su colaboración.

—Habéis hecho bien.

—En cuanto a las exequias, yo me encargaré de hablar con el párroco. —Y mientras decía esto, depositó el papel sobre el bufete y comenzó a caminar hacia la ventana, con las manos apoyadas en la espalda y la cabeza inclinada—. Dispón lo necesario para celebrar el velorio con la dignidad que merece —añadió taciturno.

—Así se hará, don Antonio.

—Y no escatimes en gastos —se apresuró a decir, volviéndose para mirarla—. Serán muchas y principales las personas que acudan a esta casa en las próximas horas, y no debe faltar de nada.

Al ver que Francisca fruncía el ceño, Leyva caminó unos pasos en silencio, hasta colocarse frente a ella.

—Cierto es que, tras la muerte de la señora, la austeridad se impuso entre estas paredes. Si bien, llegado el momento de la despedida, don Pietro dispuso que se realizase con el mayor de los boatos. De ahí que nosotros debamos honrarle, cuando menos, del mismo modo en que se hizo con su esposa.

Dicho esto, el secretario dio licencia a Francisca para que abandonase la estancia, y esta respondió con cortesía.

Minutos después la mujer se hallaba frente al lacayo Benito, a quien los acontecimientos del día habían crispado los nervios.

—Deja de morderte las uñas y préstame atención —dijo con brusquedad.

El chico levantó la vista del suelo, y apartándose el flequillo de la frente, se dispuso a escuchar lo que Francisca tenía que

decirle.

—¿Ves este papel? En él vienen apuntados todos los recados que has de hacer de aquí hasta que anochezca. No son pocos, y deberás resolverlos con brío, o de lo contrario el señor no tendrá el velatorio que merece. ¿Me has entendido bien, ganapán?

—No me llames así, que ya no tengo diez años —respondió el muchacho, ofendido—. Pronto cumpliré los quince, y a fe que más pronto que tarde hallaré un oficio más elevado que este.

—Ah, ¿sí? —La sirvienta lo miró de arriba abajo, con gesto incrédulo—. ¿Y qué serás, herradero?

—No te burles.

—¿Alarife? ¿Medidor? ¿Sacamuelas…? —Y concluido el repaso comenzó a reírse.

—Algún día te arrepentirás de tus palabras.

—Ya veremos —concedió Francisca con sorna, y seguidamente sentenció—: Pero hasta que llegue ese día, deberás cumplir con las obligaciones de esta casa.

Hora y media más tarde, cuando el sol comenzaba a menguar por las colinas del Aljarafe, Benito regresó de improviso, con la camisa empapada en sudor y el calzón salpicado de barro.

—Aquí está todo —señaló, mientras depositaba un enorme fardo sobre el suelo del apeadero. Francisca le escudriñó el rostro, descubriendo con satisfacción que había cumplido su encargo.

—Ve y cámbiate de ropa, que más pareces rufián que lacayo en casa decente. Si no te conociera y quisiera bien —y esto lo recalcó apretándole la barbilla— diría que acabas de asomar de un apedreadero.

—Yo también te quiero —dijo estampándole un beso, que la criada recibió con no poco contento.

Ya en el piso superior, y cuando se disponía a colocar los hachones sobre los candelabros, Francisca descubrió una nota que asomaba del bulto.

Esta era anónima y venía escrita con buena caligrafía, por lo

que no le resultó difícil descifrarla.

Mientras lo hacía, evocó una vez más a su hijo, quien, alcanzada la mocedad, se había empeñado en que aprendiese a leer, algo que ahora agradecía y de lo que se sentía orgullosa.

Concluida la lectura, la sirvienta se detuvo un momento a pensar.

Fuera, las campanas de San Lorenzo marcaban las siete, y un viento gélido comenzaba a soplar por encima de las azoteas, haciendo temblar las veletas.

Consternada por el mensaje, pero segura de su contenido, Francisca apretó los dientes y caminó decidida en busca del secretario.

Si aquellas letras decían la verdad, el verdugo de su señor podía tener las horas contadas.

# 9

Mientras retornaba a su hogar, Valdés Leal se detuvo un instante frente a la fachada de los Ortiz de Zúñiga, a cuya entrada acababa de llegar una carroza tirada por cuatro caballos. De esta descendieron varios lacayos que, rápidamente, se encargaron de acompañar a su señora hasta el interior del palacio.

La presencia en Sevilla de esta familia de nobles se remontaba al siglo XIII, siendo don Pedro Ortiz uno de los beneficiarios del repartimiento, tras prestar sus servicios al rey Fernando III durante la toma de la ciudad. Uno de sus descendientes, don Alonso, comendador de Azuaga en la Orden de Santiago, emparentaría dos centurias más tarde con los Zúñiga a través de su matrimonio con doña Mencía, nieta del obispo de Jaén Gonzalo de Estúñiga.

Mientras observaba a la dama adentrarse en el edificio, el pintor se preguntó si, tantos años después de su matrimonio, esta continuaría enamorada de su marido.

Amén de descender de una importante familia y de gozar de un título de caballero, don Diego Ortiz de Zúñiga poseía un porte distinguido, así como una elegancia natural en el vestir y en su manera de comportarse que remataba con una exquisita educación y una vasta cultura. Tanta que, hacía pocos meses, había culminado unos anales que, de seguro, se convertirían en un referente dentro de los estudios que sobre Sevilla se habían escrito.

Desde que se instalasen en aquella casa hacía quince años, Valdés no había tenido noticia de riña alguna entre la pareja, ni tan siquiera una discusión por asuntos vanos, chismes que, como era natural entre las familias principales, solían correr como la pólvora en boca de los criados.

Siempre correcta y amable, doña Ana Caballero no era muy

dada a conversar con sus vecinos, salvo en ocasiones especiales como la Navidad o el Corpus, cuando su casa se engalanaba lujosamente y ella, como impecable anfitriona, se convertía en el centro de todas las miradas. No en vano, su irreprochable conducta iba aparejada a una belleza sin igual que la hacía destacar allá donde iba. De piel blanca y cabellos castaños, no era únicamente su rostro ovalado y perfecto el que causaba sensación entre los sevillanos; todo su cuerpo era en sí un paradigma del equilibrio, siendo el busto generoso y la cintura angosta el cenit de su hermosura.

Poco dada a la vida social, doña Ana era en cambio una asidua visitante del hospital del Amor de Dios, el cual se hallaba tan próximo a su vivienda que ella lo consideraba parte de la misma. Rara era la jornada que no cruzaba sus puertas para visitar el dispensario, departir con las monjas o distraer a los acogidos y enfermos, utilizando para tal fin poemas o historietas surgidas de su imaginación.

La razón era que, desde su más tierna infancia, había sentido una gran inclinación por ayudar a los demás, algo que había heredado de su madre, y esta a la vez de la suya. Las tres eran mujeres hermosas y fuertes, a las que ni la enfermedad ni el olor de la sangre atajaban a la hora de volcarse con los más desfavorecidos.

Tal era su devoción hacia los pobres que, durante el tiempo que duró la peste, su padre hubo de dar orden para que no la dejasen salir de casa bajo ningún pretexto. Y es que estaba convencido de que, a la mínima oportunidad, su hija se echaría a la calle para auxiliar al primer desvalido que se le cruzase, pese a tener únicamente diez años.

Era ella una mujer magnánima y servicial, a quien, de no haber sido por su elevado rango y el hecho de que le concertasen un matrimonio al poco de alcanzar la pubertad, le habría gustado profesar como religiosa, únicamente por estar cerca de los enfermos.

En cambio, su marido, cuyos cargos en la corporación municipal solían mantenerlo ocupado la mayor parte del día, era un hombre más reservado.

A sus treinta y cinco años, don Diego Ortiz de Zúñiga no era

amigo de empresas físicas, y mucho menos de salidas nocturnas, siendo notoria su afición por la historia, la literatura y el coleccionismo, especialmente de pintura y objetos antiguos, los cuales solía estudiar e inventariar durante horas en su elegante gabinete, sin atender los cantos de sirena que constantemente le reclamaban fuera. Asimismo era un cofrade devoto, participando activamente de los cultos de las hermandades y manteniendo una estrecha relación con priostes, mayordomos y demás miembros de junta. Por todo ello, y pese a la gran estima que le tenían en la ciudad, solía ser etiquetado de taciturno.

Padres de cuatro hijos y poseedores de una gran fortuna, salvo en contadas ocasiones, ambos esposos solían coincidir en público, y si lo hacían, apenas se dedicaban muestras de cariño. De ahí que Valdés Leal, cuya admiración por doña Ana era considerable, se preguntase si aquella mujer era feliz con don Diego.

Un viento gélido procedente del río comenzó a agitar las ramas altas de los árboles, provocando un tabaleo que sacó al artista de sus pensamientos.

Debían ser casi las nueve de la noche, puesto que las calles, aún cubiertas de charcos, comenzaban a despoblarse poco a poco. Por esta razón decidió acelerar el paso y llegar lo antes posible a su casa.

—¡Padre! —exclamó Eugenia, la segunda de sus hijas, nada más verlo en el zaguán. Por el tono de su voz y la calidez de su abrazo, Valdés intuyó que ocurría algo.

—Mi querida niña.

—Madre no está bien —le espetó, apartándose de él y mirándolo a los ojos turbada.

—¿Qué quieres decir?

—A media tarde tuvo un vahído, y la abuela me pidió que la llevásemos a la alcoba. Entre Polonia y yo la ayudamos a subir y a desvestirse, y después se acostó.

A medida que Eugenia iba articulando palabras, el gesto de Valdés mutaba desde la sorpresa inicial a la preocupación.

—¿Y cómo se encuentra ahora?

—Está muy pálida.

—¡Apurémonos! —la interrumpió su padre, y ambos se precipitaron hacia el interior de la vivienda, cruzando el patio con vigorosas zancadas hasta desembocar en las escaleras, cuyos peldaños fueron abordados por el pintor de dos en dos, sin reparar en que su joven hija se estaba quedando atrás.

Una vez en el piso de arriba, Valdés recorrió el pasillo presuroso, y, conteniendo el aliento, separó ambas hojas de la puerta, descubriendo una estancia sombría, apenas iluminada por una vela.

—¡Isabel!

Esta se encontraba sobre un lecho robusto y bien trabajado, cubierta por una sábana de lino y una abrigada manta, y apoyaba la espalda en dos gruesas almohadas.

De cara ancha y redonda, cejas pobladas y nariz nubia, lo más llamativo de Isabel de Morales eran sus ojos, de un precioso color avellana, que contrastaban con su piel morena, brillante y tersa. Si bien, aquella noche de mediados de enero en que las nubes celaban los cielos de Sevilla, esta se mostraba tan lívida que su marido hubo de esforzarse para reconocerla.

Llevaba el pelo negro recogido con una redecilla, y sus manos, grandes y con unos dedos asombrosamente hábiles, lucían desmadejadas sobre la frisa.

—¿Qué tienes? —acertó a decir él, viendo el triste estado en que se encontraba. Y seguidamente se apoyó sobre la cama y tomó su diestra.

—No lo sé, Juan. Al dar las seis, y mientras atendía a nuestra pequeña, vínome un dolor tan grande en el pecho que me dejó traspuesta. No quise importunar a nadie, por no preocuparlos, y al ver que la punzada menguaba, opté por desdeñarla. Pero tiempo después, cuando me hallaba en la pieza ayudando a las niñas a vestir a sus muñecas, advertí de nuevo el pulso y me dio un desmayo. Antonia y Concepción, al verme, corrieron a avisar a mi madre y…

—Deja, deja —la interrumpió su marido, que ya conocía el resto de la historia—. Eugenia me lo ha contado todo. Ahora debes relajarte y descansar.

Y tras decir esto, estiró el brazo para tocarle la frente. Esta se hallaba más cálida que de costumbre.

—Anoche oí que te levantabas.

—Es la garganta, Juan. Ha varias jornadas que siento picazón, y se me ocurrió bajar a por agua.

—A fe que es un romadizo —señaló muy convencido—. Yo sufrí de no pocos cuando niño, y me daban unas postemas, que ni las medicinas me aprovechaban…

—Cuéstame tragar, en efecto.

—¿No fuiste tú quien me insistió en que no saliese cuando llovía?

—Fue al volver de misa —explicó Isabel con voz queda—. El domingo hacía mucho frío, y dejé olvidada la capa de sayal. Pero no temas, mañana estaré mejor.

—Creo que tienes calentura —apuntó, tras rozarle la frente con los labios—. ¿Quieres que avise a don Eustaquio?

—No ha menester, Juan —balbució ella—. Ve mejor abajo, con nuestras hijas. Ya es hora de cenar, y las pequeñas deben acostarse.

—Mandaré a Polonia a que te suba unas sopas.

—Lo agradezco de corazón, pero no tengo apetito.

—Debes comer, Isabel —dijo tajante Valdés. Y a continuación reparó en que él mismo no había probado bocado desde el desayuno. El encargo de Mañara le mantenía tan absorto que apenas salía del obrador más que para mantener entrevistas con clientes o acudir por la tarde a la Academia. Precisamente, a causa de su bloqueo creativo, hacía dos jornadas que no visitaba la lonja de los mercaderes, y esto le disgustaba sobremanera. Pese a haber renunciado al cargo de presidente hacía unos años, sentía el impulso de codearse con los artistas más jóvenes, a los que gustaba de dar consejos e intercambiar opiniones, por lo que su presencia en el estudio era casi obligada.

—Mañana será otro día —sentenció la mujer, abrochando los párpados lenta y pesadamente, y juntando ambas manos sobre las hebras castellanas.

Su marido prefirió no insistir, y tras desearle buenas noches, dejó prendido el candil y abandonó la alcoba.

Seguidamente, en la planta baja, se dirigió a saludar a su suegra, quien se hallaba sentada en una butaca de nogal, con los brazos cruzados. Antes incluso de que se allegara, la anciana detectó su presencia.

—¿Cómo se encuentra mi hija? —le inquirió sin más preámbulos.

El pintor no respondió al instante, sino que optó por dirigirse a la chimenea y agitar los rescoldos con el atizador. Una vez reavivado el calor, se volvió hacia la mujer y le dijo:

—Está fatigada, y tiene calentura, aunque confío en que será un catarro con un poco de perlesía. Enero es un mes terrible, y raro es el año que no enferma alguien en esta casa.

—¿Estáis seguro? —insistió la mujer, sin mover siquiera un músculo. Esta vez el artista decidió acercarse y colocarse frente a ella.

Desde que padecía ceguera, doña Luisa apenas hablaba, y se pasaba el invierno sentada frente al fuego, y el resto del año en el patio, siempre a la sombra de los soportales. Tan solo sus nietos lograban sacarle una sonrisa; especialmente Antonia, la más pequeña, cuyas ocurrencias la alborotaban tanto que se sentía rejuvenecer.

«Ha salido al abuelo», solía decirse entre dientes, para inmediatamente después evocar a su difunto marido, quien había fallecido al poco de nacer la cría.

Esta vez, la suegra de Valdés decidió insistir, pues algo en su interior le decía que Isabel sufría de algo más grave que un simple enfriamiento.

—Diré a su nieta que me acompañe, para tener vigilada a Isabel toda la noche.

—Luisa no está.

—¿Cómo decís?

—Lo que habéis oído. Esta tarde salió con Leonora a por unos recados, y aún no ha vuelto.

Valdés sintió que la sangre le hervía en las venas.

¿Cómo era posible que su primogénita no estuviese en casa a esas horas?

Esa semana aún no había pisado el obrador —tanto ella como Lucas solían ayudarle con los trabajos—, y cada vez

pasaba menos tiempo con sus hermanas.

¿Le estaba ocultando algo?

# 10

—Es tarde, y a estas horas ya debería estar en casa.

Era la tercera vez que Luisa repetía esta frase. Sin embargo, una fuerza incontrolable la impulsaba a continuar allí, rodeada de azuelas, cepillos y escofinas, útiles con los que la madera se iba transformando, poco a poco y por obra y gracia del Altísimo, en imágenes portentosas, retablos imposibles o relieves que desafiaban al ojo humano.

Todo en aquel obrador destilaba talento. O al menos eso pensaba la joven, cultivada en las artes gracias a las enseñanzas de su padre y a su propia experiencia con los lápices, los pigmentos o los aceites.

Si bien buena parte de aquel dictamen tenía que ver con un nombre propio, Felipe, actual propietario del negocio e hijo del fallecido Alonso Martínez, autor de estimables obras para los conventos sevillanos de San Clemente y San Leandro, así como de esculturas que descollaban en la catedral.

Pese a haber aprendido la técnica junto al gran Martínez Montañés y alumbrado piezas de incuestionable valor, a Alonso le había ocurrido como a Valdés Leal: todo el esfuerzo derrochado en innumerables tallas no le había servido para alcanzar el estatus que ambicionaba, hallándose siempre a la sombra de José de Arce, escultor flamenco que supo introducir en Sevilla las fórmulas del barroquismo pleno. Aún así, ambos habían sido grandes amigos, llegando incluso el extranjero a apadrinar a su hijo Felipe y a ofrecerle sabios consejos cuando decidió dedicarse al oficio. Lástima que la muerte sorprendiese a ambos artistas antes de ver al muchacho convertirse en un hombre.

Recién cumplidos los veinte, Felipe era un mozo apuesto, meticuloso y ordenado, cuyas sucintas palabras solían ir casi siempre revestidas de prudencia. Enteramente consagrado a su

trabajo, apenas solía frecuentar las tabernas y corrillos donde se desenvolvía la gente de su edad, y era más dado a las conversaciones con artistas, especialmente veteranos, a quienes solía visitar en sus obradores al objeto de empaparse de su experiencia.

Fue así como conoció a Luisa, una tarde de mediados de mayo en que la joven se afanaba junto a su padre y su hermano en concluir los trabajos que darían lustre a la beatificación del rey Fernando III. Ornamentación en la que participaron un centenar de maestros, sobresaliendo en pintura Murillo y Valdés Leal, en escultura Pedro Roldán, y en arquitectura Francisco de Ribas y Bernardo Simón de Pineda.

Para aquel trascendente acontecimiento, el padre de Luisa había ideado una máquina triunfal que iría colocada en el trascoro de la catedral, en el lugar donde se solía colocar el monumento al Santísimo al llegar el Jueves Santo. Esta ascendía hasta la bóveda, y con su llamativo diseño, Valdés buscaba ensalzar la Iglesia y la religión cristiana a través de uno de sus héroes, san Fernando, quien la defendió y engrandeció con la espada. Precisamente la efigie dedicada al monarca que fuese tallada por el maestro Roldán había sido policromada y dorada por Luisa debido a razones que escapan al entendimiento. Y es que, por aquellas fechas, la primogénita de Valdés contrajo unas fiebres tan perniciosas que la llevaron a encomendarse al rey castellano, cuya imagen aguardaba a ser policromada por la mano de su padre. Una noche, sin apenas aliento y llevada por una fuerza sobrenatural, la joven descendió hasta el obrador y comenzó a aplicar color y pan de oro a la madera, recuperando al tiempo las fuerzas y desapareciendo milagrosamente el mal que la aquejaba. Aquella noticia corrió de boca en boca por toda la ciudad, convirtiendo a la escultura en un icono sagrado.

Dado el alcance del Triunfo y la satisfacción de los responsables del cabildo, la familia obtuvo por estos trabajos mil ducados, los cuales sanearon notablemente su economía.

De ese primer encuentro habían transcurrido apenas siete meses, aunque lo suficiente para que la pareja hiciese lo posible por encontrarse, ya fuese en las cálidas tardes del estío

—cuando Luisa organizaba visitas a casa de alguna amiga por dejarse caer por el obrador de Martínez— o en las mañanas de otoño, idóneas para coincidir en el mercado o las tiendas donde solían aprovisionarse de materiales para sus respectivos trabajos.

No obstante, el mes de diciembre había supuesto un punto de inflexión en los encuentros de los jóvenes, ya que las celebraciones navideñas favorecían que estos pudiesen recogerse más tarde. De ahí que Luisa idease un plan para que ambos concurrieran en las representaciones de la parroquia, en las fiestas populares o en la misa del gallo. Para su consecución resultaba fundamental la implicación de Leonora, joven criada con la que Luisa mantenía una estrecha amistad y que desde el primer momento se convirtió en su confidente. Esta había entrado a trabajar en la casa de Valdés Leal hacía un par de años, y al contar con la misma edad que su primogénita, ambas se habían hecho íntimas.

Tanto, que el día en que Luisa y Felipe se conocieron, Leonora no tardó en detectar que aquel intercambio de saludos no sería sino el preámbulo de una relación más seria.

«Es mozo, aunque lo suficientemente juicioso para saber lo que se precisa en la vida», acertó a decirle a su criada tras coincidir con el escultor en las vísperas de San Pedro y San Pablo. Para más tarde añadir: «¿Y a qué puede aspirar un hombre sino a desempeñar un oficio honrado y encontrar una buena esposa?». Cuestión a la que Leonora respondió con una sonrisa cómplice que provocó que Luisa se sonrojara.

—Señora —musitó con reserva la muchacha.

Consciente de que la pareja deseaba encontrarse a solas, la sirvienta había salido a la puerta con la excusa de tomar el aire y comerse una naranja, la cual despachó con fruición mientras observaba el tránsito de la gente, si bien, al reparar en la hora tan intempestiva, no tuvo más remedio que avisar a Luisa.

No era Leonora una joven de grandes dones, aunque sabía explotar los que tenía. Entre los físicos sobresalía su cuello largo y torneado —completamente opuesto al de su señora—

que solía lucir con camisas de pecho o bajas, acompañadas de sayuelo y basquiña. Un atuendo sencillo al que agregaba un delantal cuando se hallaba en casa, y un manto corto para salir a la calle. Si bien, esa tarde de enero, la joven había optado por prendas más abrigadas, cubriéndose la garganta con una camisa alta y echándose un tocado grueso sobre los hombros. En cambio, Luisa de Valdés, a quien su afán por sentirse hermosa llegaba a nublarle el seso, había desechado la idea, vistiendo un conjunto de cuerpo en preciosos tonos verdes aunque sin aderezo.

—¡Señora! —volvió a insistir la criada. Esta vez elevando el volumen y provocando que la pareja cesara en sus confidencias.

—Disculpadme, Felipe —dijo Luisa, tras mirar de reojo a Leonora—, pero creo que mi doncella desea regresar a casa.

Al escuchar aquellas palabras, la chica experimentó un sentimiento de rabia, pero prefirió callar y encogerse de hombros.

—¿Te ha sentado mal la naranja? —insistió su amiga—. Maese Martínez las ha comprado expresamente para nosotras…

—No es eso, señora. Es que les prometí a las pequeñas que, antes de tomar la cena, les contaría la historia de Justa y Rufina, las santas patronas de Sevilla, y no querría faltar a mi palabra —mintió de manera convincente.

Consciente del esfuerzo que había realizado su sirvienta, Luisa hizo de tripas corazón y se despidió de Felipe, no sin antes emplazarse para un nuevo encuentro.

Mientras caminaba de vuelta a casa, la hija de Valdés se debatía entre la idoneidad de abrirle su corazón a su padre —y por tanto revelarle lo que sentía por Felipe— o de lo contrario ocultarle sus sentimientos hacia el escultor.

—¿Qué harías tú en mi lugar? —le espetó a Leonora, cuando el reloj daba las diez. Esta se sintió abrumada, pues jamás se había visto en situación semejante.

—Vamos, no seas medrosa y concédeme tu opinión.

Tras pensarlo debidamente, y aprovechando que transitaban por un callejón vacío y prácticamente en penumbra, la muchacha se atrevió a hablar con franqueza.

—No soy quién para aconsejaros, sobre todo en asuntos de naturaleza privada. Ya veis que apenas salgo de casa, y ni siquiera tengo mozo que me corteje. Pero, ya que insistís, os diré lo que pienso. Si estáis segura de vuestro amor, si pensáis que Felipe es el hombre con quien os placería pasar el resto de los días, mostraos valiente. Hablad con vuestro padre, reveladle vuestros sentimientos. Solo así, haciéndolo partícipe de vuestra dicha, os sentiréis plena.

Luisa reflexionó sobre lo que acababa de escuchar y, seguidamente, dio gracias a Dios por Leonora.

Cierto era que contaba con Eugenia, hermana a la que únicamente sacaba dos años, pero ambas eran muy distintas. Mientras una sentía una especial inclinación por las artes, la otra la tenía por el campo y todo lo relacionado con los animales; mientras Luisa adoraba a su padre, Eugenia e Isabel eran uña y carne; mientras la mayor ambicionaba casarse, la segunda coqueteaba con la idea de meterse a monja.

De ahí que, pese a sentir un inmenso cariño por sus tres hermanas —tras Eugenia, de quince años, estaba María de la Concepción, de ocho, y Antonia, de cinco—, jamás había conectado con ellas como lo hacía con Leonora.

En cuanto a Lucas, el tercero de los Valdés, había comenzado a conocerlo realmente el último año, tras pasar varios meses junto a él en el obrador. De naturaleza inquieta aunque reservada, lo que más apreciaba de su hermano eran sus ganas de aprender, de crecer y devorar el mundo. Bueno, el mundo y todo aquello que le pillase a mano, pues su estómago parecía no tener fondo. Y lo cierto es que iba por el buen camino, pues con tan solo once años ya había firmado su primer trabajo: cuatro grabados para un libro sobre las fiestas de San Fernando.

Finalmente las dos jóvenes divisaron la fachada de la vivienda, y Luisa, a quien las palabras de Leonora le habían espoleado la voluntad, se imaginó cruzando el patio con el mayor de los arrebatos, para encontrarse con su padre.

Lo que no se podía imaginar es que este las recibiría en el zaguán, y tras despedir a Leonora con cajas destempladas, le cruzaría el rostro sin mediar palabra.

Más tarde, cuando Polonia avisó a gritos de que doña Isabel estaba ardiendo, Luisa lo entendió todo.

Presto, Valdés se precipitó hacia las escaleras, dejando a un lado su enfado, y se internó en el sombrío aposento, con el alma inquieta y el rostro demudado.

—¡Isabel! —gritó al ver el estado en que se encontraba su mujer—. ¡Isabel, responde!

Al escuchar los gritos, los hijos del matrimonio acudieron al momento, comprobando aterrados que su madre no se movía y apenas respiraba.

—Palpadle la frente —advirtió Polonia.Y al hacerlo, el pintor fue consciente de la gravedad de la situación. Se hallaba regada de sudor y ardía como un caldero a punto de ebullición.

—¡Madre! ¡Madre mía! —lloraba Antonia en brazos de Leonora. La pequeña había saltado de la cama siguiendo el ejemplo de su hermana Concepción.

—¿Juan? —exclamó la abuela desde la planta baja, tratando de encarar los escalones a pesar de su ceguera—. ¿Qué ocurre, Juan? ¿Ha empeorado mi hija? ¡Ay, Señor!

La pobre anciana se había quedado traspuesta frente a la chimenea, y aquellos ruidos la habían despertado por sorpresa.

—Yo me hago cargo —se ofreció Luisa, buscando los ojos de su padre. Este, sin dejar de mirar a Isabel, asintió resignado.

No obstante, al ver que la enferma no reaccionaba ante sus estímulos, mandó a Polonia que trajese unos paños húmedos y se los aplicase en la frente y los brazos.

—He de buscar al galeno —dijo el pintor, alzándose con determinación y cruzando la alcoba en busca de la salida—. ¡Rezad, hijos míos!

# 11

Cuando la luna parecía ahogarse entre las nubes y los pájaros dormitaban en sus covachas, Valdés Leal regresó a su hogar acompañado del médico. Este procedía del cercano hospital del Amor de Dios, y pese a su amistad con el artista, no había abandonado su puesto hasta media hora después de recibir el aviso. La razón era que el dispensario se hallaba repleto de enfermos y el personal no daba abasto para atenderlos.

Nada más ingresar en la alcoba y descubrir el estado en que se encontraba Isabel, don Eustaquio ordenó que saliesen todos. Seguidamente alargó su mano derecha y le sujetó la izquierda, aplicando las yemas de los dedos índice, medio y anular sobre la arteria radial.

Pasados unos largos minutos en que la familia contuvo el aliento detrás de la puerta, Isabel comenzó a toser y a recuperar la consciencia merced a unas sales aromáticas aplicadas bajo su nariz.

—¡Gracias a Dios! —musitó Concepción, cuyos rezos parecían haber surtido efecto.

—Aún es pronto para conocer el mal que aqueja a vuestra esposa, pero los síntomas apuntan a unas anginas.

Mientras decía estas palabras, el médico se secaba las manos tras haberlas sumergido en el agua de la bacinilla. Valdés lo escuchaba atento, con el gesto circunspecto y las piernas juntas, sin mover siquiera un músculo.

—Vuesarced no puede imaginar cuántas personas las padecen. El invierno está resultando duro, más incluso de lo que pensaba. ¿Entendéis el motivo de mi tardanza?

El pintor se mordió el labio inferior e inclinó la cabeza con pesadumbre.

Luego escuchó atentamente los consejos del galeno y anotó

los remedios que le proponía. Finalmente le acompañó hasta la salida, dándole las gracias reiteradamente y pidiéndole disculpas por su vehemencia.

Nada más cerrar la puerta, el patriarca reunió a sus hijos, criados y suegra y les trasladó toda la información.

—El mal de anginas es cosa seria, por lo que vuestra madre sufrirá de calenturas durante varios días —comenzó a explicar con un tono suave, con el que pretendía quitar hierro al asunto —. No debéis alarmaros. Don Eustaquio le ha prescrito un jarabe a base de acederas que le bajará la fiebre. Para las toses le vendrá bien el agua de violetas y el palo dulce. Si los síntomas empeoran, deberemos recurrir a los emplastos preparados por el boticario.

—¿Precisará que la sangren, padre? —preguntó Concepción, completamente reacia a una práctica que ella consideraba brutal.

Valdés se acercó hasta donde estaba su hija, y agachándose para ponerse a su altura, le sujetó la barbilla antes de responder:

—Aún no, preciosa.

—¿Podrá jugar con nosotras? —se sumó la pequeña Antonia.

—Me temo que es pronto para eso —le respondió con la misma dulzura—. Pero si os portáis bien y volvéis a la cama, mandaré que mañana os preparen dulces.

La propuesta resultó de lo más eficaz. Tanto que Luisa le guiñó un ojo a su padre, dándole su parabién. Este, sintiéndose dolido por su reacción en el zaguán, le correspondió con una mueca.

Aún no se había disuelto la reunión, cuando tres golpes secos en la puerta mudaron la expresión de Valdés Leal.

—Voy enseguida —se adelantó Leonora, cuya complicidad con Luisa le había reportado su propia reprimenda por parte del señor.

Segundos después, la criada presentaba a una joven llamada Micaela, a quien le urgía entrevistarse con el maestro. Al

parecer se trataba de un asunto grave y que le incumbía directamente.

Extrañado por la visita, pero a la vez ansioso por conocer los motivos que la habían traído hasta allí, Valdés aceptó reunirse con ella, invitándola a pasar a una salita que se hallaba próxima a la entrada.

—Disculpad mi osadía —comenzó a decir Micaela, cuya edad rondaba los veinte años—. Sé que no son horas de presentarme en vuestra casa, pero las circunstancias me obligan.

—No debéis disculparos —concedió el anfitrión—. ¿De qué se trata?

—Es Manuel, vuestro oficial.

Al oír aquel nombre, Valdés se temió lo peor.

—Ha sido detenido por orden del Santo Oficio.

—¿Cómo decís?

—He visto cómo se lo llevaban. Fue a las puertas de vuestro obrador.

—Pero… eso no es posible. ¡He estado con él esta misma tarde!

—Lo juro por mi vida.

—¿Quién sois, si puede saberse?

—Mi nombre es Micaela Gómez y me hallo al servicio de doña Catalina Fernández de Baeza, viuda de Pérez de las Cuevas, caballero mayorazgo principal de Sevilla.

—Ahorraos la explicación —cortó tajante el pintor—. Conocí al caballero don Diego en mi juventud. Era un fiel servidor de este reino. ¡Dios lo tenga en su gloria! Sin embargo, yo hacía a su viuda en un convento.

—Prácticamente es como si lo estuviera. Mi señora apenas sale de casa, salvo para cumplir con sus obligaciones de cristiana y ayudar a los pobres. Es una mujer muy piadosa.

Valdés asintió con nerviosismo y la apremió a continuar.

—El motivo de que acudiese a vuestro obrador esta tarde tiene que ver con un encargo de doña Catalina que ahora mismo no viene al caso. Lo realmente importante es que vuestro oficial se halla preso de la Inquisición, y por eso estoy aquí. Como ya os he dicho, al llegarme a las puertas fui testigo

de cómo era conducido por los alguaciles.

—¿Qué cargos se le imputan?

—Lo desconozco, señor.

—¡Voto a Dios! —Valdés soltó un puñetazo sobre la mesa y apretó la mandíbula, airado.

—Siento traer tan malas noticias —musitó Micaela, tratando de ocultarse tras el respaldo de una silla.

Al ver cómo lo miraba la muchacha, el artista relajó el tono y le pidió disculpas por su violenta reacción.

—Agradezco vuestra visita —retomó con tacto—. Manuel es como un hijo para mí, y no llego a comprender qué le ha llevado a esta situación. No obstante, haré lo imposible por enterarme. Y a fe mía que será esta misma noche.

Dicho esto, Valdés se despidió de la joven, no sin antes prometerle que la mantendría informada. Luego tomó el chambergo y la capa, se aseguró de que Luisa no se separase del lado de su madre —la joven le preguntó las razones de tan precipitada marcha, pero él se excusó diciendo que lo reclamaban en la Academia— y corrió en busca de una explicación.

Desgraciadamente, al poco de llegar al Arenal, una nueva tormenta comenzó a descargar sobre Sevilla, agitando las aguas del Guadalquivir con tanto vigor que imposibilitó que el pintor pudiese cruzar el puente de barcas, y de este modo llegar a la sede del Santo Oficio.

Lamentando su mala suerte, pidió al cochero que se volviese, y, una vez a las puertas de su residencia, lo emplazó para el día siguiente.

# 12

La luz cárdena de un rayo iluminó el patio porticado coincidiendo con la llegada de Angustias. Con la lluvia golpeando el mármol de la fuente y el viento soplando a torbellinos por entre los arcos de medio punto, la joven se arrimó instintivamente a una de las paredes encaladas, cuyo zócalo de azulejos embellecía el conjunto. Luego depositó los cacharros en el suelo y se ajustó la toca sobre los hombros.

Pese a existir movimiento en la planta alta con motivo del velatorio, a su alrededor solo podía escucharse el eco de la tormenta, por lo que difícilmente sus pasos podrían llamar la atención de alguien; y en caso de hacerlo, su visita a las cocinas estaba más que justificada, pues se hallaba recogiendo parte del menaje repartido por toda la casa.

Por segunda vez en la jornada, visitaría la despensa para tratar de rescatar el hatillo —aunque la noche se hallaba avanzada, para Angustias el día continuaba su curso, ajeno a las reglas horarias.

«Seguramente se encuentra ahí, pero con las prisas no alcancé a verlo», se repetía una y otra vez mientras recogía los platos de loza.

Precisamente al alzar los ojos por encima de los cimacios, le pareció distinguir un perfil que la observaba tras uno de los ventanales, si bien decidió no darle importancia. Una vez instalada la capilla ardiente en los aposentos del difunto —ante la ausencia de familiares, Leyva creyó oportuno disponer allí el velatorio al tratarse de una muerte anormal—, los criados habían establecido varios turnos de vigilia, ocupándose Angustias del primero, el cual, a esas horas de la madrugada, acababa de finalizar. De hecho, antes de abandonar el piso superior y dirigirse a las cocinas, tuvo ocasión de conversar con Rafaela, la sirvienta que ocuparía su lugar durante las

próximas horas. Y es que, nada más verla ingresar, Angustias supo que aquello iba a suponerle un mal trago a su compañera.

Rafaela, cuya baja estatura y abundancia de peso solían llamar la atención, era de procedencia gallega, y llevaba sirviendo en el palacio desde que los señores se instalaron en Sevilla. Fue contratada por recomendación de Francisca, quien supo ver en ella el carácter y disciplina necesarios para entrar a formar parte del servicio. Y es que, aunque la aspirante no había servido jamás en una casa principal, desde muy niña había aprendido a desempeñar las tareas domésticas gracias a las enseñanzas de su abuela, quien la había criado en un ambiente rural mientras sus padres trabajaban en La Coruña. Por esta razón, Rafaela no solo estaba acostumbrada a lidiar con una casa, sino que lo hacía con una naturalidad que sorprendía a quienes la observaban. Para ella no había necesidad de holgar, destinando al descanso no más de cuatro o cinco horas en la noche, y asumiendo cargas que harían flaquear a un faquín el resto del día. Lo mismo preparaba un banquete y lo servía plato a plato, que enjalbegaba paredes, fregaba suelos o lavaba sábanas, siempre con una sonrisa en la boca. Detalle que no pasaba desapercibido para sus compañeros, quienes, más allá de su escasa formación o su aspecto rudo —en su rostro abombado y rubicundo sobresalía un entrecejo que delataba su procedencia aldeana—, siempre destacaban de ella su contagiosa alegría y la generosidad que desprendía. Virtudes que la hacían sobresalir entre sus iguales y contribuían a favorecer el buen ambiente.

Sin embargo, como cualquier ser humano, Rafaela tenía un punto débil, y este era el miedo a la muerte.

De nada servía que se hubiese criado entre cruceiros, que hubiese rezado por las ánimas y escuchado leyendas de la Santa Compaña; paradójicamente, para ella, una gallega acostumbrada a lidiar desde la infancia con los relatos de ultratumba, la muerte era un accidente. Algo tremendamente airado que sobrevenía antes de tiempo; el tránsito a un lugar incierto del que ningún ser regresaba, y que no perdonaba a nadie.

Por eso, siempre que alguien cercano fallecía, Rafaela se

aferraba a la vida del modo que mejor sabía: trabajando. Ese era su particular refugio, el hilo al que asirse antes de que la parca se decidiese a cortarlo. De ahí que, tras descubrirse el cadáver, la sirvienta hubiese hecho cuanto estaba en su mano por acumular tareas domésticas y, de este modo, mantenerse lo más alejada posible de la alcoba de su señor. Por muy fatigoso que fuese el trabajo, siempre sería preferible al hecho de tener que mirar cara a cara a la muerte.

«Si lo deseas, puedo continuar yo en tu lugar», le había dicho Angustias al verla aparecer a la hora convenida. No solo era consciente del esfuerzo que le suponía estar allí, sino también de que su compañera apenas se había sentado o reposado la cabeza, y en consecuencia debía estar rendida. La sola visión del finado ya la hacía palidecer, cuanto más tener que estar junto a él durante parte de la noche.

Pese a todo, Rafaela se armó de valor y, mostrando el mejor rostro, optó por enfrentarse a sus miedos, como aquellos lidiadores de a pie que, en las fiestas populares de su pueblo, aguardaban la llegada del toro para parchearlo.

Viendo que la gallega no cejaba en su empeño, Angustias se despidió de ella y le deseó buenas noches, no pudiendo evitar mirar el bolsillo de su delantal. Este custodiaba un par de camuesas con las que la criada se aferraría a este mundo en cuanto la dejaran frente al otro.

Ya en la despensa, la muchacha prendió una vela y comenzó a revisar uno por uno los estantes y anaqueles que se abrían a su paso, deteniéndose igualmente en las grandes alacenas que presidían el muro principal y cuyo contenido era tan rico como variado: quesos manchegos, frutas escarchadas, berenjenas en salmuera, amén de delicias toscanas que la señora encargaba traer desde su tierra y de las que Bertorelli no quiso prescindir al enviudar.

Asimismo miró los sacos de legumbres, inspeccionó los toneles de cebada y palpó cada una de las vasijas que se agolpaban en una de las esquinas, desde aquellas de boca ancha forradas de esparto, a las de cuello estrecho y breve

llamadas *peruleras*.

Todo fue en vano.

Por más que escudriñó cada espacio y registró cada mueble, no fue capaz de localizar la dichosa bolsa.

Desolada, y tras depositar los enseres de barro en la pila —en aquellas circunstancias, lo último que le apetecía era fregar— inició el camino de vuelta hacia su alcoba, tratando de averiguar quién habría podido descubrir su secreto.

Ya estaba a punto de cerrar la puerta, cuando una mano se posó sobre la madera y la obligó a recular.

—¿Me permites?

En el marco se recortaba el perfil de un hombre a quien Angustias conocía bien. Un tipo cuya sola presencia le repugnaba, y a quien trataba de evitar a toda costa: Antonio de Leyva.

Sin embargo, aquella noche, con la casa patas arriba y todos los criados pendientes del velatorio, era consciente de que no podía escapar.

—Adelante —dijo ella, aparentando serenidad.

Leyva esbozó una sonrisa y se introdujo en la pieza, cerrando con calma la portezuela, gesto que no agradó a la sirvienta, pero ante el que no pudo hacer nada.

—Así estaremos mejor. Deseo hablarte a solas.

Dado que Angustias no respondía, el secretario comenzó a recorrer la totalidad de la estancia con las manos en la espalda y el mentón apuntando hacia el techo, tratando de aparentar la altura que no poseía. Aquella noche vestía un jubón de tela de plata acuchillado y largueado con una sevillanilla en tonos dorados, el cual, pese a otorgarle una gran prestancia, no le hacía más atractivo a los ojos de la criada. Muy al contrario, Angustias llegó a pensar que aquel italiano con ínfulas jamás podría despertar interés en mujer alguna, salvo que esta fuese invidente o gusarapa.

—Te he estado observando durante todo el día, y me ha parecido entrever un cierto nerviosismo en tu gesto, como si temieses algo… o a alguien. ¿Me equivoco?

Consciente de que el secretario trataba de desestabilizarla, la joven hizo acopio de fuerzas, y tratando de concluir aquella

entrevista con presteza, respondió con sequedad:

—Me encuentro bien, aunque cansada. Y dado que mi turno concluyó hace unos minutos, deseaba meterme en la cama y descansar. Si me lo permitís…

Y tras decir esto, Angustias se dirigió a la puerta, con intención de despedirlo.

—Espera —reaccionó Leyva sujetándole el brazo—. Aún no hemos terminado.

Ella le miró a los ojos, desafiante, y seguidamente se apartó de él, tratando de situarse al otro lado de la cama.

—¿Qué queréis de mí, si puede saberse?

—Solo deseo ayudarte.

—¿Ayudarme? —Angustias no daba crédito.

—Así es. De hecho, ambos debemos ayudarnos el uno al otro —dijo avanzando unos pasos, lo que provocó que la sirvienta retrocediese lo propio.

—No necesito ayuda. Ya le he dicho a vuestra merced que lo único que deseo es dormir. Si fueseis tan amable de dejarme a solas…

—¿Me tomas por lerdo? Esta mañana te vi correr por el patio en cuanto se oyeron los gritos. Estabas en la despensa, igual que horas más tarde, cuando envié a Beatriz a vigilarte. Dos veces en el mismo día, y siempre sin compañía. ¿Qué ocultas allí? ¡Habla!

—Así que esa fue la razón… —caviló con seguridad y en voz alta—. Beatriz dijo que había bajado para ayudarme, no para escrutar mis movimientos.

—Correcto —añadió suavizando el tono y acercándosele—. Mis órdenes fueron tajantes. Le pedí que te ayudara, porque, aunque no lo creas…, siempre te he querido bien.

La última frase, Leyva la acompañó con un roce de su mano derecha sobre el rostro de la muchacha. Esta sintió cómo se le erizaba la piel de espanto.

—Dejadme, señor, os lo ruego.

Obviando su petición, el secretario se arrimó más de lo que le permitía el decoro y le susurró al oído:

—A mí no puedes engañarme. Tengo ojos y oídos en todas partes, y tarde o temprano lo sabré.

Al sentir aquel aliento en su cuello, Angustias se sintió perdida.

—Ya sabes lo que deseo a cambio de mi silencio. —Y seguidamente, y de forma brusca, la empujó contra la pared y le levantó las faldas, deslizando rápidamente una de sus manos hasta alcanzar los muslos. Esta se hallaba tan gélida, y sus movimientos eran tan ásperos, que Angustias sintió escalofríos.

—¡Soltadme! —gritó aterrada. Pero en lugar de hacerlo, Leyva la apretó aún más contra su cuerpo, y condujo los dedos hasta el vientre, para seguidamente iniciar el descenso. Mientras, todos los poros de su piel se enaltecían de lujuria.

—¡No, por favor! ¡Nooooo! —suplicó, provocando que el secretario elevase la mano para taparle la boca.

Su respuesta fue agitar brazos y piernas hasta golpear la mesa que sostenía el jarrón, el cual se precipitó hacia el suelo, haciéndose añicos.

—¡Por caridad! ¡Dejadme!

—¡Calla, ramera! —escupió sobre su espalda, y una vez extraída la diestra del interior del vestido, la arrojó sobre la cama—. En el fondo lo estás deseando…

Viéndose acorralada, Angustias comenzó a chillar, a lo que Leyva respondió con golpes en el rostro, para seguidamente cubrirla con su cuerpo, al objeto de inmovilizarla.

Sin embargo, al poco de sellarle los labios y sujetar una de sus muñecas, el agresor sintió como alguien tiraba de él y lo apartaba del lecho.

Era Martín, el lacayo que acompañaba al cochero, que al escuchar los gritos de la criada había acudido en su ayuda. Joven, aunque sobrado de fuerzas, no le resultó difícil alejar aquel cuerpo de la muchacha, sorprendiéndose al descubrir de quién se trataba.

Con los ojos inyectados en sangre, Leyva se puso de pie y se encaró con el mozo. Y aunque este sintió pánico al tratarse de un superior, tuvo los arrestos suficientes para mantenerse firme e interponerse entre él y Angustias.

—Marchaos —dijo con una seguridad que a él mismo le sorprendió.

—No eres quién para darme órdenes —respondió el

secretario, airado.

—No os lo ordeno, os lo ruego —sentenció este.

Viendo que aquella situación se le había ido de las manos, Leyva se recompuso y, tras inspirar profundamente, abandonó la estancia sin volver la vista atrás.

Entonces Martín se volvió hacia su compañera y le tendió la mano.

Angustias, al ver que el secretario se había marchado, y que por fin se encontraba a salvo, se abrazó fuertemente al lacayo y comenzó a llorar.

# 13

Antes de que los primeros rayos de sol iluminasen los campanarios y las azoteas intramuros, Valdés ya se hallaba dispuesto para volver a las calles. La noche se le había hecho eterna, pues a la preocupación por el estado de su mujer, cuya elevada temperatura le había mantenido toda la madrugada en vela, se sumaba la detención de Manuel de Toledo, pupilo al que apreciaba como a un hijo. Dos personas que, junto a sus cinco vástagos, constituían el pilar fundamental de su existencia.

Tras refrescarse la cara, asearse y vestirse adecuadamente —para la visita a la sede del tribunal del Santo Oficio, el pintor había optado por un atuendo elegante aunque discreto—, descendió las escaleras, no sin antes comprobar que a Isabel le había bajado la fiebre y respiraba con normalidad. Junto a ella se hallaba Luisa, en una suerte de duermevela que logró despertar su ternura.

«Parece que fue ayer cuando me senté por última vez en esa butaca para acunarla entre mis brazos», suspiró mirándola de reojo. «¡Era tan delicada y risueña! Y mírala ahora, ya está hecha toda una mujer».

Pese a la insistencia de Polonia para que comiese algo, enfiló la puerta de salida sin detenerse en las cocinas. Tenía el estómago cerrado.

Ya en el carruaje, y tras cerrar la portezuela y echar las cortinas, el artista se reclinó sobre el respaldo del asiento en cuanto el cochero hubo azuzado a los caballos. Este le había recogido a la hora acordada, y pese a haber reparado en su mal aspecto —las ojeras de Valdés delataban su enorme cansancio —, no había hecho ninguna observación, optando únicamente por saludarlo y confirmar el destino.

Superada la collación de San Andrés y tras cruzar la de la

Magdalena, el coche avanzó en busca de la puerta de Triana, levantada en tiempos de los almorávides aunque reconstruida en el último tercio del siglo XVI. De camino a esta, y a pesar del continuo vaivén que le mantenía despierto, los oídos del artista distinguieron los primeros síntomas de actividad de la ciudad, desde las voces de los regatones al crujido de las recuas, cuyas cargas emitían un aroma inconfundible a pan recién hecho, fruta y verdura fresca, mercancías que se pondrían a la venta junto al carbón, los salazones o el aceite. Y pese a no verlos ni escuchar sus trajines, no le resultó difícil imaginar la actividad del cercano Arenal, donde esportilleros, acarreadores y mozos de cuerda comenzaban a faenar añorando tiempos mejores, cuando aquel puerto fuese una nueva Babilonia.

A diferencia de la noche anterior, en que la violencia de la borrasca impedía distinguir los contornos del puente de barcas, al alba de la mañana, cuando las sombras habían cedido ante la claridad, este se adivinaba en toda su extensión, como una amalgama de maderas cosidas entre sí y de innegable sabor marinero, las cuales constituían el único medio para cruzar a la otra orilla.

Llegados a este punto, el cochero detuvo el carruaje y cambió el ritmo de la marcha, al objeto de que los animales se adaptasen al medio, momento que Valdés aprovechó para descorrer las cortinas y aspirar un poco de aire. A su izquierda se alzaba una plétora de galeras, bajeles y navíos dispuestos sin orden aparente, que simulaban competir entre sí por hallar un hueco donde fondear, ejerciendo como mediadora la torre albarrana. Al otro lado, la vista se perdía entre las aguas del Betis, cuyos efluvios traían ecos de Bonanza, el océano y las Indias; un escenario cuya armonía se doblegaba ante la siniestra presencia del castillo de San Jorge.

Antes de descender y llegarse a las puertas, Valdés rezó una oración a san Lucas, patrono de los pintores, haciéndole la promesa de que, si liberaban a Manuel, inmortalizaría su nombre en un lugar preeminente. Su relación con el santo venía de lejos, pues había sido mayordomo de la hermandad homónima —también llamada guilda—, en la que se agrupaban los artistas a modo de gremio. No en vano, su

estima por el evangelista le había llevado a bautizar a su único hijo varón con ese nombre.

Pese a no contar con una citación, Valdés hizo valer sus influencias para que se le permitiese acceder al recinto, y de este modo entrevistarse con el primer alguacil del Santo Oficio.

—Acompañadme, señor —le indicó el portero, cuyas espaldas ya acusaban la humedad de aquel espacio ubicado junto al río. Este hundía sus raíces en la Edad Media y había sido construido con fines defensivos, de ahí el grosor de sus muros, la majestad de sus torres y la amplitud de sus patios. Lástima que el pintor lo hubiese visitado en aquellas circunstancias, pues, de lo contrario, habría disfrutado observando la belleza y complejidad de su fábrica. Por el contrario, mientras caminaba junto a aquel hombre, trató de imaginar los motivos que habían llevado a su discípulo hasta allí.

«¿Qué has hecho, muchacho?», se repetía una y otra vez, sin ser consciente de que aquella preocupación se reflejaba en su rostro y le secaba la boca.

Antes de arribar al despacho del segundo alguacil —el servidor le comunicó que el principal no se encontraba disponible—, la pareja se cruzó con uno de los capellanes adscritos a la fortaleza, quien de inmediato reconoció al pintor.

—¿Maese Valdés? ¡Dichosos sean los ojos! ¿Qué os trae por aquí a estas horas?

Pese a no reconocerlo a primera vista, el artista fingió un gran entusiasmo, consciente de que aquel clérigo podía resultarle útil.

—No hay día que visite el monasterio de Buenavista y no me acuerde de vuestro nombre. La serie sobre san Jerónimo es de lo más excelso que han visto mis ojos. ¡Qué fuerza, qué movimiento! Especialmente la escena de la flagelación. Decidme, ¿cómo hacéis para lograr una pincelada tan suelta?

—Como sabréis, don Cosme es un gran aficionado a la pintura —intervino el portero—. Tanto que en sus ratos libres se entretiene manchando servilletas y lo que sea menester. ¿No es cierto, páter?

Aquella revelación satisfizo enormemente a Valdés Leal,

pues le permitió contar con una herramienta para afianzar su relación con un miembro del Santo Oficio.

—Bien sabéis que soy un torpe aficionado —respondió el religioso con modestia—, pero algún día me armaré de valor y buscaré un maestro que sepa iniciarme en los misterios de las bellas artes.

—No tenéis por qué buscar. Vuestra paternidad lo tiene delante —dijo Valdés, no sin cierta presunción.

Don Cosme no podía creerse lo que acababa de oír.

—¿Vos? No, por Dios, maese Valdés… Jamás me atrevería a poner un pie en vuestro obrador. ¡El Señor me libre! Sería demasiado osado por mi parte.

—No seáis modesto —le animó el portero con sorna—. Lleváis toda la vida aguardando este momento.

—No lo negaré —admitió el capellán—. Pero así y todo…

—Al menos, permitidme que admire vuestros lienzos —propuso el pintor—. Para mí sería un gran honor.

—Eso me honraría muchísimo, pero me temo que tendrá que ser otro día. ¡Aún debo asimilar esta conversación! —confesó entre sonrisas. Luego recuperó el tono serio y añadió —: Además, no deseo importunaros. Dado que habéis madrugado, imagino que serán asuntos de importancia los que os traen hasta aquí. Confío en que los solucionéis y nos veamos pronto. Id con Dios, maese Valdés.

Minutos más tarde, cuando se encontraba sentado frente a la autoridad, el artista deseó haber contado con el apoyo del capellán.

—¿Manuel de Toledo decís? No me consta que hayamos detenido a nadie con ese nombre.

Al oír esto, un subalterno se acercó por la espalda y deslizó unas palabras en su oído. Esto provocó que al alguacil se le mudase el gesto, algo que su interlocutor captó de inmediato. Finalmente, colocó las manos sobre el escritorio y dijo con gravedad.

—Me temo que no puedo ayudaros, señor…

—Valdés Leal.

—Valdés Leal —repitió sin inmutarse.

—No lo entiendo —expresó el artista inclinándose hacia delante—. Hace un instante habéis afirmado que no os constaba que mi oficial estuviese aquí, y sin embargo ahora…

—Es todo cuanto puedo deciros —le cortó tajante.

—Imagino que don Lope de Mendoza podrá proporcionarme una mayor información —le desafió Valdés, dejándole claro que conocía personalmente al alguacil mayor de Sevilla, pues este era hermano de la Santa Caridad.

Y es que, pese a encontrarse en un medio hostil, el maestro se sentía más fuerte que nunca.

Al oír aquello, el ayudante carraspeó, moviendo al anfitrión a cambiar de táctica. Aquel artista había accedido al castillo merced a su buen nombre y sus poderosos contactos, por lo que no debía tentar a la suerte.

—No creo necesario molestarle —resolvió suavizando el tono—. Yo mismo os diré lo que ansiáis saber. Aunque me temo que no es mucho.

Y dicho esto, se puso en pie y se volvió de espaldas, con idea de recuperar el control. Luego buscó los símbolos del Santo Oficio, los cuales se hallaban bordados sobre un repostero que presidía la estancia, y sin mirar a su oponente, declaró:

—En efecto, el hombre al que buscáis esta preso por orden del tribunal.

—¿De qué se le acusa? —inquirió el artista, dejando atrás la silla e imitando el movimiento del servidor.

—¿Os dice algo el apellido Bertorelli?

—¿Bertorelli? —Valdés rebuscó en su interior hasta encontrar la respuesta—. Si os referís al banquero, sé de quien se trata.

—Ayer fue hallado muerto en su casa.

Dicha noticia la recibió como un revés en el rostro.

No había que ser un águila para deducir a dónde conducía aquello.

—¿Me estáis diciendo que Manuel de Toledo está relacionado con esa muerte?

—Nuestra entrevista concluye aquí. —Y mirando a su

subordinado, remató—: Si sois tan amable, he de continuar con otros asuntos.

Si el primer golpe había ido directo a la mandíbula, el segundo acababa de hundírsele en el estómago.

—Os ruego que me permitáis hablar con mi oficial. Estoy seguro de que se trata de un error. ¡Un grandísimo error!

—Eso que pedís no está en mi mano. Si me disculpáis…

—No os ruego, ¡os exijo una explicación!

—Señor Valdés, no me obliguéis a sacaros por la fuerza.

Pese a su obstinación, el alguacil logró resistir los embates del pintor y, auxiliado por su ayudante, logró evitar que el asunto llegase a mayores.

Una vez en la calle, el artista se arrepintió de haber actuado de ese modo, y tras inspirar una bocanada de aire, enfiló el puente de barcas con más vergüenza que ira.

# 14

Desde primera hora de la mañana, el palacio Bertorelli fue acogiendo la visita de mercaderes, nobles y otros prohombres de la ciudad, amén de caballeros veinticuatro y demás cargos consistoriales, conmocionados por la muerte del banquero.

Por decisión de la autoridad, la consigna era no revelar las verdaderas causas del deceso, al menos hasta conocerse nuevos detalles, de ahí que ante el interés mostrado por quienes accedían a la capilla ardiente, el secretario repitiese una y otra vez que su señor había fallecido de una apoplejía.

Y es que, ante la ausencia del heredero legítimo —Girolamo Bertorelli, un próspero comerciante de Savona a la par que sobrino de Pietro, figuraba como único beneficiario de sus bienes—, Antonio de Leyva era el depositario de las condolencias, algo que le estaba costando digerir, especialmente tras el episodio protagonizado con la criada. Si bien, en todo momento supo estar a la altura, respondiendo con corrección a quienes le daban el pésame y sabiendo ejercer de anfitrión con el rigor que le caracterizaba.

La cámara, cuyo tamaño era espléndido, había sido decorada de manera sobria aunque elegante para acoger al difunto. El suelo de tarima de nogal estaba cubierto por una alfombra de seda en tonos oscuros, y las paredes habían mudado de aspecto, siendo sustituidos los habituales tapices por paños negros de terciopelo, los cuales ponían la nota fúnebre al conjunto. La gran chimenea mantenía la estancia a una agradable temperatura, y ante ella se habían ubicado varias sillas de brazos, con idea de acoger a los visitantes de mayor edad.

En la otra punta de la casa, Angustias trataba de rehacerse tras

el drama vivido la noche anterior, y para ello había decidido poner en práctica la fórmula de Rafaela. Esto era ofrecerse a realizar las tareas más fatigosas, al objeto de mantener la mente y el cuerpo ocupados, alejando así todos sus fantasmas.

En primer lugar se había encargado de fregar los cacharros depositados en la pila tras su infructuosa visita a la despensa. Algo que, lejos de distraerla, se convirtió en una verdadera tortura, ya que, mientras lo hacía, no dejó de lamentarse por la incursión de Leyva en su alcoba. E incluso, de haber permanecido más tiempo en las cocinas enjuagando la loza, tal vez el secretario se habría marchado al hallar su pieza vacía.

Con esta sensación de derrota, la joven se unió a Beatriz para lavar la ropa blanca, algo que, si bien estaba previsto para el lunes siguiente, las jóvenes decidieron acometer aquel mismo día, por no estar cerca del velatorio.

—Tienes los ojos colorados —señaló la criada mientras depositaban las prendas en la tina. Aun habiendo dormido peor que de costumbre, la sirvienta presentaba un buen aspecto, habiéndose recogido el pelo cobrizo en una trenza que resaltaba sus facciones y dejaba al aire los hombros—. Has estado llorando, ¿no es cierto?

Angustias respondió apretando los labios, y seguidamente sumergió el palo en el agua caliente.

—Sé lo que sientes —insistió Beatriz—. Para mí tampoco es fácil. Muchas veces, cuando me encuentro sola en el cuarto, o en cualquier otra estancia de la casa, sacudiendo el polvo de las alfombras o fregando las ventanas, tengo la sensación de estar encerrada en una prisión. Y por lo que observo, no soy la única que lo piensa. Hay noches en que escucho a Constanza respirar agitada, como si alguien la estuviese acechando, persiguiéndola durante el sueño. En ocasiones estuve tentada de abrazarla y decirle que no se preocupase, que todo estaba bien, que volviera a dormirse mientras le susurraba al oído, como hacía mi madre.

La muchacha se detuvo por un momento y cerró los párpados. Seguidamente, y tras secarse el sudor de la frente, decidió continuar.

—Pero al final, supongo que por vergüenza o desgana,

nunca lo hago. Y no está bien, ¿sabes? No está nada bien. Si no nos ayudamos entre nosotras, si no nos damos calor las unas a las otras, ¿quiénes vendrán a hacerlo? ¿Los hombres? —Esta última frase la pronunció con encono, como si quisiese desprenderse de algo que le hacía daño y le quemaba por dentro—. No te engañes, Angustias. El mundo es de unos pocos afortunados, como el señor de esta casa. El resto debemos conformarnos con las migajas.

—El señor de esta casa ya no existe —sentenció su compañera, sin mirarla.

Un rato después, cuando Angustias se hallaba en la planta alta, abriendo los postigos de las ventanas para airear las habitaciones, el reflejo del metal bruñido la arrancó de sus pensamientos.

«No puede ser», se dijo al contemplar los objetos que reposaban sobre la madera tallada de la consola.

Eran los candelabros que había sustraído la jornada anterior. Los mismos que, mezclados con sus humildes ropas, descansaban en el fondo del hatillo que no lograba recuperar.

Instintivamente, y con el corazón en un puño, la joven recorrió la estancia con la mirada, tratando de hallar al responsable, y al mismo tiempo buscando respuestas.

Al no obtenerlas, caminó hasta el pasillo, donde el aroma del sahumerio empleado en el velatorio se hacía aún más intenso —aquel día la totalidad de la casa desprendía un olor que le provocaba náuseas—, y escrutó cada rincón con el mayor disimulo.

Y en esas estaba cuando una voz familiar la sorprendió por detrás:

—¿Te ocurre algo, mi niña?

Era Francisca, cuyo rostro cuadrado y amable, con pequeñas arrugas al costado de sus ojos, siempre atesoraba humanidad.

—No —negó rauda la criada, para seguidamente añadir—: Me sentía un poco mareada, eso es todo.

—Ahora eres tú quien debería descansar y dejarse cuidar —continuó la mujer, recordando la escena del día anterior,

cuando ella misma había requerido de la ayuda de Angustias —. Ven y siéntate.

—No es necesario, Francisca. Hay mucho por hacer. Hasta que se celebre el entierro no debemos relajarnos…

—No estás bien, muchacha —la interrumpió, sujetándole el brazo y aproximándose hacia ella con afecto—. No me preguntes cómo, pero lo sé.

Angustias respondió bajando la cabeza y emitiendo un leve suspiro, que a Francisca no le pasó desapercibido.

—En esta casa hay ojos y oídos en todas partes.

# 15

De todos los hijos de Valdés Leal, Luisa era la más responsable. Y no solo por su edad o por haber trabajado desde muy joven en el obrador; ni tan siquiera por ayudar en casa.

Ya desde sus primeros años demostró ser una niña metódica y disciplinada, que demandaba rutinas y límites para sentirse segura, y cuyo periodo de aprendizaje fue de lo más provechoso y dinámico. No solo no le costó aprender a leer sino que al comenzar su formación primaria ya descifraba la cartilla con una soltura impropia de su edad, lo que la hacía destacar entre el resto de sus compañeras. Esto movió a los garantes de su educación a enseñarle a escribir y hacer caligrafías y dictados antes que a nadie, demostrando igualmente una gran capacidad para el cálculo y la comprensión de la doctrina cristiana.

Con una gran autoconfianza, y sin apenas vacilación, Luisa fue superando los cursos con unos resultados excelentes, revelando una especial inclinación hacia todo lo que tuviese que ver con las artes. De ahí que, a falta de un hijo varón, su padre pensase en ella como su sucesora en el oficio; algo que en absoluto cambió con el nacimiento de Lucas, al que Valdés recibió con el alma abierta, pero sin llegar a desplazarla.

Por eso, cuando el pintor supo de la enfermedad de Isabel, le enojó tanto descubrir que su primogénita no se encontraba junto a ella, que reaccionó como peor sabía: haciéndola sentirse culpable. Sin duda el peor modo de actuar con quien había sido la niña de sus ojos y su mayor orgullo. De ahí que, al comprobar cómo la joven no había escatimado esfuerzos hasta obtener su perdón, se ablandase hasta el extremo, algo que solo ella era capaz de conseguir.

—Luisa.

En la intimidad de su alcoba, y cubierta únicamente por una sábana, Isabel acababa de abrir los ojos al nuevo día. Una jornada que, tras la turbiedad de la noche anterior, se le antojaba ilusoria. Empero, ahuyentada la fiebre, comenzaba a recuperar el sentido y la voluntad, lo que le había permitido distinguir el perfil de su hija, prácticamente calcado al de su padre.

—¡Madre! —exclamó la muchacha, alzándose del asiento como un resorte y escudriñando el rostro de la enferma. Este se hallaba pálido, como el de un condenado que llevan al cadalso, aunque sereno y salpicado de sudor frío.

Tomándola de la mano, y mientras le secaba la frente con un paño, Luisa le preguntó si tenía hambre o sed, y si aún le dolía la garganta.

Isabel, con un hilo de voz que costaba descifrar aun en silencio, respondió que no deseaba nada, pues aún sentía ardor al tragar, tanto que se le hacía insufrible. Esto no contentó a la hija, que la conminó a ingerir algún jugo o vianda, al objeto de que le ponderase el ánimo, pero ante su negativa —el rictus del semblante hablaba por sí solo— hubo de claudicar.

Lo que la doliente sí pidió fue que le hiciesen el enjuagatorio y la aseasen, por lo que Luisa avisó a Polonia para que colaborase en el empeño. Esta acudió rauda, interesándose por la salud de su señora y ofreciéndose a todo cuanto demandase de ella.

Esa era la principal virtud de la portuguesa, su determinación. Algo a lo que sumaba una intuición especial para saber lo que debía decir y hacer en cada momento y una devoción hacia sus amos realmente impropia para un esclavo. Atributos que los Valdés sabían apreciar, y que recompensaban con un trato justo y de lo más obsequioso.

Hija de angoleños, aunque nacida en Portugal, su vida había estado marcada por el infortunio. Y es que, al hecho de que sus padres fuesen arrancados de su tierra y enviados a un país extranjero donde apenas se manejaban con las costumbres y el idioma, se añadía la desgracia de no haber conocido ni tanteado sus rostros. Esto se debía a que, a los pocos meses de

ella nacer, ambos habían sido enviados a una plantación azucarera en Brasil, donde perdería su rastro para siempre. Desde ese momento, Polonia, cuyo carácter estoico le permitió resistir los embates de sus circunstancias, había sido acogida en diversos hogares, siendo tratada con rigor e indiferencia, y en algunas ocasiones incluso con crueldad. Dicho periplo concluyó tras ser comprada por Valdés Leal, a quien, por muchas razones, ella consideraba su salvador.

De las vicisitudes pasadas, Polonia aún conservaba dos vestigios: la capacidad de aguante y un mapa de cicatrices con el que se podía reconstruir su tragedia; aunque ninguno de ellos lograba eclipsar el brillo de sus ojos, de una profundidad atávica que le hacía parecer mayor de lo que era. Asimismo el cabello, grueso, abundante y crespo —había llegado a domarlo con grandes dosis de paciencia—, competía en voluptuosidad con sus labios, de un tamaño y carnosidad notables, que no hacían sino completar unos rasgos hermosos por lo infrecuentes.

—¿Lo has vuelto a ver?

Aprovechando que se hallaba doblando la ropa, Luisa se dirigió en voz baja a la doméstica, quien esa mañana vestía una saya de color aceitunado sobre una blanca camisa que hacía resaltar su piel.

—¿Os referís a Tomé? —respondió muy apocada—. Solo hemos coincidido una vez, señora. Aquel día en que vuestro padre invitó a don Gregorio…

Luisa lo recordaba perfectamente. Había sido durante el verano anterior, cuando Valdés organizó una comida para agasajar a sus amigos y clientes. Aquel día no habían faltado los pasteles de carne, las perdices en escabeche, las huevas de esturión o los riñones de puerco, y todo regado con abundante vino de Jerez.

Junto al jurado Gregorio Rodríguez Prieto, quien llegó acompañado de su esposa y un esclavo, se sentaron a la mesa otras personalidades de la ciudad, quienes no cesaron de alabar al pintor por su trayectoria y logros, especialmente a raíz de la beatificación del rey san Fernando. De ahí que fuese un día señalado en la memoria de todos, incluida Polonia, quien tuvo

ocasión de intercambiar miradas con aquel muchacho.

—Ya ingeniaremos algo para que volváis a encontraros —musitó Luisa guiñándole un ojo, gesto que Polonia recibió con sonrojo y una disimulada alegría. A sus diecisiete años aún no había tenido ocasión de entablar conversación con ningún hombre, y mucho menos fuera de aquellas paredes.

Sin embargo, durante la jornada festiva en la que los miembros de la familia se habían regocijado y departido con libertad con los invitados, la esclava experimentó algo completamente nuevo y desconocido. Una sensación extraña y a la vez placentera que le había elevado el ánimo de manera inefable, haciendo que prendiese una llama que aún incendiaba todos y cada uno de los resquicios de su cuerpo. Y es que por primera vez se había sentido atraída por alguien, en este caso un mozo de su misma raza y condición. No en vano, la forma como aquel moreno la miraba y ella le correspondía, había llamado la atención de la primogénita de Valdés, quien enseguida supo que se gustaban, algo que le satisfizo y con lo que se sintió muy identificada, pues por aquel entonces ella ya bebía los vientos por Felipe.

—Puedes contar con mi ayuda… y la de Leonora —insistió Luisa, quien sabía que Polonia estaba al tanto de su conexión con el escultor y el papel que jugaba la sirvienta.

Agradecida, la portuguesa no tardó en dedicarle una nueva sonrisa, pues el mero hecho de pensar en Tomé hacía que su estómago recuperase el aleteo de aquella tarde de julio; una explosión de felicidad que le subía por el pecho y se alojaba en su boca, instándola a reír, cantar y soñar. No obstante, dado el estado en que se encontraba doña Isabel, Polonia se vio obligada a constreñir sus deseos, y así se lo hizo saber a su hija, quien de inmediato rectificó y aun se sintió culpable.

Lástima que aquel sentimiento, que las movía a renacer y en todo las igualaba, hubiese hallado su plenitud en fecha tan desfavorable.

# 16

Llegado a la plaza del Duque, Valdés Leal hizo una señal al cochero para que detuviese el carruaje, y tras abrir la portezuela con displicencia, se apeó del mismo. El sol ya había hecho acto de presencia y la collación de San Miguel parecía bastante animada, pudiendo hallarse en su entorno una masa variopinta formada por maestres, tratantes, almonedistas y pícaros, los cuales deambulaban como cada mañana, indiferentes a los problemas ajenos y con un único objetivo: sobrevivir a aquella urbe despiadada que aún no se había recuperado de la catástrofe de 1649. Una epidemia que, si bien se había llevado por delante a la mitad de la población, sembrando de horror cada esquina y marcando a fuego a todos los que osaron desafiarla, no había logrado desdibujar el perfil del conjunto, cuya beldad había sido glosada por grandes poetas e inmortalizada por los mejores artistas del pincel.

Un buen ejemplo de esta opulencia pasada, a la que no podía ensombrecer ni el hedor de la ruina, era el palacio que Valdés Leal tenía ante sí, cuya grandiosidad había cautivado de tal manera a Felipe II durante su visita a Sevilla que había preguntado si aquella era la casa del señor del lugar. No en vano, el edificio no solo impresionaba por su colosal tamaño —este ocupaba la totalidad de una gran manzana que lindaba a su izquierda con la calle de las Armas y por la derecha con el callejón de los Estudiantes— sino por lo monumental de su factura. El mismo pertenecía a los duques de Medina Sidonia, uno de los principales títulos del reino cuyo origen se remontaba al siglo XV, quienes poseían su residencia oficial en Sanlúcar de Barrameda; si bien, al contar con una privilegiada posesión en la capital hispalense, habían decidido adquirir un caserón medieval que, con el tiempo, fueron ampliando. El resultado era una cómoda vivienda para sus estancias

temporales —así como el asiento permanente de sus criados y agentes— que a su vez era el reflejo de su poderoso estatus social.

No obstante, aquella mañana, y mientras caminaba junto a la imponente fachada embellecida por Alonso Pérez de Guzmán, Valdés era incapaz de sustraerse al encanto de su arquitectura, algo que solía hacer siempre que visitaba la plaza, pues todos sus pensamientos estaban puestos en Manuel. Y es que, por más que se esforzaba, no lograba encontrar la conexión entre su pupilo y el banquero hallado muerto.

¿Tendría el muchacho problemas económicos? ¿Habría sido acusado por haber contraído deudas con Bertorelli? Que él supiera, Manuel llevaba una vida ordenada y desde la obtención del título de oficial trabajaba incansablemente al objeto de independizarse. ¿Acaso le estaba ocultando algo?

Con estas ideas martilleándole la cabeza, el pintor dejó atrás la plaza, cuya notable iglesia de San Miguel convocaba a los parroquianos a misa, y aceleró el paso por la calle de las Palmas, con idea de llegar lo antes posible a la residencia del genovés. Podía haber realizado el trayecto en coche, pero tras el episodio en la fortaleza necesitaba respirar aire puro y ordenar sus ideas, y el transitar a buen ritmo por aquella alfombra de guijarros podría ayudarle a ello.

Una vez en Santa Clara, y tras espantar a un puñado de harapientos que le salieron al paso, Valdés estiró su jubón y se ajustó la golilla antes de recorrer los últimos pasos que le separaban de la meta. No obstante, al poco de desembocar en la calle Hombre de Piedra y ver el recogimiento de las gentes que entraban y salían de la vivienda, fue consciente de que se estaba dejando guiar por sus impulsos. ¿Acaso pretendía irrumpir en la capilla ardiente y montar un escándalo? Esto, además de resultar ilógico, podía complicarle aún más la situación a su protegido y colocarlo a él mismo en una encrucijada. De ahí que, haciendo uso del sentido común, optase por desandar el camino y trazar una nueva estrategia.

Lo primero que haría sería buscar un lugar donde aliviar el estómago. Y es que, al desoír el consejo de Polonia —que le había animado a ingerir algún alimento antes de abandonar la

casa—, dio por sentado que sus tripas no comenzarían a rugir hasta rayar el mediodía; un error fatal, pues a esas alturas ya acumulaba más de quince horas sin comer, y a un organismo como el suyo, acostumbrado al buen yantar y al buen beber, esto resultaba inconcebible.

En la taberna de Tejada, un establecimiento donde, amén de empinar el codo y degustar exquisitas viandas, cualquiera podía aprovisionarse de legumbres secas, bacalao o vinagre, un grupo de parroquianos charlaba en torno a unas damajuanas, sentados sobre toscos taburetes que se disponían de manera arbitraria, cual puestos del baratillo.

Pese a no haber caído una gota desde la pasada madrugada, nada más pisar el local, Valdés Leal notó el olor a humedad y serrín que en los lugares públicos dejan los días de agua, pero no le concedió importancia. En lugar de ello se dirigió al mostrador por satisfacer su necesidad lo antes posible. Pronto, el dueño, que se hallaba colocando unas cazuelas, hizo una inclinación de cabeza y le preguntó qué demandaba, decidiéndose por unas tajadas de letuario acompañadas de aguardiente.

Sin darle tiempo siquiera a espantar las moscas, fue depositada sobre el mostrador una escudilla que al pintor le vivificó el rostro, por lo que no dudó en alargar la mano para abordarla. Y aún no había saciado el primer vaso de licor, cuando el dulzor de la miel aprestada a la naranja logró colmar los quicios de su boca, tardando apenas unos segundos en engullir el resto de la confitura. Acción sin duda llamativa, que al tabernero le hizo pensar que llevaba dos días en ayunas. Ni que decir tiene que Valdés solicitó una nueva ración, así como que le rellenaran el vaso, aunque esta vez se esforzó en despacharlos con menor avidez, al objeto de no llamar la atención de sus vecinos de barra, quienes se hallaban debatiendo sobre asuntos intrascendentes.

—Entró un capitán en una casa de locos a recrearse con verlos —le escuchó decir a un mercader de anchas espaldas y cuello corto, que daba buena cuenta de una empanada regada

con vino blanco—. Y yendo descuidado por un corredor bien alto, salió un loco de través de un aposento, y sacóle la espada de la vaina con tanta presteza que, cuando miró por sí, tenía ya la punta puesta al pecho.

—Ja, ja, ja —rio su interlocutor, por cuyas trazas el artista dedujo que era uno de los muchos porteadores que, desde bien temprano, transitaban por aquel barrio—. ¿Y qué le dijo el loco?

—«¿Sois mi amigo?», fue lo que le preguntó.

Cautivado por el relato, el arriero dio un par de palmadas nerviosas sobre el tablero y le instó a continuar, provocando que el comerciante hiciese una pausa y se aclarase la garganta, por sentirse más importante. Esto impulsó a otros clientes de la abacería a pegar la oreja.

—Reportóse el caballero y respondióle que sí —continuó el mercader.

—¡Valiente respuesta! —intervino el tabernero, atraído igualmente por aquella conversación.

—¿Y qué más? —insistió su interlocutor.

—Pues que al ver que el capitán asentía, el insano le pidió que hiciese algo por él…

Y dejando su exposición en el aire, fue a rascarse la pantorrilla, para elevar así el interés de sus oyentes. Como no podía ser de otra forma, entre ellos se hallaba Valdés, quien, animado por la pitanza, parecía haber olvidado el asunto que le había llevado hasta allí.

Finalmente añadió:

—El loco pretendía que el oficial saltase por la ventana hasta el patio, o de lo contrario, lo atravesaría con la espada.

—Jo, jo, jo. —El interés del mulero iba en aumento—. ¡Imagino que no le haría caso! —terció.

—Fue mejor que eso. El capitán le indicó que haría más por él, pues saltar desde allí era cosa de poca dificultad, y que cualquiera podría hacerlo. En su lugar se ofreció a saltar desde el patio al corredor.

Llegados a este punto, la concurrencia se hallaba ensimismada, por lo que el mercader remató ufano:

—Ni que decir tiene que el loco aceptó, y el caballero, que

era mucho más avispado, fingiendo que iba a saltar, ¡aprovechó para poner pies en polvorosa!

—¡Ja, ja, ja! —rieron todos.

—Muy ingenioso —señaló el dueño del establecimiento, cuya diligencia era tan considerable como su afabilidad—. Os habéis ganado otra ronda. ¡Invita la casa!

Ya en la calle, con el estómago lleno y la mente despejada —si algo había aprendido con aquel relato era que, en los momentos de mayor dificultad, no había que dejarse llevar por los impulsos y actuar con astucia—, el artista decidió encaminarse al obrador para sumergirse en su trabajo. De esta forma, continuando con sus quehaceres, no solo sofocaría el fuego que le abrasaba por dentro, sino que impediría que cualquiera le tachase de insensato. Asimismo, en caso de tener que enfrentarse al Santo Oficio para defender a su oficial, lo mejor sería acudir con el expediente limpio, algo de por sí complicado tras su reciente actuación en el castillo de San Jorge, aunque no imposible. Y es que, a fin de cuentas, el sujeto que le había tratado con displicencia en la fortaleza trianera no era más que un segundón, y él una figura reconocida de la ciudad.

Con este pensamiento ocupando su mente comenzó a transitar por Calderería, fijándose en cuantas balconadas se abrían a su paso y distinguiendo a una pareja de cernícalos que, en busca de comida, oteaban el horizonte lejos de sus nidos. Estampa que le hizo recordar a su propia familia, a la que, a sus cincuenta primaveras, aún debía alimentar con el fruto de su esfuerzo.

Dicha contemplación a punto estuvo de costarle un disgusto con alguna de las monturas que a esas horas recorrían la collación de San Lorenzo, pero afortunadamente solo provocó que tropezase con una muchacha que, con el rostro atribulado y el corazón palpitándole bajo el sayuelo, se le había echado encima casi de improviso. Se trataba de Angustias, quien, como alma que lleva el diablo, había salido del palacio tras descubrir algo impactante.

Valdés se disculpó por su torpeza y se ofreció a ayudarla —al tropezar, la muchacha había metido los pies en un charco, provocando que el barro les salpicase a ambos—, pero ella se excusó diciendo que tenía prisa.

No obstante, al poco de continuar calle abajo, la criada pensó que aquel encontronazo podía interpretarse como una señal para que no cometiese locuras, por lo que decidió retornar a casa y fingir normalidad.

Primero habían sido los candelabros, los cuales volvían a estar colocados en la consola como si jamás hubiesen sido tentados por su mano, y ahora su ropa, que había encontrado doblada sobre el arcón de su alcoba, cual extraña ensoñación.

De ahí que, mientras regresaba a sus obligaciones con el ánimo hecho pedazos, llegase a una perentoria conclusión: cualquiera que hubiese cogido el hatillo con el que pretendía alcanzar la libertad, podía asegurar su existencia o arrojarla al abismo.

# 17

De los mercados periódicos, el de la Feria era el favorito de Lucas. Por eso, cuando su padre requería de algún recado, él trataba de realizarlo los jueves, que era el día en el que se instalaban en la parte septentrional de la ciudad todo tipo de vendedores llegados desde la Alcaicería y otros muchos rincones intramuros, así como de los arrabales. Considerado el más antiguo de cuantos se celebraban en Sevilla —era un notable vestigio de las ferias concedidas por Alfonso X en el siglo XIII—, el vecindario que lo acogía poseía escasos recursos, pero a cambio destilaba una personalidad única que solía ejercer de catalizador para la venta de los productos. Solo así podía explicarse su inmenso poder de atracción o el hecho de que cuantos se adentraban entre sus puestos invirtiesen sus monedas en transacciones no siempre ventajosas.

Tanto era su empuje, que lo que comenzó siendo una actividad plural aunque modesta —en el medievo era habitual observar desde vendedores de fruta a alamines pesando madejas de lana y de lino— con el transcurso del tiempo había derivado en un comercio próspero y multicolor que se vio obligado a expandirse más allá de los límites de Omnium Sanctorum, parroquia cuyos responsables cobraban una tasa por vender en el cementerio.

Dada su escasa experiencia, el pequeño Valdés solía ser abordado por comerciantes de toda índole, aunque mayoritariamente sin escrúpulos, quienes le mostraban sus fardos como si estos portasen un género único o procedente de lugares exóticos, lo cual conseguía alimentar su imaginación hasta el extremo de figurarse transitando entre bazares de China o zocos de Constantinopla. Algo que al niño placía y abrumaba al mismo tiempo, pues no siempre hallaba la respuesta adecuada para rechazar la mercancía y, de ese modo,

huir de tanta oferta.

Entre estos comerciantes que tomaban la calle a primera hora, y cuya actividad se desarrollaba hasta bien entrado el mediodía, había roperos, traperos, loceros, caldereros, almonederos y otros de similar especie, si bien sobresalían los artesanos, muchos de los cuales poseían tienda en el barrio.

Aquella mañana nubosa, Lucas tenía como objetivo adquirir unos listones para realizar bastidores. Estos soportarían lienzos de escaso tamaño sobre los que su padre ejecutaría estampas profanas y religiosas encargadas por particulares que deseaban embellecer su hogar a un precio razonable. Encargo que, si bien no le motivaba en demasía, le había permitido abandonar sus obligaciones cotidianas. Y es que la enfermedad de su madre, unida al temperamento exhibido por su progenitor a consecuencia de ella, le había condenado a sufrir una madrugada preñada de desvelos, lo cual no solo le impidió descansar, sino que le desestabilizó hasta el punto de hacerle perder el apetito.

De ahí que Lucas decidiese alejarse de su entorno y sumergirse entre aquellos puestos que, como por arte de encantamiento, brotaban cada jueves a escasos minutos de su casa.

—¿Estás malo, rapaz? —le preguntó el operario mientras serraba la madera. Pese a vestir de manera correcta y mostrarse educado, el niño exhibía una palidez inusual.

—Únicamente me hallo cansado —respondió automáticamente. Aquel hombre conocía a su familia desde hacía tiempo, y solía mostrarse siempre muy atento.

—Ya veo que no has dormido bien. Tienes legañas en los ojos y arrugas en el ánimo. ¿Te apetece un bocado? —dijo apartando la herramienta y ofreciéndole un pedazo de batata que, según le reveló, había asado su suegra la noche anterior.

Al ver el color anaranjado del tubérculo, Lucas no pudo reprimirse y lo aceptó sin reservas. Y aun fue mayor su contento cuando aquel hombre le sugirió que lo deglutiese dando un paseo. Mientras, él se encargaría de preparar el pedido.

Tras agradecérselo con efusividad, el joven Valdés dio una

primera dentellada y se adentró entre los puestos, descubriendo a un lado soplillos y serones de esparto y a otro alcuzas y lebrillos de cerámica, cuyos artífices los exponían con orgullo.

Pese a ser una hora temprana, el mercado se hallaba bastante animado, y a las habituales voces de mercaderes y artesanos anunciando sus productos, había que sumar el sonido de una dulzaina, la cual sostenía un norteño que había logrado congregar a un puñado de personas. Estos disfrutaban de las notas al tiempo que aspiraban el aroma de los hojaldres y otros pasteles que se disponían en una mesa contigua. También había lugar para las hierbas, las especias y otros condimentos con los que sazonar los platos, así como para los muebles, el acero o las antiguallas.

Si hubiese estado en su mano, Lucas se habría pasado toda la mañana desfilando entre aquellos proveedores de enseres, paños y alimentos, pero su sentido del deber le apremiaba a recoger el encargo y regresar a casa lo antes posible. De ahí que se dirigiese al lugar donde se hallaba el carpintero y liquidase el adeudo. Seguidamente, y tras echar un último vistazo a aquel océano de oportunidades, el niño enfiló la calle Pellejería cargado con el bulto, el cual, aunque apenas pesaba, resultaba incómodo de llevar.

Hallándose a pocos pasos del hospital del Amor de Dios, Lucas tuvo la sensación de que alguien lo estaba siguiendo, por lo que se detuvo un instante y, tras depositar la carga en el suelo, observó a su alrededor. Sin embargo, a diferencia del bullicio reinante en el mercado de la Feria, por aquellos lares apenas se veía transitar a más de tres personas. La primera era una anciana portando una cesta con velas, y más allá despuntaban un par de soldados en animada charla.

Tras permanecer unos segundos aguantando la respiración, el niño continuó su camino hasta distinguir la fachada de su residencia, pero antes de adentrarse en ella escuchó a un vecino gritar:

—¿Dónde estabas, rastracueros? ¿Tratando de sisar algún

hueso? No solo te avientas y regresas mugriento, sino que acudes a mí en busca de más sustancia. Ven aquí, que yo te daré lo que demandas… ¿Quieres comer? Pues ve preparando el bezo…

A continuación, Lucas distinguió un porrazo y a un perro gimotear de manera lastimera.

«Pobre animal», se dijo para sí, negando con la cabeza y dando los últimos pasos hasta alcanzar el dintel de la puerta.

Luego, mientras superaba el zaguán en dirección al patio, se le vino a la cabeza la escena de las cocinas —aquella en la que había desaparecido el pan mientras limpiaba el aceite—, y pensó en el perro.

¿Acaso sería el animal el autor del hurto y quien lo estaba siguiendo?

# 18

«Tempus fugit», garabateó Valdés Leal en el centro del papel, y a continuación se dejó caer sobre la superficie de la mesa.

Por más que lo intentaba, le resultaba imposible abstraerse y esbozar un solo trazo. Y es que, mirase donde mirase, todo en aquel obrador le recordaba a Manuel.

—¡A fe que te sacaré de esa prisión, mi estimado muchacho! —gritó incorporándose, y tras sujetar la escudilla teñida de rojo que su discípulo había preparado la jornada anterior, la arrojó contra la pared hasta hacerla trizas. Luego cogió otra y repitió la operación; y después otra más, hasta destrozar media docena y cubrir el suelo de colores brillantes.

A continuación revolvió los utensilios que se hallaban sobre la mesa, hizo volar con ímpetu los papeles y derramó un tarro de aceite de linaza, derrumbándose poco después en una de las esquinas, donde comenzó a sollozar.

Era mediodía, y las campanas de San Andrés principiaban su llamada al rezo, algo providencial, habida cuenta de que, al escucharlas, algo se obró en el interior de Valdés y le impulsó a hincarse de rodillas e implorar:

—Dios misericordioso, escúchame con atención.

»Desde que tengo uso de razón me he esforzado en obrar como un buen cristiano, aunque a duras penas lo he conseguido. Cada día, al despertar, mi primer pensamiento es para ti, y cada hora, cada minuto que dedico a mi oficio, me esfuerzo por multiplicar el talento que tuviste a bien otorgarme. Es el único modo que conozco de seguir tus pasos.

»Sabes bien que he luchado contra todos y contra mí mismo, y a pesar de este orgullo que tantas veces me ciega, me postro ante ti con la humildad de un niño, para pedirte, para suplicarte, que me ilumines.

»Si mi oficial ha perpetrado un crimen, o participado de algún modo en una acción pérfida y deshonrosa, permite que caiga todo el peso de la justicia sobre sus hombros. Pero si es inocente, líbralo de la pena de cargar con la culpa de otro.

»¡Escúchame, Señor! No soy quién para oponerme a tus designios, pero te ruego, te suplico, que me envíes una señal.

»¿Qué puedo, qué debo hacer para solventar este conflicto?

»Manuel no es más que un muchacho, y me cuesta creer que haya tenido suficiente sangre fría como para eliminar a un hombre. Yo le conozco bien y sé de su bonhomía, de su amor por el prójimo, y del apego que siente por las cosas sagradas. ¿Cómo es posible que se haya metido en este entuerto? ¡¿Cómo, Señor?!

»Manda aquello que desees; pide y serás complacido. Pero no me dejes de tu mano.

»¡Por lo que más quieras, Señor! ¡Ayúdame!

Mientras Valdés pronunciaba estas palabras, un rayo de luz se coló por uno de los ventanales, iluminando el rostro de una imagen que descansaba en la estantería del fondo. Esta no alcanzaba una vara de altura y había sido modelada por el maestro en sus ratos libres, más como divertimento que otra cosa. Y es que, pese a manejar el barro con soltura y conocer los entresijos de la talla en madera —seis años atrás le había comprado a la viuda de José de Arce varias de sus herramientas—, jamás se había considerado escultor. De hecho, que aquella virgencita se expusiera a la vista de todos en medio de un obrador dedicado a la pintura le provocaba pudor, pero había sido Manuel —otra vez su querido pupilo— quien, entusiasmado con la obra, le había insistido en colocarla. Desde entonces, la Virgen del Rosario, que era como había sido bautizada, presidía sus horas de trabajo y los acompañaba en los momentos tristes y alegres, ejerciendo incluso de consejera y velando por su seguridad y la de su familia.

Por eso, cuando el artista vio resplandecer aquellas facciones de madre dulce y delicada que sostiene con ambas manos a su pequeño, que parece susurrarle al oído una palabra de consuelo y que gira el torso en ademán cercano, le dio un

vuelco el corazón y recordó una escena. Un episodio de su lejana infancia en el que su propia madre, Antonia, acudía a las puertas de su escuela un día de lluvia y se despojaba de su manto para protegerlo del frío. Acción que él, en su mostrenca altivez, le reprocharía a media voz, pues por nada del mundo deseaba mostrarse débil ante sus compañeros.

Esas lágrimas, esas dos gotas imperceptibles que surgidas del desencanto humedecieron el rostro de su progenitora y se precipitaron hasta los pómulos aún seguían clavándose en su pecho como funestos alfileres. Y no solo le atormentaban en fechas señaladas —como el día en que hubo de despedirla para siempre, o en las celebraciones de su onomástica—, sino durante los amaneceres en que no podía abrazarla, mirarla a los ojos y decirle, sin pronunciar palabra, lo mucho que la quería y la echaba de menos.

Nadie como una madre para confortar a sus retoños.

Nadie como María para sostener a su hijo, quien representa a todos los nacidos de mujer, a todos los imperfectos.

—Maese Valdés —escuchó decir al otro lado de la puerta.

Ni siquiera había reparado en los golpes que anunciaban una nueva visita.

Al reconocer la voz, echó un último vistazo a la terracota y bosquejó una sonrisa.

—Disculpad mi atrevimiento —comenzó a decir Micaela, tras ser invitada a pasar. Dado el estado en que se encontraba el obrador, con los muebles volcados y parte del material desperdigado por el suelo, el pintor alegó un contratiempo sin importancia.

—No he podido dormir pensando en la suerte de vuestro pupilo —continuó—. Y como vos asegurasteis que le pondríais remedio…

Por el tono empleado y el brillo de sus ojos, el maestro intuyó que aquella muchacha tenía un interés especial en Manuel. No obstante, se lo guardó para sí y respondió sucintamente:

—Agradezco vuestros desvelos, pero desgraciadamente no

puedo deciros mucho.

Por un instante, sopesó la conveniencia de narrarle su experiencia en el castillo de San Jorge, pero rápidamente lo desestimó. Aún se avergonzaba de ello. Además, se dijo, resultaba más provechoso no abundar en errores y caminar hacia delante.

—¿Seguís sin conocer los motivos por los que le detuvieron?

Al ver cómo Valdés juntaba las manos y se revolvía incómodo, la joven supo que el asunto era más grave de lo que pensaba.

—El Santo Oficio investiga una muerte —comenzó a decir, casi a regañadientes.

—¿Una muerte? —Micaela dio un paso al frente—. Queréis decir… ¿un crimen?

—Vos lo habéis dicho.

—¡Virgen santísima!

—Se trata de Pietro Bertorelli, un banquero al que hallaron muerto ayer —concretó.

—Pero… él no tiene nada que ver… ¡Es imposible! —Por el modo en que le temblaba el labio inferior, Valdés confirmó lo que ya sospechaba: que los jóvenes se conocían, y que la visita de Micaela al obrador, para realizar un supuesto encargo, no era más que una excusa para verse con Manuel. Por eso, durante los minutos siguientes trató de tranquilizar a la joven, haciéndole ver que únicamente disponía de aquella información, y que, al tratarse de un asunto delicado, se hallaba sopesando qué paso dar a continuación.

—¿Conocisteis a don Pietro? —le inquirió la muchacha, tratando de mostrarse serena y al mismo tiempo ansiosa por colaborar.

—Me lo presentaron una vez, durante una recepción en las Casas Consistoriales a la que asistí invitado por el asistente —manifestó el pintor ofreciéndole una silla—. Sé de su fortuna y su desgracia, y que, al enviudar, prácticamente perdió la cabeza. Eso le llevó a alejarse de su casa y regresar a Italia, donde permaneció varios años. Hace meses que supe de su retorno, y me alegré por él. Pero jamás podía imaginar que el destino le tuviese preparado un final tan trágico.

—¿Creéis que vuestro pupilo tiene algo que ver…?

—¡Por supuesto que no! —Valdés Leal se mostró tan tajante que incluso intimidó a Micaela. De ahí que luego tratase de recular, esforzándose por suavizar el tono de su discurso—. Es decir, no alcanzo a comprender qué ha llevado al Santo Oficio a relacionarlo con el crimen; aunque sospecho que ha sido víctima de alguna maquinación en su contra.

—¿Un ajuste de cuentas, tal vez?

—Es posible. —Esta vez el maestro se acercó a la doncella y disminuyó el volumen de su voz, para concluir—: ¿Conocéis a algún hacendado que no atesore enemigos?

Micaela se tomó su tiempo antes de responder, y finalmente indicó:

—Decís bien, pero no hallo razón por la que Man…, es decir, vuestro discípulo, pudiese estar relacionado con un asunto tan turbio.

—Sinceramente, yo tampoco. Por eso me hallo incapacitado para dar el siguiente paso.

—¿Os habéis planteado ir a la casa e indagar por vuestra cuenta?

—¿Al palacio Bertorelli?

De nuevo, Valdés estuvo tentado de confiarle su actividad matutina, pero al recordar su paso por la taberna, se sintió mezquino y decidió callar.

—¿Con qué pretexto había de visitar esa casa? Ya os he dicho que Bertorelli y yo solo coincidimos en una ocasión, y no me parece apropiado presentar mis respetos a unos desconocidos. Salvo, eso sí, que acudiese acompañado de algún familiar o allegado del difunto. —Y tras decir esto, inclinó la cabeza y relajó los músculos, aguardando la réplica.

—Eso último puede enmendarse —respondió Micaela con firmeza—. Id vos arreglando el luto, que yo dispondré el cortejo.

# 19

Cuando el pintor retornó a las calles, la ciudad había recuperado su pátina predilecta, y en lo más alto del firmamento alumbraba el «rubio planeta» de Juan de Jáuregui, «cuya lumbre pura del tiempo mide cada punto y hora».

—Dios sea con vos —le saludó el cochero, quien a esas horas se mostraba más locuaz que en su encuentro matutino. Esto se debía sin duda al ascenso de las temperaturas, las cuales parecían haber firmado una tregua con el invierno.

Tras acceder al interior, y justo antes de acomodarse en su asiento, el artista le indicó hacia donde debía dirigirse, y segundos después el carruaje se ponía en camino, dejando tras de sí a un paje bisoño que se apartó lo justo para no ser atropellado.

—¡Poned más cuidado, bobo! —gritó el postillón, volviendo el rostro y haciendo befa del muchacho. Este se le quedó mirando aún con el susto en el cuerpo, lo que provocó que el veterano se carcajease con más ahínco. Descuido que desembocó en un empellón contra otro coche, el cual acababa de surgir inesperadamente de un cruce.

—¡Soooooo! —voceó el otro cochero, tratando de frenar a sus caballos, los cuales comenzaron a levantar las patas y corcovear. A consecuencia de esto, los dos carruajes recibieron una fuerte sacudida que provocó que los pasajeros se desplazasen del sitio e incluso se golpeasen con las paredes de la caja.

Concluida la maniobra, en la que ambos profesionales hubieron de emplearse a fondo desde su posición en el pescante, Valdés abrió la portezuela y le dirigió una mirada de reproche a su subordinado, recibida por este como el peor de los insultos. Luego se acercó hasta el otro carruaje para interesarse por el estado de sus ocupantes, descubriendo con

asombro que quien viajaba era doña Ana Caballero.

—¿Estáis bien? —preguntó alarmado, al ver que la dama se hallaba ligeramente conmocionada en presencia de su lacayo.

—Creo…, creo que sí —respondió trémula.

—Necesitáis respirar. Y tal vez… ingerir algún líquido.

Casi sin pensarlo, ordenó al sirviente que fuese a buscar alguna bebida a la taberna más cercana, mientras los cocheros discutían acaloradamente.

—La culpa es nuestra, mi señora —dijo a continuación, agachando la cabeza y mostrando su enorme disgusto.

—No os apenéis, maese Valdés. Ha sido un ligero percance, nada más. Si me ayudáis a bajar, estaré en paz con vos.

Sin darle tiempo a reaccionar, la dama inició el descenso y el pintor no pudo por menos que sujetarle la mano, la cual se hallaba fría a causa de la impresión. Una vez más, aquella hermosa aristócrata demostraba poseer un espíritu fuera de lo común.

Sin embargo, al posar el segundo pie sobre el irregular pavimento, doña Ana sintió un mareo que le hizo perder el equilibrio, siendo sujetada a tiempo por Valdés Leal, quien la rodeó con sus brazos y evitó que se precipitase al suelo.

—¡Doña Ana!

Fue únicamente un instante.

Un segundo, o quizás dos, el tiempo que sus miradas se cruzaron y ambas complexiones permanecieron cerca, lo suficiente para que el artista aspirase la rosa centifolia, el jazmín y el nardo emanados de aquel cuerpo soberbio por lo armónico. Una fragancia natural e inimitable que rápidamente se apoderó de sus sentidos hasta hacerle volar a los campos de Grasse, e incluso componer la paleta de aromas que evocaba el suroeste francés.

Luego, mientras la dama se incorporaba y se acomodaba la ropa, Valdés pudo recorrer cada línea y cada parábola que se le ofrecía a la vista, comenzando por las cejas y desembocando en el tobillo izquierdo, el cual, cubierto de rica seda, había logrado esquivar una más que probable torcedura.

No fueron necesarias las palabras.

Un gesto de doña Ana bastó para que el pintor captase que

se sentía ruborizada a la par que agradecida. Hecho que se confirmó cuando, tras acceder al coche con ayuda del lacayo, esta lo despidió con una sonrisa tímida.

—¿Sois vos el maestro Juan de Valdés Leal?

Aquella pregunta no solo le obligó a regresar a la realidad súbitamente, sino que arrancó a la señora de Ortiz de sus pensamientos.

—En efecto. ¿Qué se te ofrece, muchacho? —Por sus trazas, el artista estimó que debía ser mozo de cordel, aunque no quiso adelantarse en su juicio hasta prestarle oídos.

—Traigo un mensaje para vos —dijo alargando la mano y entregándole un sobre.

Valdés lo recogió intrigado y le echó un vistazo por encima. El papel era de buena calidad y llevaba escrito su nombre en letras grandes, aunque no venía lacrado y tampoco indicaba quién era el remitente.

—¿Quién te ha dado esto? —preguntó con voz firme y mirándolo a los ojos.

—No puedo decíroslo, señor.

—¿Cómo?

—Lo que oye vuestra merced —afirmó con rotundidad el muchacho, cuya edad debía rondar los trece años, aunque parecía más joven por su baja estatura y el rostro aniñado y pecoso—. Quien me ha hecho entrega de él me hizo jurar que no desvelaría su identidad. Aunque a fe mía que es persona cristiana y de fiar. —Esta última frase la pronunció con énfasis, elevando ligeramente el mentón y con la voz queda aunque muy firme.

—Déjate de bobadas y dime cuánto te han pagado —dijo automáticamente el artista, mientras rompía el sobre para extraer la nota que se hallaba en su interior—. Yo doblaré esa cifra.

—Os lo agradezco, señor, pero ni por todo el oro de las Indias quebrantaría mi juramento. —Y dicho esto, tragó saliva, antes de rematar—: No he cobrado nada por ello, pues quien me confió el recado me quiere bien, y me sentía en deuda. Si me disculpáis, ahora debo marcharme.

Y antes de que Valdés pudiese replicar, el joven se perdió de

su vista.

El mensaje decía así:

*Remito a Vm estas líneas porque tengáis noticia de vuestro oficial Manuel de Toledo, preso por el Santo Oficio.*

*El motivo de su arresto obedece a la denuncia de una mujer que dice lo vio salir de casa de D. Pietro Bertorelli la noche que falleció, con una bolsa de las que usan los pintores, y estaba alborotado.*

*Si Vm desea ayudarlo, habréis de buscar al acusador porque aclare este punto.*

# 20

Frente a la portada de la Epístola, obra manierista de Diego López Bueno, Valdés Leal no pudo por menos que evocar a san Lorenzo, el diácono del siglo tercero que, en tiempos de la persecución de los cristianos, recibió de manos del santo padre el tesoro más estimado por la Iglesia: un conjunto de objetos preciosos entre los que destacaba el santo cáliz con el que Jesús instituyó la Eucaristía durante su última cena. Dicho tesoro fue enviado a Huesca, tierra natal del religioso, poco antes de ser detenido por los romanos. Y ante el requerimiento del procurador para que entregase los bienes, Lorenzo respondió señalando a todos los pobres que le acompañaban, dando a entender que había vendido las posesiones para ayudarlos. Algo que provocó que el gobernante montase en cólera, teniendo como consecuencia directa la tortura y muerte del justo.

«Ecce, miser, assasti tibi partem unam, regirá aliam et manduca», cuentan que dijo el reo, mientras su piel ardía sobre una parrilla que con el tiempo se convertiría en el símbolo de su martirio; afirmación plagada de ironía que significa: «Oye, miserable, has asado una parte, dame la vuelta y come».

Cada vez que observaba la efigie del santo ubicada sobre la puerta de la parroquia, al pintor se le venía a la mente la imagen de su padre señalándola y narrándole la leyenda con todo lujo de detalles.

Era don Fernando de Nisa un lusitano de Torres Novas que vino a Sevilla poco después de la unión de España y Portugal en busca de fama y fortuna. De lo primero no halló ni rastro, y de lo segundo aún menos, aunque en cambio conoció el amor al poco de instalarse en la ciudad, desposándose tiempo después con una joven de rasgos marcados y mirada melancólica llamada Antonia de Valdés Leal; esta le daría un

hijo en la primavera de 1622, al que bautizarían en la pila de San Esteban con el nombre de Juan.

No fue un niño fácil el pequeño Valdés Leal; terco como una mula, inquieto y apasionado, desde sus primeros años demostró una clara preferencia por dar instrucciones antes que recibirlas, lo que le granjeó incontables disputas con sus compañeros de escuela, e incluso con los rapazuelos de la vecindad que lo superaban en edad y altura. No en vano, su capacidad de liderazgo, unida a su envidiable energía, lo convertían en un ser de lo más independiente, que no necesitaba de otros para lograr sus objetivos y que, en caso de precisar ayuda, sabía cómo exponer sus argumentos hasta lograr lo que deseaba.

Ni que decir tiene que, desde que abrió los ojos, tuvo una inclinación natural hacia todo lo hermoso que le ofrecía la vida, sabiendo exprimir cada instante y cada detalle, y no dejando escapar ni una sola oportunidad para aprender e ir más allá. Quizás por eso no le resultó difícil entrar en contacto con la plétora de creadores que habían elevado a Sevilla al olimpo de las bellas artes; algunos llegados desde Flandes y otros nacidos en diversos rincones del reino, quienes habían acudido a la urbe atraídos por su grandeza y excelentes oportunidades: desde Pedro de Camprobín y Francisco Polanco al inimitable Zurbarán.

Todos cuantos le aleccionaron y dieron consejos coincidían en definir a Valdés Leal como un muchacho valiente, creativo y siempre abierto a experiencias diversas, virtudes a las que yuxtaponía un espíritu competitivo que le motivaba a emprender todo tipo de proyectos, así como una enorme receptividad ante las nuevas relaciones.

Por contra, aquel joven impetuoso podía resultar insufrible cuando se sentía forzado a compartir espacio con seres que no eran de su agrado, lo que le llevaba a enzarzarse en continuas disputas que no hacían sino provocarle disgustos tanto a él como a su familia. Quizás por eso, Francisco de Herrera el Viejo, a quien Juan consideraba uno de sus principales maestros, le había insistido en que bebiese de diversas fuentes para no estancarse, e incluso, llegado el caso, que cambiase de

aires, una opinión que resultó fundamental para que, ya alcanzada la mocedad, decidiese desplazarse a Córdoba en busca de nuevos desafíos. A la antaño capital del emirato le debía el haberle acogido con afecto —el maestro Antonio del Castillo le abriría las puertas de su amistad y compartiría con él sus conocimientos— y sobre todo el posibilitar que diese el salto definitivo como artista, primero trabajando para otros y luego montando su propio obrador. En esto tuvieron mucho que ver sus suegros, Pedro Morales de la Cruz y Luisa Matías de Navarrete, los cuales gozaban de una buena posición en la ciudad. No en vano, tras cederle la mano de su hija, le insistieron en arrendar una casa cerca del lugar donde ellos vivían y atendían su negocio —además de hijodalgo, Pedro era maestro cuchillero—, para, de este modo, promocionarlo entre sus conocidos.

No había sido fácil abandonar la patria de Séneca, «vergel cuajado de torres coronadas de honor, de majestad, de gallardía», que glosara Luis de Góngora, lugar donde Valdés dio los primeros pasos como esposo y más tarde como padre, y cuyos reflejos dorados y sabios le acompañarían para siempre. Pero el destino le tenía reservado un hueco en las entrañas de Híspalis, ciudad poliédrica e indescifrable a la que deseaba con ardor y que no podía borrar de su cabeza pese al tiempo y la distancia.

—Maestro Valdés.

La voz dulce de Micaela acababa de irrumpir, como un bálsamo seráfico, entre el revuelo provocado por la chiquillería. Esta se arremolinaba, ajena a todo problema, frente a la parroquia de San Lorenzo.

Esa tarde, como correspondía a la ocasión, la joven vestía un jubón de terciopelo negro, basquiña y sacristán, amén de un mantón de organdí que se había dejado caer por los hombros. Asimismo llevaba recogido el cabello con medida compostura, y su forma de caminar resultaba elegante dentro de la sencillez.

Nada más saludarla, el pintor le preguntó por su señora,

quien debía ejercer de salvoconducto para acceder a la residencia de Bertorelli, y esta le respondió girando la cabeza.

Lo que Valdés Leal presenció a continuación lo dejó estupefacto.

—¿Sorprendido? —terció doña Catalina, aproximándose hacia él sentada en una silla de ruedas. Iba empujada por su sirviente, un moreno de espaldas anchas y altura descomunal, que dejó boquiabiertos a los pilluelos que poblaban la plaza. De hecho, a quienes observaban la escena, les costó decidir cuál de los dos perfiles les resultaba más insólito: si el de la noble dama entronizada, o el del esclavo de proporciones hercúleas que se ubicaba detrás.

—Señora —balbució el pintor, con la boca seca.

—Catalina Fernández de Baeza, para servir a Dios y a vuestra merced.

Durante los siguientes minutos, y mientras se enfrascaban en una conversación baladí, el maestro pudo apreciar la belleza madura que atesoraba aquella mujer. Sus profundos ojos, de un espléndido azul lapislázuli, y la nariz griega, quedaban enmarcados por unos pómulos que aún conservaban su volumen y que le conferían un porte de nobleza indiscutible.

También fue testigo de lo elevado de su formación, de sus maneras delicadas y su don para la escucha, y de la determinación que había mostrado a la hora de colaborar con su causa.

Por su parte, el esclavo de color, al que la señora presentó como Urso, más allá de sus medidas exageradas y su talante fiero, presentaba una particularidad especial: era mudo. Razón de más para que el pintor lo catalogase como una *rara avis* digna de exhibirse en un corral de comedias. No obstante, esta apreciación se la guardó para sí, pues lo último que deseaba era ofenderle.

—No sé cómo agradecer vuestro gesto —expresó con sinceridad, mientras rebasaban los muros del convento de Santa Clara.

—Dadle las gracias a Micaela, cuyo amor al prójimo es tan elevado como la silueta de mi esclavo.

Tanto la joven como Valdés rieron la ocurrencia de la dama; no así Urso, quien mantenía el rictus grave, en consonancia con su porte.

De cualquier modo, aquellos que se cruzaban con la comitiva, mientras avanzaba hacia el palacio Bertorelli, podían pensar que sus integrantes no eran de este mundo, y que dicha presencia en la collación, enlutada con la mayor reserva, obedecía a un designio del Creador por mostrarles su magnanimidad a través de la extrañeza.

Antes de llegarse al portón para realizar la maniobra de entrada, doña Catalina le pidió a su doncella que se adelantase, al objeto de presentarlos.

Se daba la circunstancia de que su marido, el mercader Diego Pérez de las Cuevas, del que había enviudado hacía unos años, mantenía una estrecha amistad con el banquero recién fallecido, por lo que ambos matrimonios solían reunirse cada cierto tiempo. Esto lo supo Micaela casi por casualidad, de ahí que, tras entrevistarse con Valdés aquella misma mañana, decidiese comunicarle a su señora la noticia de la defunción, con la esperanza de que estuviese de acuerdo en visitar la capilla ardiente. De este modo, el artista tendría una coartada para acceder a la residencia y tratar de averiguar algo sobre el supuesto crimen.

Al tratarse de una mujer inteligente, doña Catalina enseguida adivinó que entre la muchacha y el oficial de Valdés Leal existía una conexión especial, por lo que no dudó en desempolvar viejos recuerdos y acudir al inmueble donde tanto había disfrutado durante su juventud, y del que apenas conservaba el recuerdo.

Desde la muerte de su esposa, Pietro Bertorelli había decidido echar tierra de por medio, así como borrar todo rastro de su pasado, de ahí que a la viuda le sorprendiese conocer que el banquero había regresado de Italia, y aún más que había fallecido en extrañas circunstancias. Dato que Micaela le reveló con el mayor tacto posible, pues, al hecho de que no le agradaba comunicar una noticia tan funesta había que sumar

que el difunto era un antiguo conocido de la dama, por lo que hubo de hacer tripas corazón por ayudar a Manuel.

Que el joven fuese inocente o no, era algo que se le escapaba a doña Catalina, pero esto no la detuvo a la hora de responder afirmativamente a la petición de su doncella, quien, con todo convencimiento, aseguró que se estaba cometiendo una injusticia.

# 21

Cuando Lucas empujó la puerta y accedió al interior, se desconcertó al descubrir el estado en que se encontraba el obrador. Más allá del desorden que parecía regir en las estanterías, las mesas y los caballetes, lo que más le chocó fue descubrir cómo aparecían diseminados fragmentos de varias escudillas por el suelo, los cuales se mezclaban con todo tipo de colores de un modo tan caótico como inexplicable.

Aunque aquello no era lo peor.

Que su padre se hallase ausente era algo normal, habida cuenta de sus entrevistas, reuniones de negocios y paseos para tomar apuntes del natural. Porque si había algo que seducía al maestro esta era la contemplación de la realidad, tanto la palpable como la intangible, y ambas podía capturarlas en el ejercicio de lo cotidiano, para, más tarde, incorporarlas en sus obras. Eso era precisamente lo que más le gustaba a Lucas de su progenitor: su capacidad para reproducir algo vivo y por consiguiente efímero en un lienzo o tabla, otorgándole el don de la inmortalidad. ¿Podía existir oficio más hermoso?

No obstante, aquella tarde de enero en la que la estancia parecía haber sido víctima de un mal sueño, lo que más preocupaba al niño era no haberse cruzado con Manuel, cuya figura resultaba omnipresente entre aquellas paredes.

¿Dónde se habría metido el oficial, a quien no recordaba haber visto desde la jornada anterior, cuando muy de mañana se cruzaron en el patio tras apurar el desayuno? ¿Por qué no se había interesado por la salud de doña Isabel, a la que quería como a una madre? ¿Tendría que ver su desaparición con los continuos cambios de humor de su padre, incluyendo aquella inesperada salida nocturna, nada más despedir al médico?

Esta notable ausencia, sumada al caos reinante en el obrador, le hizo temerse lo peor. De ahí que, mientras trataba

de poner orden entre tanto desconcierto, se esforzase en reconstruir las últimas horas, aquellas en las que todos los miembros de la casa se habían volcado con su madre. Y en esa lista debía incluir necesariamente a su hermana Luisa, quien, a pesar de regresar tarde junto a Leonora, no se había separado de la enferma ni un solo minuto.

Luego estaba aquella visita, que prácticamente coincidió con la marcha del galeno, cuando la ciudad ya se hallaba en penumbra.

¿Quién era esa mujer que se presentó a horas tan intempestivas, y por qué su padre se reunió a solas con ella estando su madre enferma? ¿Acaso traería malas noticias? ¿Tendrían que ver con Manuel?

Todas estas preguntas y muchas otras acudían su mente mientras empuñaba la escoba y recogía los fragmentos de cerámica que alfombraban el piso, en una operación farragosa que el niño realizó de manera diligente aunque mecánica.

Seguidamente, y una vez que el suelo estuvo lo suficientemente despejado —la limpieza de la pintura la dejaría para otro momento—, Lucas se dedicó a recolocar los muebles y ordenar los útiles desperdigados sobre sillas y tableros, así como los bocetos que, cual mártires inocentes, parecían desmoronarse por todos los rincones. Daba la sensación de que estos habían sucumbido a una zarpa invisible que, sin ningún tipo de recato, los había desplazado merced a un arrebato de furia.

¡Ay, la furia! ¡Cuánto le recordaba esa palabra al patriarca de su familia y a la huella que sus accesos habían dejado en su infancia!

¿Era aquel desastre consecuencia del enojo de su padre? ¿Tendría Manuel algo que ver? ¿Se habrían peleado ambos?

Nuevos interrogantes y ninguna respuesta.

Mientras tanto, en la intimidad de la alcoba, la fiebre volvía a visitar a Isabel coincidiendo con la visita de sus hijas pequeñas.

—¿Os encontráis mejor? —se interesó Concepción, quien no podía quitarse de la cabeza la imagen de la noche anterior,

cuando, al ver a su madre desvanecida, su padre hubo de salir precipitadamente en busca del médico.

A su lado se hallaban Eugenia y Antonia, quien sujetaba entre sus manos una muñeca de barro a la que tenía un gran aprecio, y que no dudó en acercar a la enferma.

—Estrella os quiere, os quiere mucho. Y dice que os pondréis buena muy pronto.

—Yo también la quiero —susurró su madre, tratando de mostrarse fuerte delante de la pequeña—. Y si ella lo dice, tendremos que hacerle caso.

No obstante, al rato de despedirlas —Leonora atrajo a las niñas con una jarra de chocolate y la promesa de jugar al escondite—, Isabel reprimió un gesto de dolor que no pasó desapercibido para Luisa.

—Trae más paños, Polonia. ¡Pronto! Le está subiendo la fiebre, y no podemos permitir que ocurra lo mismo que anoche.

La mayor de los Valdés concluyó la frase de pie, y sin apartar la mirada de la enferma, se dirigió a la esclava con un tono más áspero que de costumbre. Esta se hallaba remendando unas medias junto a la ventana, pero enseguida abandonó la labor y corrió escaleras abajo.

En cuestión de minutos, Polonia hizo acopio de nuevas piezas de hilo y, sin apenas aliento, retornó al piso superior para humedecerlos en una jofaina.

En efecto, la frente de su señora se hallaba caliente, y volvía a costarle respirar, por lo que las jóvenes la incorporaron en el lecho con ayuda de unos almohadones.

—Madre, tenéis que comer —la instó Luisa, viendo el estado tan débil que presentaba—. La abuela insiste en que ni el agua de violetas ni el palo dulce os sanarán, y desde anoche no habéis probado bocado. ¿Hay algo que os apetezca especialmente? Decídmelo y daré orden de que se os prepare; y si es necesario, yo misma me encargaré de proporcionároslo.

Esta última frase disgustó a Polonia, quien, como el resto de la servidumbre, no había descuidado sus funciones en ningún momento. No obstante, lo achacó al sentimiento de culpabilidad que aún atormentaba a Luisa, por lo que redobló

sus esfuerzos a la hora de mostrarse amable con la enferma. Si algo le había enseñado la vida era que, en ocasiones, una sonrisa resultaba más útil a la hora de abrir puertas que todo un manojo de llaves.

Media hora después, y cuando Luisa se hubo cerciorado de que los paños sobre la frente y los miembros obraban su efecto, las jóvenes respiraron con alivio y abrieron la ventana, al objeto de airear la habitación. El sol comenzaba a menguar, y el rumor que ascendía desde la calle —hasta lograr introducirse por sus oídos— las ayudó a desconectar por unos instantes, permitiéndoles evadirse de la dura realidad.

Esta vez la conversación no tuvo como protagonistas a los varones, sino al deseo de que pasase el invierno lo antes posible, y de este modo poder darle la bienvenida a la primavera, una estación que revolucionaba los sentidos de los sevillanos, y que rendía a los foráneos hasta hacerles caer presos de su embrujo.

Dado que la plática era del todo intrascendente, Luisa decidió hacer partícipe a su madre, para de este modo tratar de entretenerla y confortarle el ánimo. Y lo cierto es que su idea resultó de lo más provechosa, pues Isabel no solo tomó parte activamente sino que esbozó más de una sonrisa con las ocurrencias de Polonia, cuya trayectoria vital, pese a estar envuelta en un halo de tragedia, contenía algunos episodios de lo más jocosos.

—¿Tenéis por fin apetito? —insistió Luisa, aprovechando la coyuntura y mirando de reojo a la sirvienta, quien rápidamente la secundó.

Pese a estar desganada, Isabel atendió a razones y aceptó que le subiesen un poco de caldo, más por contentar a su hija que por reparar su debilidad. Algo que reconfortó a Luisa hasta el extremo de imaginarse a su madre levantándose de la cama y retomando sus costumbres al día siguiente.

Nada más lejos de la realidad, pues el mal que aquejaba a Isabel no había hecho sino comenzar su asedio.

# 22

Lo primero que le llamó la atención a Valdés tras pisar la elegante escalera del palacio Bertorelli fue el aroma a incienso arábigo, rayadura de naranja y mirra que flotaba en el ambiente. Este procedía de la alcoba donde se velaba el cadáver y parecía fluir a lo largo de la galería y los pasillos como una melodía cetrina que, en lugar de adueñarse de los oídos, lo hiciera por las fosas nasales.

Cuando era un crío, este olor le trasladaba inmediatamente al interior de las iglesias, y muy especialmente a los actos de celebración de la Pasión y Muerte del Señor, si bien, desde los funestos días de la epidemia, aquella mezcla de resinas no podía sino evocarle la presencia de la parca. Y es que, a falta de tumbas donde enterrar a los muertos —ni sumando todos los camposantos de las iglesias, conventos, hospitales, colegiatas y de la misma catedral había espacio para tantos miles—, los sevillanos se vieron obligados a abrir carneros para realizar sepulturas colectivas, pudiendo hallarse por todos los rincones extramuros, desde el Alto de los Humeros al Prado de San Sebastián, pasando por las puertas de Triana, de la Macarena o del Osario; y el único modo de ahuyentar el hedor a descomposición era perfumar las calles con incienso, alhucema y otros granos para quemar, los cuales llegaron a escasear ante la enorme demanda.

De ahí que, al recordar aquellos meses espantosos de los que la ciudad aún luchaba por recuperarse, el pintor se viese obligado a llevarse un pañuelo a la nariz, por evitar la náusea. Antes, se ofreció a ayudar a uno de los lacayos para subir la silla de ruedas de doña Catalina, quien, en los poderosos brazos de Urso, se asemejaba a una pluma. Una acción que el esclavo realizaba a menudo en su propia residencia y a la que ambos estaban acostumbrados.

Por más que el portero les insistiese en que no era necesario presentar sus respetos al difunto —bastaba con haber acudido al palacio a darles el pésame, según el empleado—, la mujer persistió en su idea de acceder a la capilla ardiente para poder despedirse de Pietro como correspondía a su antigua amistad.

Una vez que se hubo salido con la suya —el impacto que causó a los presentes su ingreso en la alcoba resultó extraordinario—, toda la servidumbre que allí se congregaba se esforzó por ofrecerle un recibimiento acorde con su estatus.

El primero en reconocerla fue Antonio de Leyva, quien, por más que hubiesen pasado los años, no había podido borrar de su cabeza aquella mirada azulada con la que doña Catalina podía derretir el hielo.

—Muy señora y dueña mía —comenzó a decir el secretario —, es un honor para todos los miembros de esta casa que vuestra merced nos haya honrado con su visita. Siento profundamente que la misma haya acontecido en circunstancias tan adversas, pero los designios de Dios son inescrutables. Para mis señores, que en paz descansen, así como para un servidor y todos cuantos los conocimos, su presencia y la de su esposo siempre fue motivo de alegría. Que el cielo le conserve la salud por muchos años. Si vuestra merced necesita alguna cosa, no dude en pedírmela. Los criados os atenderán en aquello que gustéis —concluyó mirando de reojo a Beatriz y Martín, que en esos momentos se hallaban situados frente a él.

—Gracias, don Antonio —respondió la dama, y seguidamente pidió licencia para que le permitiesen estar unos minutos a solas con el difunto, con la única compañía de Valdés Leal, artista a quien había solicitado, según le explicó al secretario, que tomase unos apuntes del natural con idea de realizar un retrato *postmortem* de su viejo amigo.

A Leyva aquella solicitud no le pareció descabellada, más bien todo lo contrario —él mismo había sido testigo del afecto que la dama sentía por sus señores—, por lo que ordenó a los sirvientes que cerrasen las puertas y los dejasen tranquilos en la capilla ardiente. Hecho que aprovechó el artista para realizar su tarea lo antes posible y, de ese modo, disponer de

unos minutos para escrutar la habitación en busca de alguna pista.

Mientras tanto, doña Catalina se concentró en el cadáver de Pietro, evocando sin pretenderlo el día que se lo presentaron.

Era un domingo de primavera, y tanto ella como su marido acababan de escuchar misa en el Salvador, su templo predilecto. A la salida, rodeados por una pléyade de feligreses, coincidieron con el banquero, quien iba acompañado de su esposa. Según le informó don Diego, la pareja procedía de Italia y llevaba viviendo en la ciudad desde hacía seis meses. Rápidamente, ambas mujeres congeniaron, y sus maridos les propusieron comer juntos ese día, un plan que se prolongó hasta bien avanzada la noche, cuando, tras varias horas de plática, los cuatro se despidieron efusivamente, emplazándose para otra ocasión.

Dada la falta de contactos de la que adolecía doña Elena —merced a sus negocios, su marido pronto conoció a numerosos aristócratas, clérigos y hacendados hispalenses, mientras que a su mujer le costaba horrores entablar una conversación por la falta de costumbre y su escaso dominio del idioma—, no tardó en hacerle llegar un recado a doña Catalina para que volviesen a encontrarse unos días después. Esta vez serían los italianos quienes ejercieran de anfitriones en su propia casa, organizando un almuerzo que el mercader Pérez de las Cuevas siempre recordaría como uno de los más espléndidos que había disfrutado en su vida. A esta comida le siguieron otras, tanto en sus respectivas residencias como en los mejores establecimientos de la ciudad, y más tarde llegarían las fiestas, las salidas campestres e incluso los recorridos por la costa, coincidiendo con el estío. Actividades que se sucedieron a lo largo de un intenso año y que sirvieron para que los hombres estrechasen su amistad e hiciesen negocios juntos y las mujeres se convirtiesen en confidentes. De este modo, Catalina supo de la obsesión de Elena por tener un hijo, y a su vez ella le confesó que, a causa de una enfermedad congénita de su marido, ella no podía engendrarlos; algo que parecía sellar sus destinos para siempre.

Con el paso del tiempo, y al ser consciente de que su anhelo

no se materializaría jamás, la florentina comenzó a caer víctima del desánimo, hasta el punto de no querer abandonar sus aposentos ni de día ni de noche, e incluso negarse a recibir visitas, algo que a su amiga le dolió profundamente, y que fue enfriando la relación hasta el día de la muerte de la extranjera.

Por eso, aquella tarde de invierno, al retornar al palacio Bertorelli y evocar la época en que ambos matrimonios fueron felices juntos, la dama no pudo reprimir el llanto, si bien este no afloró en sus serenos ojos azules, sino que brotó en las profundidades de su corazón y se deslizó hasta su estómago, provocándole un escalofrío que la sacudió por completo.

—Ya es suficiente —musitó sin contemplar la llama de uno de los hachones que flanqueaban el cadáver. Este se hallaba envuelto en un ropón negro que doña Catalina no supo identificar de primeras, pero que más tarde supo, por boca del secretario, que se trataba del hábito de la cofradía del Santo Entierro, de la que Pietro era hermano.

Valdés ya había inspeccionado la pieza en varias ocasiones y tomado las notas precisas, aunque no había logrado encontrar nada concluyente. De ahí que le rogase a la dama que, por medio de cualquier excusa, hiciese lo posible por dilatar su visita. De este modo tal vez podría obtener algún testimonio de los criados que le ayudase a atar cabos.

El pintor era consciente de que el tiempo corría en su contra, y de que más pronto que tarde el Santo Oficio tomaría una decisión respecto a Manuel.

Ambos ya se encontraban a punto de abandonar la alcoba —pese a las reticencias de Urso, Valdés se comprometió a atender a doña Catalina y manejar su silla de ruedas durante el tiempo que estuviesen en la estancia— cuando el artista distinguió un ligero destello a los pies de una de las hojas de la puerta. Rápidamente se agachó y recogió del suelo un hilo color turquesa que parecía habérseles pasado por alto a los alguaciles durante el registro, seguramente por encontrarse expedita la estancia en todo momento —que doña Catalina hubiese solicitado que los dejasen a solas seguramente había

motivado el primer cierre de la pieza desde la muerte del genovés.

Sin pronunciar palabra, el maestro depositó la hebra en su cuaderno de apuntes y procedió a enfilar la salida junto a la dama. Esta no reparó en el hallazgo de su acompañante, y él no tuvo ocasión de revelárselo, pues al poco de abrirse las puertas se toparon con el rostro de una veterana sirvienta, quien rápidamente les ofreció un refrigerio que ambos aceptaron.

Ya en el salón contiguo, donde el abogado de Pietro Bertorelli departía con el secretario acerca de los pormenores de la apertura del testamento, Valdés fingió que se le había derramado un vaso para poder hablar a solas con una de las criadas. Casualmente era la misma muchacha con la que se había tropezado esa mañana al salir de la taberna, por lo que, habida cuenta de la inadecuada conducta de aquella —la joven había rehusado la ayuda del artista alegando que tenía prisa—, se sintió obligada a responder a sus preguntas.

Y aunque en un principio se mostró recelosa, al ver que nadie los observaba —Angustias le pidió que la acompañase hasta el pasillo, al objeto de frotarle la mancha del jubón con un paño húmedo—, finalmente decidió revelarle la manera en que descubrieron el cuerpo del banquero.

Valdés afinó el oído e insistió en que le describiese todos y cada uno de los detalles: desde la postura en que se hallaba el cadáver al tono que presentaba su piel. Asimismo le preguntó si tenía los ojos cerrados o abiertos, si había detectado algún aroma extraño en la estancia —en ocasiones, los muertos por envenenamiento presentaban un olor a almendras amargas— y si tenía alguna marca que le hubiese llamado la atención. Al mencionar esto último, la criada apretó los labios e inspiró profundamente, por lo que el maestro intuyó que había dado en el clavo. De ahí que le insistiese en la necesidad de revelar este punto al objeto de cooperar en la liberación de un posible inocente.

Angustias finalmente accedió a describirle el símbolo que habían encontrado en el abdomen de Bertorelli, e incluso tomando entre sus manos el grafito del pintor, lo dibujó en su

cuaderno.

Por último, Valdés le preguntó de qué tonalidad era la estrella de cinco puntas aparecida en el cuerpo de la víctima, y le respondió que de color bermellón.

# 23

Concepción recuperó el aliento tras su intensa caminata hasta las inmediaciones de la puerta de Triana, y una vez atravesado el compás del convento de San Pablo el Real, se dirigió con paso firme hacia su destino.

Aún recordaba la primera vez que había visitado aquel impresionante lugar con Leonora, la sirvienta a quien tanto amor profesaba la hija de Valdés Leal, y de cuyos labios había escuchado infinidad de historias. De entre todas, las que más le gustaban a la pequeña eran las vidas de santos, comenzando por santa Catalina de Alejandría, a la que se encomendaban los escolares y los estudiantes, y concluyendo en san Ignacio de Loyola, cuya figura de soldado reconvertido en religioso siempre le había fascinado. Aunque desde la noche anterior, cuando supo que su madre se encontraba enferma, no había hecho más que acordarse de santa Bárbara, mártir cristiana que solía ser invocada contra la fiebre, la muerte súbita y las tormentas eléctricas —esto último le provocaba terror—, y a la que su abuela solía aludir cada vez que sonaba un trueno. Sin embargo, al ver que sus rezos no obraban efecto —por más que su madre se esforzase en fingir delante de sus retoños, ella sabía de sobra que continuaba muy enferma— la niña se armó de valor y se encaminó hacia el lugar donde, estimaba ella, podía hallar la solución al problema. Este era una capillita instalada en uno de los laterales del amplio templo dominico, que acogía una imagen muy especial.

Para llegar hasta donde se encontraba, Concepción hubo de sortear varios bancos y pasar por delante de un confesionario realizado en madera noble cuya elevada estructura la hicieron sentirse minúscula. No en vano, a sus ocho años, superaba por poco la vara y media de altura, si bien, al estar tan delgada, aparentaba algo más. Por lo demás, la penúltima de los hijos

de Valdés había heredado los rasgos físicos de su padre —sus llamativos ojos, de un marrón aterciopelado, eran calcados a los del pintor—, aunque su proceder, siempre amable, la asemejaba más a su progenitora.

Una vez delante de la imagen, la cual estaba realizada en barro cocido y policromada con gusto, Concepción se persignó y se puso de rodillas, antes de musitar:

*Ave María,*
*gratia plena,*
*Dominus tecum,*
*benedicta tu in muliéribus,*
*et benedictus fructus ventris tui Iesus.*
*Sancta Maria, Mater Dei,*
*ora pro nobis peccatoribus,*
*nunc et in ora mortis nostrae.*
*Amen.*

A continuación, y sin alzarse del reclinatorio, la pequeña buscó la mirada de María, cuya expresión de ternura iba unida a la del Niño Jesús, que parecía acoger con su manto, y le rogó por la curación de su madre. No en vano, aquella imagen era conocida como «la de las Fiebres» en base a una curiosa historia relacionada con Pedro I.

Al parecer, tras suceder a su padre Alfonso XI en el trono, y hallándose en la ciudad hispalense, el monarca castellano enfermó de calenturas hasta el punto de que ningún médico lograba hallar una cura. Tal era la preocupación de María de Portugal por su hijo que, encomendándose al poder divino, comenzó a rezarle a una imagen mariana de la que había tenido noticia. Pasados unos días, el mal desapareció y el rey comenzó a sentirse mejor, lo que motivó que la Virgen de las Fiebres fuese multiplicando su número de devotos, hasta convertirse en una de las imágenes más veneradas de la urbe junto a la Virgen de la Estrella, que se ubicaba en una ermita próxima a la puerta de San Juan, en la collación de San Lorenzo.

—Virgen bendita —comenzó a decir entre dientes, juntando las manos sobre el terciopelo rojo e imaginando promesas que

ofrecer a cambio de la recuperación de su madre.

Mientras Concepción dialogaba casi en silencio con la delicada efigie, dos personas se aproximaban por la nave opuesta, completamente ajenas a su presencia.

El primero portaba el clásico hábito dominico compuesto por una túnica, una capilla con capucha y un escapulario de color blanco, el cual iba rematado por un rosario de quince misterios sujeto al cinto y una capa de color negro. Mientras que a su lado caminaba una dama de mediana edad ataviada con un hermoso vestido gris oscuro de talle ceñido y mangas acuchilladas, que llevaba el rostro cubierto por una fina gasa de seda negra.

Ambos atravesaron el crucero lentamente, enfrascados en una conversación tan discreta que ni las beatas que se encontraban sentadas aguardando el inicio de la misa repararon en ellos.

Sin embargo, al poco de acceder al espacio donde se ubicaba la capilla de la Virgen de las Fiebres, la señora reparó en el perfil de quien se hallaba apoyada en el reclinatorio, identificándola inmediatamente. Y tanto le extrañó la presencia de la chiquilla en aquel lugar y sin compañía alguna —la sirvienta que acompañaba a la dama esperaba pacientemente en un banco situado cerca de la puerta— que decidió acercarse hasta ella e interesarse por su situación. Antes se despidió del fraile, cuyo pelo cano y tonsurado relucía en medio de la penumbra del templo, y lo observó mientras se alejaba con andar monótono en busca de la sacristía.

—Tú eres hija de Valdés, ¿no es cierto? —preguntó en voz baja la dama, con un tono tan dulce que, en un primer momento, la niña pensó que era la propia virgen quien le hablaba.

—Así es, señora —respondió tímidamente—. ¿A quién tengo el placer de dirigirme?

—¿No me reconoces?

Concepción afinó la vista y se detuvo a examinar el perfil velado tras la gasa. En un par de segundos, dio con la solución.

—¡Doña Ana! —soltó de pronto, aunque en un tono lo suficientemente bajo como para no llamar la atención de los

feligreses que, poco a poco, iban poblando la iglesia—. Disculpadme, señora, pero con esta oscuridad.

Doña Ana Caballero sonrió, y seguidamente le preguntó qué hacía allí, sola y tan lejos de casa. Entonces la niña le explicó que su madre estaba enferma, y que había ido a rezar por su curación.

Enternecida, la mujer le aseguró que sus súplicas serían escuchadas, y al ser consciente de que el sol comenzaba a menguar, se ofreció a acompañarla a su casa.

—¿Dejaréis que suba a vuestro carruaje? —se sorprendió al escuchar la propuesta.

—Naturalmente —asintió doña Ana, colocando una mano sobre su hombro izquierdo e invitándola a abandonar el templo—. Nada me apetece más que gozar de tu compañía.

Antes de salir, y mientras la noble enviaba a su doncella para que diese aviso al lacayo, Concepción miró de reojo a la capilla funeraria de estilo medieval que se hallaba a los pies de la nave y cerca de la puerta principal, las cuales poseían unos muros cubiertos por hermosos mosaicos con motivos de lacerías, todos del siglo XIV, y que se remataba con una excelente bóveda mudéjar y un rosetón de piedra.

Ya en el coche, doña Ana le preguntó a la pequeña por los síntomas que presentaba su madre, y esta expuso la información de la que disponía.

—¿Sabe tu familia que has venido hasta aquí sola? —inquirió, aun conociendo la respuesta.

—No.

Y al ver que la pequeña juntaba las manos y agachaba la cabeza, le espetó:

—No está bien salir de casa sin compañía, y menos a tu edad; pero tú has demostrado tener un gran corazón, por lo que confío en que sabrán disculpar tu falta. —Y dicho esto, le susurró al oído—: En caso contrario, muéstrate humilde y pide perdón. Todo se solucionará, ya lo verás.

—Gracias, señora.

En efecto, y tal y como preveía la esposa de Ortiz de Zúñiga, nada más poner los pies en el zaguán, Concepción fue duramente reprendida por sus hermanos, que estaban

preocupados por su repentina marcha.

Ella les contó la verdad, pero obvió la parte en la que había intervenido doña Ana, pues por nada del mundo deseaba implicarla.

Al escuchar que su nieta se había encomendado a la Virgen de las Fiebres, doña Luisa mudó el gesto y, tras acercarse hasta ella y palparle la cabeza, le depositó un beso en la frente.

# 24

A los pies del retablo mayor de la iglesia de San Jorge, Valdés Leal creyó escuchar a los niños atlantes conversando mientras sostenían las columnas salomónicas decoradas con guirnaldas de laurel y coronadas por capiteles compuestos.

«Mortuus et Sepultuus», parecían susurrar, mientras sus cuerpos rosados se estremecían de dolor al asistir al entierro de Cristo.

«Creo y espero», musitó el pintor al observar las imágenes talladas por Pedro Roldán en los laterales del ático. La Fe a la izquierda, la Esperanza a la derecha. Dos de las virtudes teologales a las que necesitaba aferrarse para no desfallecer en aquellas horas turbias. Y en el centro la Caridad, rematando aquella grandiosa obra diseñada por Bernardo Simón de Pineda, que, aun inconclusa, transportaba al espectador a la Jerusalén del siglo primero con una viveza indescriptible.

¡Cuántas veces había ejercido él de Nicodemo por ayudar a un José de Arimatea con los rasgos de Mañara, y de ese modo dar sepultura a reos de muerte!

¡Cuántos «amo» habían repetido entre dientes, mientras descendían a aquellos desgraciados del patíbulo y les daban un sepelio digno!

¡Cuántas lágrimas habían refrenado al verlos tan desamparados en la soledad de la cárcel, a los pies de la muralla o expelidos por el río!

«Dios me conceda la gracia de ser yo quien encabece el venidero entierro, con mi oficial rezando por mi alma y mi esposa y mis hijos lamentando mi pérdida, y no al revés», murmuró dirigiendo la mirada hacia los querubines y los ángeles mancebos, que parecían compartir su angustia.

«Dios se apiade de mí y me impida ver su carne trémula y sus ojos secos, y que sean ellos quienes asistan a mis exequias,

y no yo, cuando Él lo tenga a bien».

«A fe que no cesaré de dar tierra, junto a mis queridos hermanos, a aquellos desposeídos de afecto y justicia, a quienes todos rehúyen y nadie obsequia».

Minutos más tarde, con la mirada limpia y el ánimo recompuesto, el pintor se reencontró con el alma máter del proyecto en los jardines del hospital.

—Vos diréis, mi querido Juan —comenzó a decir Mañara, quien aquella mañana lucía unas grandes ojeras, consecuencia de sus escasas horas de sueño.

—Vengo a pediros consejo —respondió el artista—. Pero antes deseo enseñaros algo. —Y a continuación le mostró los papeles que sostenía en su mano—. Como podréis observar, son unos simples bocetos, sacados de mi inventiva a base de esfuerzo. Sé que no están a la altura de lo que demandáis, pero, en estos momentos, es lo único que puedo ofreceros. Desde nuestra postrera entrevista ha ocurrido algo terrible que necesito compartir con vos.

Cuando don Miguel escuchó esto último, le apremió a que le explicase en qué consistía el problema. Entonces Valdés le relató lo acaecido durante las últimas horas, desde la detención de Manuel de Toledo —a quien el caballero conocía y estimaba — a su imprudente visita a la fortaleza de Triana y sus indagaciones en la casa de Pietro Bertorelli. Precisamente al llegar a este punto, Mañara se sorprendió del arrojo mostrado por su amigo, pero, en lugar de reprocharle nada, ponderó su gesto. Luego le aconsejó que dejase correr los acontecimientos y confiase en la justicia divina, pues, estaba convencido, aquel entuerto hallaría remedio.

—¿Consideráis pertinente que me entreviste con nuestro hermano don Lope? A fin de cuentas, es el alguacil mayor, y tal vez él pueda intervenir en el proceso contra mi oficial. Al pintor le costaba entender la actitud displicente de su interlocutor.

—Hacedme caso, Juan —replicó Mañara, cuya escasa estatura no le impedía exhibir una enorme seguridad y

aplomo. Y tras señalar los rosales que él mismo había plantado el año anterior y que regaba con mimo, concluyó—: Al igual que esas flores lucen dichosas bajo el sol, vuestra alma resplandecerá antes de lo que esperáis, pues no debéis olvidar, mi querido hermano y amigo, que Dios provee siempre.

Esa tarde, el artista volvió a vestirse de negro para acudir al funeral del banquero. Con ocasión del trayecto hasta San Lorenzo volvió a reflexionar sobre su entrevista matutina, llegando a la conclusión de que debía seguir el consejo de Mañara y no precipitar las cosas. Durante años se había dejado llevar por su ímpetu, y esto le había acarreado infinidad de problemas. Nada perdía por depositar su confianza en el Altísimo, quien jamás le había fallado en los asuntos de importancia; aunque, como era obvio, no se mantendría al margen. Eso habría significado ir contra su propia naturaleza, algo que ni el propio Dios entendería.

Tanto el interior como los alrededores de la parroquia se hallaban a rebosar de vecinos, compañeros de oficio y demás conocidos de Bertorelli, por lo que Valdés se maldijo por no haber acudido antes a coger sitio. Desde el extremo donde se ubicó apenas podía distinguir el féretro y mucho menos a las personas cercanas al difunto, lo cual, unido a lo cargado que se hallaba el ambiente, le impulsó a salir y aguardar a que la comitiva abandonase el templo.

Para amenizar la espera, decidió acercarse a unos puestos que se alzaban en la Carrera Vieja de San Lorenzo, los cuales, además de ofrecer licores y dulces, disponían enseres domésticos, antiguallas y otros útiles. Sin embargo, lo que más llamó su atención fue un tenderete dedicado a la venta de literatura de cordel, el cual estaba a cargo de un anciano tan arrugado como el pellejo de una pasa. No en vano, más que atender a los potenciales clientes, este parecía formar parte del paisaje que conformaba su propia mercancía, una masa de pliegos, hojas sueltas o cuadernillos entre los que despuntaban

las obras de tipo fabulatorio que se exhibían sujetas por hilos de bramante.

Entre otras curiosidades, Valdés distinguió libritos impresos con romances, coplas y oraciones, siendo de especial interés las relaciones que describían hechos tales como batallas, fiestas o catástrofes naturales. Pese a todo, decidió adquirir un ejemplar que contenía fragmentos del *Libro de pintura* de Pablo de Céspedes, racionero de la catedral de Córdoba a la par que pintor y humanista, que residiese algunos años en Sevilla —ciudad en la que cultivó una gran amistad con Pedro Pacheco, el suegro de Velázquez—. Aquí dejó obras de gran valía, como los ocho lienzos que adornaban la cornisa de la sala del cabildo catedralicio, o el *San Hermenegildo* y el *Cristo en el desierto servido por los ángeles*, ambos realizados para la Casa Profesa de la Compañía de Jesús. Empero, lo que a Valdés le cautivó fue su faceta poética, que había sabido combinar con los conocimientos pictóricos de manera ingeniosa, dando a luz unos versos de gran altura literaria. Especialmente le gustó uno que comenzaba diciendo:

*Será entre todos el pincel primero*
*en su cañón atado y recogido,*
*del blando pelo del silvestre vero,*
*(el bélgico es mejor y en más tenido);*
*sedas el jabalí, cerdoso y fiero*
*parejas ha de dar al más crecido;*
*será grande, o mayor, según que fuere*
*formado a la ocasión que se ofreciere.*

Concluido el funeral, el artista se acercó lo más que pudo a las puertas del templo, pues su intención era observar las reacciones de la gente. Así pudo distinguir al secretario personal de Bertorelli, cuyo rostro permanecía impávido, a algunos miembros de la servidumbre de su palacio —Angustias inclinó la cabeza a modo de saludo nada más verlo— e incluso a un par de caballeros veinticuatro que parecían haber conocido al matrimonio italiano.

Pero, por más que se esforzó en escrutar los semblantes de quienes integraban la comitiva fúnebre, no logró hallar un

atisbo de culpabilidad o cualquier otro detalle que le hiciese sospechar. De ahí que decidiese iniciar el camino de vuelta con no poca decepción y un buen número de preguntas en la cabeza.

¿A qué mujer se refería el anónimo? ¿Quién había podido denunciar a su oficial y por qué razón? ¿Sería cierto que este había abandonado la residencia poco antes de que se hallase el cadáver? Y en caso de hacerlo, ¿qué razón le había impulsado a estar allí en horas tan intempestivas?

En esas estaba cuando, recién salido de la nada, un beodo comenzó a proferir insultos contra el fallecido, cuyo féretro se encontraba en esos momentos a punto de ser inhumado.

Por lo que pudo distinguir Valdés, aquel hombre se lamentaba de ciertas operaciones realizadas por el difunto que le habían conducido a la ruina. Tal era su estado de embriaguez que la mayor parte de la gente decidió apartarse e ignorarlo. Sin embargo, al ver que nadie reaccionaba, el infeliz se aproximó aún más a las puertas del templo y rompió el jarro de vino que portaba en su diestra, amenazando con autolesionarse.

Nada más ver cómo aproximaba uno de los trozos punzantes a su sucia garganta, dos muchachas comenzaron a gritar, provocando que la comitiva se detuviese en la nave central.

De inmediato, todos los que rodeaban el ataúd dirigieron sus miradas hacia la puerta.

Espoleado por el triunfo, el borracho juró que se mataría allí mismo si la familia del muerto no prometía hacer justicia y compensarle su pérdida. Algo que provocó que a Antonio de Leyva le mudase el color.

Sin embargo, antes de que el asunto llegase a mayores, una figura se aproximó por detrás del desgraciado y lo tumbó en el suelo, provocando que abandonase sus pretensiones y se echase a llorar.

Instantes después, cuando los alguaciles se lo llevaban preso, Valdés pudo distinguir los rasgos del héroe, los cuales pertenecían al escultor Francisco Antonio Ruiz Gijón, que solía frecuentar la Academia de Dibujo en compañía de Pedro Roldán.

—A fe que vuestra intervención ha evitado una tragedia —señaló el pintor, tras el correspondiente saludo.

Este sonrió y le restó importancia al asunto, explicándole que se hallaba allí por casualidad, ya que su mujer, Teresa —a la sazón viuda de su desaparecido maestro, Andrés Cansino—, había conocido en vida a doña Elena Caccini, quien fuese esposa de Bertorelli.

Finalmente, los artistas se despidieron hasta un próximo encuentro.

# 25

A las ocho y media en punto, Valdés Leal se encontraba frente la fachada de la Casa Lonja, el soberbio edificio mandado construir por Felipe II para acoger a los mercaderes que, desde antiguo, venían efectuando sus transacciones en el entorno de la catedral. Una mole de planta cuadrada y perfecta que debía sus primeras trazas al autor del monasterio de El Escorial, Juan de Herrera, y que se elevaba sobre unas elegantes gradas situadas frente al templo mayor de la ciudad.

Antes de acceder a su interior, el maestro cumplió con el rito de persignarse ante la cruz del Juramento, la cual estaba labrada en jaspe y se alzaba exenta entre la inmensa construcción y la no menos deslumbrante catedral.

Ya en el piso superior, y mientras recorría la galería rematada con bóvedas vaídas de diversa traza y casetonado —todo un alarde de estereotomía—, al artista se le vino a la memoria el esfuerzo que debieron realizar los primeros académicos para dignificar el local cedido en aquel edificio. Estos se centraron fundamentalmente en aislar mediante un cerramiento de fábrica el salón donde se impartirían las clases del resto de la Lonja de Mercaderes, un lugar cuyas naves disponían de mucho espacio libre pero malas posibilidades para obtener el silencio, el aislamiento y la concentración que los pintores requerían.

Un cahíz de cal fue lo que el diputado Valdés Leal aportó para ejecutar aquel empeño, mientras que Murillo —por entonces uno de los presidentes electos junto a Herrera el Mozo— ofreció doscientos ladrillos.

Llegado a la esquina nordeste, el maestro se atusó el bigote y elevó el mentón por encima de la golilla antes de saludar a Rocaforte, el portero contratado para controlar el acceso, quien inclinó la cabeza dándole las buenas tardes. Como era habitual,

este le preguntó por su familia, siendo informado al instante de que todos se hallaban bien de salud. El motivo de esta respuesta era que el pintor conocía la inclinación de aquel subordinado a contar chismes, por lo que se guardaba de proporcionarle detalles que le llevasen a elucubrar; máxime cuando, desde su fundación, la única norma restrictiva de la institución era la prohibición de hablar sobre todo aquello que no fuese «tocante al arte de la pintura». Sin embargo, dado el talante exaltado de algunos de los asistentes, resultaba difícil conseguir este propósito.

—Dichosos sean los ojos —fue la frase pronunciada por Cornelio Schut, el hombre que había acompañado a Valdés durante su efímera presidencia, nada más verlo entrar. Este le respondió con un guiño y posteriormente dedicó un saludo al resto de artistas presentes.

Pese a haber abandonado su cargo de manera abrupta hacía seis años, a nadie escapaba que el recién llegado era uno de los pilares fundamentales sobre los que se sustentaba el proyecto, de ahí que la práctica totalidad de los académicos tuviese en consideración sus opiniones y le mostrase un gran respeto. Empero, aquella tarde, el virtuoso no había acudido a la Casa Lonja a dar consejos ni a sujetar pinceles, sino a seguir el rastro de su oficial, a cuyo puesto se dirigió tras fingir interés en los trabajos de dos profesores que trataban de esbozar el perfil de Cristóbal de los Reyes, modelo habitual de la Academia y amigo íntimo del joven detenido. Este se hallaba desnudo, elevado sobre un estrado de madera tras el que se alzaba un espejo de cuerpo entero que permitía contemplar sus nalgas y la línea completa de su espalda. Pese a todo, al ver a Valdés, no dudó en abandonar su puesto y cubrirse con una camisa para interesarse por el joven:

—¿Cómo está? ¿Sabéis por qué lo han detenido? —musitó visiblemente preocupado.

El maestro lo condujo hasta un lado y le reveló lo poco que sabía.

—Mantenedme informado, os lo ruego. Manuel es como un hermano para mí, y nada desearía más que volver a verlo entre estos muros.

Valdés se lo prometió, y a cambio le pidió que rezara por él, pues las próximas horas se presentaban cruciales. Luego se despidió y se dirigió al puesto donde se ubicaba su discípulo durante las clases.

El mensaje anónimo indicaba que Manuel había sido visto abandonando el palacio del banquero con una bolsa «de las que usan los pintores», y que «estaba alborotado», por lo que, al hallarse el cadáver a la mañana siguiente y descubrirse la estrella pintada en su abdomen, alguien lo había relacionado con el crimen.

Dado que Angustias, la criada de Pietro Bertorelli, le había asegurado que el color del símbolo era el bermellón, Valdés tuvo claro que la presencia o ausencia de esta pintura resultaba clave para dilucidar su implicación en la historia. Él mismo había comprobado cómo Manuel preparaba una nueva remesa en su obrador, lo que le hacía temer lo peor.

Y en efecto, por más que el maestro buscó entre los objetos de su oficial, no halló rastro de aquella sustancia colorada, la cual parecía haberse esfumado, como su confianza ciega en él.

«¿Qué has hecho, muchacho?», se preguntó desarmado, tratando de hallar respuestas a aquel sinsentido.

En esas estaba cuando vio acercarse a Sebastián de Llanos, la persona que le había sustituido en el cargo hacía más de un lustro, y con quien jamás había tenido afinidad. Este era alto, de facciones duras y gesto adusto, y siempre iba ataviado con esmero, como correspondía a su hidalguía.

Una vez intercambiados los saludos de rigor, el rector fue directo al grano e inquirió a su colega sobre el asunto que le había llevado hasta allí.

—No me preguntéis cómo, pero han llegado a mis oídos noticias sobre la detención de Manuel de Toledo —comenzó a decir Llanos—, y dada vuestra cercanía y el afecto que le profesáis, imagino que os halláis consternado. A fe que lo lamento muchísimo.

Valdés le agradeció el gesto, pero se preparó para soportar la tormenta que, sin duda alguna, llegaría a continuación.

—Bien sabéis que esta Academia se ha distinguido siempre por la discreción. Nadie de los que integramos su nómina

estamos libres de pecado, ¡qué duda cabe de ello!, pero aun así nos esforzamos por mantenernos alejados de las tentaciones mundanas y cuidamos las formas en nuestro día a día. Así lo acordamos en nuestra primera asamblea, y así lo recogen nuestros estatutos. Y con esto no quiero que me malinterpretéis…

—Dejaos de rodeos, os lo ruego.

El presidente enmudeció al escuchar aquello. Y aún más cuando su interlocutor añadió:

—Sé lo que vais a advertirme. Y os aseguro que no es necesario, pues haré cuanto esté en mi mano para hallar una solución a tan grave problema. De hecho, en ello estoy.

—Entendedme, maese Valdés…

—¡Entendedme vos a mí! —Esta vez el pintor fue directamente al cuello de su oponente, como el perro apaleado que muestra los dientes en cuanto le dan oportunidad—. Si he de ejercer de Abraham y sacrificar a mi propio hijo, empuñaré la daga como corresponde. Pero únicamente si es declarado culpable. Antes, permitid que me aferre a mis convicciones y mueva cielo y tierra hasta descubrir la verdad. Solo de ese modo seremos libres. Él, la institución y yo mismo.

Un rato más tarde, cuando el artista se hallaba en el exterior tratando de excretar su ira, un hombre se avino por detrás y le indicó que lo acompañase hasta uno de los callejones que se abrían a la calle Génova.

Se trataba de Juan Martínez de Gradilla, mayordomo de la Academia, quien siempre le había admirado y apoyado en todas sus decisiones.

—No le hagáis caso —dijo refiriéndose a Sebastián de Llanos, con quien Valdés compartía una absoluta devoción por el artista Herrera el Viejo—. Solo le restan unos pocos meses en el cargo, y aun así parece estar obsesionado por controlarlo todo.

—¿Cómo sabéis…? —Valdés estaba sorprendido de que el profesor estuviese al tanto de la conversación que había mantenido con el presidente.

—Lo de Manuel es *vox populi*. Y creedme que, desde que tuve noticia de su detención, sufro por él y por vos. —Gradilla lo miró a los ojos con una sinceridad que no dejaba lugar a dudas.

—¿Cuándo fue la última vez que lo visteis? —le espetó, tratando de hallar luz entre tanta sombra.

—No sabría deciros —señaló—. Pero de lo que sí estoy seguro es que la tarde anterior a la muerte de Bertorelli, vuestro oficial no visitó la Academia.

# 26

—Juguemos al escondite —propuso Antonia a su hermano, quien acababa de abandonar la alcoba de su madre.

—¿No podría ser en otro momento? —replicó Lucas, a quien los pasatiempos infantiles ya le iban pareciendo cosa del pasado.

—Por favor —insistió la pequeña, con una mirada tan tierna que costaba decirle que no. A esto se sumó que, en los últimos días, y debido a la enfermedad de su progenitora, apenas había salido de casa, y necesitaba desfogarse de algún modo.

—De acuerdo —cedió Lucas—. Pero solo un rato.

—¡Yo me escondo primero!

—Adelante —la animó—. Mientras tanto, yo contaré hasta diez.

—Mejor hasta veinte. Así tendré más tiempo para esconderme.

—Está bien —concedió su hermano—. Pero solo puedes hacerlo aquí abajo. No debemos molestar a madre con nuestros juegos.

Antonia aceptó a regañadientes, y seguidamente obligó a Lucas a darse la vuelta y colocarse frente a una de las columnas del patio.

—¡Cierra bien los ojos!

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis…

Segundos después, el niño comenzó su búsqueda por las diferentes estancias de la casa, comenzando por el salón y continuando por los pasillos, hasta llegar a la zona donde se encontraban las habitaciones de la servidumbre.

«¿Dónde se habrá ocultado esta cría?», se preguntó, e inmediatamente tragó saliva al objeto de entretener su estómago, que ya comenzaba a presentar signos de impaciencia.

Al ver que Antonia no aparecía, decidió quedarse quieto y escuchar en silencio. Estaba seguro de que, tarde o temprano, la pequeña cometería algún error que la delataría. Y lo cierto es que, al poco de tomar aquella decisión, vislumbró el contorno de una puerta que parecía entreabierta.

«¡Ahí está!», masculló satisfecho, y ni corto ni perezoso se dirigió a la estancia despacio y sin hacer ruido, con idea de sorprenderla. De este modo podría poner fin al divertimento y dirigirse a la cocina, en busca de pitanza.

Sin embargo, lo que vio al otro lado del resquicio le dejó pasmado.

Se trataba de Leonora, quien, ajena a su presencia, se hallaba de espaldas a la puerta, terminando de colocarse la camisa. Esta era de lino, de un color blanco impoluto, y contrastaba con sus carnes, que a Lucas le parecieron rosadas, como las de los ángeles creados por su padre para custodiar a la *Inmaculada* de San Agustín.

Dicha visión fue excitante no solo por su contenido, sino por el hecho de haber tenido lugar tan de improviso. Y es que el inocente Lucas, pese a estar acostumbrado a ver hechuras de toda naturaleza en los lienzos, jamás había tenido ocasión de observar los volúmenes de una mujer, y mucho menos en su casa. De ahí que sintiese un extraño hormigueo que le paralizó los miembros y le impidió reaccionar.

Tuvo que ser Antonia, quien, emergiendo al final del pasillo, le arrancase de su estado de asombro, impulsándolo a correr tras de ella en dirección al patio.

—¡He ganado! —celebró la pequeña una vez que logró acceder al pilar donde se había iniciado el juego. Su hermano aceptó la derrota y le sugirió que buscase a Concepción, para retarla a un nuevo duelo.

Una vez que se hubo marchado, Lucas se dirigió a la cocina sin poder borrar de su cabeza las líneas sinuosas de Leonora, las cuales le acompañarían siempre.

Una vez allí, extrajo de la alacena un trozo de lomo curado, el cual despachó con avidez, y a continuación se hizo con unas alcaparras que holgaban en un recipiente de barro.

Mientras comía, Lucas no dejaba de mirar hacia la entrada,

temeroso de que alguien le descubriese en pleno ataque de gula, o algo mucho peor: que la sirvienta a quien había sorprendido vistiéndose viniese a increparlo. En consecuencia, se aprovisionó de unas nueces, las cuales depositó en la mesa tocinera mientras trasteaba en los muebles, y se lanzó a por los salazones, las conservas y los quesos. Una tajada de aquí, otra de allá, el niño parecía no sentirse satisfecho, por lo que, en su ansia por acapararlo todo, mantenía ocupadas ambas manos así como todos los dientes.

Concluido el festín —parecía que no hubiese probado bocado en una semana—, decidió trasladarse a su cuarto y esconder los frutos secos en un lugar seguro, para disponer de ellos cuando le volviesen a rugir las tripas. Sin embargo, al igual que ocurriese con el pan, en cuanto volvió los ojos al tablero, descubrió que las nueces no se encontraban en su sitio.

«¡Diablos!», rumió enfurecido, mientras abandonaba la cocina y se precipitaba hacia el patio en busca del ladrón.

No llevaba ni un minuto buscando, cuando, al otro lado del muro que separaba su casa de la contigua, escuchó ladrar al perro de su vecino, y poco después al susodicho, gritándole:

—¡Colás! ¡Maldito lebrel! Has vuelto a huir. ¡Ven aquí, ganapán! ¡Ven aquí ahora mismo! Ahora sabrás lo que es bueno…

En cuanto Lucas fue consciente de los golpes, sintió que le hervía la sangre.

¿Qué valor tenía un trozo de pan o unas simples nueces en comparación con la vida de esa criatura? ¿Realmente era necesario maltratarlo de ese modo?

Y viendo que el pobre animal no cesaba de gemir, el niño se vio obligado a intervenir, echándose a la calle con ardor y arrojando un puñado de guijarros contra las puertas del bárbaro.

Luego, regresó por donde había venido y oyó cómo este vociferaba por partida doble.

# 27

«Entonces dirá el rey a los de su derecha: "Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme"».

Con la única compañía de un fanal, Valdés Leal releyó un par de veces el texto de san Mateo, e imaginó la balanza que recogía las obras de los hombres a lo largo de toda su existencia, y que sin duda serían evaluadas el día del Juicio Final.

Sobre un platillo reposarían los vicios, las acciones mezquinas y aquellas disposiciones que hubiesen causado daño al prójimo; mientras que el otro acopiaría los gestos de misericordia, la expiación de las faltas y las oraciones elevadas al Cielo.

Y en medio de todo, Cristo, como Juez Supremo que sostiene la balanza e ilustra el secreto del equilibrio: «Ni más pecados son necesarios para la condenación, ni menos virtudes son necesarias para la salvación».

Con la mano diestra empuñando el carboncillo y el corazón entregado a su encomienda, el maestro fue esbozando los conceptos transmitidos por Mañara, quien a su vez había bebido de las fuentes del padre Cárdenas, el buen jesuita al que consideraba su amigo. Al entendimiento de ambos se debía aquella iconografía simbólica que, alojada en los resquicios de la mente, pugnaba por trasladarse al papel y, más pronto que tarde, cobrar vida a través del óleo.

Dos cúmulos de signos frente a frente.

Dos epítomes de conductas.

Dos altares alegóricos que trataban de reproducir la

disyuntiva a la que debía enfrentarse el ser humano siguiendo su libre albedrío.

No estaba Valdés en su momento óptimo. Los últimos acontecimientos le habían hecho reflexionar más que nunca sobre la fugacidad de la vida, los buenos y malos afanes, el ejercicio de la prudencia y las consecuencias de los yerros. De ahí que hubiese resuelto proyectar ese sentimiento a modo de desahogo, siguiendo las pautas marcadas por el hermano mayor de la Santa Caridad, pero al mismo tiempo dejando fluir sus desasosiegos para lograr un trabajo único.

Ya conocía bien el rostro de la parca, y aunque estaba seguro de que volvería a encontrarse con ella cara a cara, ahora su espíritu demandaba planear el segundo episodio de los Novísimos, aquellos estados por los que han de pasar los hombres al final de su vida, y que más allá de los Libros Santos, también son llamados Postrimerías.

Muerte, Juicio, Infierno y Gloria.

Cuatro conceptos difíciles de asimilar a través del discernimiento, pero de fácil lectura en lo íntimo.

Con los ojos entornados y el talento aflorándole por los poros, el artista se dedicó a dibujar la silueta de una lechuza, ave utilizada para evocar la presencia de la muerte desde la tradición mitológica griega. Esta se hallaba ubicada a la izquierda de la balanza, y su mirada tenebrosa perseguía la interacción con el espectador, en este caso el propio autor, de un modo vívido y espeluznante. Al sumergirse en sus contornos —crudos, inexpresables y arcanos—, el pintor sintió un escalofrío que le recorrió de parte a parte y que inevitablemente le llevó a conectar con sus propios miedos. Tanto que incluso le pareció escuchar el ulular lejano de aquella criatura nocturna.

A continuación, y mientras henchía de negro carboncillo el plumaje del pájaro, sintió una presencia a sus espaldas, la cual le impulsó a girarse de inmediato. Para su sorpresa, se trataba de una mujer adulta, con el rostro velado y envuelta en un amplio manto de palmilla, que acababa de cruzar el umbral

cerrando la puerta tras de sí.

—¿Quién sois? —preguntó el maestro, tratando de adivinar los rasgos que se ocultaban tras el velo.

No obstante, en lugar de responder a su pregunta, la visitante se llevó el dedo índice a la boca, en señal de silencio; este pertenecía a su mano izquierda, y al pintor le resultó vagamente familiar. Tras esto, caminó varios pasos hasta situarse a dos palmos de Valdés, y sin mediar palabra, se despojó de su manto y lo dejó caer con suavidad, dejando a la vista todos sus encantos.

La primera intención del pintor fue recoger la prenda del suelo para cubrir la desnudez de la hembra, pero algo dentro de él le impelió a sondear aquellas formas que parecían desafiarle en su voluptuosidad, y a dejarse llevar por el placer que le proporcionaba su vista. No en vano, aquella entidad que inducía a la concupiscencia, parecía emular a la mismísima Eva recién desterrada del paraíso; si bien, a diferencia del personaje bíblico, esta ni siquiera utilizaba una hoja vegetal con la que cubrir lo inmencionable.

Era aquel ser tan glorioso en su trazo como infernal en su provocación, y dado que el pintor se hallaba solo y completamente a su merced, no pudo por menos que aguardar el siguiente lance.

Como una fruta carnosa que induce a saborearla lentamente, la mujer dejó caer el cuello ligeramente hacia atrás y buscó la boca del varón, aun sin desvelar su rostro. Su dueño parecía estar preso de un encantamiento, ya que, cuanto mayor era su esfuerzo por desplazarse o articular palabra, tanto más difícil le resultaba apartar sus ojos de aquella beldad.

Justo en el instante en que la figura retiró la gasa de su faz, por posibilitar el contacto, el maestro confirmó lo que ya intuía. Aquel maravilloso cuerpo pertenecía a doña Ana Caballero, la dama cuyo aroma a flores remotas le había transportado a miles de leguas la jornada anterior, estimulando su hombría y poniendo en jaque sus votos matrimoniales.

Demasiada belleza en el frasco; demasiada lujuria en el aire; demasiada apetencia en el débil.

Ávido de probar aquella ambrosía, y aun siendo consciente de su infracción, el pintor buscó la fresa que doña Ana tenía por labios, y se imaginó asediando volúmenes y confiscando oquedades, mientras sentía arder sus miembros en una danza lasciva y subrepticia.

Mas antes de entrar en contacto con la humedad rosácea, Valdés sintió que dos manos se aferraban a sus tobillos y tiraban de él hacia abajo. Estas habían brotado inesperadamente, como dos serpientes abrasadoras que deseasen arrastrarlo hasta el fondo del averno.

Sin poder emitir queja, el pintor comprobó cómo su cuerpo se hundía palmo a palmo en el piélago en que se había convertido el suelo, el cual se cerraba en torno a él, desgarrándole la piel y los músculos y arañándole los huesos. De ahí que elevase los ojos en busca de auxilio, descubriendo horrorizado que el bello rostro al que había estado a punto de rozar tenía las cuencas vacías, la nariz mutilada y la mandíbula seca; mientras que el resto del cuerpo, antes fascinador y encarnado, ahora era una arruga latente, desprovista de brillo y calor humano, que incluso repelía a la vista. En suma, el vivo retrato de la muerte.

Quiso gritar, pero no pudo.

Quiso aferrarse a la tierra, pero sus manos no respondieron.

Quiso rogar a Dios que apartase de él ese cáliz amargo, pero se sintió un miserable.

Por tanto, hizo lo único que podía hacer en aquellas circunstancias: evocar a su querida esposa e implorar desde el amor que intercediese por él.

Esta vez sí notó que sus pulmones tañían y su garganta vibraba, y aunque el volumen de su voz resultaba exiguo, dada la profundidad en la que se encontraba, tuvo la certeza de que obtendría respuesta.

«¡Isabel!».

«¡Isabel!».

Antes de pronunciar el nombre por tercera vez, Valdés despertó en su obrador y comprobó que todo había sido un sueño.

Sobre su mano aún reposaba el carboncillo con el que había

estado dando forma a su boceto, y desde el papel, dos ojos abisales lo escudriñaban, como inquiriéndole sobre sus pensamientos.

Con el cuerpo cortado y la conciencia maltrecha, el pintor se alzó del taburete, y dejando el trabajo a medio terminar, se recompuso con presteza por regresar cuanto antes a casa.

# 28

*Beatus vir, qui non abiit in consilio impiorum et in via peccatorum non stetit et in conventu derisorum…*

Apenas se había entonado el primero de los salmos, cuando uno de los hermanos se percató de que fray Alonso no se hallaba en su asiento correspondiente del coro. A esas horas, recién comenzado el oficio de maitines, el templo se hallaba en penumbra, alumbrado únicamente por las luces de los candelabros, cuyas tímidas llamas presagiaban los primeros rayos de sol sobre la collación de Santa María.

Sin mediar palabra, este buscó la mirada de Hipólito, un joven contrahecho que ayudaba en las tareas de mantenimiento, para que fuese a buscarlo. Dada su avanzada edad —el fraile superaba los setenta años—, seguramente se habría quedado dormido. Y es que su trabajo como bibliotecario le ocupaba prácticamente todas las horas del día y parte de la noche, abandonando únicamente su labor para asistir a la iglesia o al refectorio.

Tras golpear repetidas veces la puerta de su celda y ver que no respondía, Hipólito se tomó la licencia de darle apertura y comprobar lo que ya sospechaba, que el anciano no se encontraba allí. De hecho, la cama estaba sin deshacer y la estancia se hallaba impoluta, por lo que supuso que estaría en la biblioteca, como de costumbre. En consecuencia, abandonó presuroso el ala donde se ubicaban los dormitorios y se adentró en el claustro, cuyas paredes estaban adornadas hasta la mitad de finísimos azulejos con diversidad de pinturas, mientras que de la otra, hasta lo alto de las bóvedas, aparecía descrita la vida de san Pablo así como alusiones al Antiguo Testamento, los doctores de la Iglesia o destacados miembros de la orden de Santo Domingo. En suma, toda una catequesis plástica que, junto a los arcos porticados, la elaborada

techumbre y las esbeltas columnas, hacían de aquel conjunto uno de los mejores exponentes de la arquitectura religiosa de la ciudad. No en vano, el convento dedicado al apóstol nacido en Tarso, más que un cenobio parecía una villa, dada la magnitud de su espacio, el número de estancias y la belleza de su fábrica, poseyendo, además del hermoso claustro y la iglesia, otros dos patios, un oratorio y un huerto. Precisamente en este último era donde pasaba la mayor parte de su tiempo Hipólito, ya que, desde que abandonase la casa cuna al cumplir los ocho años, había encontrado su vocación allí donde crecían las plantas, dedicándose en cuerpo y alma a su cuidado y alejándose de ellas únicamente cuando era requerido para otros menesteres. Y es que, al tratarse de un expósito con evidentes problemas físicos, su único objetivo en la vida consistía en sentirse útil para los demás —especialmente aquellos que le proveían de techo y comida— y encomendarse a Dios para lo que tuviese a bien disponer. Y era precisamente entre las especies odoríferas donde Hipólito más sentía la presencia del Creador, volcando todo su ser en el estudio y el cuidado de las flores, algo a lo que sin duda contribuía el hermano Alonso, quien, además de haberlo iniciado en las letras, solía proveerle de volúmenes sobre botánica, los cuales devoraba con ansia.

Asimismo, al ser un entusiasta de la biblioteca —el convento de San Pablo el Real contaba con una de las mejores del reino—, el muchacho solía colaborar en el arreglo de la misma, hallándose familiarizado con algunos de los tesoros que allí se custodiaban: desde la *Práctica y teórica de cirugía en romance y en latín*, de Dionisio Daza Chacón, al *Desengaño contra el mal uso del tabaco,* de Francisco de Leiva y Aguilar, pasando por el *Mundus subterraneus*, del jesuita alemán Athanasius Kircher. Aunque si había una obra que le seducía esa era el *Theatrum Orbis Terrarum*, de Abraham Ortelio, editado por primera vez en Amberes y considerado el primer atlas moderno.

Sumergirse en sus páginas y aspirar aquel aroma inefable le permitía viajar más allá de las fronteras de Híspalis, así como imaginarse visitando unos lugares a los que difícilmente

tendría acceso. De ahí que, cada vez que traspasaba el umbral de su estancia favorita, Hipólito se dejase llevar por la fascinación que le producían aquellos compendios del saber, los cuales veneraba casi tanto como los frutos de la naturaleza.

Lejano ya el eco del salterio, y una vez en las entrañas del archivo, el deforme se apartó el mechón castaño de la frente y tosió un par de veces a causa de la humedad —aún faltaban más de dos meses para la primavera y ya suspiraba por dejar atrás los fríos del invierno que tanto mal le hacían a sus pulmones, ya de por sí dañados por el arqueamiento de la columna vertebral—; luego dirigió sus pasos por entre los anaqueles, en busca del dominico. Este solía robarle horas al sueño para realizar inventarios, anotar los títulos de futuras adquisiciones o simplemente imbuirse en la lectura de algún manual; algo que, en no pocas ocasiones, había despertado la envidia de sus hermanos, quienes debían ocuparse en asuntos mucho más triviales que los relacionados con la letra impresa, y sobre todo más fatigosos. No obstante, fiel a su carácter reservado —fray Alonso era un castellano de Guadalajara—, a su admirable erudición y su seguridad en sí mismo, solía abstraerse de los comentarios vertidos a sus espaldas, especialmente aquellos que solían tacharlo de perezoso.

—Fray Alonso —pronunció Hipólito en la soledad de la biblioteca, que, como era de esperar, se hallaba iluminada en un solo punto, el cual se correspondía con el escritorio del anciano.

Al no obtener respuesta, el joven frunció el ceño y volvió a repetir su nombre, esta vez acelerando el paso por avanzar hacia el fondo, donde confiaba hallarlo. Sin embargo, por más que lo llamó, no consiguió averiguar donde se encontraba, y ello pese a que el fanal que descansaba sobre la mesa parecía indicar lo contrario. Este llevaba encendido varias horas, o al menos eso podía calcularse a tenor del estado de la vela, la cual menguaba minuto a minuto junto a una copia del libro V de *De humani corporis fabrica libri septem,* obra de Andrés Vesalio que recogía un amplio estudio de la anatomía —

concretamente el volumen abierto sobre el escritorio estaba dedicado a los órganos abdominales—. Un tratado a cuyo mérito investigador había que sumar las extraordinarias xilografías que jalonaban sus páginas y que llamaban la atención incluso a distancia.

Sin embargo, esta vez Hipólito no se detuvo a contemplarlas, sino que agudizó los sentidos por escrutar el espacio, volviendo a pronunciar el nombre del dominico, cada vez con mayor incertidumbre.

—Fray Alonso —exclamó por enésima vez, sin llegar a comprender dónde se había metido el fraile.

Seguidamente, y a punto de abandonar la biblioteca —inevitablemente, a partir de ese momento, debería continuar la búsqueda en otro lugar—, el jorobado se acercó hasta la mesa para apagar la vela.

Fue entonces cuando sus ojos se cruzaron con los de su mentor.

# 29

—¿Desea vuesarced aparecer retratada en la pintura?

En la intimidad de su salón, doña Cristina Matienzo, dama noble que acababa de enviudar por segunda vez, se encontraba concertando el encargo de un retablo para su capilla funeraria. Esta había sido adquirida en la iglesia del convento del Espíritu Santo, fundado por los Clérigos Regulares Menores en los terrenos de un antiguo corral de la calle Borceguinería. Un lugar donde los sevillanos habían tenido ocasión de ver actuar al mismísimo Lope de Rueda, y que desde hacía cuatro décadas estaba consagrado a san Dionisio.

—¡Líbreme Dios de tal osadía! —respondió la señora escandalizada—. Ni aún teniendo como motivo las ánimas del purgatorio merezco semejante honor.

Valdés Leal asintió con prudencia, y seguidamente buscó la mirada de Bernardo Simón de Pineda, el arquitecto-ensamblador que se encargaría de la hechura del retablo y con quien mantenía una estrecha relación profesional y de amistad, hasta el punto de apadrinar a su hija Antonia. Este leyó en voz alta los términos del contrato, donde se recogía que la nueva pieza estaría en la línea de los otros dos retablos-hornacinas ya ejecutados en el templo, poseyendo tres calles insertas en un arcosolio. A esto se sumaba una profusa decoración a base de motivos vegetales y geométricos, siendo rematado el conjunto por la pintura de Valdés, que iría dispuesta en el banco, así como los atributos de la Pasión, destinados a las entrecalles.

—¿Dónde hay que firmar? —preguntó doña Cristina, que esa mañana había elegido una saya encolada con mangas colgantes cuyo color negro realzaba su cutis, blanqueado con polvos de solimán.

—Ahí mismo, señora —le indicó el pintor, deseoso de cumplir con el trámite lo antes posible. Una noche más, había

permanecido en vela junto a su esposa, por lo que su aspecto, si bien era adecuado, denotaba un enorme cansancio.

Antes de marcharse, la dama obsequió a los hombres con un licor de guindas, que sin duda les serviría para enfrentarse a la gélida temperatura exterior.

Ya a las puertas de la casa, y antes de poner rumbo a la calle de la Sierpe, donde el ensamblador poseía su obrador, Simón de Pineda se interesó por la familia de su amigo, a quien no frecuentaba desde las fiestas de la Inmaculada Concepción.

—Los niños se encuentran bien —respondió Valdés entornando los ojos—. Es Isabel la que me preocupa. Lleva varias jornadas en cama, aquejada de unas fiebres…

—¿Has consultado a algún médico? —le interrumpió el antequerano.

—Desde luego. Fui a buscarlo la otra noche, y tras examinarla, concluyó que su mal estaba provocado por unas anginas.

—No dejes de observarla —le recomendó—. De asuntos menores han perdido la vida personas a las que aprecié. Isabel es excepcional.

Y tras decir esto, el arquitecto hizo una breve pausa.

—Rezaré a san Blas por su pronta curación.

—Y yo a santa Apolonia, para que te alivie ese dolor de muelas del que nunca te quejas, pero que te afea el rostro… Ja, ja, ja.

—¡Mira quién fue a hablar! —contestó Bernardo, arrugando los ojos merced a la ocurrencia.

—Nos hacemos mayores, querido amigo.

—Pero también más sabios. ¿Nos vemos esta noche en la Academia?

Al escuchar la pregunta, Valdés volvió a recordar a su oficial, de cuya detención no había querido informar al retablista hasta poseer más datos.

—Haré lo posible por asistir.

Ya en su obrador, el pintor decidió ultimar el boceto de la

segunda *vanitas* encargada por Miguel Mañara, el cual había dejado a medias la noche anterior. Al afrontar el dibujo, no pudo por menos que acordarse de doña Ana, cuya figura desnuda le había tentado en sueños hasta provocarle un deseo irrefrenable. Una imagen que, evocada a la luz del día, le continuaba fascinando y atormentando al mismo tiempo.

Ese fue el motivo por el que decidió emplearse a fondo en la figura del mono, animal que desde antiguo había sido visto como un ser humano bestializado. Una criatura que se distinguía por un deseo carnal y de muerte irrefrenables —este podía observarse con claridad en muchas de sus descripciones etnográficas—, y con el que, en aquel momento de ofuscación, se sentía plenamente identificado. No en vano, bajo un estado animal no existía conciencia, solo afloraba el instinto. Tampoco había lugar para la represión, pues esta ya había quedado anulada. Y por último, no quedaba rastro de la vergüenza, pues aquella definía al ser humano.

«Desobediencia de la carne», había llamado san Agustín a la concupiscencia por la que la voluntad humana «ha perdido hasta el imperio que le es propio sobre sus propios miembros».

—Cuán fácil resulta condenar los vicios cuando se ha disfrutado de ellos —musitó Valdés al recordar que el de Hipona, antes de su conversión, había vivido quince años en concubinato con una mujer, quien además le dio un hijo—. Y cuán difícil es hacerlo tras un ambón o desde el tálamo marital, sin haber probado su veneno —remató, sujetando el carboncillo.

A continuación, el maestro perfiló el rostro del primate tras las plumas del pavo real, que en el platillo de su balanza representaba la soberbia. Junto al de la lujuria, este era su pecado más recurrente, si bien el segundo lo transgredía únicamente de pensamiento.

Aún le faltaba por completar el resto de pecados capitales —entre los que sin duda debería ir bien representada la ira, su yerro más ostensible—, cuando la voz de Luisa interrumpió su trabajo.

—Padre —pronunció desde el dintel de la puerta.

—¿Está peor vuestra madre? —acertó a decir, poniéndose

en pie con preocupación.

—No, no es eso. Madre sigue igual. Es decir…, está tranquila en la cama. La he dejado a cargo de Polonia, hace apenas una hora. Debía hacer un recado donde el horno de la Carretería. He venido por otra cosa.

—Tú dirás.

—Hallándome de vuelta con Leonora, he escuchado decir a un mercader que han encontrado muerto a un fraile de San Pablo.

—¿Cómo?

—El hombre estaba muy nervioso, pues suele proveer al convento y conoce a varios de sus hermanos. A fe que le he visto temblar mientras lo explicaba.

—¿Y por qué vienes a contarme esto? —Valdés frunció el ceño, esperando la respuesta de su hija.

—No ha sido una muerte natural, padre.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que ya sabes. —Entonces se acercó hasta su progenitor y le espetó con firmeza—: Ya no soy una niña. Estoy próxima a cumplir los dieciocho años, y no me son ajenas vuestras preocupaciones. ¿Creéis que no he reparado en la ausencia de Manuel?

Al escuchar aquel nombre, el pintor agachó la cabeza, apesadumbrado.

—Sé que ha sido apresado por la Inquisición, y también sé que se le acusa de haber cometido un crimen.

—Luisa…

—Dejadme terminar, padre. —Y haciendo acopio de una gran entereza, la muchacha remató—: No me preguntéis cómo he obtenido esa información, pues lo que ahora importa es ayudar a nuestro hermano.

Esta última frase fue pronunciada por Luisa de una manera especial.

En efecto, el joven oficial era uno más de la familia, y no había un solo integrante de ella que no lo considerase como tal. Quizás por eso, Valdés optó por dejar de lado sus habituales suspicacias y le preguntó sobre los detalles referentes al deceso.

—Ha sido Hipólito, el huérfano que ayuda a los frailes, quien dio la voz de alarma.

—¿El jorobado?

—En efecto.

—¡Válgame Cristo!

—Al parecer, se le echó en falta en el oficio de maitines, y, tras buscarlo en la biblioteca, lo descubrió tumbado en el suelo.

—¿Por qué dices que no ha sido una muerte natural? —Una vez más, el artista decidió morderse la lengua respecto a la fuente que había advertido a Luisa del escabroso asunto en que andaba metido Manuel.

—Porque se hallaba sin ropa.

# 30

A Lucas le costaba creer la historia que le había contado su padre acerca de la repentina marcha de Manuel. Que él supiera, el muchacho había perdido a sus padres y apenas tenía contacto con el resto de su familia. Por tanto, que se hubiese marchado a Maqueda para auxiliar a su tía materna —una septuagenaria que había sufrido una aparatosa caída y únicamente contaba con la ayuda de sus vecinos—, entraba dentro de lo posible, pero no le resultaba probable.

Algo en su interior le decía que su padre le estaba ocultando la verdadera razón por la que el oficial había desaparecido de un día para otro, y esta no podía ser tan elemental, o de lo contrario se habría molestado en despedirse.

No obstante, siguiendo el ejemplo de Luisa y Eugenia, sus dos hermanas mayores, fingió preocupación por aquella señora a quien no conocía, máxime cuando, tras la breve exposición de su progenitor, la abuela meditó en voz alta sobre lo peligrosas que podían llegar a ser las escaleras para las personas mayores.

Más tarde, mientras caminaba entre las bodegas y los despachos vinateros de la Alfalfa, no tuvo dudas de que su padre quería ahorrarles la preocupación por el estado de su madre, así como por la nueva situación de Manuel, manteniéndolos entretenidos la mayor parte del tiempo; pues de lo contrario no les habría encomendado tareas tan poco edificantes como ayudar a Leonora en los asuntos domésticos —en este caso, la excusa tenía que ver con Polonia, quien no dejaba de vigilar a la enferma en su alcoba— o proveer la despensa de legumbres, encurtidos y otros productos, que parecían haberle venido a la mente como resultado de la

improvisación.

En su caso particular, el encargo tenía que ver con un vino que, según le había asegurado su padre, era «convenible para los bebedores de temperamento colérico, ya que su fuerza y su acidez los templaba». Caldo que, como supuso el niño, solo podía adquirirse en los negocios de la plaza. Este era trasañejo y procedía de Guadalcanal, municipio serrano cuyo punto más alto superaba los tres mil pies, y que Lucas solo conocía de oídas.

«Mira que no te engañen», le había advertido Valdés tras entregarle los dineros con los que adquirir el odre de alcohol. Una advertencia que disgustó profundamente al crío, pues ya hacía tiempo que venía realizando pequeñas transacciones en su nombre, y hasta ese momento nunca le había defraudado. No obstante, Lucas achacó el comentario a un exceso de celo, seguramente provocado por las dificultades que últimamente, y a tenor del destrozo en el obrador, parecía estar enfrentando.

Justo cuando pretendía adquirir el vino, un nubarrón se posó sobre la plaza enladrillada y comenzó a descargar unas gotas.

—¡Diantres! —se quejó en voz alta el chico, quien detestaba la lluvia.

—Agua de mediodía, agua para todo el día —voceó un arriero, que acababa de descargar unos toneles junto al postigo de un almacén—. Busca refugio en los soportales, rapaz, pues esto no ha hecho sino principiar.

En efecto, el hombre atinaba en su pronóstico, porque a los pocos minutos de hablar comenzó a soplar un viento intenso y a arreciar la lluvia, provocando que muchos comerciantes retirasen su mercancía de los poyos y que otros tantos las cubriesen con lo primero que hallaban a mano.

Tras permanecer quince minutos observando a las aves que asistían impávidas al alboroto general —además de despachos de vino, la Alfalfa, que recibía su nombre de una hierba muy apreciada por las bestias, contaba con numerosos puestos dedicados a la venta de pollos, carneros y otros animales de granja—, Lucas comenzó a planificar el regreso a casa, no sin antes cumplir con el encargo que le había hecho su padre.

—Aquí tienes, muchacho —exclamó el tratante haciéndole entrega del odre—. ¿Seguro que no quieres catar este aloque? No encontrarás mejor sabor en toda la ciudad. No como aquel —dijo señalando a otro vendedor—, que no hace sino adobar sus vinos con cal y yeso y otras gredas que mejor me callo. ¡Habrase visto peor gazmuño!

Lucas miró hacia el lugar donde le indicaba el vinatero, y sintió arcadas al descubrir su aspecto.

—¿Y esta manzanilla en rama? Recién traída de Sanlúcar la tengo, que de un trago resucita a un muerto. Toma un sorbo, amigo mío, que de seguro no te arrepentirás…

—Gracias, señor. Tal vez otro día —respondió Lucas, dando a entender que, llegado el momento, él también participaría de la libación.

—Bien está —concluyó resignado—. Ya sabes dónde encontrarme.

En el camino de vuelta —que realizó a duras penas tratando de evitar los charcos—, el niño se cruzó con no pocos dependientes que, apostados en los accesos de sus variopintos negocios, contaban los minutos hasta que escampase. Conforme transitaba, estos lo miraban con indiferencia, ajenos a sus dificultades para transportar la carga, y más preocupados por la escasez de clientes y sus exiguos ingresos que por cualquier dilema ajeno. No en vano, pese a que la población hispalense comenzaba a recuperarse tras la hecatombe sufrida dos décadas atrás —Madrid la había superado en número de habitantes hacía varios lustros—, la ruina económica que había sucedido a la epidemia amenazaba a todo aquel pequeño y mediano comercio que luchaba por sobrevivir, haciendo peligrar la fama de ciudad bien aprovisionada que Sevilla poseía más allá de sus fronteras, y provocando el desánimo entre propietarios e inversores. No obstante, debido a su juventud, a haber visto la luz en la segunda mitad de la centuria y a ser hijo de uno de los artistas más reputados de la urbe, Lucas era ajeno a tales circunstancias, lo que no le impedía sentir compasión hacia los más desfavorecidos, a

quienes solía ayudar en la medida de sus posibilidades.

Había en aquel trazado curvilíneo una mezcla de aromas difícil de clasificar, en el que el olor desprendido por las reses expuestas en las carnicerías competía con el de las pieles empleadas por los curtidores, todos ellos concentrados en un mismo espacio. Acostumbrado como estaba a los efluvios del aceite de linaza, la cola de conejo y otros materiales empleados en el oficio de la pintura, al crío no le incomodaba aquella mixtura, si bien prefería visitar otras zonas del vasto tejido comercial, como la plaza de las Berzas, la de Santa Catalina o la Alcaicería, siendo su calle predilecta la de las Confiteras.

Si no se hubiese torcido el día, seguramente se habría acercado a degustar un buen hojaldre —la propina con la que solía obsequiarle su padre le permitía darse el capricho—, pero en aquellas circunstancias lo mejor era acelerar el paso y deshacerse de la carga cuanto antes.

Próximo a llegarse a las puertas de la residencia familiar, Lucas volvió a sentir una presencia a sus espaldas, algo que, a esas alturas y tras los episodios vividos en las cocinas, comenzaba a desquiciarlo. Quizás por eso, se armó de valor y, arrojando el odre bajo uno de los soportales, gritó enfurecido:

—¡Mostraos, si sois hombre!

Seguidamente, al ver que nadie respondía y la lluvia cesaba por momentos, el niño tomó una piedra del suelo y volvió a insistir:

—¡Dad la cara! ¡Pronto! ¿O acaso sois un cagalindes?

Al tercer grito, Lucas escuchó un leve crujido procedente de la esquina anterior. Esta se abría a un callejón estrecho, el cual era perpendicular a la calle de los Boteros, con un penetrante olor ácido debido a la fermentación de los desechos arrojados al azar desde un mesón cercano. Y aunque desde allí podía oírse el bullicio de la plaza de la Alfalfa y a los vendedores voceando sus mercancías —la actividad volvía a recuperarse tras la inesperada tormenta—, el niño no tuvo dificultad para distinguir el sonido.

—¡Así que eres tú! —dijo descubriendo a un pillastre con el semblante sucio y la mirada temblorosa que trataba de ocultarse tras una pila de leña.

Al ver que Lucas amenazaba con partirle la cara, el crío reaccionó y le suplicó sin ambages:

—Disculpadme, os lo ruego. No soy más que un huérfano hambriento que busca un lugar donde cobijarse.

—Déjate de chanzas y dime por qué me estás siguiendo.

—Lo siento de veras. Ya os he dicho que mi único fin es hallar techo y comida, y al ver que vuestro padre fue generoso conmigo…

—¿Cómo dices?

—Fue en la Almenilla —se explicó el expósito—. El río acababa de arrojar el cuerpo de un ahogado, y yo fui a avisar a los hermanos de la Santa Caridad para que le diesen sepultura. Él me recompensó con una moneda.

—Y ¿cómo sé que no mientes?

—¡Os lo juro!

El crío tragó saliva, y a continuación le explicó que se había escapado de la casa de su tutor, un tonelero de Cádiz que solía frecuentar las tabernas y que le pegaba a diario. Este le había acogido al fallecer sus padres, pero tras unos primeros años relativamente pacíficos, la vida junto a él se había convertido en un infierno. Desde su fuga, Clemente de Torres —que así se llamaba el infeliz— había vagado sin rumbo hasta llegar a Sevilla, ciudad donde había logrado sobrevivir merced al pillaje y a la misericordia de las gentes. No obstante, desde hacía unos días, le parecía ver al causante de su desgracia en cada rincón y cada esquina, tratando de prenderlo.

—¡Tened compasión, señor! Haré todo lo que me pidáis, os lo prometo.

Pese a no ofrecerle demasiada confianza —no le perdonaba que le hubiese hurtado en sus propias narices—, Lucas decidió darle una oportunidad y ocultarlo en su hogar, al menos durante aquella jornada. La tarde se presentaba fría y lluviosa, y la noche se adivinaba mucho peor.

—Dormirás en el *soberao*; allí hay un hueco donde podrás esconderte y estar caliente —le indicó a pocos metros de la casa—. Si guardas silencio y sigues mis instrucciones, no te faltará de nada.

—¡Gracias, señor! ¡Que Dios os lo premie!

—Déjate de fingimientos y baja la voz, que como mi padre se entere nos muele a palos a los dos.

—Como digáis, señor.

—¡Y no me llames más señor, que tenemos casi la misma edad!

# 31

—¿Juan de Valdés Leal?

—Yo soy.

La frase retumbó en las paredes como el impacto de un martillo contra un yunque.

No obstante, el maestro, que ya había cubierto su cupo de asombro a lo largo de la semana, se mostró de lo más sereno, accediendo de inmediato a la petición de los alguaciles con una única condición: que le permitieran redactar una nota antes de abandonar el obrador.

Una vez tuvo licencia, Valdés garabateó unas letras sobre una cuartilla en las que explicaba de manera sucinta que estaría fuera por motivos familiares, y seguidamente la colocó en la puerta. Luego se echó la capa sobre los hombros, se acomodó el chambergo y tomó la calle junto a los servidores del Santo Oficio, cuyo carruaje, sobrio y tirado únicamente por dos mulas, le aguardaba en la esquina como una sombra espectral en medio de la tormenta.

Desde el primer instante, el pintor tuvo claro que aquellos corchetes, cuya edad debía rondar los veinte años, le conducirían a la fortaleza de Triana, y aunque desconocía el motivo, intuía que este tenía que ver con la muerte del fraile dominico. En consecuencia, si era como sospechaba, las pesquisas sobre la muerte de Bertorelli podrían dar un vuelco.

A esas horas de la tarde, con la luz a punto de extinguirse y los cielos completamente cubiertos, la ciudad se le ofrecía como un mapa taciturno donde debía aventurarse casi a hurtadillas. De hecho, agradeció que el frío y la lluvia hubiesen espoleado a los sevillanos a regresar a sus casas, especialmente a sus vecinos, quienes, de verle subir a aquel coche propiedad de la Inquisición, habrían pensado que se lo llevaban preso.

Por ello, al rebasar la calle de la Muela y antes de ordenar

sus pensamientos de cara a una más que probable entrevista en el castillo de San Jorge, Valdés dio gracias a Dios por el curso de los acontecimientos. Algo que podría resultar paradójico para cualquier escéptico, pero que en el idioma de la fe equivalía a un síntoma de esperanza.

Mientras tanto, en la intimidad de la alcoba, un soplo de inquietud volvía a agitar el corazón de Luisa.

—Desde el miércoles corvillo… hasta el jueves de la cena…

—¿Madre?

—… que el rey no hizo la barba, ni peinó la su cabeza…

Con un hilo de voz que parecía manarle de las vísceras, Isabel comenzó a tejer palabras con los ojos cerrados y a lanzarlas al vuelo bajo la atenta mirada de su hija, para quien no solo resultaban inexplicables, sino que parecían surgir de manera antinatural.

—¿Qué estáis diciendo?

—Una silla era su cama… un canto por cabecera…

—¡Madre, por Dios!

—… los cuarenta pobres comen… cada día a la su mesa…

—¡Polonia, Polonia!

Al poco de llegar la esclava, y tras admirarse ante del discurso de su señora, las jóvenes determinaron que aquello solo podía ser consecuencia del delirio. O al menos eso necesitaban creer.

—¿Le habéis palpado la frente?

—¡A fe que lo he hecho cien veces! —replicó Luisa, cuyos poros comenzaban a transpirar a causa del nerviosismo.

—Está muy caliente —señaló la portuguesa.

—¡Corre a por más paños!

Esta vez, ni la humedad aplicada sobre el rostro, y mucho menos las muñecas, fue suficiente para atajar la calentura, de ahí que Luisa tomase una decisión.

—He de ir en busca de don Eustaquio.

—¿Ahora? —se sorprendió Polonia—. Pero, vuestro padre…

—¡No podemos perder más tiempo! —afirmó con rotundidad—. Si madre empeora, no me lo perdonaré en la

vida.

—Id pues, y que el Cielo os asista.

Y sin más dilación, la primogénita de Valdés se cubrió con un manto y se lanzó en busca del galeno, recorriendo en un suspiro la distancia que la separaba del hospital.

Sin embargo, pese a su insistencia, no logró que ni aquel ni otro médico la atendiese, ni tan siquiera con la promesa de aguardar el tiempo necesario a las puertas de la institución.

—Por caridad, hermana, decidme qué puedo hacer para detener unas fiebres. Mi madre delira, y el corazón me dicta que, a cada minuto que pasa, se le esfuma la vida —suplicó a una monja a la que detuvo en el pasillo mientras trasladaba una jofaina.

Al ver su rostro salpicado de sudor y miedo, la religiosa la sujetó por el brazo y le espetó con conmiseración:

—¿No conocéis a ningún barbero?

—No. Y a estas horas…

—¿Y vos? ¿Os atreveríais a sangrar?

Luisa se quedó suspensa. La sola mención de la sangre le daba escalofríos, pero dada la gravedad de la situación, se armó de valor y contestó resuelta:

—Soy habilidosa con las manos. Decidme qué debo hacer y lo haré.

# 32

«A veces el destino es caprichoso», pensó Valdés Leal al ingresar por segunda vez en la fortaleza levantada en la Edad Media para garantizar la comunicación de la ciudad con el Aljarafe. Un cuadrilátero de cal, arena y trabazón de ladrillo y piedra cuya capilla interior, dedicada a san Jorge, daba nombre a todo el conjunto.

La razón por la que el artista había llegado a esa conclusión tenía que ver con el hallazgo del segundo cadáver, el cual había sido encontrado en el convento dominico de San Pablo, curiosamente la primera sede de la Inquisición en Sevilla.

Aún sin conocer los detalles del deceso —su única información procedía de las murmuraciones—, le costaba creer que aquella muerte no estuviera relacionada con la del banquero, máxime cuando ambos cuerpos habían sido hallados desnudos y sin signos aparentes de violencia.

«Nada es veneno, todo es veneno: la diferencia está en la dosis», rumió citando a Paracelso.

A diferencia de su primera visita, esta vez Valdés no se dejó impresionar por las dimensiones de la ciudadela, ni por la profundidad del foso o la robustez de los torreones que dominaban el arrabal —tres miraban al río, uno al Altozano, cuatro a la Espartería y dos a las Reales Almonas.

Tampoco quiso especular sobre las condiciones en las que tendrían retenido a su oficial, ni las del resto de reos que ocupaban las treinta cárceles inquisitoriales.

Muy por el contrario, su único pensamiento tenía que ver consigo mismo; con su capacidad para afrontar una situación de lo más compleja; con su dominio de las emociones.

Aún le dolía evocar la conducta exhibida frente al segundo alguacil, su salida precipitada de Triana y los reproches que, de continuo, le parecía escuchar de su yo juicioso. De ahí que se

repitiese una y otra vez que, en esta ocasión, debía cuidar las formas hasta el extremo, controlar sus accesos de ira y, sobre todo, guardar silencio, pues del escuchar procedía la sabiduría, y del hablar el arrepentimiento. Solo de ese modo, cavilaba, sería posible solucionar el entuerto.

## EXURGE DOMINE ET JUDICA CAUSAM TUAM

Este lema, adaptado a partir del salmo 73, y cuyo significado remitía al Dios de Abraham («Levántate, Señor, y juzga tu causa»), fue lo primero con lo que se topó al penetrar en el edificio donde le condujeron. Dicha frase enmarcaba la cruz arbórea y de color verde que, acompañada de un brazo portando una espada y la rama de un árbol, presidía el escudo del Santo Oficio. Un detalle que en su primera incursión obvió por completo y que ahora cobraba sentido.

Sin embargo, a diferencia de la otra vez, en esta ocasión no hubo de fingir seguridad, ni tratar de buscar aliados, ni presumir de contactos ante nadie. Fue todo mucho más sencillo. Y es que sería su interlocutor, el inquisidor apostólico Juan González de Salcedo, quien, al verlo atravesar las puertas de su estancia, emplearía todos los recursos a su alcance para lograr que se sintiese a gusto, comenzando por levantarse del sillón y salir a su encuentro. Un detalle que sorprendió al artista, pues, según supo después, aquel hombre había sido elegido personalmente por el inquisidor general, Diego Sarmiento de Valladares, merced a su dominio de la jurisprudencia y su experiencia como fiscal. Si bien, lo que más le atrajo de él fue su talante moderado, el cual le sería de gran ayuda en los asuntos más espinosos.

—¿Os apetece beber algo? —fue lo primero que salió de los labios de Salcedo en cuanto hubo acomodado al visitante. A este le sorprendió la pregunta, tanto como la actitud afable de su anfitrión, pero, en base a las circunstancias, decidió no bajar la guardia. En consecuencia, rehusó cortésmente y aguardó el momento de que el inquisidor abordara el asunto principal.

—No es necesario que os diga por qué estáis aquí —

continuó con cordialidad—. Os tengo por un hombre inteligente, maese Valdés. Hace ya catorce años que recalé en esta ciudad, y desde entonces solo he escuchado elogios acerca de vos. Qué duda cabe que sois persona conocida y admirada, y yo mismo me confieso entusiasta de vuestra obra, si bien soy un completo lego en la materia.

Mientras decía esto, el inquisidor, de una edad aproximada a la de su invitado —aunque con un perfil mucho más avejentado—, asentía con la cabeza de manera mecánica y no dejaba de sonreír, como queriendo añadirle a su discurso la benignidad que le restaba el escenario.

—No obstante, como sabéis, no os he hecho llamar para conversar de arte, sino de algo mucho menos edificante.

Antes de continuar, el inquisidor pidió disculpas a Valdés por el comportamiento del segundo alguacil, algo que había llegado a sus oídos y que reprobaba completamente; detalle que su interlocutor recibió con agrado y que le predispuso a escucharle con menor reserva.

—El crimen hace iguales a todos los contaminados por él —prosiguió mirándolo a los ojos—, y en la historia que nos ocupa la corrupción alcanza ya a varios hijos de Dios.

Y dicho esto, Salcedo resumió a grandes rasgos los pormenores de las pesquisas realizadas en el palacio Bertorelli, la delación que había provocado el arresto de Manuel de Toledo, y el temor a que el símbolo hallado en los cadáveres les hubiese puesto en la órbita del diablo.

—Sé que os sorprenderá lo que voy a pediros, pero Dios sabe que lo hago por detener esta espiral de violencia y, evidentemente, para apresar al culpable y aplicar la ley. Como dijo Sócrates, «es peor cometer una injusticia que padecerla, porque quien la comete se convierte en injusto y quien la padece no»; aunque, desgraciadamente, aquellos que la han sufrido ya no se encuentran entre nosotros.

Seguidamente, el inquisidor expuso lo que Valdés venía intuyendo desde hacía unos minutos, la necesidad de incrementar los esfuerzos para resolver los crímenes y la urgencia por apartar de la sociedad al responsable, haciendo un llamamiento a la colaboración.

—Que las víctimas fuesen envenenadas en lugar de apuñaladas o degolladas (y que me perdone el Señor por lo que voy a decir) parece obedecer a un gusto sibilino y hasta cierto punto refinado por parte de su verdugo. Alguien que es capaz de atraer a sus víctimas con ponzoña, y posteriormente desnudarlas y marcarlas como si fuesen bestias, necesariamente debe estar en comunión con el Maligno. Solo el príncipe de las tinieblas posee la capacidad de deslumbrar a los seres humanos para, una vez logrado su objetivo, robarles el alma sin contemplación. Y si algo parece claro en este terrible asunto es que el brazo ejecutor no ha sido elegido al azar por Satanás.

Y tras realizar una breve pausa para inspirar aire, Salcedo remató:

—Emplead vuestro ingenio, maese Valdés, para evitar nuevas muertes. Os lo pide este tribunal, la Santa Iglesia y Dios mismo. Agudizad la vista y afinad el oído. Solo de ese modo pondremos fin a esta barbarie.

Tras escuchar con atención a su interlocutor, el pintor le preguntó, con la debida precaución y empleando un tono lo más relajado posible, cómo podría él, un simple artista entregado a su oficio, abordar un problema tan complejo; a lo que el otro replicó que con la ayuda de un experto.

—Esta tarde he mandado un recado urgente al tribunal de Córdoba para que nos envíen a un hombre de mi máxima confianza. Alguien curtido en mil batallas que, de seguro, os instruirá debidamente para desempeñar vuestra labor. Y, lo que es más importante, os acompañará durante todo el proceso.

—¿Un pesquisidor?

—Así es.

—Pero, señoría. —Y esta vez, Valdés hubo de contenerse para no soltar un exabrupto—. ¿Qué puede aportar un ignorante como yo en este procedimiento? Únicamente entiendo de arte, de pintura.

—Vos lo habéis dicho. ¿Acaso los cuerpos de las víctimas no han sido usados como vulgares lienzos por ese monstruo que se oculta entre las sombras? Nadie mejor que vos para

introduciros en su mente e impedir que continúe plasmando su nefanda obra.

—¿Y mi oficio? ¿Y mi familia? —Los esfuerzos del maestro por refrenar su ira comenzaban a aflorar en su rostro, siendo evidentes incluso para Salcedo—. ¿Acaso vuestra paternidad piensa que puedo dejarlos? Precisamente, en estos momentos, mi esposa se halla enferma y mis hijos desamparados.

—Confiad en Dios, maese Valdés. Él sabrá mostraros el camino, y asimismo os confortará en vuestras tribulaciones. —Y mientras pronunciaba esta frase, se levantó del sillón y caminó con parsimonia hasta situarse junto al artista.

—Sé de vuestro aprecio por el joven detenido —señaló con intención—. Tomároslo como un intercambio. Su libertad a cambio de vuestra colaboración.

—Pero, ¡él es inocente! —exclamó con ímpetu y sin ningún dominio sobre sí mismo—. De otro modo, ¿cómo habría podido desplazarse hasta San Pablo para asesinar a fray Alonso? ¡Es completamente imposible! Y vos lo sabéis. Además, en caso de que lo hubiese logrado, ¿qué clase de sortilegio habría de emplear Lucifer para mover a alguien honesto a cometer dos crímenes tan atroces?

—Tres crímenes.

Y al escuchar esta rectificación, Valdés se quedó petrificado.

—Mientras veníais de camino, he sido informado de que ha sido hallada una tercera víctima. Y esta vez se trata de una mujer.

# 33

—No puedo —sentenció Luisa, soltando la lanceta y cerrando los ojos, muerta de miedo.

Polonia la observaba igualmente aterrada, apretando los puños y mordiéndose el labio inferior, hasta provocarse el dolor.

—Perdóneme, madre, pero esto es superior a mis fuerzas —añadió con los ojos vidriosos y volviendo el rostro hacia la ventana—. Apenas sé distinguir un músculo, ¿cómo voy a localizar la vena correcta?

Ya era noche cerrada en Sevilla, y lejos de bajarle la calentura, Isabel se encontraba cada vez peor, ofreciendo una estampa lánguida que costaba asimilar a cuantos la contemplaban.

—No sufra, señora —trató de consolarla la esclava.

—¿Y qué podemos hacer? ¡Dime! —profirió, con la culpabilidad carcomiéndola por dentro—. ¡Mírala! —Y esta vez gritó sujetándole la cabeza con ambas manos y girándosela bruscamente—. ¡Mírala, Polonia! ¡Si no lo remediamos, va a expirar!

—¡No diga eso, por Dios!

—¡San Fernando bendito! ¡Atiende mis súplicas y obra otro milagro! ¡Por caridad…!

Y antes de que terminara la frase, Isabel abrió los ojos y se llevó las manos a la garganta, pugnando por hallar el aire que no le llegaba a los pulmones. Y a continuación comenzó a retorcerse sobre el lecho y a aferrarse a las sábanas, en señal de asfixia.

Al verla, las dos jóvenes se precipitaron hacia ella, y deslizando sus brazos por detrás de la espalda, la incorporaron al máximo, provocándole la tos. Esta era áspera, casi perruna, y su eco rebotaba en todas las paredes de la casa, provocando

que la abuela, que se encontraba aletargada en su sillón, se activase como un resorte.

Al ataque interminable de tos le sucedió un babeo que se precipitó por la barbilla y el cuello de la enferma, cuyos ojos parecían salírsele de las órbitas; mientras que su piel, antes lívida y casi transparente, parecía adquirir una extraña coloración azulada que consternó a las muchachas.

—¡Ayuda! —gritó Luisa, de un modo desgarrador.

A cada nueva expectoración, Isabel parecía convulsionar, mostrándose rígida y a la vez ligera, como un junco que es azotado por el viento sin solución de continuidad.

Al oír la voz de su nieta, doña Luisa caminó a tientas hasta las escaleras, con el pecho agitado y el corazón en un puño, tropezándose con Lucas, que acababa de surgir inesperadamente para ir al encuentro de su madre. A este lo siguieron Eugenia y Concepción, mientras la pequeña Antonia, descalza y en camisa, fue interceptada por Leonora, quien la sostuvo en sus brazos al verla llorar desconsoladamente.

—¡Madre se muere! ¡Madre se muere!

—No, mi niña. Vuestra madre se repondrá, ya lo verás…

Mientras en el piso superior la situación empeoraba por momentos —a los gritos de Luisa pronto se sumaron los reproches de Eugenia, que no llegaba a comprender cómo su hermana había permitido aquello—, en el salón, la abuela se debatía sobre si debía subir a la alcoba o arrodillarse y rezar. Por desgracia, nadie había reparado en su sufrimiento.

—¿Dónde está padre cuando se le necesita? —vociferó Lucas, abriendo los brazos exageradamente y descargando toda su furia contra el tabique. Mientras, Polonia decidió abrir las ventanas de par en par, con idea de depurar el ambiente.

—¿Has avisado a don Eustaquio? —preguntó Concepción a su hermana, tratando de mantener la serenidad en medio de tanta confusión.

—A fe que lo he hecho —replicó Luisa, mostrándose dolida por la pregunta. Ya no tenía dudas de que toda su familia la hacía responsable del deterioro de la enferma—. Y he insistido, y suplicado a las puertas del hospital —añadió tratando de justificarse—. Pero parece que haya otros dolientes más

importantes…

—O puede que no te hicieran caso por mostrarte demasiado…

—¿Demasiado qué? ¡Dilo! —gritó Luisa a su hermano—. ¡Concluye la frase! —E inmediatamente se aproximó hasta él y le asió el coleto con ambas manos, bosquejando una expresión de rabia que impresionó a los presentes—. ¡Vamos, Lucas! ¡Soy demasiado débil! ¿Verdad? ¡Incluso una inútil! ¿No es así?

—Yo no quise decir…

—Claro que sí, hermano. ¡Lo soy! Y además de eso peco de vanidad, y de aprensión, y de soberbia… y de no sé cuántas cosas más. Pero ¿sabes qué? —Lucas la miró pasmado, incapaz de imaginar lo que diría a continuación—. Que ahora mismo cambiaría mi vida por la de ella si Dios me diese a elegir.

—¡Luisa! —Al escuchar aquello, Concepción no pudo por menos que correr al encuentro de su hermana y abrazarla. Y volviéndose al niño, le espetó: —Si eres tan fuerte como crees, apresúrate a buscar ayuda. A falta de padre, tú eres el hombre de la casa.

Este comentario espoleó la voluntad de Lucas, quien, sin pronunciar palabra, se estiró las vestiduras con coraje y se aprestó a salir a la calle.

—Lucas —le frenó en seco Luisa—. Ofrece lo que sea necesario: dineros, joyas… Pero no vuelvas solo, por lo que más quieras.

—Así lo haré.

Mas cuando el crío estaba a punto de abandonar la alcoba, unas voces procedentes de la calle le paralizaron por completo.

—¿Habéis oído eso?

—¡Es la abuela! —acertó a decir Leonora, que acababa de acceder a la estancia en compañía de Antonia—. Ha esperado a que subiésemos para salir de casa…

—¡Virgen santísima! —soltó Concepción.

—¡Pronto! Id por ella, no sea que cometa una locura —indicó Luisa, que por nada del mundo pretendía alejarse de su madre.

Conforme sus hermanos bajaban las escaleras y aceleraban el paso en busca de la salida, la primogénita de los Valdés no

dejó de escuchar los alaridos de su abuela, que parecía sacada de sí, como un demente fugado del manicomio que cree poseer licencia para expeler su locura. No obstante, la joven sabía que aquellos gritos brotaban de la desesperación, la misma que atenazaba sus músculos al contemplar a su madre arqueada a consecuencia de la tos y la falta de aire.

Lo que ocurrió a continuación algunos podrían calificarlo de hecho fortuito, pero la joven no tuvo dudas de que se trataba de la divina providencia. De otro modo, cavilaría después, no podía explicarse que alguien a quien apenas conocía se hubiese presentado en su casa para interesarse por la enferma y posteriormente enfrentarse a la noche en busca de un milagro.

# 34

Al terminar su discurso, Antonio de Leyva respiró satisfecho, y sin dar pie a ninguna pregunta, abandonó el salón con el semblante erguido.

Una vez se hubo marchado, los miembros de la servidumbre se miraron unos a otros con la inquietud de quien ve peligrar su futuro. Y es que, mientras asistían al entierro de su señor, a todos les había rondado la misma pregunta: ¿qué ocurriría a continuación? Precisamente por eso, el secretario les había convocado aquella noche a una reunión en las que expondría el procedimiento a seguir hasta la apertura del testamento. Este consistía en desarrollar las mismas funciones que habían venido realizando hasta la fecha, aunque, como era de suponer, muchas de ellas se verían constreñidas y otras directamente eliminadas.

Providencialmente, el palacio contaba con el personal mínimo que podía atender un edificio de tales características, algo que el secretario siempre había achacado al carácter sobrio del banquero, pero que sin duda llamaba la atención entre la nobleza hispalense —algunas voces lo tildaban de excéntrico y otras de avaro—. Esto, unido a la experiencia acumulada por la mayoría de los criados, facilitaba que el nuevo propietario pudiese mantenerles en el puesto.

—He oído decir que el sobrino no está casado —rompió el hielo Rafaela, aunque en un tono lo suficientemente bajo como para no llamar la atención. Y es que, pese a que Leyva les había asegurado que todos se hallaban en el mismo barco y, por ende, eran iguales a los ojos de sus amos, les resultaba imposible no mirarlo como a un superior. A falta de un mayordomo —la difunta señora los detestaba—, Francisca era, sin pretenderlo, la figura que regía los destinos de la casa, de ahí que el secretario, cuya conexión con el señor era

incuestionable, delegase en ella la mayor parte de las decisiones que tenían que ver con la actividad doméstica. Algo que se acentuó tras la muerte de doña Elena y la posterior marcha de su viudo a Italia, y que probablemente se mantendría con la nueva situación. Sin embargo, estando o no presente Bertorelli, la sombra del secretario era tan alargada que incluso la propia Francisca se consideraba a su merced.

—Eso es bueno y malo —replicó Constanza, refiriéndose a la soltería de Girolamo Bertorelli. Aunque no le gustaba alimentar chismes, desde el día del funeral había llegado a cuestionar su porvenir en la casa, de ahí su interés por conocer todo lo relacionado con el genovés.

—¿Por qué dices eso? —intervino Benito, que no destacaba precisamente por su agilidad mental. Entonces la sirvienta le explicó que, en caso de ser una persona ociosa, el heredero apenas interferiría en los asuntos domésticos.

—Y si es un seductor, mucho menos. ¡Apenas tendrá tiempo entre conquista y conquista! —apuntó el palafrenero, con un punto socarrón que despertó las sonrisas de sus compañeros.

—Eso será siempre y cuando no considere excesivo el gasto —observó Beatriz con perspicacia—. O de lo contrario no le costará desprenderse de cualquiera de nosotros.

—A eso me refería con lo de malo —concedió Constanza, revelando su inquietud.

—¿Y quién ha dicho que vaya a trasladarse a Sevilla? —lanzó inesperadamente Francisca, que había permanecido callada toda la tarde. Tras la trágica pérdida de su hijo, el único motivo que la impulsaba a seguir era atender sus obligaciones para con su señor, algo que, a tenor de sus presagios, iba a cambiar radicalmente en cuanto su sobrino accediese a la herencia.

—Francisca tiene razón —apuntó Beatriz—. Tal vez incluso venda la casa.

Aquella última declaración cayó como un jarro de agua fría sobre los presentes, moviéndoles a discutir sobre las distintas posibilidades que se abrían a partir de entonces. Algo que aprovechó Angustias —cuyo aspecto taciturno parecía obedecer al cansancio— para ponerse en pie y declarar:

—Ya es suficiente por hoy. Si me disculpáis, voy a retirarme a descansar.

—Espera, que te acompaño —dijo Martín, incorporándose de un salto. Desde el episodio con el secretario, este insistía en protegerla, algo que Angustias agradecía, pero que al mismo tiempo le abrumaba. Y es que a nadie escapaba que el lacayo bebía los vientos por ella.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó mientras recorrían la galería, a lo que la joven respondió afirmativamente. Pese a su amabilidad y a los desvelos mostrados en las últimas horas, Angustias no le había concedido ninguna posibilidad de acercamiento, algo que no desalentó al muchacho, pues entendía que se hallaba atravesando un momento difícil. Muy por el contrario, se mostró dichoso al poder recorrer a su lado la distancia que los separaba de los cuartos de la servidumbre.

—Gracias —fue todo lo que la criada expresó cuando ambos alcanzaron su destino. Aunque a Martín aquella palabra le resultó la más deliciosa del mundo, máxime cuando, al pronunciarla, le pareció advertir un destello en los ojos de su amada, un brillo de complacencia que le impulsaba a luchar y abría de par en par las puertas de la esperanza.

Lo que el joven no sabía es que, al poco de despedirse, y mientras se desvestía, Angustias confirmaría sus peores temores.

No obstante, en lugar de venirse abajo y romper a llorar, la joven se acarició el vientre y se imaginó lejos de allí, rodeada de árboles y bajo el aleteo de los pájaros, como cuando era una niña, y pese a todo se sintió dichosa.

Quizás aquella vida que comenzaba a germinar en su interior fuese lo que necesitaba para cambiar su destino.

# 35

Viendo que el coche no estaba en su sitio y que cada minuto que pasaba podía resultar fatídico, doña Ana Caballero no se lo pensó dos veces y, apartando al lacayo que trató de disuadirla, se aupó a una yegua ensillada y la espoleó con ímpetu en busca del exterior. Al sentirla, la abuela Luisa supo que aquella mujer era el ángel por quien había suplicado a gritos, y ya no tuvo dudas de que su hija se salvaría.

Mientras recorría la calle del Puerco con el corazón en una mano y las riendas en la otra, la dama solo podía pensar en una cosa: si aquella mujer que se debatía entre la vida y la muerte fuese ella misma, seguramente no gozaría de ninguna oportunidad. Sin embargo, al estar de Dios que fuese al revés, era su deber poner todos los medios a su alcance para insuflarle el soplo de vida que requería. Esto era lo que le había enseñado su madre, y lo que ella misma trataba de inculcar a diario en sus hijos. «Porque a todo el que tiene se le dará y le sobrará, pero al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene», había dicho Jesús en la parábola de los talentos; una sentencia que se había convertido en su santo y seña, y que aquella noche aciaga, en la que el Cielo la estaba poniendo a prueba, debía prevalecer por encima de todo.

Alcanzada la plaza del Duque, doña Ana se vio obligada a refrenar la montura al toparse con sendos carros que le taponaban el camino.

—¡Soooooooo! —exclamó con voz precisa, mientras hacía fuerza con los pies sobre los estribos y palmeaba el cuello del équido.

Al verla, los dos arrieros que conducían la mercancía se quedaron atónitos. Y es que costaba asimilar que una dama de aquella belleza y porte cabalgase sola y a horcajadas sobre una yegua salida de la oscuridad, máxime cuando las calles se

hallaban desiertas y el frío cortaba el aliento como un alfanje toledano.

Lo que ellos no sabían es que, más allá de sus modales delicados y su exquisito gusto en el vestir, bajo la piel de doña Ana habitaba una mujer de carácter cuyo único desvelo consistía en servir antes que ser servida, y a la que ningún obstáculo, por dificultoso que fuese, impedía llevar a cabo sus planes.

Dado que su mirada delataba urgencia por continuar, ambos le franquearon el paso con celeridad, admirándose de su dominio montando a caballo, el cual había heredado de su padre. Ella les agradeció el gesto con un leve movimiento de cabeza que a los trabajadores les pareció digno de la mismísima Mariana de Austria; si bien, a tenor de los retratos, aquella amazona era considerablemente más guapa que la regente.

Superada la iglesia de San Antonio Abad, y dado que la calle de las Armas se le ofrecía prácticamente expedita, doña Ana imprimió aún más ritmo al animal, consciente de que, a cada segundo que pasaba, se precipitaba un nuevo grano de arena en el reloj de la enferma. De este modo, logró llegar a las puertas del colegio de San Gregorio Magno cuando el reloj anunciaba la medianoche. Este se alzaba en un entorno plagado de edificios singulares, donde a la majestuosidad del palacio de Medina Sidonia se sumaba la Casa de Misioneros de Indias o el convento de Nuestra Señora de la Merced.

Fundado por el jesuita Robert Parsons en 1592 en una casa alquilada en la plaza de San Lorenzo, los orígenes del estudio se remontaban dos años atrás, cuando el inglés visitó Sevilla mientras se dirigía a Sanlúcar de Barrameda para resolver diversos problemas de sus compatriotas prisioneros de guerra y condenados a galeras. No obstante, a los pocos años de inaugurarse, sus responsables decidieron trasladarse a unas propiedades de María Ortiz de Sandoval, procedentes de los mayorazgos de los señores de Castilleja de Talara, las cuales se ubicaban en la calle de las Armas. Desde entonces, el colegio de los Ingleses pasó a formar parte de la vida social y cultural hispalense, permitiendo que sus seminaristas tomasen lecciones

de filosofía y teología en el cercano colegio de San Hermenegildo, así como frecuentar la Casa Profesa ignaciana, alzada igualmente en la zona.

Dada su premura, doña Ana no tuvo tiempo de fijarse en la esbelta fachada renacentista que daba paso a sus instalaciones, las cuales habían sufrido los efectos de la riada de 1626; si bien, el principal azote que padeció el colegio fue la epidemia de peste, que redujo sus alumnos a cinco.

—¡Doña Ana! —exclamó el padre Rojas tras descubrir a su amiga aguardándolo en el vestíbulo. Este había sido avisado por el portero, quien hubo de romper el protocolo ante la insistencia de la mujer. Nada más escuchar su nombre, el religioso se precipitó escaleras abajo, con el ánimo turbado por la inesperada visita—. ¿Qué hacéis aquí a estas horas? Pasad, pasad, os lo ruego. ¿Habéis venido sola? ¡¿Y a caballo?! —El jesuita no salía de su asombro—. Muy grave debe ser el motivo. Por caridad, ¡sacadme de dudas!

—Disculpad mi atrevimiento, padre, pero si me he presentado aquí, en medio de la noche y de esta guisa, es por socorrer a una enferma que se halla en grave peligro. Podéis tacharme de loca o lo que os plazca, pero no me neguéis vuestra ayuda.

—Soy todo oídos, hija.

En los siguientes minutos, y mientras caminaban aceleradamente en busca de la botica, doña Ana le explicó los síntomas que presentaba su vecina, a la cual había podido examinar esa misma noche. Al oír esto, el religioso se sobrecogió, pues, aunque estaba al tanto del extraordinario interés de la mujer en los secretos de la medicina, no imaginaba que llegase hasta ese punto. Si bien, al conocer el resto de la historia —la ausencia del galeno y las súplicas de la familia—, comprendió que en sus manos estaba el completar una obra de misericordia.

—¿Y decís que le olía el aliento?

—Así es, padre. Ni siquiera el agua de violetas o la zarzamora podían disimular aquella fetidez que parecía ascenderle por la garganta.

—Debe tenerla infestada de pústulas. ¡Pobre criatura!

—Su hija me reveló que apenas podía tragar. Ni aun su propia saliva. Y que cuando lo hacía, sufría de grandes dolores.

—¡Ni aun su propia saliva! —repitió el padre Rojas dándole apertura a las puertas. Seguidamente, ambos penetraron en una sala cubierta de estanterías en la que se disponía una pléyade de tarros de loza blanca y azul que contenían pócimas y remedios para aliviar a una tropa. Dicho botamen, que ascendía a trescientos jarros, estaba alineado de manera arbitraria, si bien su custodio conocía perfectamente la ubicación de cada uno de los recipientes.

—¿Podría ser garrotillo? —señaló la dama, al tiempo que el jesuita iluminaba la estancia.

—Por los síntomas que apuntáis, me inclino a pensar que sí.

—Siendo de ese modo, solo se me ocurre un remedio.

—¡Qué mente más privilegiada ha perdido la ciencia!

Mientras el padre Rojas buscaba la escalera para acceder a las estanterías, doña Ana evocó el episodio de la condesa de Chinchón, el cual conocía a partir del testimonio escrito de don Juan de la Vega, médico del virrey del Perú. Al parecer, esta había padecido unas fiebres terribles en el periodo que su marido ostentaba el cargo, y al enterarse el gobernador de Loja, informó a la familia de que disponía de un remedio que podría curarla. Este procedía de la quina, un árbol singular cuya corteza era empleada por los indios para elaborar un brebaje. La condesa aceptó tomarlo y en poco tiempo se recuperó, dejando de padecer las fiebres.

—Polvo de la condesa —anunció doña Ana al ver al clérigo sosteniendo el tarro.

—O de los jesuitas —apuntó este, guiñándole un ojo.

Horas después, cuando Isabel comenzó a mejorar tras ingerir aquel preparado de manos de su primogénita, doña Ana juró que el tiempo que le restase de vida lo consagraría al prójimo.

# 36

Ginés de Castroviejo era alto, de hombros estrechos y complexión delgada y fibrosa, que culminaba en una cabeza alargada y con el pelo rapado, en cuyo rostro sobresalía una nariz aguileña. Aunque todo en su cuerpo parecía estar al servicio de sus ojos, los cuales podían definirse como transparentes, pues en función de la hora del día o de la noche, estos podían ser azules o grises, aunque siempre perspicaces.

Perteneciente a una familia de la hidalguía riojana, pese a no superar los treinta años, había en su gesto un poso de sabiduría que le hacía parecer mayor de lo que era, algo que no le importaba, más bien todo lo contrario. Y es que desde muy pequeño, en Nájera, el lugar del que era natural, siempre había anhelado crecer y convertirse en un hombre de provecho, de ahí que escogiese la compañía de adultos en lugar de la de otros niños, pues, según decía, de los primeros aprendería mucho más que de los segundos. Esto le llevó a estudiar leyes desde muy joven, algo que compaginó con el ejercicio de la esgrima, disciplina que dominaba casi tanto como la principal, y que lo dotaba de una confianza indispensable para poder ejercer su cargo. Y es que Castroviejo, pese a poseer una gran capacidad analítica y manejar los resortes de su oficio de manera brillante, era, ante todo, un hombre de acción; alguien que prefería el desafío de lo desconocido a la seguridad de los pliegos, la indagación al protocolo, el rastreo al recuento. Quizás por eso, hasta donde le alcanzaba la memoria, había residido en muchos lugares y en ninguno, siempre al acecho del mal, siempre en la batida, siempre en la pugna.

Por eso, cuando tuvo noticia de los crímenes que se estaban cometiendo en Sevilla, ciudad frecuentada y elogiada por sus ancestros durante las expediciones de conquista y colonización

de las Indias, sintió que todos sus sacrificios parecían cobrar sentido; y entre estos se incluían su renuncia a casarse y formar una familia, el holgar en sus ratos libres o el dormir a pierna suelta la mayoría de las noches. Algo que el riojano había trocado sin reparo por dignificar su actividad.

De lo que Castroviejo no había sido informado era de la obligación de realizar las pesquisas en compañía de una persona diametralmente opuesta a él; un hombre que rechazaba el uso de las armas, que desconocía el lenguaje de la jurisprudencia y cuya relación con el crimen era completamente nula. Y que, para colmo de males, era un artista reconocido de la ciudad. ¿A quién se le había podido ocurrir semejante idea?

—Yo soy el depositario de la confianza de su señoría, el inquisidor general Diego Sarmiento de Valladares, y por tanto es a mí a quien debéis obediencia. Y eso incluye no cuestionar ni mis decisiones ni mis métodos. ¿Lo habéis entendido bien? —exclamó Salcedo tras escuchar las protestas del pesquisidor.

Nada más llegar a la urbe, y sin apenas tiempo para descansar —de Córdoba a Sevilla era preciso recorrer veinticinco leguas—, fue requerido en el castillo de Triana a primera hora de una mañana que había amanecido nublada y fría, lo que distaba bastante de la imagen que el najerense tenía de Sevilla.

—Disculpad mi osadía, pero únicamente deseaba haceros partícipe de mis recelos —replicó Castroviejo rebajando el tono —. Humildemente pienso que solo en un mundo de hombres sinceros es posible el entendimiento.

—Dado lo mucho que os aprecio, acepto vuestras disculpas. Sin embargo, he de advertiros que vuestros prejuicios os ciegan, y es mi deber sacaros del error.

Y tras decir esto, el religioso retornó a su asiento y se restregó los ojos con parsimonia, dejando intrigado a su interlocutor. Este no estaba acostumbrado a admitir faltas, pero al ser consciente de la trascendencia de aquella entrevista, se esforzó en mostrarse humilde tras su primer traspié. De ahí

que, cuando Salcedo decidió reanudar su discurso —el inquisidor apostólico se tomó su tiempo, muy a su pesar—, la expresión de Castroviejo era radicalmente distinta a la exhibida con anterioridad.

—Juan de Valdés Leal conoce la ciudad como la palma de su mano, posee contactos entre las altas esferas, es respetado y admirado por el pueblo, y aunque no lo admita, está metido en el fango desde el principio. —Y sin concederle espacio para la réplica, remató—: Si sois capaz de conectar con él y valeros de su don, no hallaréis mejor aliado. Y Dios sabe que este complejo escenario requiere de una poderosa unión de fuerzas.

—¿Y cuál es ese talento al que os referís, señoría? —preguntó el pesquisidor, inclinándose hacia delante en la silla.

—El de reconocer a un artista cuando lo tiene delante. Y os aseguro, mi admirado Ginés, que nuestro criminal lo es.

# 37

Pese a que Jacinta llevaba muerta más de veinticuatro horas, Ginés de Castroviejo solicitó examinar su cadáver antes de que se enterrara, al igual que había hecho con el del dominico fray Alonso de Sigüenza. Para ello, se dejó guiar por Valdés Leal hasta la collación de Santa Marina, donde, según les informaron, la mujer había estado residiendo en los últimos años con un herrador fallecido el año anterior. Esta era mulata, rondaba los cuarenta años y tenía una hija natural.

Nada más llegar a la plazuela de San Blas y localizar el escenario del crimen, el riojano rápidamente se percató de que aquella mujer no había gozado del favor de sus vecinos, algo que rápidamente puso en conocimiento de su compañero, con quien apenas había intercambiado tres frases en las pocas horas que llevaban juntos. El pintor, a quien el pesquisidor le pareció un individuo solícito aunque presuntuoso, le aseguró que averiguaría los motivos de aquella desafección, si bien antes acordaron ascender al piso superior de la residencia para contemplar el cuerpo de la víctima y de este modo confirmar lo que ya sabían: que había sido hallado desnudo y sin signos de violencia.

Siguiendo el mismo procedimiento empleado en el convento de San Pablo, y que a su vez Valdés había llevado a cabo en el palacio Bertorelli, ambos realizaron la inspección ocular a solas, anotando cuantos detalles les resultaron llamativos, desde la coloración de la piel —en este caso la región inguinal presentaba la característica mancha verdosa de la primera fase de la putrefacción— al estado de los miembros, cuya rigidez inicial prácticamente había desaparecido.

Finalizado el proceso, que no les supuso demasiados problemas, la conclusión era la misma que con los anteriores cadáveres: muerte por envenenamiento. Y no había que ser un

lince para colegir que el ingrediente mortal era el cinabrio, el mismo material empleado para marcar la región superior del abdomen.

—¿Vos también pensáis que este símbolo tiene que ver con el diablo? —preguntó Valdés, señalando la estrella pentagonal. Dicha cuestión obedecía más a su deseo de romper el hielo que a un verdadero interés por conocer la opinión de su compañero. Y es que si había algo que detestaba era a los individuos silentes, sobre todo si aquella reserva obedecía al propósito de fingir sabiduría.

Castroviejo afinó la vista tras sus llamativos anteojos y, una vez examinados los cinco vértices y sus correspondientes aristas, respondió alzando la cabeza:

—Depende de a qué diablo os refiráis.

—Salcedo parece tenerlo claro —replicó el artista sin pensarlo. Algo que al riojano le incomodó, no solo por la manera de pronunciar el apellido de su protector —aquel seseo le resultaba exasperante— sino por insinuar que este era un simple.

—Vos sabéis lo escrupuloso que es el Santo Oficio en las cuestiones relacionadas con las manifestaciones demoníacas, pero aún así sus métodos no siempre resultan infalibles. ¿Acaso conocéis a alguien que lo sea? —Y acercándose hasta él, musitó—: Si deseáis conocer mi valoración, deberéis darme tiempo. Apenas acabo de instalarme en la ciudad y ya me hallo inmerso en una búsqueda de la que no poseo datos. Hacedme partícipe de vuestras inquietudes, mostradme el camino que lleváis recorrido, y os aseguro que en breve podré emitir un juicio satisfactorio.

Valdés le sostuvo la mirada por unos segundos, y seguidamente sonrió.

Sin duda aquel refinamiento impostado obedecía a un exceso de prudencia combinado con una falta de confianza en sus semejantes que debía ser inherente al oficio. Esto le llevaba a concluir dos cosas: que Castroviejo era un tipo listo y que su relación con él sería de todo menos sencilla.

—Decid, mujer, ¿os pareció ver entrar o salir a alguien la noche en que se cometió el crimen?

—No, señor —respondió la vecina cuya puerta se hallaba más próxima a la de Jacinta—. Ya les dije a los alguaciles que esa noche mi marido y yo nos acostamos temprano, pues habíamos trabajado duro y necesitábamos descansar. Él mismo puede corroborarlo.

—¿Y su hijo? —continuó el riojano—. En este informe consta que en su casa vive un mozo de dieciséis años bautizado con el nombre de Matías.

—Hace varios días que no viene por aquí. Es un buen muchacho, ¿sabe?, pero últimamente no le acompaña la fortuna…

—¡Porque es un rezonglón! —apuntó una voz a sus espaldas. Castroviejo se volvió y comprobó que se trataba de un anciano andrajoso a quien habían visto pedir limosna poco antes de acceder a la plaza.

—¡Mirad quién fue a hablar! —replicó la mujer con desprecio—. ¿No habéis embaucado lo suficiente a las beatas que ahora venís a importunarnos a nuestras casas? Preguntadle a él —dijo buscando la mirada del pesquisidor—. Seguro que conoce al culpable. ¡Si no lo es él mismo!

—¡Callad, bruja! —escupió el viejo, trastabillando.

—Eso lo será vuestra madre. ¡Ganapán! ¡Hideputa…!

—¡Venid aquí y repetid eso!

—Ahora mismo…

—¡Basta! —cortó tajante Valdés, al ver que el asunto se les estaba yendo de las manos.

—Pero…, señores míos… Yo solo pretendía… —terció la mujer.

—Callad, o haré que os prendan a ambos —se sumó Castroviejo.

Zanjado el asunto, la pareja continuó con su ronda de preguntas por el resto de la vecindad, cuyos habitantes eran en su mayoría gente humilde que apenas había tratado a la víctima o que fingían no conocerla. Decepcionados, decidieron poner su atención en los negocios que jalonaban la calle Real, la cual constituía una de las arterias principales de

comunicación en dirección norte sur.

Tras varias conversaciones infructuosas con comerciantes y proveedores, un vizcaíno dedicado a la venta de salazones dejó caer un dato que les puso en antecedentes sobre el pasado de Jacinta. No obstante, por más que insistieron en que les ampliase los datos, el hombre, consciente de que podría meterse en problemas, se escabulló como pudo y les obligó a desistir.

Esto les dio una idea que de inmediato pusieron en práctica.

Tras regresar al templo de Santa Marina y localizar al mendigo con el que se habían cruzado antes, le propusieron invitarlo a cambio de su testimonio. Este, que no se había visto en otra semejante, aceptó al instante y los siguió hasta una taberna cercana, donde, tras ingerir un cuartillo de vino acompañado de unas aceitunas, comenzó a aflojar la lengua. De este modo, Castroviejo y Valdés confirmaron lo que el vizcaíno les había dejado caer: que la mujer asesinada había ejercido la prostitución durante años y, lo que era peor, que hacía tratos como alcahueta.

—El gazmuño que se amancebó con ella lo sabía, y a pesar de todo la metió en su casa. ¡A una mulata descocada! —afirmó el viejo antes de apurar el caldo.

—¿Qué más puedes decirnos de ella? —le presionó el pintor llenándole el vaso.

—¡Que posee dos grandes tetas! Ja, ja, ja.

—Eso ya lo sabemos —respondió Valdés retirándole la bebida.

—¡No me digáis que la habéis visto sin ropas! —deslizó de manera lasciva—. Pues entonces, sacadme de dudas, ¿eran sus pezones tan oscuros como el cisco? Yo me los imagino grandes, como pitorros de búcaro. ¡A fe que la hubiera gozado de haberla conocido más joven!

—Calla, necio, y muestra respeto por los muertos —le corrigió el riojano, dándole un pescozón. Solo entonces reparó en que se estaban refiriendo a una persona que ya no habitaba este mundo.

Posteriormente, y tras nublarle el entendimiento con nuevas dosis de alcohol, el anciano les contó que Jacinta era famosa

por atraer a busconas de callejón a quienes llaman cantoneras y cerrar tratos con hombres, la mayoría de baja estofa, como lacayos y gente del campo. Esto le granjeó multitud de contactos, pero también enemigos, quienes la acechaban de continuo exigiéndole dineros y otros favores. Ni los esfuerzos del padre Rivera, párroco de Santa Marina, que trató de disuadirla haciéndole ver que aquellos negocios le traerían la ruina, sirvieron para enmendarla.

Concluida la conversación, la pareja pagó la consumición y se despidió del confidente, continuando calle arriba hasta dar con el hospital de los Inocentes, donde, según les había dicho una vecina, la hija de la víctima trabajaba como lavandera. Esta respondía al nombre de Jerónima, y aunque tenía la piel oscura y unas formas generosas, era menos voluptuosa que su madre.

—Yo no sé nada de esa —fue lo primero que les dijo al ser preguntada, para seguidamente añadir—: Lo mismo me da que esté viva que muerta.

Luego les explicó que hacía años que no se hablaba con ella, pues no soportaba al hombre con el que compartía techo, y que, tras la muerte de este, hizo lo posible por regresar a su lado, pero su madre la rechazó. Esto último lo deslizó con rencor, dejando a las claras que, pese al discurso de desapego que solía emplear cuando se refería a la mujer que la había alumbrado, aún le dolía.

Finalmente, Jerónima se excusó diciendo que tenía que continuar con su trabajo, y haciendo una inclinación de cabeza, se giró para marcharse.

—Una última pregunta —la requirió Valdés, a lo que la joven respondió deteniéndose—. ¿Sabéis de alguien que la quisiese mal? ¿Algún enemigo que le supusiese una amenaza?

Jerónima se volvió, y mirándole de frente, le espetó:

—Todos los enemigos son mortales, aunque el peor lo llevamos dentro.

—Buena sentencia —reconoció Castroviejo.

—Se la escuché decir a un loco. En el lugar donde trabajo hay muchos —aclaró la muchacha. Y antes de adentrarse en el hospital, concluyó—: Si buscáis a alguien en concreto, id a

Sevilla la Vieja y preguntad por el Corcho. A pocos escapa que la Jacinta le debía dineros a ese rufián.

# 38

Sesenta y nueve años habían transcurrido desde que la isla del Hierro desapareciese bajo las aguas del Guadalquivir. Casi siete décadas en las que los supervivientes del primitivo Santiponce, así como sus hijos y nietos, habían convivido con el recuerdo de la terrible riada que borró de un plumazo sus casas, huertas y edificios públicos, obligándoles a trasladarse, colina arriba, hasta los dominios de los jerónimos. Estos, cuyo establecimiento en el monasterio fundado por Guzmán el Bueno se remontaba al año 1432, no solo les dieron cobijo aquel infausto diciembre, sino que les cedieron unos terrenos ubicados sobre la ciudad romana de Itálica, la cual, desde tiempos pretéritos, era conocida como Sevilla la Vieja.

De este modo, auspiciados por los monjes de San Isidoro del Campo, los habitantes del nuevo Santiponce fueron levantando sus casas en el terreno que había visto nacer a tres emperadores —Trajano, Adriano y Teodosio—, y cuyo edificio más singular, el anfiteatro, emergía sobre las cubiertas de tijera, tras siglos de indiferencia.

—Dicen que de sus ruinas los árabes se llevaron muchos mármoles para levantar sus mezquitas en Sevilla —señaló Valdés mientras eran conducidos al núcleo de la pequeña población; algo que avivó el interés del pesquisidor por conocer aquel sitio, e incluso le animó a evocar unos versos:

*¿Cómo en el cerco vago*
*de su desierta arena*
*el gran pueblo no suena?*

—¿Os gusta la poesía? —le preguntó el artista sorprendido. Lo último que esperaba de un familiar del Santo Oficio era escucharle recitar a Rodrigo Caro.

—Y a vos, Valdés, ¿os place el vino?

—No os entiendo.

—Como dijo el divino Dante: «El vino siembra poesía en los corazones», y yo procedo de una tierra plagada de viñedos…

—Muy ingenioso —concedió su interlocutor asintiendo con la cabeza.

Poco después, el najerense se admiró al contemplar el perfil de San Isidoro del Campo, que en tiempos fuese el monasterio cisterciense más meridional de toda Europa, y cuyos muros habían dado cobijo a un grupo de protestantes entre los que se encontraban los traductores de la primera Biblia castellana, Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera. Por un momento estuvo tentado de pedirle al cochero que se detuviese para poder visitarlo, pero luego pensó que no sería procedente.

Minutos después, ambos descendían a las puertas del Mesón de la Vega, que era uno de los recintos más frecuentados del pueblo por ser el lugar donde los recueros solían descansar sus cargas y los caminantes aliviar sus estómagos. No en vano, el establecimiento se hallaba próximo al sendero utilizado por los peregrinos de Santiago, el cual atravesaba de sur a norte parte del oeste de la antigua Hispania.

—¿Qué se les ofrece a vuestras mercedes? —Nada más verlos entrar, el mesonero se dirigió a ellos exhibiendo unos dientes negros como muelas de asno.

Conscientes de lo delicado de su misión, los dos se decantaron por un clarete de Cazalla que el dueño les sirvió en sendos vasos colorados acompañados de unos chicharrones.

Pese a haber escogido atuendos sencillos, parecían llevar su condición escrita en la frente, por lo que, de inmediato, captaron la atención de los clientes que poblaban el local, provocando que estos especularan sobre su procedencia y rango. Esto no le agradó a Castroviejo, que de inmediato le hizo una seña a su compañero para que desistiera de su propósito. De ser cierta la descripción que de él les había hecho Jerónima, preguntar por el Corcho en un sitio como aquel no solo resultaría infructuoso sino que provocaría un revuelo que no se acomodaba a sus intereses.

Sin embargo, en lugar de responder a su toque de atención,

Valdés apuró el trago de vino y, palpándose las ropas, exclamó:

—¡Pardiez!

—¿Qué os ocurre? —preguntó el riojano, volviendo el rostro hacia él con evidente sorpresa.

—No encuentro los dineros.

—¿Cómo decís?

—Lo que habéis oído. Que algún bellaco me ha desplumado en el trayecto desde Sevilla. ¿No habréis sido vos?

El pesquisidor no daba crédito.

—¿Os habéis vuelto loco? —respondió ofendido.

—A fe mía que los habéis sustraído mientras viajaba en el coche.

—Pero ¿se puede saber qué?

—¡Maldito ladrón! —Y tras decir esto, se abalanzó contra él y lo tumbó en el suelo.

En menos de un segundo, la concurrencia les rodeó y se dedicó a jalearlos. Todos menos el mesonero, cuya expresión reflejaba malestar por no poder cobrar lo que se le debía.

—¡Basta! —comenzó a vociferar, mientras trataba de separarlos.

—¡No os entrometáis en mis asuntos! —gritó Valdés, apartándolo de un manotazo.

Al ver su reacción, el cocinero, que acababa de surgir del fondo del local, amenazó con avisar a la justicia. Esto pareció animar a los espectadores, quienes apostaban quien de los dos quedaría en pie. Y es que el pesquisidor, a quien el primer lance había cogido por sorpresa, ahora contraatacaba, lanzando patadas y puñetazos a su oponente.

—¡Separadlos! —gritó el dueño del local, consiguiendo que un par de hombres fornidos les sujetasen por la espalda.

—¡Dejadme en paz! —trató de zafarse Valdés, cuyo rostro se hallaba poseído por la ira.

—¡Registradme si queréis! —terció su rival—. Pero os juro que yo no os he robado.

—¿Quién ha sido entonces? ¡Decidme! —Y tras inquirirlo, golpeó con el codo al individuo que lo sujetaba y consiguió librarse de él.

Luego se las ingenió para sustraerle la espada y apuntar al

cuello de Castroviejo, que aún continuaba inmovilizado.

—No seréis capaz —farfulló el pesquisidor al verse amenazado por el acero.

—Ponedme a prueba.

Entonces Castroviejo supo que aquello era una comedia. Un simple artificio urdido por el artista para lograr su propósito, el cual no era otro que localizar al rufián mencionado por Jerónima. Por eso, haciendo valer su ingenio, respondió con astucia:

—De acuerdo. Vos ganáis la partida.

—¡Hablad! —insistió Valdés, acariciando la piel del riojano con el filo del arma.

—Esta misma mañana, al salir de la posada, os sustraje la bolsa. Pero no la llevo encima. Antes de subir al carruaje se la entregué a mi cómplice, un truhán que conocí en La Laguna y al que llaman el Corcho.

Al escuchar aquello, la mitad de los asistentes contuvo el aliento.

—¿El Corcho? ¡Vaya mote de mierda! ¿Y puede saberse dónde se esconde ese hideputa! ¡Hablad! ¿O queréis que os atraviese el gaznate?

—¡No lo sé!

—¿Cómo decís? —Valdés cada vez se sentía más a gusto en su papel.

—Suele parar aquí. ¡Preguntadle a alguno de estos! —respondió su compañero, deslizando la clave para concluir la representación.

El pintor, que aquella mañana las cazaba al vuelo, interpretó el mensaje de Ginés, y girándose con violencia, apuntó al pecho de uno de los clientes.

—Decidme vos, ¿dónde puedo hallar a ese rufián?

—Lo desconozco, señor.

—¿Qué habéis dicho? Hablad más alto, si no queréis que os atraviese de una estocada.

—Díselo, Marcial —se aventuró a aconsejarle otro—. Ese malnacido no merece que lo encubramos.

—¿Y por qué no me lo decís vos? —Y esta vez Valdés apuntó al segundo, endureciendo el gesto.

—Señor, os ruego que soltéis el arma. —El cocinero trataba de reconducir la situación, aunque con escasa fortuna.

—¡Os he hecho una pregunta! ¿Dónde se esconde ese perro? —Y justo al concluir su frase, dio un puntapié a uno de los taburetes, para infundirle más miedo.

Al verse hostigado, el desgraciado respondió temblando:

—Tal vez esté donde la Pura.

—¿Cómo?

—Es una vaquería situada a las afueras del pueblo —le ayudó su compañero, quien deseaba poner fin a aquel conflicto cuanto antes.

—Eso es —concedió el perjudicado—. Dejadme marchar, os lo ruego.

—Id —concluyó Valdés—. Pero vos deberéis acompañarme para dar con ese ruin.

Castroviejo asintió, y tras depositar unas monedas sobre el mostrador, abandonó el mesón sacudiéndose las ropas y sus prejuicios sobre el pintor.

Lástima que aquella mojiganga, ejecutada con maestría por ambos, no les reportase beneficios. Y es que, advirtiendo que lo buscaban, el Corcho se adelantó a la jugada, y tras robar un caballo, puso pies en polvorosa dejando a sus perseguidores con un palmo de narices.

# 39

El fracaso en Santiponce provocó que las pesquisas tomasen un nuevo rumbo. De ahí que Castroviejo instase a Valdés Leal a retomar su trabajo mientras él terminaba de instalarse en la ciudad y, de paso, reflexionaba sobre lo vivido hasta el momento. Era intención del pesquisidor entrevistarse con gente del entorno de las víctimas, aunque sin someterlas a presión, algo difícil de conseguir con la presencia del pintor. Solo de ese modo, estimaba, podría obtener algún fruto. Por su parte, Valdés se dedicaría a analizar los pentagramas hallados en los cadáveres a partir de las muestras recogidas in situ, con idea de elaborar un patrón que pudiese conducirles hasta el culpable. En consecuencia, ambos hombres recorrerían caminos independientes durante las próximas semanas, aunque sin dejar de agudizar los sentidos.

Además de culminar los bocetos de los lienzos encargados por Mañara y acometer los nuevos encargos de obrador, el maestro recuperó la rutina de acudir a la Academia, básicamente por compensar las horas de soledad laboral. La ausencia de Manuel continuaba siendo insalvable, de ahí que buscase el apoyo de sus compañeros para tratar de recuperar el equilibrio.

Por suerte, tras haber pleiteado con la muerte y lograr ahuyentarla, Isabel se recuperaba poco a poco con ayuda de su familia —Valdés jamás se perdonaría no haber estado a su lado la noche en que casi se le esfuma la vida—; esto contribuyó a que el pintor recuperase su confianza en Luisa, su amada primogénita, y asimismo le movió a reconocer los esfuerzos de Lucas. Con apenas once años, el niño había hecho gala de una madurez insólita, y así se lo hizo ver ante los integrantes de la familia.

Y por supuesto, el maestro no se olvidaba de doña Ana

Caballero, a quien visitó en su propio hogar para agradecerle el gesto que había tenido con su esposa; algo que trataría de compensarle mientras viviera. Unas palabras que sorprendieron a don Diego, quien desconocía que su esposa tuviese tanto arrojo, y que sirvieron para estrechar los lazos del matrimonio.

Al objeto de corresponder a Dios por todos los dones recibidos, el pintor dobló sus limosnas y se ofreció a realizar algunos de los trabajos más duros en la Santa Caridad, desde curar las llagas de los pobres a participar como porteador en el sepelio de un condenado de la justicia. Hasta la fecha, Valdés Leal había acudido a decenas de ellos —a imitación de san Tobías, los hermanos salían dos veces por semana a enterrar a los difuntos pobres, que cada año rondaban el centenar—, pero siempre llevando una vela, un farol o una salbilla con la que pedía dineros con los que dar tierra a aquellos desfavorecidos —«Para enterrar los pobres de la Santa Caridad de Jesucristo, por amor de Dios», repetían por las calles—. En esta ocasión, Valdés vistió la característica hopa azul, una suerte de sotana larga y cerrada rematada con valona blanca y sombrero también azul, con una humildad nunca vista en él; y no conformándose con eso, tomó parte en la inhumación de los restos de quien había sido ahorcado en el Prado de San Sebastián.

Aunque su mayor aportación tuvo lugar durante el bautismo de infieles promovido por el arzobispo don Ambrosio Ignacio Spínola y Guzmán y ejecutado a medias por los jesuitas y los hermanos de la Santa Caridad. Esta singular misión tenía como objetivo conquistar el islam doméstico en una ciudad que, pese a su decadencia comercial, había retenido su mentalidad esclavista.

De este modo, auspiciada por el ignaciano Tirso González, cuyo celo en la conversión de las últimas comunidades musulmanas de la península garantizaba la empresa, la convocatoria surtió efecto inmediato en los ánimos de la oligarquía sevillana, que rivalizó en los votos y sacrificios por cada infiel convertido. Aunque fue el empuje de Mañara, auténtico catalizador de las conciencias, quien permitió que la

misión llegase a buen puerto. Tanto, que el padre Tirso llegó a calificarlo de «varón de insigne amor de Dios» al que en su corazón «veneraba como a santo».

Marginados por su pobreza y olvidados en sus ciegas e ignorantes creencias, los berberiscos sevillanos se convirtieron en el instrumento de redención de toda la sociedad, la cual tuvo una puesta en escena de lo más esplendorosa. Esta iba sustentada en dos puntales: la Compañía de Jesús, que ejerciendo el rol de mediadores con la herejía ganaban para la cristiandad los corazones de piedra de los mahometanos; y la Santa Caridad, que además de reclutar a los infieles, ponía orden en la demanda de conversos que se venía produciendo desde el estamento nobiliario. Y en este entendimiento mutuo entre ambas instituciones tuvieron que ver personajes influyentes como Valdés Leal.

Aquel fasto, que pasaría a los anales de la historia de Sevilla por su singularidad y pompa, arrancó en la Casa Profesa que los religiosos poseían en la calle de la Compañía, llamada así por su establecimiento en la ciudad a mediados del siglo XVI. Un recinto que el pintor conocía a la perfección, pues en la década anterior había realizado una serie de pinturas para el mismo, las cuales reflejaban algunos de los momentos más significativos de la vida del santo jesuita en torno al proceso fundacional de la Orden. Todas ellas dotadas de un alto valor conceptual, y las más, conteniendo hechos milagrosos ejemplarizadores: *La aparición de san Pedro a san Ignacio durante su convalecencia en Pamplona*; *San Ignacio cura a un poseso*; *Cristo se aparece a san Ignacio camino de Roma*; o *san Ignacio y san Francisco de Borja contemplando en actitud latréutica la Sagrada Forma mostrada por el Niño Jesús*.

Desde el imponente edificio trazado por Giuseppe Valeriani y Juan Bautista Villalpando partió una procesión liderada por el padre Gamboa, quien portaba el estandarte seguido por los hermanos de la Santa Caridad —trescientos en total— emparejados con los jesuitas, sin atender a mayorías de puestos, antigüedades ni dignidad de personas. Tras ellos, otro estandarte con el Nombre de Jesús iba enarbolado por un hermano de la Caridad, para de este modo establecer una

reciprocidad entre nobleza y religión. Asimismo, el cortejo iba encabezado por el alguacil mayor, don Lope de Mendoza, igualmente miembro de la corporación del Arenal, el cual comandaba un gran número de alguaciles y alabarderos que despejaban las calles. Dicho poder secular se esforzaba por dejar expedito el paso para la correcta visualización del desfile procesional, donde no faltaba el acompañamiento musical de tres clarines del concejo seguidos de las armonías de instrumentos eclesiásticos tocados por diez ministriles. Un letífico maridaje de fe y espectáculo que anticipaba el triunfo de la conversión.

Aquel día, la familia Valdés lució sus mejores galas, acudiendo al completo a la calle de la Mar, donde los alabarderos abatieron mosquetes, picas y bandera a los pies del padre Tirso, que, portando una imagen de Cristo, apremiaba a los fieles a arrodillarse. Un simple anticipo de lo que ocurriría en el interior de la catedral, donde las piezas de órgano sustituyeron a los tambores, y el redoble de campanas elevó la emotividad de la conversión y el bautismo de hasta cuarenta moros y turcos, quienes, engalanados como la ocasión merecía, habían acudido al templo subidos en carrozas, entre el júbilo de unos vecinos que sacaron a la calle lo mejor de sus ajuares. Riqueza que alcanzó su cenit en la portada del palacio arzobispal y que culminó con las joyas exhibidas por los catecúmenos y sus padrinos. No obstante, fue el *Te Deum* en acción de gracias por la victoria del rey san Fernando el momento más álgido del acto. Algo que conmovió especialmente a Lucas y Luisa, así como a su madre, quienes habían participado activamente en la realización del ornamento para los festejos del año anterior.

Al concluir la celebración, todos los hijos de Valdés Leal fueron a su encuentro. Este se hallaba departiendo en el patio de los naranjos con Miguel Mañara sobre el incontestable triunfo del fasto.

—Ni un solo hermano ha faltado a vuestra convocatoria. Es todo un logro —apuntó el pintor, provocando que el calatravo

esbozase la primera sonrisa de la tarde.

—Más me place haber congregado a los nobles, y sobre todo sus alientos, para hacer frente a los gastos —le respondió guiñándole un ojo.

—Don Miguel, si me disculpáis, me gustaría hablar a solas con mi padre. Únicamente será un instante. Enseguida os lo devolveré.

—¿Seguro que esta dama es vuestra hija? —señaló el caballero refiriéndose a Luisa—. Aún me parece estar viéndola refugiarse tras las faldas de Isabel. Sin duda habéis heredado la belleza de vuestra madre.

—¡Y el carácter de su padre! —añadió el artista, a modo de chanza. Comentario que provocó la carcajada de los presentes.

—Tenéis licencia para llevároslo, aunque a cambio imploro que me permitáis besar vuestra mano —concluyó Mañara con la elegancia que le caracterizaba.

Segundos después, la joven, aprovechando el estado de dicha que embargaba a sus padres, se armó de valor y decidió presentarles a Felipe, quien se hallaba apostado en las gradas, frente a la puerta del Perdón.

Valdés, a quien no escapaba que el corazón de su hija debía estar ocupado hacía tiempo, accedió sin reservas, y sosteniendo el brazo de su esposa, se mostró de lo más solícito. Algo que Luisa le agradecería con un fuerte abrazo.

# 40

La liberación de Manuel coincidió con un adelanto de la primavera. Debido a las altas temperaturas registradas a finales de febrero, la flor del azahar inundó de fragancia las calles de Sevilla, ejerciendo de heraldo para la estación más anhelada del año.

Pese a no haber descubierto al criminal, el inquisidor atendió el consejo de Castroviejo, quien le aseguró que aquella acción contribuiría a movilizar a quien operaba en las sombras. Y es que resultaba evidente que la denuncia presentada contra Manuel de Toledo obedecía a algún tipo de venganza, pues en ningún momento se presentaron pruebas concluyentes que demostrasen su culpabilidad.

El pesquisidor basaba su recomendación en que en las últimas semanas las pesquisas apenas habían avanzado, exceptuando los resultados obtenidos por el pintor tras los análisis de las muestras. Como sospechaba, la pintura utilizada para trazar las estrellas sobre los cuerpos de las víctimas era la misma en los tres casos, aquella resultante de mezclar polvo de cinabrio con aceite de linaza. Sin embargo, Valdés Leal tenía sus dudas sobre el modo en que había sido aplicada.

Únicamente restaba el asunto de la Academia, donde el oficial mantenía un puesto que había sido intervenido por el Santo Oficio al no hallarse parte del material empleado en las clases. Este, como había averiguado su maestro, coincidía con el descubierto en los cadáveres: el famoso rojo bermellón con el que el criminal había alumbrado los pentagramas.

De un modo u otro, Juan González de Salcedo confió en el olfato de Ginés de Castroviejo y permitió a Manuel regresar junto a los Valdés, aunque con la prohibición de abandonar la ciudad en los próximos meses.

Tras el gran recibimiento dispensado por la familia —el

muchacho mantuvo la versión de su apresurado viaje a Maqueda para cuidar de su tía— el obrador fue recuperando poco a poco la normalidad. Algo que agradeció su responsable, pues la carga de trabajo acumulada comenzaba a ser preocupante, y sobre todo Lucas, cuyas tareas comenzaron a menguar. Esto le permitió volver a reunirse con sus amigos del barrio y dedicar más tiempo a Clemente, el niño a quien había ocultado en la parte superior de la casa, y a quien había cogido cariño.

Aunque si hubo alguien a quien la liberación de Manuel llenó de dicha esa fue Micaela. Nada más conocer la noticia, corrió en busca del oficial para cubrirlo de besos. Esta vez no tuvieron que buscar ningún rincón a oscuras para manifestarse sus sentimientos; en cuanto la distinguió a lo lejos —a la joven se la veía radiante—, Valdés supo que debía hacerse a un lado. De ahí que, tras improvisar un recado, los dejase a solas en el obrador.

Tres días después de abandonar la prisión —Manuel le aseguró a su mentor que nadie le había torturado— el artista le pidió que le acompañase al hospital del Pozo Santo, pues debía entregar un trabajo.

Intrigado, el joven asintió al instante, y al rato ambos estaban de camino hacia el edificio ubicado en la misma collación de San Andrés.

Aquel día, Valdés iba más engalanado que de costumbre, algo que sorprendió a su adlátere, pero que evitó mencionar. Tampoco le preguntó por el bulto que portaba bajo el brazo, el cual había sido envuelto con sumo cuidado.

Al llegar a la plaza, que recibía su nombre de una leyenda relacionada con la Virgen según la cual un niño se salvó de morir ahogado en un pozo merced a su intercesión, el pintor se detuvo y le pidió a su acompañante que le examinase el cuello, por si lo llevaba torcido. Extrañado por la petición, Manuel se fijó en los picos de algodón que, abiertos cual abanico, caían sobre la vestimenta de su maestro, y al ver que se hallaban rectos, le dio su conformidad.

Seguidamente, una monja terciaria franciscana les franqueó la puerta y los condujo al interior del inmueble, donde el primero de los cinco patios poseía dos plantas con arcos de medio punto sobre columnas toscanas, que a Manuel le resultaron hermosas por lo sencillas. Este espacio, al igual que el resto del complejo hospitalario, apenas tenía un lustro de vida, y había sido creado bajo la advocación del Santísimo Cristo de los Dolores.

—¡Qué rostro más dulce! —fue la primera impresión de la madre superiora al contemplar la imagen con la que el artista acababa de obsequiar a la comunidad.

Al verla, Manuel se quedó de piedra.

No en vano, aquella era la virgencita que bendecía sus trabajos en el obrador, la que iluminaba sus mañanas y les protegía por las noches; aquella a la que tantas veces había limpiado, besado y rezado en los últimos años. La hermosa terracota que evocaba los misterios del santo rosario.

¿Cómo es que su maestro deseaba desprenderse de una de sus piezas más queridas?

Supo de la razón al escuchar la cita que su autor pronunció al despedirse de ella: «Porque este hermano tuyo estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido, y ha sido hallado».

Solo entonces, al ver cómo las lágrimas surcaban el rostro de Juan de Valdés Leal, el muchacho comprendió que Dios había puesto en su camino a una de las almas más generosas de cuantas poblaban el reino.

# 41

Aprovechando que la muerte les concedía una tregua, Luisa sorprendió a su familia con la noticia de que ella y Felipe deseaban contraer matrimonio.

Dicho anuncio, que llenó de regocijo a todos, tuvo lugar durante un almuerzo al que fue invitado el joven escultor, quien se sorprendió de que su amada se hubiese adelantado a la petición de mano. Todo lo contrario que Valdés, quien, tras dar su consentimiento, advirtió a su futuro yerno de que tendría que acostumbrarse al carácter impetuoso de su hija.

—Si aprendes a refrenar tus impulsos, obtendrás la felicidad —le susurró a Luisa, que esa jornada se mostraba pletórica. Y seguidamente remató, utilizando un tono jocoso—: Yo aún continúo intentándolo.

—¡Padre! Os amo tal y como sois, y no os cambiaría por ningún otro hombre.

—Estáis a punto de hacerlo.

—¡No me obliguéis a elegir! De lo contrario, jamás saldré de esta casa…

—Para ti, estas puertas estarán siempre abiertas.

Pese a su apocamiento inicial, Felipe demostró poseer un gran don para la conversación, algo que agradó mucho a Isabel, quien, en vista de que su esposo no se apartaba de Luisa, decidió intercambiar con él algunas impresiones.

En primer lugar se interesó por su madre, a quien hacía tiempo que no veía.

—Como supondréis, desde que enviudó no ha vuelto a ser la misma —le explicó el escultor, con la mirada fija en un punto inconcreto—. Apenas sale de casa, y lo único que la consuela es saber que algún día le daré un nieto.

Al escuchar aquello, a Isabel se le iluminaron los ojos. Y es que, debido a la velocidad con la que se estaban desarrollando

los acontecimientos, no había tenido ocasión de pensar en la celebración de las bodas, cuando menos en que su primogénita, tarde o temprano, la convertiría en abuela.

—Decidle que venga a vernos —le sugirió Isabel—. Pronto seremos familia, y debemos ponernos al día en muchas cosas.

El joven prometió que hablaría con ella y trataría de convencerla.

—¿Sabéis de algún dulce con el que podamos agasajarla? —preguntó Isabel, esbozando una mueca.

—Probad con las torrijas —apuntó Felipe—. Es una de sus debilidades. Y, por qué no confesarlo, también de las mías. De hecho, os advierto que, si me dieseis ocasión, podría dar cuenta de una bandeja en menos que se reza un padrenuestro.

—¡Qué exagerado sois! —Y dicho esto, ambos rieron.

A continuación la mujer supo que, además de contar con una estimable clientela, Felipe disponía de buenos ahorros.

—Mi padre, que en gloria esté, siempre me decía: «Si añades lo poco a lo poco, y lo haces así con frecuencia, pronto llegará a ser mucho». Y eso trato de hacer.

—Sabio consejo.

—¿Veis estas manos? —Esta vez el escultor se puso serio—. No soy hombre hacendado, pero os aseguro que a vuestra hija no le faltará de nada.

Mientras tanto, en el palacio Bertorelli, Angustias se afanaba en llenar una pila de agua con la frente bañada en sudor y el ánimo desposeído. Hacía días que se levantaba con náuseas y sufría de vómitos, pero decidió callárselo.

Como sospechaba, una vez realizada la lectura del testamento, el nuevo propietario había decidido conservar a toda la servidumbre, al menos hasta que se arrojase luz sobre los acontecimientos que habían rodeado a la muerte de su tío. Y es que aquel «crimen infame», como lo calificaba Girolamo, no solo le había provocado dolor y consternación, sino que había puesto en boca de todos el apellido familiar.

Aún así, la criada no quería darle razones para que prescindiera de ella, y menos por un embarazo no deseado. De hacerlo, seguramente sería difícil volver a conseguir un trabajo honrado. Por eso, desde que supo que estaba encinta, le había

dado mil vueltas a la decisión que debía tomar. Si quería continuar allí, más pronto que tarde tendría que deshacerse de la criatura que llevaba en su vientre; mientras que, si optaba por continuar adelante, debería abandonar el palacio y labrarse un futuro lejos de la ciudad.

Lo que Angustias desconocía es que, como en tantas otras cosas, Francisca estaba al tanto de la situación.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —le refirió en las cocinas, aprovechando que sus compañeras se encontraban entretenidas en otras estancias.

—¿Decirte el qué?

—Sabes a lo que me refiero.

Angustias no supo qué contestar.

¿Cómo era posible que aquella mujer hubiese descubierto su secreto?

¿Acaso podía leer sus pensamientos?

Desde que ingresó en la casa, no había dejado que nadie le lavase la ropa, y a simple vista, su vientre aún no abultaba.

—Imagino por lo que estarás pasando —musitó cerca de su oído.

—Francisca…

La mujer la miró con lástima. No era la primera vez —ni sería la última— que veía aquella expresión, mezcla de rabia y tristeza, algo que le rompía el corazón.

—Cuenta con mi apoyo —deslizó acariciándole el rostro.

Luego miró hacia ambos lados, y al ver que no las observaba nadie, la estrechó entre sus brazos con cariño maternal.

Aquel gesto pronto fue interrumpido por unas voces procedentes de la despensa.

—¡Es Beatriz! —exclamó Angustias—. ¡Pronto!

Nada más acceder al lugar, ambas mujeres se sorprendieron al ver a la sirvienta blandiendo una escoba con la que lanzaba golpes al aire, cual Quijote embravecido.

—¡Sal de ahí, maldito! Sal, o te acordarás de mí…

Y antes que pudiesen remediarlo, un par de tarros que descansaban en lo alto de una estantería se precipitaron contra el suelo, haciéndose añicos.

—¡Diablos!

—¿Qué ocurre? —soltó Francisca al ver el destrozo.

—¡Beatriz! —se sumó Angustias, espantada.

Pero la muchacha parecía poseída, y sin atender las voces de sus compañeras, continuó batallando con su enemigo invisible.

No obstante, al prender una segunda luz —la estancia se hallaba iluminada únicamente por una vela—, por fin comprendieron lo que pasaba.

Al parecer, un murciélago se había colado por el patio y, atravesando el pasillo, había logrado acceder a la despensa a través de una grieta.

Nada más descubrirlo, Angustias se echó a reír, y le rogó a la sirvienta que no lo atacase. Y es que, al haberse criado en el campo, conocía que aquellos mamíferos eran inofensivos, de ahí que la instase a darle tiempo y espacio para marcharse por su cuenta.

Beatriz, cuya cólera iba en aumento, parecía no oírla, por lo que su compañera insistió, esta vez con mayor ímpetu.

—¡¡¡Beatriz!!! ¿Quieres dejarlo en paz? ¿No ves que es una criatura indefensa?

Entonces la joven se volvió, y dirigiéndose a ella con los ojos inyectados en sangre, le espetó:

—El pez grande se come al pequeño.

# 42

A las cuatro en punto, las puertas de la iglesia de San Jorge se abrieron de par en par, y la campana del muñidor anunció la salida del cortejo.

Esa tarde, algunas nubes salpicaban el cielo de Sevilla, aunque, al ser altas, nada hacía presagiar que fuesen a descargar. Tras un invierno bastante lluvioso, la ciudad inauguraba su Semana Santa en torno a uno de los ritos más esperados: la procesión de los huesos. Este se había iniciado el viernes anterior, con los hermanos de la Santa Caridad vestidos de gala y a caballo, quienes se desplazaron a las fosas repartidas extramuros para desenterrar los cadáveres depositados el año anterior. Dichos restos correspondían a pobres, condenados de la justicia y personas asesinadas en la dehesa de Tablada o en los cruces de caminos, y que, una vez exhumados, eran amortajados de nuevo o reunidas sus osamentas dentro de una urna. Acción que venía recogida en las reglas de la corporación y que los hermanos cumplían con celo cada primavera. Posteriormente, en el templo del Arenal, los difuntos eran depositados sobre un túmulo levantado en medio de la nave, el cual era velado hasta el Domingo de Ramos.

«Faeneratur domino qui misereretur pauperis» («Quien practica la misericordia con los pobres hace un préstamo interesado a Dios»), era la cita extraída del Libro de los Proverbios sobre la que se sustentaba el catafalco que dignificaba el tránsito de los desheredados. Un monumento efímero y envuelto en telas negras que correspondía al gusto de aquel siglo y cuya realización suponía todo un honor para sus responsables.

Como era su costumbre desde que ingresase en la Santa Caridad, Valdés Leal puso todo su empeño en hacer partícipe a

su familia del rito, de ahí que Isabel acudiese con sus cinco hijos a la calle Pescadería para contemplar el paso del cortejo. Aunque si había alguien a quien la procesión sobrecogía esa era la abuela Luisa; tanto que, pese a perder la vista, había acudido puntualmente a la cita año tras año. De hecho, aún atesoraba en su memoria el primer Domingo de Ramos que hubo de presenciar lejos de su Córdoba natal; por entonces contaba con más vitalidad y sus ojos aún captaban la luz con la que la acogió Sevilla, ciudad que había llegado a amar tanto como a la suya.

—¿Escucháis, abuela? —musitó la pequeña Antonia, estrechándole la mano—. Están cantando los niños.

—Sí, mi amor. Y parecen ángeles.

En efecto, al tintineo de la campana portada por el servidor le sucedían veinticuatro niños de doctrina, quienes, tras haber sido recogidos de la calle, estaban siendo reeducados en la moral cristiana al objeto de ser útiles para la sociedad. Un modelo institucional creado en Valladolid por el caballero Juan de Lequeitio que, tras ser exportado a numerosas ciudades, trataba de evitar que muchos huérfanos terminasen convertidos en maleantes.

Dichos pequeños sostenían velas azules, el color de la Caridad, y precedían a las parejas de hermanos que portaban su correspondiente cera de a libra, entre ellos Valdés Leal. Asimismo el cortejo estaba integrado por el fiscal y los alcaldes moderno y antiguo, quienes ejercían de diputados de tramo y escoltaban al hermano mayor. En esta ocasión, Miguel Mañara había rehusado sacar la preceptiva vara de plata y en su lugar portaba una vela apagada, por igualarse con el resto de su junta.

Aunque sin duda lo más llamativo era la litera tirada por dos mulas donde iban colocados los ataúdes y las urnas, cuyos perfiles oscuros adornados con tibias y calaveras contrastaban con el exorno de los balcones, los cuales lucían elegantes colgaduras dispuestas por los vecinos en las horas previas.

Dicho cortejo macabro, lejos de asustar a los críos, les despertaba un enorme interés, permitiéndoles conectar con los misterios de la parca de un modo cercano y natural, y

haciendo cierta la frase del poeta Publio Siro: «Es más cruel temer a la muerte que morir».

Tras ver pasar la comitiva, Isabel propuso a los suyos desplazarse hasta el entorno del palacio arzobispal, frente al cual una colonia de comerciantes venidos de Piacenza levantó en tiempos de la conquista una próspera lonja que, con el paso de los siglos, desembocó en una red de tiendas muy apreciada por los sevillanos.

Luisa aplaudió la idea, y el resto de hermanos la secundaron; especialmente Concepción, quien deseaba volver a saludar a su padre antes de que el cortejo rodease la catedral.

Y así lo hicieron, caminando entre cientos de personas que, engalanadas para la ocasión, disfrutaban de la estación recién estrenada.

Sin embargo, para decepción de la niña, al superar el cortejo la antigua calle de los francos y adentrarse en la de los piacentines, su padre ya no se encontraba en su puesto.

—¿Dónde está padre? —preguntó consternada.

—Lo desconozco, hija —le respondió Isabel—. Aunque estoy segura de que estará bien.

—Tal vez se ha adelantado hasta el colegio de San Miguel para disponer los últimos detalles del entierro —apuntó Luisa, restándole importancia.

—Es lo más probable —se sumó Eugenia.

Sin embargo, aquella explicación no satisfizo a la niña, cuyo corazón le decía que su padre se hallaba en peligro.

—He desplegado a un buen número de alguaciles por cada una de las fachadas, y a otros tantos en las embocaduras de las calles. Si estáis de acuerdo, nosotros lo buscaremos dentro. A fe mía que ese hediondo no volverá a escapar.

Tal y como sospechaba Concepción, Valdés se encontraba en plena caza del Corcho, el cual había sido visto en las gradas de la catedral tratando de robar a un noble flamenco. Al ser informado por Castroviejo, este no dudó en abandonar la

procesión y sumarse a la búsqueda.

Lo primero que hicieron fue dirigirse a la puerta de la Adoración, más conocida como la de los Palos, e ingresar a través de ella en el interior del templo. Este se hallaba en semipenumbra y únicamente poblado por algunos miembros del cabildo, quienes permanecían a la espera de la procesión.

Una vez dentro, el pesquisidor le sugirió al pintor que fuesen juntos, ya que, en caso de toparse con el delincuente, les sería más fácil atajarlo. Pese a no haber sido adiestrado en la defensa personal, Valdés había insistido en colaborar con él en agradecimiento por la liberación de Manuel, ya que el riojano no estaba familiarizado con el entorno.

Consciente del peligro al que se enfrentaban —el Corcho tenía fama de violento—, Castroviejo se había aprovisionado de varias armas, algunas de las cuales eran visibles y otras permanecían ocultas. Esto le permitiría, en caso de necesidad, enfrentarse con el Corcho con todas las garantías.

—Me juego las manos a que ese bellaco se oculta entre estos muros.

Sigilosamente, los dos hombres comenzaron a rastrear la zona norte, inspeccionando minuciosamente cada una de las capillas, las cuales procedieron a iluminar con un fanal facilitado por el portero. Esto permitió que el pesquisidor se topase inconscientemente con dos obras de Valdés Leal: *La imposición de la casulla a san Ildefonso,* que remataba el retablo dedicado a san Francisco de Asís, y el *Martirio de san Lorenzo*, ubicado en la capilla anexa de Santiago. Precisamente a este santo, alumbrado por Juan de Roelas y encajado en el centro del retablo, se encomendó el artista por salir indemne.

Superada la puerta del Baptisterio, la pareja continuó por el lado oeste, revisando cada uno de los altares y prestando atención a cualquier sonido que pudiese delatar la presencia del malhechor. Desgraciadamente, pese al grosor de las paredes, la alta concentración de personas que registraba a esas horas la calle Génova impedía que el silencio fuese absoluto, algo que lamentó Valdés, y mucho más su

compañero. Y es que, al encontrarse en los albores de la Semana Santa, muchas capillas habían sido adornadas con flores, manteniéndose algunas con las rejas expeditas, lo que facilitaba que el Corcho se hubiese introducido en cualquiera de ellas para esconderse.

Efectivamente, cuando hubieron descartado el trascoro y alcanzado el lado sur de la catedral, Castroviejo escuchó un ruido que le movió a actuar. Este procedía de las capillas de los Alabastros, las cuales acogían obras de Martínez Montañés y Francisco de Ocampo.

Sin pensarlo, el najerense desenvainó su espada y, cruzando a toda velocidad bajo el elevado techo de la nave, se dispuso a enfrentarse cara a cara con su oponente. Un error de principiante que precipitó los acontecimientos.

Y es que, tras comprobar cómo Castroviejo había picado el anzuelo —al fugitivo le bastó con lanzar un guijarro desde la opuesta capilla de San Hermenegildo—, una sombra corpulenta emergió tras el sepulcro del cardenal Cervantes y se arrojó sobre Valdés, golpeándolo con el brazo derecho y utilizando el izquierdo para amenazarlo con un puñal.

Al notar cómo la hoja se aproximaba a su yugular, al pintor se le congelaron los miembros, siendo incapaz incluso de mover los labios para pedir socorro.

No obstante, esta acción no fue necesaria, ya que fue el propio agresor quien advirtió de su presencia:

—Arrojad esa espada o le rebano el pescuezo.

A grandes rasgos, el Corcho parecía de edad de treinta y cinco a cuarenta años, alto de cuerpo, moreno de rostro, cejijunto, barbinegro y con los ojos hundidos como los de un asceta, aunque mucho más coléricos.

—¡Esperad! —gritó Castroviejo, sin dejar de sostener el arma y avanzando tres pasos—. Únicamente deseo hablar con vos.

—¿Hablar? —El Corcho se carcajeó con insolencia—. Yo nada tengo que hablar. En cuanto a vuestro amigo, si queréis que salga con vida, debéis hacer lo que os digo. Soltad el arma, o lo degüello aquí mismo.

Esta última frase la deslizó con intención, haciendo ver que

estaba dispuesto a lo que fuese con tal de escapar.

Por su parte, Valdés, a quien el terror le impedía incluso oler el aliento aguardentoso de su agresor, comenzó a transpirar, consciente de que su vida se hallaba en manos de Castroviejo.

Sin embargo, este, en lugar de doblegarse, intentó poner en práctica una última estrategia.

—Aunque os diese licencia, os resultaría imposible alcanzar las murallas —le advirtió con suficiencia, mientras avanzaba hacia él.

—No deis un paso más —replicó el Corcho, irguiéndose con jactancia para demostrar su poderío.

Pero en lugar de escucharlo, Castroviejo fue con todo en su arriesgada apuesta.

—La catedral está cercada, y os aseguro que mis hombres no mostrarán piedad cuando caigan sobre vos.

A esas alturas, a ambos contendientes únicamente les separaban seis pies, una distancia suficiente para que el pesquisidor intentase lanzar un ataque.

Sin embargo, el Corcho no se arredró. Sabedor de que tenía las mejores cartas de la partida, se mantuvo en sus trece y concluyó con dureza:

—No lo repetiré más. Soltad vuestra espada o le quito la vida.

—Ginés —musitó el pintor con un hilo de voz.

Al oír su nombre, el pesquisidor se vio obligado a rendirse.

Lentamente, y sin perder de vista a su rival, fue depositando la espada sobre el suelo de mármol, tal y como le había exigido.

La tensión se palpaba en el ambiente, y el tiempo parecía haberse detenido alrededor de ellos.

Una vez concluida la operación, Castroviejo frunció el ceño a modo de mensaje. Ya había cumplido su parte; ahora era el Corcho quien debía hacer lo propio.

No obstante, este decidió dejar pasar los segundos, y en lugar de liberar a su rehén, apretó su mano corta y peluda sobre el puñal y comenzó a deslizárselo por el cuello hasta hacerlo sangrar.

Esto enfureció al riojano, quien, profiriendo una maldición, se apresuró a recuperar la espada.

Acción que fue aprovechada por el captor para empujar con violencia a Valdés contra su compañero, y echar a correr en busca de la salida.

Tras quitarse de encima al pintor, Castroviejo se llevó la mano al cinto y extrajo una pequeña daga que lanzó con todas sus fuerzas contra el fugitivo.

Y aunque consiguió herirlo en una pierna, esto no impidió que el Corcho alcanzase la calle y derribase a uno de los alguaciles que trató de frenarlo, huyendo después por entre la multitud.

# 43

Una golondrina se posó sobre la torre coincidiendo con la salida del misterio. Esta, al igual que las personas que se congregaban frente a la parroquia de de Santa Ana, se mantuvo inmóvil, como intuyendo que algo extraordinario estaba a punto de suceder. Sobre su cabeza, el color celeste de la bóveda comenzaba a virar hacia el azul índigo, y la luna, ansiosa por la cercanía de la Parasceve, lucía colmada y lustrosa, como una hembra a punto de parir.

Escoltado por dos servidores de la cofradía, el capataz se persignó y, tras tomar una bocanada de aire, dio orden a sus costaleros para que iniciasen la maniobra. Sobre unas sencillas andas, el Santísimo Cristo del Socorro ofrecía una estampa apolínea que huía de toda exageración, y pese a contener las señales hipostáticas de la muerte —desde la cabellera a los pies, la escultura de papelón era la viva imagen del tránsito—, transmitía serenidad antes que dolor.

Esa fue la sensación que experimentó Luisa al distinguir su perfil, descubrir la cabeza caída sobre el hombro derecho, o perseguir con los ojos la suave disposición del cuerpo. Sin duda, pensó la joven, aquella obra confirmaba la maestría de los Ocampo, y sentaba las bases para posteriores trabajos.

—¿Te has fijado en la palidez de su cuerpo, Leonora? —advirtió Luisa a la sirvienta, quien permanecía a su lado y en silencio, fascinada ante la elegancia de la imagen—. Mi padre siempre dice que la pintura del natural es el arte de dar color al arte, y no le falta razón.

—Yo no entiendo de tales cosas, pero sí puedo confesar que al contemplar a Cristo muriendo por nuestros pecados, siento que no somos dignos de ser llamados hijos suyos.

—¿Por qué dices eso? —A Luisa le sorprendieron aquellas palabras. Y es que Leonora, pese a ser una buena cristiana, no

era dada a emitir discursos de tanta hondura.

—No sabría explicarlo —deslizó, mientras su mirada se cruzaba con la de una niña que jugaba a hacer pompas de jabón—. Aunque basta con mirar más allá para comprobar que existen más lobos que corderos en este mundo. Y ¿sabéis qué? Muchas veces me pregunto a qué manada pertenezco.

Minutos después, cuando las fachadas de la calle Ancha reflejaban las sombras producidas por los hermanos de luz, y los ecos parecían suspenderse a modo de homenaje, la dolorosa comenzó a surgir de entre los muros góticos de la catedral de Triana para iluminar la noche del Miércoles Santo.

Era la Virgen del Buen Viaje un magnífico ejemplo de la recia expresividad con la que la escuela sevillana dotaba a sus imágenes durante la primera mitad del seiscientos. De rasgos faciales asimétricos aunque de impronta noble, constituía uno de los grandes orgullos de los mareantes, gremio ligado estrechamente al arrabal, cuyos miembros más destacados habían fundado la hermandad y bautizado la talla. De ahí que su título, parejo al del crucificado, evocase las travesías que aquellos hombres debían realizar por mares inciertos y vastos océanos.

Socorro y Buen Viaje. Dos advocaciones tan explícitas como el oficio, tan necesarias como el céfiro, tan irrefutables como el tiempo.

*Ave Maria, gratia plena.*

Ocho varas de palo plateado sostenían un palio sobrio y de color negro donde la seda, el esterlín y el tafetán competían por ser el material más digno a ojos de la Señora.

*Dominus Tecum.*

Esta reinaba axiomática, como una llama en medio de las tinieblas, como un refugio en un páramo, como un oasis en el desierto.

*Benedicta Tu in mulieribus.*

Y tras su manto, un grupo de mujeres implorantes reeditaban la escena en la que Jesús, clavado en el monte Calvario, era llorado por las hijas de Sión mientras

acompañaban a María.

*Et benedictus fructus ventris Tui, Iesus.*

—¡Justicia! ¡A mí la justicia!

Una voz lejana interrumpió el silencio de la cofradía, impulsando a cuantas personas se hallaban contemplando su discurrir a girarse por completo, y obligando al capataz a detener el paso.

La exclamación procedía del extremo opuesto de la calle, y en cuanto los espectadores fueron conscientes de la gravedad, comenzó a desatarse el caos.

—Ahhhhhhhhh —chilló una mujer, y a esta la siguió otra, y luego otras más, hasta componer un coro tan espantoso que parecía que se hubiesen abierto las puertas del averno.

—¡El diablo anda suelto entre nosotros!

—¡Corred!

—Cristo del Socorro, ¡protégenos!

—¡Que Dios nos asista!

—¡Es la muerte, que viene a por nuestras almas! ¡Huid lejos, antes de que sea demasiado tarde!

Consternada por aquellas voces, aunque bastante más juiciosa que el resto, Luisa tomó de la mano a Leonora, y ambas buscaron refugio en un portal cercano. Una acción que les permitió ponerse a resguardo ante la inminente tormenta.

Y es que aquellos que se encontraban próximos al lugar donde se había registrado el primer grito, comenzaron a correr en dirección a la parroquia, arrollando todo cuanto hallaban a su paso, y provocando que hombres, ancianos y niños tropezasen unos con otros, hasta dar muchos de ellos en el suelo.

Una escena dantesca que la hija de Valdés Leal evitó presenciar, y por lo que se abrazó a Leonora como si no hubiese un mañana.

—¡No mires, por lo que más quieras!

Como una enfermedad contagiosa, el desconcierto, lejos de aminorar, se intensificaba a cada segundo, mudando una jornada santa en una alharaca pagana.

—¡Hermanos! ¡Mantened la calma! ¡Hermanos! —gritaba uno de los cofrades, sin fortuna.

—¡Asistid a esta mujer, le está sangrando la pierna!

—¡Socorredme, por caridad!

—¡Ay, mi brazo! ¡No siento el brazo!

—¡Apagad ese fuego! ¡Pronto!

A pocos pasos de donde se encontraban Luisa y su doncella, la niña de las pompas iridiscentes lloraba buscando a su madre.

—Buaaa. Buaaaaaaaaa…

Al escucharla, Leonora sintió que se le desgarraba el corazón, y soltándose de los brazos de su amiga, corrió a donde se hallaba la cría y la sostuvo en sus brazos.

—Ven conmigo, pequeña.

—Madre…, madre…

—Pronto nos reuniremos con ella.

Tras unos minutos que se hicieron eternos, un grupo de alguaciles del cercano castillo de San Jorge puso fin a la confusión. De este modo, mientras unos atendían a los heridos, otros se ocupaban de calmar los ánimos.

A esto contribuyó la acción de los diputados de la cofradía, quienes, ágilmente y valiéndose de su experiencia, fueron tranquilizando a los espectadores al tiempo que recomponían el cortejo.

A petición de la autoridad, la procesión continuó discurriendo por las calles de Triana, mientras trataban de esclarecerse los motivos del incidente.

La respuesta llegó desde la calle Argamasón, donde, en un portal similar al descubierto por Luisa, había sido hallado el cadáver de una mujer desnuda.

Este no presentaba heridas ni otras señales que llevasen a pensar en una muerte violenta, aunque sí contenía un detalle que lo hacía diabólico a ojos de la gente: una estrella de cinco puntas del mismísimo color de la sangre.

# 44

Aún no había amanecido en el arrabal, cuando Valdés Leal recorría el puente de barcas en dirección a la calle Ancha.

La noticia del descubrimiento del cadáver, así como el tumulto ocasionado al paso de la cofradía de los mareantes, había corrido de boca en boca durante toda la madrugada, propagándose teorías como que un loco había asesinado a varias personas por el simple placer de matar, o que un grupo de satánicos buscaba víctimas para un ritual coincidiendo con los días santos. Algo que molestó profundamente a Salcedo, quien en todo momento había rogado a sus hombres que tratasen de mantener la discreción mientras realizaban las pesquisas.

El primero en sufrir las consecuencias fue Ginés de Castroviejo, quien, tras ser requerido por el inquisidor, escuchó unas palabras muy duras en la fortaleza de San Jorge. Este le exigió que intensificase la búsqueda del culpable y obtuviese resultados, o de lo contrario le relevaría de su puesto. Algo que al riojano le hirió en su orgullo, pero que acató con humildad, partiendo de inmediato hasta el escenario del crimen.

Luego, cuando el pintor fue localizado por un mensajero, rápidamente entendió que aquel asunto se les había ido de las manos y se sintió culpable por no haber podido evitar una nueva muerte.

—Disculpad mi tardanza —fueron sus primeras palabras nada más arribar al lugar donde había sido encontrada la cuarta víctima. Esta se hallaba tendida y rodeada de un puñado de velas, las cuales se disponían alineadas sobre el suelo con el fin de alumbrarla.

A diferencia de Jacinta, que a punto estaba de entrar en la cuarentena y cuyo cuerpo se veía lozano y vigoroso aún estando inerte, el de Magdalena —que así se llamaba la

fallecida— correspondía al de una mujer de más de sesenta años, de carnes enjutas y apergaminadas que la hacían parecer incluso mayor de lo que era.

Nada más echar un vistazo, Valdés percibió una novedad respecto a las anteriores víctimas. Un detalle que podía resultar casual, pero que decidió poner en conocimiento tanto del pesquisidor como del médico que le acompañaba.

—Fijaos en la estrella. ¿No apreciáis algo distinto?

—¿Os referís al color? —Al hallarse dentro de un portal de reducidas dimensiones, la luz no era la más propicia para examinar el cadáver, de ahí que Castroviejo volviese a colocarse las lentes y a aproximar su rostro al cuerpo.

—Es su posición —le corrigió Valdés—. Por si no lo recordáis, el pentagrama hallado en el cuerpo de la tercera víctima fue pintado en la parte superior del abdomen, mientras que este se encuentra más arriba, a la altura del pecho.

—Cierto es.

—Esto puede obedecer a dos causas —prosiguió el artista—. O que el criminal ejecutó su obra con mayor presteza debido a las circunstancias del momento, o que realmente pretendía ubicar el símbolo ahí, por alguna razón que se nos escapa. Por eso, antes de ir más allá, quisiera conocer vuestra opinión respecto al *modus operandi*. ¿Pensáis que esta mujer fue asesinada aquí o que fue trasladada justo después de morir?

De manera acertada, el najerense cedió la palabra al galeno, cuyo examen le permitía asegurar que aquella mujer había fallecido hacía pocas horas, por lo que no dudaba de que la hubieran asesinado allí mismo.

—No podía ser de otra forma. ¿Cómo si no iban a desplazarla sin llamar la atención? Os recuerdo que, a la hora en que fue descubierto el cadáver, la calle estaba poblada por decenas de personas.

—Siendo así, supongo que los alguaciles ya habrán registrado la casa.

—Suponéis bien, maese Valdés, pero ha servido de poco, pues se encuentra deshabitada. Al parecer es de alquiler y su último inquilino se embarcó rumbo a las Indias este mismo verano. Ya he dado orden de localizar al propietario, pero

dudo que su testimonio pueda servirnos.

—¿Entonces?

—Sugiero que aguardemos a que amanezca, y a partir de entonces inspeccionemos el portal y la calle de manera minuciosa. Cualquier detalle, por insignificante que parezca, podría ser un indicio que nos ayude a explorar nuevas vías de búsqueda.

—¿Nuevas vías? —El artista se mostró sorprendido—. ¿Acaso descartáis al Corcho?

—En absoluto, Valdés. Ese infame es responsable de muchas iniquidades, y probablemente también de estos crímenes, pero mientras le damos caza hemos de estudiar otras posibilidades.

Al cabo de siete horas, con el sol ya iluminando el caserío del arrabal —a diferencia de las viviendas dispuestas en el interior de la muralla, este no levantaba más de cincuenta palmos del suelo—, los hombres desplegados por el Santo Oficio dieron por concluida la inspección, la cual abarcaba desde el Altozano hasta las inmediaciones del convento de los Remedios, siendo fundamental la colaboración de los rectores de la Universidad de Mareantes, que estaba ubicada frente a la parroquia desde donde su hermandad había realizado estación de penitencia la noche anterior. Al tratarse de un asunto de máxima gravedad, el inquisidor Salcedo no había escatimado en esfuerzos, poniendo a disposición de Castroviejo un ingente número de alguaciles con unas instrucciones precisas: toda casa debía ser registrada y todo vecino interrogado.

Dada la presión a la que fueron sometidos los trianeros, pronto las pesquisas comenzaron a arrojar resultados, los cuales fueron trasladados al najerense, quien decidió compartirlos con su compañero mientras ambos se refrescaban la garganta en un bodegón próximo al Betis.

—Como sospechábamos, la víctima no era precisamente un alma cándida.

Ginés de Castroviejo llegó a esta conclusión tras cotejar las diversas declaraciones de los vecinos, quienes afirmaban que Magdalena, cuyo oficio declarado era el de redera o

*remendaora*, no solo se dedicaba a reparar o mantener en buen estado las redes utilizadas para traer pescado a tierra firme, sino que asimismo empleaba la aguja para *facer virgos* o reedificar doncellas, una práctica vil aunque común entre las clases plebeyas que había sido utilizada desde la antigüedad y que se extendía por todos los rincones del reino.

—Además de esto, la vieja tenía fama de fabricar pócimas y ungüentos con determinadas yerbas, por lo que algunas voces la tachan de bruja.

—Menuda pieza debía ser la tal Magdalena…

—Una cosa está clara —dedujo el riojano—. Al igual que ocurre con Jacinta, a pocos ha sorprendido su muerte, pues contaba con muchos enemigos.

—Resulta curioso —comenzó a decir Valdés, tras dar un sorbo de vino y observar las embarcaciones fondeadas en el cercano río, el cual se hallaba calmado para tranquilidad de los sevillanos—. Si algo tenían en común las cuatro víctimas era no despertar las simpatías de la gente.

—¿Tampoco fray Alonso?

—¿Lo preguntáis en serio? —El pintor enarcó una ceja y depositó el vaso antes de continuar—. ¿No os bastó con el testimonio de sus hermanos? Pese a esforzarse en guardar las formas, todos coincidieron en que poseía un carácter desabrido, por no decir hosco, y que sus sermones no eran precisamente apreciados por la feligresía. Únicamente Hipólito, el jorobado que lo descubrió muerto en la biblioteca, parecía tenerle aprecio, y ello pese a las burlas que hacía de su persona.

—Pero de eso a asegurar que tenía enemigos…

—Sé que puedo resultar osado, pero recordad que me pedisteis que elaborara un patrón, y si algo he aprendido durante las últimas semanas es que no debemos descartar ninguna hipótesis.

Antes de regresar al escenario del crimen —Castroviejo pidió examinar una vez más el cadáver antes de su traslado—, Valdés Leal tuvo una revelación mientras apuraba su bebida, de ahí que interpelase a su compañero sobre los pormenores del examen realizado por el médico antes de su llegada a

Triana. Este los expuso a grandes rasgos, aunque sin poder precisarlos del todo, ya que las condiciones del escenario no habían sido las más propicias. De ahí que, nada más acceder al portal, el artista se agachase junto al cadáver y escrutase su rostro.

A esas alturas, la rigidez cadavérica era bastante ostensible, por lo que solicitó ayuda a su adlátere para confirmar una teoría.

—¿Podéis ayudarme con su mandíbula?

—¿Qué pretendéis, hombre de Dios?

—Confiad en mí.

Seguidamente, ambos hombres se afanaron en despegar los labios de la fallecida, lo suficiente para que Valdés pudiese introducir su nariz en la boca.

Durante unos segundos, que al riojano le resultaron eternos, el artista se esforzó por distinguir el olor de una sustancia específica, algo que, debido al *rigor mortis*, no resultaba sencillo de identificar, y mucho menos agradable, pero que, de dar la cara, les revelaría algo importante: cómo había sido envenenada la víctima.

—¡Ya sé cómo lo hicieron! —dijo levantando la cabeza de improviso.

Castroviejo le inquirió con la mirada, ansioso por conocer la solución.

—Fue con vino.

—¿Cómo?

—Debieron mezclar el cinabrio con alcohol y luego dárselo a beber, seguramente de manera pacífica, pues el cadáver no ofrece signos de haberse resistido.

—¿Cómo estáis tan seguro?

—Acercadme esa vela.

Ginés de Castroviejo obedeció, y segundos después, ambos comprobaron que tanto la lengua como los escasos dientes conservados en las encías de Magdalena presentaban una tonalidad morada propia de la acción de los taninos, mientras que la primera lucía seca y áspera, algo consustancial a la ingesta de vino tinto.

En consecuencia, Valdés conjeturó que tanto Bertorelli como

fray Alonso y Jacinta debían haber consumido dicha bebida poco antes de fallecer, seguramente durante la cena.

—Esto lo cambia todo —apuntó el pesquisidor tras conceder crédito a aquella tesis—. Si todas las víctimas fueron envenenadas con esa sustancia y sin ofrecer resistencia, debían conocer a su verdugo.

—Así es —concedió el maestro—. Si exceptuamos a esta desgraciada, todos murieron en el interior de sus residencias, de ahí que resulte difícil imaginar a un rufián como el Corcho introduciéndose en las mismas y ejecutando sus crímenes sin utilizar la violencia. Vos mismo presenciasteis cómo se las gastaba…

—De eso no cabe duda —asintió el najerense—. No obstante, como vos afirmasteis antes, no debemos descartar ninguna hipótesis.

Dos horas después, un jabonero llamado Simón era detenido por orden del Santo Oficio por haber amenazado en público a Magdalena. La razón, según él, era que esta le había administrado un ungüento a Carmela, su mujer, para curarle unos tumores, y que no solo no le había surtido efecto, sino que le había provocado la muerte.

A esta detención se sumarían las de Jerónima, la hija de la alcahueta —en su poder fue hallada una llave con la que cualquiera podía haber accedido al domicilio de Jacinta para perpetrar el crimen—, e Hipólito, el joven contrahecho que había descubierto el cadáver de fray Alonso en el convento de San Pablo.

Los tres serían interrogados en el castillo de San Jorge, aunque sin sacar nada en claro.

# 45

Como cada Jueves Santo, la familia Valdés acudió a los oficios celebrados en la parroquia de San Andrés y posteriormente se digirieron a las puertas del convento del Carmen Calzado para presenciar la salida de la hermandad de la Quinta Angustia de María Santísima. Para poder cumplir con el rito, el cabeza de familia hubo de rogar al inquisidor que le dispensase de sus obligaciones para con las pesquisas durante unas horas, siéndole otorgada la licencia.

Como en años anteriores, Valdés Leal acudió hasta el lugar principalmente por coincidir con Pedro Roldán, escultor con quien mantenía una estrecha amistad desde hacía años merced a los muchos proyectos en los que habían trabajado juntos. No en vano, el pintor era padrino de Isabel, la cuarta hija del matrimonio conformado por el artista y Teresa de Jesús Ortega, quien le había dado un total de ocho vástagos a lo largo de veintiún años.

—Dichosos sean los ojos —dijo el imaginero al ver llegar a su amigo acompañado de su mujer e hijos—. Ya pensaba que no vendríais.

—Mi querido Pedro, ¿acaso dudabais de mi palabra? Desde que firmasteis el contrato con la hermandad, supe que los Jueves Santos sería de obligado cumplimiento acudir a disfrutar de vuestra obra. Lo que no podía imaginar es que la mayoría de sevillanos pensaran lo mismo —dijo señalando a los muchos espectadores.

Pedro Roldán sonrió ante el comentario de Valdés, y seguidamente invitó a su familia a sentarse en unas sillas que la corporación había dispuesto a las puertas del convento de los carmelitas, cuya orden se había instalado en el lugar a mediados del siglo XIV.

Mientras los hermanos de luz tomaban las calles sucediendo al mayordomo, Luisa de Valdés, a la que aún le costaba asimilar el episodio vivido la noche anterior, se dirigió a su tocaya, la tercera hija de Roldán, que apenas llevaba tres meses casada, para interesarse por su nueva situación. Esta la tomó del brazo y, con la excusa de ver de cerca la cruz que abría el cortejo, se apartaron de sus respectivas familias.

—Soy muy dichosa —afirmó con el rostro encendido—. Aunque podría serlo aún más si mi padre no hubiese puesto tantas objeciones a mi matrimonio.

—¿Aún no te ha perdonado? —preguntó la primogénita de Valdés, que contaba dos años menos que su amiga.

—Ya sabes cómo es.

—Sé que es un buen hombre, y que te adora.

—Si me quisiese tanto no habría tratado a Luis Antonio como lo hizo. ¡Lo echó del obrador en cuanto supo de nuestro noviazgo! Y lo que es peor, me ordenó que rompiera nuestras relaciones. «No posee carácter, ni como hombre ni como artista», me dijo.

Al escuchar esto, Luisa de Valdés dedujo que, quizás por esta razón, su padre no se había opuesto a su compromiso con Felipe. Y es que la brecha entre Pedro Roldán y su hija cada vez era mayor, pese a haber acudido, a regañadientes, a las bodas celebradas en diciembre. Una cita en la que su familia estuvo presente.

—Sin embargo, aquel día le vi llorar de emoción mientras te acompañaba al altar —replicó tratando de convencerla.

Luisa Roldán permaneció callada al recordar aquel momento.

Los días previos había experimentado todo tipo de sensaciones, desde la ilusión a los nervios, pasando por el miedo a que su padre, en el último momento, decidiera no acudir a la iglesia.

Pero finalmente todo salió bien, y los jóvenes se prometieron amor eterno.

—Concédele tiempo, Luisa. Tal vez cuando le des un nieto…

—Dios te oiga —respondió la recién casada—. Pero, por lo pronto, hoy mi marido ha declinado acompañarnos, por no

coincidir con él, y a consecuencia de ello hemos tenido una discusión.

Poco después de aquella revelación, que a Luisa de Valdés la dejó un tanto inquieta, los capirotes romos y las camisas de anjeo de los hermanos de sangre captaron la atención de las mujeres, quienes se conmovieron ante el severo castigo que las disciplinas de rodezuelas infligían a sus espaldas, las cuales eran expuestas a la vista de todos. Dichos flagelantes, al terminar la procesión, serían los protagonistas de un lavatorio a base de agua, vino blanco cocido, arrayán, laurel, rosas, violetas, piña y romero, que les ayudaría a cicatrizar sus heridas evitando las infecciones.

Una vez vieron alejarse sus pies descalzos, estas consideraron que debían regresar junto a los suyos, pues en pocos minutos cruzaría las puertas del cenobio el primero de los pasos, concretamente un misterio alegórico donde se representaban un sol eclipsado y otros jeroglíficos. A este lo sucedieron los titulares del Sagrado Lavatorio y el Prendimiento —corporaciones que a raíz de la reducción de cofradías decretada por el arzobispo Pedro de Castro se habían fusionado con la de la Quinta Angustia—, diputados de tramo portando varas y nuevos hermanos de luz, cuyas hachas anunciaron la inminente salida del misterio del Descendimiento, una de las sensaciones de la Semana Santa hispalense desde que Pedro Roldán lo alumbrara en 1659. Dicho conjunto presentaba a Cristo siendo descendido de la cruz por los santos varones José de Arimatea y Nicodemo, los cuales utilizaban unos lienzos y estaban subidos en unas escaleras y apoyados en los brazos del patíbulo. Asimismo la Virgen contemplaba la escena junto a san Juan, mientras las tres Marías extendían la sábana de lino que envolvería el cuerpo del Redentor.

Además de las imágenes, que habían sustituido a otras anteriores de Pedro Nieto y Agustín Muñoz, Roldán se había encargado de tallar las andas de madera junto al ensamblador Francisco Ramírez, sobresaliendo once cartelas donde se

representaban las secuencias de la Pasión.

Nada más contemplar el perfil de Cristo muerto, talla sublime cuyos mechones de pelo se precipitaban en cascada encima del hombro derecho, Valdés Leal se acordó de la imagen que, desde hacía dos años, presidía el retablo de la Santa Caridad. Una joya que eclipsaba a cuantos trabajos se venían realizando en el hospital —incluidos los de Bartolomé Esteban Murillo— y que guardaba increíbles semejanzas con la que tenía ante sí.

«Por más que me esfuerce, mis lienzos no podrán acercarse ni de lejos al nivel de su obra», pensaba con resignación, mientras la chirimía, el fagot y el oboe ponían la nota fúnebre al cortejo.

Si bien, al ver cómo aquel conjunto provocaba el asombro de todos, el artista dio gracias a Dios por permitirle trabajar junto a Pedro Roldán, a quien además de amar como a un hermano, consideraba un genio.

# 46

Ni los nuevos registros, ni la detención de más sospechosos, ni los múltiples interrogatorios llevados a cabo por Castroviejo en la fortaleza de Triana sirvieron para detener al responsable de los «crímenes del pentagrama», como ya los denominaban los familiares del Santo Oficio; aunque, afortunadamente, no hubo que lamentar víctimas en las semanas siguientes.

Por esta razón, a primeros de mayo, y tras obtener licencia por parte del inquisidor, Valdés Leal viajó hasta Córdoba para entrevistarse con los capuchinos, quienes venían reclamando su presencia desde que tuvieron noticia de las pinturas que había realizado para el convento sevillano de San Benito de Calatrava. Un total de doce obras entre las que se incluían un *Calvario* y una *Inmaculada* de gran formato así como un conjunto de santos que realzarían su iglesia.

Tras ponderar su obra y convencerlo de la necesidad de trabajar para la orden, los hermanos menores expusieron su idea, la cual consistía en recrear la visión de san Francisco en la Porciúncula para el retablo mayor de su iglesia conventual de Cabra, pieza con la que deseaban rematar el mismo, siguiendo el modelo homónimo sevillano.

Al conocer este último dato, Valdés intuyó que, con toda probabilidad, los frailes se habrían dirigido primero a Bartolomé Murillo, quien de sobra había demostrado su valía trabajando en el cenobio hispalense durante un lustro, pero, al tener noticia de sus altos honorarios, finalmente se habrían decantado por él.

«Dado que Dios se humilló por causa del hombre, el hombre debería avergonzarse de ser orgulloso», se dijo a sí mismo mientras sostenía el carboncillo con el que realizaría el primer boceto.

Aprovechando su estancia en Córdoba, el maestro tuvo ocasión de reencontrarse con viejos conocidos, orar en la iglesia donde intercambió los votos con Isabel, y recibir a Antonio Palomino, un joven acomodado que deseaba conocer los secretos de la pintura. Fiel a su estilo, Valdés no solo respondería a sus preguntas y le daría buenos consejos, sino que al despedirse pondría en sus manos un ramillete de dibujos que el muchacho conservaría toda su vida.

Ya de vuelta en su ciudad natal, y mientras recorría la calle del Ataúd, el artista reflexionó sobre qué habría sido de su vida de no haberse cruzado con santa Clara, la fiel seguidora del loco de Asís que revolucionó la historia de la Iglesia. Y es que, gracias a la serie pictórica ejecutada para el convento de las clarisas de Carmona, él y su mujer se habían instalado definitivamente en Sevilla, el lugar que le había otorgado la fama y el reconocimiento, así como incontables amistades, y al que iría siempre ligado su apellido. Una ciudad compleja en la que la línea que separaba el triunfo del fracaso era angosta como sepultura de pícaro, y donde las injusticias y los desequilibrios obligaban a demasiadas almas a batirse el cobre para salir adelante.

Hermosa aunque indescifrable, que fascinaba a cuantos se internaban en ella y se dejaban agasajar por su encanto, y que en ocasiones se mostraba cruel con sus propios hijos, cual émulo de Saturno.

Poliédrica, extrovertida y casi siempre lustrosa; aunque también hipócrita y deslenguada como una hetaira.

Sabia y enérgica, infestada de poca verdad, de dobleces, pero de la que Valdés se sentía cautivo desde que recibiese las aguas en la pila de San Esteban.

Esa noche, y mientras daba vueltas en la cama tratando de imaginar cómo saldrían adelante los suyos en caso de que él faltase, un ruido procedente del techo le impulsó a abandonar la alcoba y subir por ver qué ocurría.

Provisto de una vela y con los pies descalzos, Valdés fue pisando cada uno de los peldaños con una idea fija en la cabeza: probablemente la causante sería una rata, criatura inmunda por la que su hija Eugenia sentía pánico y que, como era de suponer, tendría que eliminar antes de que se internase en las alcobas.

—Sal de donde estés o yo mismo iré a buscarte —susurró, sosteniendo en su mano un atizador que halló apoyado en una mesa sobre la que había apiladas dos sillas. Y es que, como solía ocurrir en la mayoría de altillos, este se hallaba repleto de objetos viejos y en desuso, los cuales habían sido relegados por sus dueños en un momento indeterminado de sus vidas.

Al no obtener respuesta, el pintor depositó el fanal sobre un taburete y, alzando la pieza metálica por encima de su cabeza, avanzó un par de pasos, tratando de localizar al roedor antes de que fuese demasiado tarde.

—A fe mía que, como dé contigo, no conservarás ni un bigote. ¡Maldita alimaña!

Dos pasos y una nueva imprecación.

Otros dos y el rechinar de dientes.

Y a punto de dar los dos últimos, profirió una amenaza tan severa que hizo temblar las vigas de roble y provocó lo inevitable:

—¡No me peguéis, señor! ¡Os lo ruego por lo más sagrado!

Al ver emerger de las sombras el rostro de aquel impúber, a Valdés casi le da un pasmo.

—Disculpad si os he asustado. Me llamo Clemente de Torres, y nos conocimos junto al río, el día en que vuestra merced retrató al hombre ahogado.

—¿Cómo dices?

—Fui yo quien dio el aviso para que lo enterrasen. Vos me disteis una moneda a cambio.

—Ahora recuerdo —concedió, bajando el atizador y mostrándose ante el crío visiblemente impresionado—. ¿Y qué haces tú en mi casa?

Durante los minutos siguientes, Clemente resumió a grandes rasgos su corta aunque intensa trayectoria, poniendo un énfasis especial en la generosidad de Lucas al acogerle y en su

disposición para servir a la familia en aquello que fuera menester.

—Así que es cosa de Lucas.

—¡No le culpéis, maese Valdés! —dijo poniéndose de rodillas y juntando ambas manos en señal de súplica—. Él únicamente se comportó como un buen cristiano. Concededme la oportunidad de devolveros el favor. Soy joven, pero dispuesto, y haré todo aquello que demandéis. Ordenad y obedeceré.

—Muy bien, Clemente de Torres. —Tras la sorpresa inicial, el artista volvía a recuperar el control de la situación, lo cual le satisfacía—. Por lo pronto te ordeno que vuelvas a tu jergón y te eches a dormir, pues no son horas propicias para platicar.

—¿Y mañana?

—Espera a que salga el sol, y después de desayunar, ya veré qué hacer contigo.

—¡Señor, por favor! Sé que no he obrado bien al esconderme, pero os prometo, os juro.

No le resultó fácil a Valdés conseguir que aquel crío le permitiese regresar a su alcoba para tratar de conciliar el sueño; de hecho, se vio obligado a improvisar un encargo que, a la postre, resultaría vital para dilucidar el asunto en que se hallaba metido.

# 47

El barbero escupió sobre la piedra de afilar y, tras pasar sobre ella varias veces el hierro de su navaja, roció con agua la cara de Valdés Leal y comenzó a afeitarlo.

Aún no había amanecido en Sevilla, pero en el interior de las casas la actividad era frenética. Y es que aquel no era un día cualquiera, sino uno de los más importantes de la ciudad, y había que prepararse a conciencia. Por ese motivo, la jornada anterior, los responsables municipales habían llevado a cabo una exhaustiva limpieza de las calles, tapando charcos y baches y sembrando el suelo de juncias, romero, alcancel y otras hierbas olorosas. Asimismo las gradas habían sido adornadas con tapices cedidos por el arzobispado, y el corral de los Olmos, sede de los dos cabildos —el secular y el religioso—, se había cubierto con velas para amortiguar el calor.

Como hacía cada año al llegar esa fecha, Valdés se levantaba de madrugada, se aseaba, se afeitaba, y comenzaba el rito de colocarse sus mejores galas, normalmente prendas de estreno que había adquirido cuidadosamente en los días previos. En esta ocasión había optado por un jubón de rico brocado en tonos verdes, el cual acompañaría al coleto, esta vez más apretado que de costumbre. Un atuendo elegante aunque no excesivamente pomposo, que le permitiría lucir adecuadamente en la fiesta así como rayar a la altura de sus compañeros de gremio, los hermanos de San Lucas, quienes estaban convocados a su reunión anual en la capilla que la Santa Cruz de Jerusalén poseía junto a San Antonio Abad.

Seguidamente, y por aliviar la tensión, el barbero comenzó a platicar de asuntos vanos, algo a lo que correspondió Valdés con no demasiado entusiasmo, aunque sí con afabilidad. Viendo que su cliente no parecía mostrar interés por los

chismes, finalmente viró la conversación hacia los fastos que tendrían lugar durante las próximas horas, comenzando por la procesión eucarística, que arrancaría con las primeras luces, justo después de rezarse el oficio en la catedral, y culminando en las representaciones teatrales —fundamentalmente autos sacramentales— que se representarían en calles y plazas.

—Yo soy más de guitarra y cante, ¿sabe vuestra merced?

Valdés sonrió ante aquella revelación, y se dispuso a afrontar la última parte del trajín. Esta vez, el sastre de barbas puso atención en las cejas, las cuales fue depilando con la debida mesura y concentración, antes de proceder con las orejas. Dado lo delicado del asunto, esta vez ambos optaron por el silencio, completándose la faena con el arreglo del bigote, sin duda la marca más característica del maestro.

—Acércame ese espejo —pidió tras recibir los correspondientes golpecillos en las mejillas que acompañaban a la loción.

—Aquí lo tenéis.

—Habéis hecho un buen trabajo —le reconoció al ver reflejado su rostro en el metal bruñido—. Si sois tan diestro con los trastes como con los trebejos, vuestra música debe sonar deliciosa.

El barbero agradeció el cumplido, y tras recoger el peinador y las tijeras y vaciar el agua de la bacía, le deseó una venturosa jornada de Corpus Christi.

—Esto es por vuestro trabajo, y esto otro para que bebáis a mi salud.

—Gracias, maestro. Y que Dios os guarde.

Varias horas más tarde, y al paso de la Tarasca —una sierpe artificiosa que representaba el triunfo del bien sobre el mal y cuya tradición procedía de Francia—, la plaza de San Francisco bullía como el hogar de Hefesto, acogiendo a cientos de almas que se protegían del sol bajo el toldo de la Real Audiencia. Más abajo, los balcones lucían colgaduras de damascos, terciopelos y otras ricas telas, haciendo lo propio las Casas Capitulares, cuyos arcos habían sido engalanados a conciencia, desde la

galería alta hasta el suelo. Completaba el cuadro la fuente pública que, instalada en medio de aquel asiento, refrescaba a los sevillanos con efusión cristalina.

Al paso de los gigantes —varias parejas de hombres y mujeres que causaban sensación entre la chiquillería—, Urso comenzó a abanicar a doña Catalina, cuyo vestido de dublión, aunque liviano, comenzaba a producirle más calor del esperado. Esa mañana, la dama había acudido acompañada de sus criados con mucha expectación, ubicándose desde primera hora en un lugar privilegiado, el cual le permitía observar la procesión con todo lujo de detalles. Sin embargo, no podía imaginar que aquel espectáculo de color y aromas fragantes iba a verse empañado por las altas temperaturas hasta el punto de incomodarla. No obstante, fiel a su disciplina, doña Catalina aguantó estoica, con el único paliativo del frescor que le proporcionaba su esclavo.

Por su parte Micaela, que ese día lucía un bonito traje que dejaba al descubierto sus hombros, se hallaba ensimismada contemplando no tanto la procesión como a las múltiples doncellas que hermoseaban la plaza con sus atuendos refinados y sus peinados imposibles, así como a los caballeros de largos cabellos y cuellos impolutos cuya compostura era digna de la mejor corte de Europa. Todo un vergel de suntuosidad que contrastaba con la pléyade de menesterosos que, llegados desde diversos puntos de la ciudad, acudían a la cita con la esperanza de obtener dádivas con las que contentar sus tripas.

No lejos del llamativo trío —entre la silla de ruedas de doña Catalina y las dimensiones del moreno difícilmente podían pasar desapercibidos— se ubicaba Girolamo Bertorelli con parte de su servidumbre. Esta estaba compuesta por Antonio de Leyva, quien, desde su llegada a Sevilla, se esforzaba por introducir al genovés en los círculos más substanciales de la ciudad, así como las tres criadas jóvenes —Constanza, Beatriz y Angustias— y los dos lacayos —Martín y Benito—. Todos ellos vestían acorde con su rango, pero con la distinción que exigía la jornada, sobresaliendo las mujeres, cuyos dones naturales habían sido realzados con los mejores paños y afeites por expreso deseo de su señor.

La casualidad quiso que, en una de las esquinas de la plaza, estuviesen apostados los miembros de la familia Valdés, entre los que se incluía Manuel de Toledo, quien no había querido desaprovechar la ocasión de contemplar a Micaela estrenando vestido. Cada día que pasaba, su amor por aquella joven se iba inflamando más y más, hasta el punto de distraerlo durante el día y robarle horas de sueño por la noche; tanto, que aún le parecía imposible haber resistido en la prisión sin poder verla ni besarla.

Por eso, cuando el muchacho comprobó que su amada abandonaba su puesto, molesta por haber recibido un vejigazo de agua del díscolo Tarasquillo, hizo lo imposible por interceptarla y entrevistarse con ella.

—¡Micaela!

—¿Manuel? ¿Qué hacéis vos por aquí? Yo os hacía disfrutando de la procesión junto a los vuestros.

—¿Existe mejor placer que ver salir el sol en el día más luminoso del año? Sobre todo si posee vuestros ojos y vuestros labios, a cuya perfección no pueden aspirar ni la plata repujada ni el más profuso de los bordados.

Micaela se sonrojó al escuchar aquella galantería.

—¡Mi querido pintor! ¡Pero si estoy hecha un trapo! Mirad cómo me ha puesto ese diablo…

Manuel recorrió con la vista cada uno de los pliegues de aquel proporcionado cuerpo, deteniéndose en la cintura y el escote, el cual Micaela lucía con un especial donaire.

—Estáis preciosa. Y si me dais licencia, yo mismo os acompañaré a secaros la ropa.

—¿Cómo podría negárosla? —La joven, pese al ligero estropicio que reflejaba su atuendo, ardía en deseos de verse a solas con Manuel, por lo que dio por válida la chanza llevada a cabo por el Tarasquillo—. Únicamente os pediré una cosa a cambio.

—Mandad, y yo os complaceré al instante.

—Que me beséis con los ojos, pues el recato me impide hacerlo a la vista de todos de la forma que más desearía.

—Si algo he aprendido mientras estaba preso es que la mayor rémora de la vida es la espera del mañana y la pérdida

del día de hoy. Por eso os pido que desoigáis a vuestro recato y atendáis a vuestro corazón. —Y sin darle tiempo a reaccionar, Manuel acercó sus labios a los suyos y la besó con pasión. Un gesto que, lejos de avergonzar a Micaela, le provocó una reacción que se extendió desde la punta de los pies a la nuca y la hizo temblar.

Dicho gesto, imperceptible para las gentes que poblaban la plaza, no pasó desapercibido para Beatriz, quien hasta ese momento había mirado con un ojo a los integrantes del cortejo y con el otro a su compañero Martín, quien no se separaba de Angustias —esta trataba de disimular su embarazo con el tiempo corriendo en su contra—. Y es que, más allá de alegorías, músicas y sacramentos, el verdadero Corpus se vivía en las sacristías de los cuerpos y los altares de las mentes, donde Dios revelaba, a través del amor, su analogía con el hombre.

# 48

—¿Os he mostrado esta seda? Acaba de llegar a la tienda y parece tejida por dedos de querubines. Pasad vuestras manos y comprobaréis que no miento.

En el corazón de la Alcaicería, antaño orgullo del negocio textil, Isabel acompañaba a su hija para elegir las telas con las que confeccionarían su vestido de novia. Faltaban menos de dos meses para el gran día, y la joven se hallaba pletórica.

A su alrededor, el género se exhibía como si fuesen joyas contenidas en un estuche, pudiendo hallarse prácticamente de todo y a buen coste, lo que multiplicaba las posibilidades de los clientes: desde terciopelo llano a gorgoranes, pasando por rasos, damascos, tafetanes, picotes, tocas, medias, seda floja y torcida y sobre todo de madeja. Asimismo la tienda contaba con no pocos tejidos de algodón, sobresaliendo las sinabafas, los bocacíes, las holandillas y los caniquíes. En suma, un universo polícromo que subyugaba la vista y el tacto y del que resultaba difícil escapar sin adquirir algún artículo.

—Lo único que tengo claro es el color —señaló Luisa, embriagada ante tanta variedad y belleza.

—¿Y cuál es, hija mía? —preguntó su madre.

Consciente de que aquel era su momento y de que todas las miradas convergían en ella, la joven se revistió de importancia y soltó muy convencida:

—El azul.

—¡Magnífica elección! —aplaudió el vendedor, cuya capacidad persuasoria era tan evidente como su amaneramiento.

—¿Alguna tonalidad en especial? —se interesó Isabel.

—Eso no importa. Me he imaginado mil veces recorriendo la nave central de la iglesia vestida con ese color, y así es como debe ser.

Antes que Luisa terminara la frase, el comerciante ya le estaba mostrando una selección de sedas cuyo único punto en común era el estar teñidas de azul.

Nada más verlas juntas, la joven supo exactamente lo que quería.

—Esta —dijo señalándola con el dedo.

—¿Esta? ¿Así de sencillo? —Isabel estaba asombrada.

—Tenéis buen gusto, muchacha —manifestó el vendedor—. Esta tela posee una tonalidad y un tacto únicos, y estoy seguro de que os veríais bellísima con ella.

Mientras decía esto, Luisa se imaginaba los complementos que podrían conjugarse con aquel primoroso tejido, lo que provocó que se incrementaran sus nervios, pero también su ilusión.

Finalmente, volvió los ojos hacia su progenitora y le preguntó directamente:

—¿Qué decís, madre? ¿No será demasiado cara?

Antes de responderle, Isabel deslizó sus dedos por encima de aquel paño, y hallándolo suave y delicado, cerró los párpados brevemente por evocar la misma escena, aunque un cuarto de siglo atrás.

En la misma, una tímida doncella de rostro aniñado y caderas estrechas se internaba en un comercio acompañada de su madre y su suegra. Tras deslumbrarle la vista todo lo que allí se ofrecía, y antes de elegir color, aquellas mujeres ya habían decidido por ella, conformándose con el tejido y centrándose en lo verdaderamente importante: el paso que iba a dar al contraer matrimonio.

El tiempo la convencería del error de su apocamiento, aunque ya sería demasiado tarde. No obstante, aquel episodio llevaba aparejada una enseñanza: nunca más volvería a dejar las grandes decisiones en manos de los demás.

Afortunadamente, su hija era distinta, y desde muy pequeña tuvo claro lo que quería. Algo que, si bien había provocado numerosos enfrentamientos entre ellas —a nadie escapaba que Luisa poseía un carácter análogo al de su padre—, en realidad se trataba de una virtud, pues de ese modo nadie podría obligarla a hacer algo en contra de su voluntad.

—Pierde cuidado, Luisa. Si esa es la tela con la que deseas casarte, el precio no será un impedimento.

Esa misma tarde, en la intimidad de su obrador, Valdés Leal limpiaba cuidadosamente la paleta y los pinceles y los depositaba sobre una silla, junto a la caja donde guardaba los pigmentos y un juego de morteruelos.

Se había pasado la mañana trabajando en un retrato que le habían encargado tras las fiestas del Corpus, por lo que había dejado la tarde para avanzar en las *vanitas* que debían lucir en la iglesia de San Jorge durante las Octavas de difuntos. Aquellas obras se le estaban resistiendo más de lo esperado, y eso que la temática no le era ni mucho menos ajena. Doce años atrás había alumbrado un proyecto titulado *Alegoría de la vanidad* que recogía una tradición iniciada en el norte de Europa mediante la cual las imágenes simbólicas eran utilizadas como instrumento para explicar la fatuidad del empeño en las cosas mundanas. Un género que rápidamente encontraría partidarios en España y que entroncaba con la literatura del desengaño propia de autores como Quevedo y Gracián.

«Soy un fue y un será y un es cansado», había escrito el primero para explicar el pesimismo que envolvía a una generación para la que el reloj ostentaba un puesto casi tan importante como el cráneo.

Dichas naturalezas muertas remitían al bíblico Adán y lo conectaban con Cristo a través de una calavera, pues, según la tradición, sobre la sepultura del primer hombre había sido crucificado el Redentor. Asimismo los lienzos recogían símbolos ya usados en la Edad Media, como la serpiente y la manzana, o durante el Renacimiento, como la espada y las monedas, a los cuales se unían nuevos conceptos como las flores marchitas, los naipes y los dados o las esferas armilares, buscando representar la fugacidad de la vida.

En el caso de Valdés, este había añadido en su primera *vanitas* coronas de laurel como símbolo de las glorias humanas, un reloj de bolsillo abierto para representar la hora que pasa y

que mata, e instrumentos de arquitectura con los que evocar los edificios condenados a arruinarse —lo que se edifica es nuestra tumba—. Elementos que había valorado incluir en los encargos de Mañara, pero que a última hora había desechado por ser demasiado obvios.

«Mi obra para la Santa Caridad debe ser más ambiciosa», se había repetido mientras daba forma a los bocetos que tanto habían impresionado al hermano mayor.

«Contáis con mi aprobación, maese Valdés. Ahora, trasladad la idea a los lienzos y asombrad a cuantos los contemplen».

Antes de que regresara Manuel —no quiso preguntarle a donde se dirigía, pero se lo podía imaginar—, el virtuoso cubrió el lienzo con un paño y se dispuso a reflexionar sobre su última conversación con Castroviejo.

Este le había recomendado indagar en el entorno de su oficial, pues, dado que la delación que le había conducido a prisión era de procedencia anónima, tal vez ahí pudiera rascar algo interesante.

El problema radicaba en las personas con las que se relacionaba Manuel, básicamente su familia, Micaela y los compañeros de oficio.

¿Podría alguno de ellos haberle acusado de cometer un crimen? De ser así, ¿qué obtenían con ello?

Por lo pronto descartó a su mujer, suegra e hijos, así como a los criados de la casa. Si de algo estaba seguro es de que todos le querían bien, pues se habían mostrado consternados por su marcha y dichosos por su vuelta.

En cuanto a Micaela, no había más que verlos juntos para comprobar cuánto se querían. Sin duda resultaba imposible que aquella muchacha, o alguien cercano a ella, hubiese querido perjudicar a su pupilo, o de lo contrario no habrían colaborado en su liberación.

Pero ¿y los compañeros de oficio? ¿Podría poner la mano en el fuego por el círculo de Roldán, Simón de Pineda y otros artistas con los que solían trabajar?

¿Acaso sería algún miembro de la Academia que le guardaba rencor y deseaba vengarse a través de su discípulo?

Demasiadas preguntas y ninguna respuesta.

Demasiadas jornadas y ningún progreso.
Demasiadas víctimas y ningún culpable.

# 49

—¿Cuándo os volveré a ver?

—Mañana.

—¿Tan tarde? He de sufrir mucho hasta entonces.

—Ambos sufriremos la espera, pero nos queda el amor.

—Esta noche mi amor es gozo, pero también padecimiento por vivir lejos de vos.

—No amar por temor a padecer es como no vivir por temor a morir. Idos y seguid amándome, que el nuevo día os compensará con creces.

—Vos sois mi día y mi sol.

—Y vos toda mi esperanza.

Tras despedirse con un largo beso, Manuel se mantuvo inmóvil, observando cómo Micaela se adentraba en la casa y cerraba las puertas tras de sí.

Luego se llevó un dedo a los labios y evocó cada instante que habían pasado juntos, mirándose en silencio, dibujando sus perfiles sin mover ni un músculo, acariciándose el alma sin tocarse.

Parecía como si sus sentidos se hubiesen amplificado por aquel sentimiento que le inundaba por dentro y le predisponía a postergarlo todo, a detener el tiempo, por recrearse y saborear el momento.

Ya no había sitio en su corazón para la congoja, el temor o el resentimiento. Tampoco para la venganza.

Ya no habitaba en su mente el recuerdo de haberse visto privado de libertad, pues nuevos muros apresaban su voluntad, y estos poseían las formas de su amada.

Resultaba imposible abarcar tanta dicha y sobrevivir a su estruendo. Sin embargo, debía continuar, pues más allá de su devoción por Micaela, el mundo continuaba latiendo.

—¿Manuel de Toledo? —una voz surgida de un callejón le sacó de sus pensamientos. Pertenecía a un hombre embozado, por lo que el joven no pudo reconocerlo.

Antes que se diese cuenta, este se abalanzó sobre él, blandiendo un cuchillo en su diestra con intención de matarlo.

Los reflejos del oficial le permitieron esquivar el primer golpe, si bien no pudo atajar el segundo, el cual impactó en su carne hasta hacerla sangrar.

A punto de recibir la siguiente cuchillada, Manuel sintió que sus días habían tocado a su fin, y ya solo restaba rendir cuentas a Dios y esperar lo inevitable.

Atrás quedaban su infancia en Maqueda, sus primeros borrones sobre el papel, sus devaneos de adolescente, la llegada a Sevilla, Valdés Leal, su formación, el obrador… y Micaela.

Imágenes que comenzaban a desfilar por su cerebro a un ritmo vertiginoso y que parecían predisponerle a rendir pleitesía a la parca.

Sin embargo, antes de que aquel infame concluyese su tarea y le truncase la vida, Manuel sintió cómo un vendaval brotaba de la oscuridad y se abría camino entre él y su verdugo. Era una marea salvaje, furiosa y desconocida, aunque lo suficientemente oportuna como para evitar que la muerte se cobrase una nueva víctima.

Seguidamente escuchó un porrazo. Y luego otro.

Y cuando estaba a punto de materializarse el tercero, una leve súplica evitó la descarga.

—¡Deteneos! ¡Por compasión! ¡No me golpeéis más!

Esa voz.

Ese modo de elidir la ese final, de deformar las palabras hasta hacerlas casi ininteligibles al oído foráneo.

Esa forma de hablar que poseía nombre y rostro.

¡Cristóbal!

Su buen amigo Cristóbal. El modelo de la Academia con quien había compartido tantas horas de aprendizaje, tantas chanzas y confidencias en las entrañas de la Lonja de Mercaderes, en las gradas de la catedral, en las tabernas del Arenal.

¿Cristóbal convertido en verdugo? ¿Por qué? ¿Para qué?

—Daos preso en nombre de la Santa Inquisición.

Los minutos siguientes trascurrieron despacio.

Mientras los corchetes se llevaban detenido a Cristóbal de los Reyes, un individuo alto, con el pelo rapado y los ojos grises, como un espejo desvaído, se acercó hasta él y se interesó por su estado. Luego extrajo un pañuelo y se lo aplicó en la herida para detener la hemorragia.

—Apretadlo con fuerza. No es demasiado profunda, aunque sí aparatosa.

—¿Viviré?

Su interlocutor sonrió justo antes de incorporarse.

—Y os casaréis con ella. Y tendréis muchos hijos… Micaela se llama, ¿verdad?

Al oír aquel nombre, Manuel sintió que el dolor comenzaba a remitir como por arte de encantamiento. Tanto, que agradeció el haberlo escuchado, aunque fuese en boca de otro hombre y en circunstancias adversas.

—¿A quién debo el honor?

—Ginés de Castroviejo.

—Ginés de Castroviejo —repitió, tratando de memorizar aquel nombre—. A partir de hoy ya tengo un nuevo santo al que invocar. ¡Gracias, señor!

—No blasfeméis y curaos bien esa herida…

Tras ser interrogado durante toda la noche en las entrañas de San Jorge, con las primeras luces, el detenido fue conducido a su domicilio, donde no tardaría en entregar las pruebas que exculpaban a Manuel de Toledo.

Nada más ver las escudillas de pintura sustraídas de la mesa de la Academia, Valdés Leal no se pudo reprimir y se abalanzó contra Cristóbal para asfixiarlo con sus propias manos.

—¡Maldita sabandija! ¿Cómo pudisteis hacerlo? Vos mismo dijisteis que Manuel era vuestro amigo, vuestro hermano…

—¡Perdonadme, señor!

—Vos no sois digno de perdón. ¡Merecéis la muerte!

—¡Maese Valdés! ¡Reportaos!

—No conformándoos con enviarlo a la cárcel, decidisteis quitarlo de en medio… ¡A un hombre en la flor de la vida! ¿Qué clase de monstruo sois? ¡Traidor, hideputa…!

—¡Por la santa madre Iglesia! ¡Soltadlo!

Tres hombres fueron necesarios para apartar al pintor de su presa.

Seguramente, de no haberlo hecho, Cristóbal de los Reyes habría perdido la vida allí mismo.

Minutos después, con el ánimo ya sosegado y la aquiescencia del pesquisidor, el maestro quiso saber por boca del reo las razones que le habían llevado a cometer semejante tropelía.

Este comenzó a sollozar y seguidamente le reveló cómo una mujer le había robado el seso.

—Fue durante las fiestas de la Epifanía. Yo había bebido más de la cuenta, y aquella hembra se me ofreció sin buscarlo.

El modelo, cuyo rostro evidenciaba un enorme cansancio, se llevó las manos a la cabeza y apoyó los codos en las rodillas antes de continuar. Luego tomó aire, se secó las lágrimas con la manga de la camisa, y declaró:

—Tras henchirme de deseo me preguntó si deseaba estar con ella, y yo le dije que sí. Luego nos vinimos a esta casa. Desde que mis padres fallecieron, he vivido solo entre estas paredes, y aunque contaba con lo suficiente, hacía tiempo que necesitaba de un estímulo, de una razón que me motivase a seguir viviendo. Y ese algo tenía el rostro de aquella mujer.

Sin solución de continuidad, De los Reyes fue narrando cómo se desarrollaron sus encuentros durante dos semanas; primero de manera ardorosa, casi violenta, y más tarde con sutileza, hasta irse espaciando poco a poco y concluir de manera abrupta.

—No lograba entender cómo la mujer que me lo había dado todo, ahora pretendía arrebatármelo.

Valdés y Castroviejo se miraron, y entonces el pintor supo lo que había sucedido a continuación.

—Loco por recuperarla, le rogué, le supliqué que me abriera su corazón y me hiciese partícipe de sus cuitas. Entonces surgió

aquel nombre.

—Manuel de Toledo.

—Manuel de Toledo —silabeó el desgraciado, fijando la vista en una de las grietas que afloraban en la pared—. Jamás lo hubiese imaginado.

—Una mujer despechada vale por cien soldados. —Castroviejo deslizó esta afirmación mientras se llevaba la mano a la espada, la cual, por un inexplicable impulso, fue desenvainando lentamente, mientras el reo concluía su discurso. Merced a este, Valdés supo de la obsesión de aquella mujer por su oficial, de cómo trató de seducirlo sin fortuna, de cuánto odio llegó a albergar en su seno y de cómo lo utilizó en su contra.

—A modo de ponzoña, fue destilando en mi oído cuán dichosos seríamos si el causante de todas sus desgracias fuese apartado de su vista. Alguien que, según me contó, había tratado de abusar de su virtud y deshonrarla. Un ser maléfico, peligroso, oculto bajo una apariencia honrada y afable, cuya sola contemplación le provocaba terror.

Cristóbal hizo una pausa, alzó la cabeza y concluyó:

—Obviamente yo la creí. Era tal mi dependencia de ella, que no supe, que no quise ver la realidad. Amaba a mi amigo, sí, pero en aquellas circunstancias, hubiese cruzado océanos y enfrentado mil peligros por recuperarla. Por eso seguí sus instrucciones sin oponer resistencia. Por eso me dirigí a la mesa de Manuel y le robé las pinturas y la bolsa. Por eso accedí al libidinoso juego donde mi cuerpo ejercía de lienzo y su mano de pincel. Por eso, al saber de la muerte de aquel italiano, envié el mensaje que ella me entregó y que terminaría conduciendo a Manuel a prisión…

—Y por eso, al verlo de nuevo en la calle, decidisteis cerrar el capítulo acuchillándolo. —Valdés Leal lo miró con una mezcla de desprecio y conmiseración, y seguidamente negó con la cabeza.

—Soy culpable, sí —confesó el modelo—. Culpable de haber sucumbido a los encantos de una bruja, de haber traicionado a un amigo y exponerlo a un juicio espantoso, de empuñar un arma para segarle la vida, de haber mancillado vuestro nombre

y el de la Academia… Y todo ¿a cambio de qué?

—A cambio de sentiros como lo que no sois ni seréis jamás: un hombre.

Aquella declaración golpeó a Cristóbal de los Reyes tan profundamente que ya no temió por su vida ni por el destino de su alma. De ahí que sellase sus labios hasta ser conducido a la fortaleza de Triana, donde quedaría arrestado a la espera de un juicio.

Mientras los alguaciles se lo llevaban, Valdés le preguntó a Castroviejo quién era la mujer que había arruinado la vida de aquel infeliz, y este le respondió que la conocería en breve.

# 50

Angustias se hallaba fregando el suelo de uno de los salones cuando sintió una punzada en el vientre. Al encontrarse de rodillas, pensó que se debía a la postura, por lo que depositó el trapo en el cubo y se sentó sobre las baldosas, inspirando profundamente, con intención de relajarse.

No era la primera vez que le ocurría.

Desde la semana del Corpus sentía picores en el pecho y la tripa así como un dolor en la espalda que le provocaba inestabilidad. Por fortuna, contaba con la complicidad de Francisca, quien trataba de evitarle las tareas más fatigosas inventando excusas de lo más peregrinas, aunque no siempre lo conseguía. La casa era de un tamaño considerable y la servidumbre limitada, por lo que la muchacha debía trabajar prácticamente todo el día, exceptuando los breves descansos, algo insuficiente para la situación en la que se encontraba.

«Estoy bien», repetía una y otra vez cuando la veterana le preguntaba.

«Tienes que comer más, Angustias. Y descansar. Te lo digo yo, que sé por lo que estás pasando».

Angustias callaba, pero cuando al concluir la jornada se retiraba a su alcoba completamente deshecha y necesitada de estímulos, siempre hallaba bajo el cabezal un mendrugo de pan, unos higos secos o tocino envuelto en un paño que lograban subirle el ánimo y enternecerla.

Luego, mientras devoraba con avidez aquellos restos del desayuno o de la cena suministrados por Francisca, inevitablemente se acordaba de su madre, a quien hubiese querido tener a su lado durante muchos días, y sobre todo muchas noches, cuando el cuerpo mostraba debilitamiento y el alma deseaba claudicar.

Entonces, al evocar aquellas manos secas y agrietadas que la

sostenían con vigor y le transmitían seguridad, Angustias se preguntaba cómo afrontaría ella la maternidad, cómo cambiaría su manera de pensar y de sentir y a qué debería renunciar. Y al concluir que serían numerosas las dificultades a las que tendría que enfrentarse, se cuestionaba si no había sido un error permitir que los días pasaran y que aquella vida se fuese abriendo camino en su interior. Dudas que se disipaban en cuanto retiraba las vendas que le oprimían el abdomen y se sentía libre y resuelta para afrontar su destino.

Podría renunciar a la estabilidad, a un posible matrimonio e incluso a sus hermanos, pero no al ser que le había dado sentido a su existencia y por el que podría batallar hasta hacerse sangre.

Podría aguantar órdenes, sostener cargas pesadas y morderse el labio inferior ante las injusticias, pero no desecharía la posibilidad de emular a quienes consideraba las mejores personas que había conocido, sus padres.

Y eso la conducía hasta el siguiente dilema, aquel para cuya resolución ya había agotado los plazos y que debía afrontar de inmediato: ¿debía dirigirse a su señor y revelarle que estaba encinta o abandonar el palacio y, en consecuencia, iniciar una nueva vida?

Antes de dilucidarlo, Angustias volvió a sentir el dolor, pero esta vez fue mucho más agudo y prolongado. Tanto, que notó que le faltaba el aire y la vista se le nublaba, hasta dar con sus sentidos en el suelo.

Mientras tanto, en las cocinas, una criada era interrogada por orden del Santo Oficio.

—Toma esa pluma y escribe tu nombre.

—Disculpad, no os entiendo.

—He dicho que escribas tu nombre. Y no pienso repetirlo.

La estancia se hallaba en semipenumbra, con la única presencia de Ginés de Castroviejo y Valdés Leal, que aún no podía creerse que estuviese delante de la mujer que había provocado la desgracia de Cristóbal, y cerca había estado de hacerlo con Manuel.

—Fijaos bien en la letra —dijo el pesquisidor alargándole la cuartilla al pintor y extrayendo la delación efectuada contra el oficial toledano—. Y ahora, comparadla con esta. ¿Creéis que ha salido de la misma mano?

El artista se tomó su tiempo antes de responder.

—Pese a que ha tratado de disimularla, no tengo ninguna duda de que es la misma.

—Además de un bestia inmunda eres una necia. —Castroviejo pronunció esta frase sin inmutarse. Gesto que parecía obedecer a la actitud de la sirvienta, cuyos ojos se mostraban fríos e inexpresivos, sin ningún atisbo de arrepentimiento.

—¿No piensas decir nada en tu defensa?

A diferencia del riojano, el pintor no se pudo contener y se acercó hasta ella tratando de contener su ira.

—¿Sabes que por tu culpa un hombre pudo morir acuchillado anoche? ¡Oh, claro que lo sabes! Y eso no es lo peor. —Valdés negó varias veces con el índice, antes de continuar—. Lo peor es que la orden salió de esta boca. —Y al decir esto, elevó su diestra hasta hacerla coincidir con los labios de la acusada, pero sin llegar a tocarlos.

—Valdés —le advirtió Castroviejo, consciente de que se hallaba ante una caldera a punto de explotar.

Este lo miró y le solicitó licencia para continuar, aunque sin pronunciar palabra; algo que le fue concedido al instante.

Entonces el pintor juntó las dos manos y anduvo unos pasos hasta distanciarse lo suficiente de la mujer. De ese modo, no se vería tentado a golpearla. Y es que era tal la rabia acumulada en su pecho, que debía hacer verdaderos esfuerzos por contenerse.

—Llegados hasta aquí, solo necesito saber una cosa —señaló a continuación, sin tan siquiera mirarla—. ¿Cómo supiste que tu señor iba a morir? ¿Acaso fuiste tú quién lo mató?

—¡No, señor! —respondió la criada, poniéndose de pie al instante.

—Siéntate —le ordenó Castroviejo sin elevar la voz.

Esta obedeció sin rechistar y volvió a ocupar su silla, añadiendo a continuación:

—Supe que planeaban matarlo al descubrir una carta.

—¿Una carta? —El pesquisidor enarcó una ceja.

—Mejor, parte de ella —corrigió sobre la marcha, tratando de suavizar el tono—. La hallé ahí, en los fogones. Alguien la había echado al fuego para quemarla.

Pese a su sorpresa, Valdés decidió continuar en su sitio, evitando cruzar su mirada con la de ella.

—¿Cuándo ocurrió eso? —prosiguió el pesquisidor.

—Fue a finales de diciembre.

—¿Y por qué no lo pusiste en conocimiento de tu señor o de alguien cercano?

—No os esforcéis. ¿No veis que miente? —El plan de Valdés comenzaba a tambalearse. Por un instante, estuvo a punto de volver la cabeza y ponerse a vociferar.

—¡Os juro que digo la verdad!

—¿Lo juras? ¿Cómo alguien que es capaz de sentir celos enfermizos, de tramar una venganza y ordenar la muerte de un hombre puede permitirse el lujo de jurar? —Esta vez, Castroviejo no se anduvo por las ramas y fue directo a por su presa. La sirvienta no respondió. En lugar de eso, inclinó la cerviz y se echó a llorar—. ¿Ahora lloras? ¿Al ver cómo la justicia cae sobre ti? ¿Qué esperabas? Eres una criminal, y para los criminales solo existe un remedio: la horca —exclamó el riojano con furia, tras lo cual se volvió a buscar la mirada de Valdés Leal. Gesto que la criada aprovechó para dar un salto hasta la encimera y hacerse con un cuchillo.

—¿Qué estás haciendo? —se impresionó el maestro al verla empuñar el cubierto.

—No os mováis de ahí —replicó ella, mostrándole el filo a distancia.

—Cálmate y suelta ese cuchillo —le advirtió el pesquisidor dando dos pasos. No lo compliques más.

—¡He dicho que no os mováis! —repitió ella, cada vez más nerviosa.

Castroviejo volvió a avanzar, esta vez con los brazos extendidos, con idea de calmarla.

—¿Es que no me habéis oído? —Entonces la mujer elevó la hoja hasta situarla a la altura de su garganta, algo que a Valdés

le provocó un escalofrío.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —cedió Castroviejo, haciendo gestos con las manos.

—Es cierto que pequé, y lo hice por amor. A veces se puede pecar contra el hombre y contra Dios por el mero hecho de amar. Yo confieso que infringí las normas, que desafié los límites de la cordura y obligué a un buen hombre a traspasarlos. ¡Pero juro que fue por amor! O mejor dicho, por la falta de este…

Los dos hombres la escuchaban en silencio, tratando de adivinar cuál sería su próximo movimiento.

—El amor puede obrar milagros, y convertir a un cruel en alguien virtuoso —continuó—, pero también destrozar vidas, como hizo con la mía. Y esa ansia destructora, a la que no pude controlar, cegó el corazón que un día albergó bellos sentimientos, cubriéndolo de tinieblas, infectándolo y corrompiéndolo, hasta volverlo inhumano y en consecuencia monstruoso.

—Reportaos —intervino Castroviejo al ver cómo su planto iba en aumento.

—Por eso…, hoy quiero daros las gracias, pues sin vuestra intercesión no habría sido capaz de lavar mi culpa, de despojarme de odios y rendirme ante lo inevitable.

Y al escuchar esto, el pintor se temió lo peor.

—Decid a Manuel que lo quise más que a mi propia vida, y que lo seguiré amando mientras el sol no se extinga. Decid a Cristóbal que no lo amé, pero que ofrezco mi alma en lugar de la suya.

Y decid a todos, que quien desea la muerte de otro, por mucho que haya sentido, gozado y amado, solo puede dar con sus huesos en el infierno.

Y dicho esto, Beatriz hizo un movimiento seco y se cortó el cuello.

# 51

Un orfeón de aplausos, flores, sol y repique de campanas dieron la bienvenida a los recién casados en la plaza de San Andrés.

—¡Que Dios os bendiga, hijos míos!

La ceremonia, de una hora de duración, había incluido cantos y un intercambio de votos sencillo aunque emocionante —«sí quiero, otorgo y recibo»—, asistiendo a la misma un gran número de invitados que, a duras penas, resistieron el calor que se registraba en el templo.

Alentados por sus familiares y amigos, Luisa y Felipe se fundieron en un beso interminable a las puertas de la parroquia, provocando el júbilo de los presentes e impresionando a la pequeña Antonia, para quien su hermana se había convertido en toda una princesa. No en vano, la muchacha lucía espléndida con su traje azul con pasamanos de oro, el cual remataba con unos zapatos de ponleví que elevaban su altura hasta casi igualar la de su pareja.

Por su parte Felipe, quien solo tenía ojos para su enamorada, vestía un elegante conjunto de ropilla, jubón y calzas de terciopelo negro de tres altos, destacando el cuello almidonado de amplios abanillos, que le conferían un gran porte.

Al tiempo que el coche les conducía al lugar de la celebración, Luisa escuchó de boca de su esposo un hermoso soneto de Garcilaso, el cual la hizo llorar más aún de lo que lo había hecho en la iglesia:

*Escrito está en mi alma vuestro gesto*
*y cuanto yo escribir de vos deseo:*
*vos sola lo escribisteis, yo lo leo*
*tan solo, que aun de vos me guardo en esto.*

*En esto estoy y estaré siempre puesto,*
*que aunque no cabe en mí cuanto en vos veo,*
*de tanto bien lo que no entiendo creo,*
*tomando ya la fe por presupuesto.*

*Yo no nací sino para quereros:*
*mi alma os ha cortado a su medida;*
*por hábito del alma misma os quiero.*

*Cuanto tengo confieso yo deberos:*
*por vos nací, por vos tengo la vida,*
*por vos he de morir y por vos muero.*

Ni que decir tiene que el banquete incluyó tantas y tan variadas viandas que ni las bodas de Camacho descritas por Cervantes habían sido más espléndidas. Y es que el padre de la novia, que ese día se mostraba hinchado como un pavo, había dispuesto que en cada una de las mesas no hubiese plato ni copa sin rellenar. En consecuencia, los comensales disfrutaron de un amplio surtido de manjares entre los que se incluían empanadas de ternera, pechugas de pollo, capones y carnero asado, a la par que hojaldrados, pastelillos, quesos y artaletes, así como unas perdices que hicieron las delicias de cuantos las probaron. En cuanto a los licores, no faltaron los vinos de Cazalla, Alanís y Guadalcanal, a los que se unieron caldos procedentes de Jerez y del Condado de Huelva, amén de limonada para los niños. Eso por no hablar de los postres, que abarcaron delicias de toda índole, sobresaliendo las tortadas de melón, los pestiños o las exquisitas yemas elaboradas por las monjas de San Leandro. Y como colofón, agua de nieve y chocolate y unos sorbetes que les ayudaron a combatir el calor.

Próximos a la mesa nupcial, Valdés Leal quiso ubicar a sus compañeros de la Academia, a quienes se sumaron Pedro Roldán y Bernardo Simón, quienes iban acompañados de sus esposas e hijos. Tampoco faltaron miembros destacados de la corporación de la Santa Caridad —comenzando por Miguel Mañara y concluyendo en don Lope de Mendoza— así como del Concejo municipal. Estos se sentaron en amplias mesas principales, sobresaliendo don Diego Ortiz de Zúñiga y doña

Ana Caballero, quien ese día deslumbró con un peinado abultado con onda sobre la frente, y Ginés de Castroviejo, quien se pasó la comida departiendo con don Laurencio, párroco de San Andrés —pese a las excusas esgrimidas por el pesquisidor, Valdés insistió en que no podía faltar.

Acompañando a los hermanos de la novia estaban Manuel y Micaela, con quien el joven oficial se había comprometido a mediados de julio, y por supuesto Leonora, a quien Luisa había querido otorgar un lugar preeminente. Esto no incomodó a la otra sirvienta de la familia, Polonia, quien desde que se iniciase la comida había estado buscando la forma de entablar conversación con Tomé, el esclavo de don Gregorio Rodríguez, que tanto le atraía. Este no había dejado de mirarla desde que la descubriese sentada en un extremo de la mesa junto a otros criados, a quienes sirvieron platos de albóndigas con pimienta, conejo en salsa y sabrosas chacinas, acompañados de sus correspondientes caldos. Finalmente la lusa se excusó alegando que deseaba tomar el aire —ni el entoldado del patio ni los sorbetes helados podían contrarrestar las altas temperaturas—, y Tomé aprovechó para cortejarla.

—Quiero darte las gracias por haber aceptado mi invitación. Sé que en los últimos tiempos apenas hemos hablado, y que desde la muerte de tu padre tampoco nos hemos visto, pero deseaba que compartieses este momento con mi familia.

El pintor, cuya satisfacción por el desarrollo del convite iba parejo a su consumo de alcohol, se mostró de lo más generoso con Leandro, el hijo de Pedro de Silva, platero que había pedido matrimonio a Antonia de Valdés Leal tras enviudar de Fernando de Nisa. Este tenía cinco años menos que él y sus formas no eran precisamente delicadas, aunque hizo un gran esfuerzo por no desentonar en la cita. Desde muy joven, y al igual que su padre, Leandro se había dedicado al oficio de la platería, elaborando piezas de bella factura para todo tipo de clientes —especialmente eclesiásticos—, aunque su aspecto distaba mucho de corresponderse con el de un artesano próspero.

No obstante, de entre todos los obsequios recibidos, Luisa destacaría siempre el joyero que aquel pariente de mirada esquiva y manos prodigiosas le había entregado en aquel domingo de agosto. Una proeza de la orfebrería que la novia recibió con sorpresa ante la atenta mirada de su esposo, quien prometió magnánimo que en los próximos años colmaría de tesoros hasta impedir que cerrara.

Minutos después, Felipe y Luisa brindarían por su felicidad y darían inicio al baile, un momento crucial de toda celebración donde tomaría parte incluso la abuela, quien no dudó en aceptar la invitación de su nieto Lucas, hasta ese instante regocijado con las ocurrencias de Clemente. A dicha pareja se sumaron Eugenia y Concepción, quienes lucían preciosas con sus atuendos de seda, así como Leonora, cuya larga soltería, lejos de inquietarle, le hacía sentirse plenamente integrada en aquella familia.

No obstante, todas las miradas se posaron en Juan de Valdés Leal e Isabel de Morales, los orgullosos padres de la novia, para quienes aquellas bodas supondrían el inicio de una etapa nueva aunque del todo incierta.

# 52

Minutos después de extraer las escudillas de la albornía y colocarlas sobre un trapo, Valdés Leal preparó la paleta y se dispuso a crear las tintas de oro que embellecerían la corona real, el cetro y el toisón con los que buscaba representar el poder terrenal, y que se complementarían con las referencias al *miles vir* o caballero armado —una coraza, una espada y un bastón de mando—. Todos estos objetos iban colocados sobre una tela púrpura que simbolizaba la dignidad y que contrastaba con el brocado color perla que, ubicado a la izquierda del lienzo y embellecido con hilo de oro y plata, remitía a la cúspide del escalafón eclesiástico. A este apartado se sumaban una tiara papal, un capelo cardenalicio y una mitra episcopal, sombreros a los que se superponía una cruz de tres barras que aludía al triple papel del papa latino como obispo de Roma, patriarca del Este y sucesor de san Pedro.

—*Memento mori* —pronunció en voz alta el pintor, sacando del embelesamiento a Manuel, quien no podía quitarse de la cabeza a Micaela, mientras se afanaba en aglutinar pigmentos.

—¿Decíais algo?

—Recuerda que has de morir —deslizó, sin despegar la vista de su obra.

—Todos lo haremos algún día —replicó el muchacho, que no entendía aquella salida de tono de su maestro.

—Disculpa, Manuel, no me refería a ti.

—¿Aún seguís dándole vueltas a ese encargo? Jamás os vi tan entregado como con esas obras. No dudo de vuestro compromiso con don Miguel, pero son muchos los meses empleados.

—Cierto es —reconoció Valdés—. Y por más empeño que pongo en su ejecución, más lejos adivino su final.

—¿No fuisteis vos quien me aseguró que únicamente el

rezonglón admira la celeridad?

—Veo que posees buena memoria. ¡Que Dios te la guarde por muchos años!

Entonces, el joven se acercó al artista y, mirándolo a los ojos, declaró:

—Y ahora, permitidme que sea yo quien os dé un consejo: el empleo obsesivo conduce a la locura, tanto como la pereza completa, pero con esta mezcolanza se puede vivir. —Y antes de que su maestro se excusase, remató—: Vivid pues, y luego pintad.

Un par de golpes en la puerta, seguidos de una voz familiar, les alertó de la presencia de Clemente, quien desde hacía unos días había comenzado a frecuentar el obrador por sugerencia de Lucas. Y es que el crío había demostrado poseer talento para el dibujo, de ahí que pidiese a su padre que le impartiera clases.

—Maese Valdés, necesito hablar con vos.

—Habla, rapaz. ¿Acaso te has cansado del papel y prefieres probar con el barro?

—No es eso, señor. —Esto último lo dijo arrastrando las sílabas y guiñándole un ojo, pues entendió que aquella información le concernía únicamente a él.

Y sin duda había obrado bien, pues aún habiéndose materializado la liberación de Manuel, Valdés deseaba mantenerlo al margen de su acuerdo con el Santo Oficio, de ahí que ambos abandonasen el obrador tras formular un pretexto.

Una vez en la calle, el niño reveló lo que el pintor llevaba semanas deseando escuchar:

—Es el Corcho.

Al oír aquel nombre, a Valdés se le incendiaron los pómulos.

—¿Sabes dónde está?

—Sé dónde acudirá mañana.

Sabiéndose importante, Clemente hizo una pausa dramática, miró hacia ambos lados para percatarse de que no lo escuchaba nadie, y finalmente reveló:

—Uno de mis colaboradores ha oído decir que acudirá al corral de la Montería, pues debe ajustar cuentas con alguien.

—¡Así que a ese hediondo le gusta el teatro! —rumió Valdés, entornando los ojos con satisfacción—. Buen trabajo, muchacho. Corre y diles a tus pilluelos que vengan aquí, pues deseo recompensaros.

—¡Gracias, señor!

Una vez los bribonzuelos se hubieron marchado, el pintor se puso en contacto con Ginés de Castroviejo para ponerlo al corriente de la situación.

—Esta vez no se nos escapará. Lo juro por mi vida.

Seguidamente el pesquisidor diseñó una estrategia.

Ordenaría a sus hombres que mudasen los uniformes por ropa de calle, y una vez dispuestos, los distribuiría alrededor de todo el recinto, para que, en caso de lograr colarse en su interior, le resultara imposible huir. Asimismo infiltraría a varios de ellos entre los espectadores, asegurándose de que no emplearían la fuerza salvo en caso de extrema necesidad.

Veintiocho horas después, Valdés Leal y el propio Castroviejo aguardaban inquietos el momento de ingresar en el patio que antecedía a los cuartos reales del Alcázar, mandados construir por el rey Pedro I en el siglo XIV. Estos estaban separados del tablado donde se representaban las comedias por una muralla, vestigio del pasado árabe del edificio. Por tanto, el público que acudía a las representaciones debía acceder por la puerta ubicada frente a la catedral, cuyo entorno se encontraba esa tarde más animado que de costumbre —era tal el número de gentes, caballos y carruajes que se apostaban frente a la puerta de la Montería, que el maestro receló del triunfo de su empresa.

Las primeras en acudir al corral fueron las mujeres, ya que el lugar reservado para ellas —la denominada cazuela— contaba con mucho menos espacio que el de los hombres, de ahí que las más interesadas renunciasen al almuerzo con tal de coger un buen sitio. Por su parte Valdés, a quien no se le pasaba por la cabeza eludir la comida, hubo de apurar sus

platos atropelladamente, ya que el riojano le había citado media hora antes del inicio del espectáculo.

Pese a llevar siete meses en Sevilla, era la primera vez que Castroviejo acudía al teatro, de ahí que se admirase de la grandiosidad del recinto nada más acceder a su interior. Este era de planta ovalada y contaba con tres plantas adinteladas y una cuarta rematada por una arcada que incluían una treintena de aposentos rematados por balcones de hierro.

Para facilitar sus movimientos, el najerense había acordado con Valdés que ambos se instalarían al fondo del patio, para de este modo poder permanecer de pie y controlar la puerta. Este lugar era conocido popularmente como de «los mosqueteros», por estar frecuentado por grupos de artesanos, comerciantes y miembros de diversos oficios que, provistos de objetos sonoros y buenas gargantas, decidían si una comedia debía ser aplaudida o por el contrario se la consideraba indigna.

Antes de comenzar la función, Castroviejo se dirigió al mantenedor del orden, un mozo recio que, provisto de un garrote, se encargaba de mantener templados los ánimos durante las funciones. Este se quedó boquiabierto al conocer que el Corcho se personaría allí aquella tarde, lo que a todas luces corroboraba su mala fama. Al objeto de que pudiese distinguirlo, el artista le mostró el retrato a carboncillo que él mismo había elaborado.

Informados asimismo los apretadores y otros empleados del corral, la pareja se colocó en su sitio y aguardó el inicio del espectáculo.

Debido a los calores, la alojería se hallaba repleta de público adquiriendo licores y otras bebidas, de ahí que los músicos que precedían a los cómicos decidiesen retrasar unos minutos su salida. Mientras tanto, Castroviejo no dejaba de recorrer con la vista la totalidad del corral, comenzando por las celdas, donde se ubicaba la nobleza y el clero, y concluyendo en las galerías, destinadas a los burgueses.

Finalmente dio comienzo la representación de *El mayor monstruo, los celos,* tragedia de don Pedro Calderón de la Barca, cuya trama se ambientaba en Jerusalén, poco antes del nacimiento de Cristo.

*Hermosa Mariene,*
*a quien el orbe de zafir previene*
*ya soberano asiento,*
*como estrella añadida al firmamento,*
*no con tanta tristeza*
*turbes el rosicler de tu belleza.*

Aún teniendo constancia de que su presencia allí obedecía a otros fines, una vez principiada la función, a Valdés le resulto imposible no sustraerse a la grandiosidad del aparato, a la sonoridad de los versos y el oficio de unos cómicos que parecían haber nacido para interpretar aquellos roles.

Tanto le gustaron las andanzas del tetrarca Herodes el Grande, su esposa Mariene y el emperador romano Octaviano, que por un momento se olvidó del Corcho e incluso de Castroviejo, quien a los pocos minutos de arrancar la función comenzó a sudar profusamente. Y es que, en su último encuentro con el rufián, el pesquisidor se había sentido humillado, por lo que ardía en deseos de resarcirse. De ahí que, mediado el cuadro segundo, y al no tener noticias de él, le hiciese un gesto a Valdés para que se desplazaran del sitio.

Una vez en el lateral izquierdo, el riojano hizo un barrido visual por las gradas bajo los portales, así como las sillas y bancos del patio que permitían que el vulgo pudiera sentarse. Entre ellos había individuos de toda índole, aunque, al tratarse de una tragedia, su nivel era algo más elevado que el de los espectadores de comedia, género que gozaba de mayor popularidad.

*Tú partirás al momento*
*con gente y armas y, atento*
*a mi cesárea obediencia*
*traerás preso a mi presencia*
*al tetrarca, donde intento*
*que su castigo me dé*
*de haber contra mí aspirado*
*satisfacción.*

Decepcionado, Castroviejo instó al pintor a repetir la

jugada, pero esta vez en el lado diestro. Sin embargo, al poco de iniciar su maniobra, una riña procedente del foso les obligó a cambiar de planes y correr apresuradamente en aquella dirección, con intención de adentrarse en las entrañas del corral. Acción que fue secundada por los alguaciles que se encontraban infiltrados entre los espectadores, quienes comenzaron a agitarse y contagiar al resto de personas que se disponían en los pisos superiores. En consecuencia, los cómicos detuvieron la función y trataron de tranquilizar al público con gritos y aspavientos.

—¡Calma, calma! —comenzó a vociferar el mantenedor, moviéndose de un lado para otro entre las filas de asientos.

De poco sirvieron sus esfuerzos, pues cuando parecía tener controlado el asunto, una fuerte detonación le obligó a volver el rostro.

Esta vez, la descarga procedía de uno de los espacios ubicados a ambos lados de la escena, donde los intérpretes solían vestirse y esperar su turno, y fue lo que prendió la mecha para el incendio posterior.

Y es que el público que abarrotaba el patio no solo ignoró las advertencias de los empleados, sino que, en contra de sus recomendaciones, comenzó a correr en busca de la salida, entre empujones y porrazos. Escena que se trasladó a las gradas y las galerías, y que arrojó un buen número de heridos y no pocos ataques de pánico.

Lamentablemente, pese a haber acudido con presteza al lugar donde se había iniciado la disputa, Castroviejo y Valdés Leal no pudieron llegar a tiempo para detener al empresario de compañía, quien, actuando en defensa propia, había matado de un pistoletazo al imprevisible Corcho.

# 53

Finalizada la comunión, el sacerdote se dispuso a bendecir a los fieles.

—*Dominus vobiscum.*

—*Et cum spiritu tuo.*

—*Benedicat vos omnipotens Deus, Pater, et Filius, et Spiritus Sanctus*.

—*Amen.*

A esas horas, la parroquia de San Lorenzo registraba unas temperaturas elevadísimas, de ahí que los abanicos se agitasen en los bancos como alas de mariposa, un simple anticipo de lo que les aguardaba en el exterior.

Desde la violenta muerte de Beatriz, los sirvientes de Bertorelli, en connivencia con el Santo Oficio, habían decidido firmar un pacto de silencio. La versión oficial apuntaba que la joven había sufrido un accidente, por lo que sus restos fueron inhumados en la más estricta intimidad. No obstante, pasadas unas semanas, decidieron acudir todos a la iglesia para rezar por su alma.

La primera en abandonar el templo fue Angustias, quien estuvo acompañada en todo momento por Martín. El lacayo no solo se había volcado con la criada tras encontrarla por casualidad desmayada en el suelo, sino que, al conocer que estaba encinta, había dado un paso al frente y le había propuesto matrimonio. De este modo, si la joven aceptaba, él se haría cargo de la criatura.

Y en efecto, Angustias aceptó, aunque con una condición: fuese cual fuese la reacción de su señor, ambos abandonarían la casa e iniciarían una nueva vida.

Sin embargo, Girolamo Bertorelli no solo fue comprensivo, sino que convenció a la pareja para que permaneciera en la casa, al menos hasta la fecha del parto.

Al saberlo, Antonio de Leyva se sintió muy molesto —la sola presencia de la criada le incomodaba hasta el extremo—, pero hubo de claudicar por temor a su amo.

Ya en el exterior, Angustias saludó a Valdés Leal, quien se hallaba regateando en el puesto de libros con su habitual vehemencia. Este le devolvió el saludo afablemente, y se sorprendió al verla acompañada de un muchacho. Ella se lo presentó como su esposo, y el pintor no solo les dio la enhorabuena sino que insistió en tener un detalle con ellos.

Una vez que se despidieron, el maestro distinguió el perfil de Urso, quien, como solía ser habitual, sobresalía entre la multitud. Este portaba en su mano izquierda un ramo de flores, mientras que con la derecha empujaba la silla de doña Catalina en dirección a la iglesia; acción que Valdés relacionó con el aniversario del fallecimiento de algún familiar, y a la que no concedió importancia.

Sin embargo, un rato después, y tras haber cerrado favorablemente el trato con el librero, la curiosidad le impulsó a ingresar en el templo y conocer de quién se trataba. A esas alturas, el ambiente de la plaza y su entorno había disminuido considerablemente a consecuencia del calor, y la parroquia estaba a punto de cerrar, por lo que pudo caminar por las diferentes naves completamente a solas.

No tuvo que esforzarse mucho para encontrar las flores que había visto en manos del esclavo, unas preciosas rosas rojas que despuntaban en la capilla de la Virgen de Rocamador, lugar de enterramiento de la familia Bertorelli.

Tras aproximarse y descubrir la reja abierta, a Valdés le sorprendió comprobar que aquel ramo no había sido depositado sobre la lápida de Pietro, sino sobre la de su esposa; aunque seguidamente reparó en que aquel era el día de la festividad de Santa Elena de Constantinopla, venerada por la Iglesia católica, la luterana y la ortodoxa, lo cual le llevó a plantearse otra cuestión.

—¡Maese Valdés! ¿A qué debemos el honor?

A Angustias le sorprendió volver a encontrarse con el pintor

horas después de haberse mostrado tan generoso en la plaza. De ahí que le insistiese a Francisca para que lo invitara a pasar y le agasajara como era debido.

Por fortuna, el secretario había acompañado a su señor a resolver unos asuntos, por lo que la servidumbre se encontraba mucho más relajada. A la larga, esto resultaría providencial, pues la conversación que el pintor deseaba mantener con las mujeres no habría sido posible de hallarse ambos en el palacio.

—El motivo de mi visita es para preguntaros por doña Elena Caccini. Tengo entendido que su esposo sufrió mucho su pérdida —comenzó a deslizar con sutileza.

Angustias y Francisca se miraron, y mientras la primera se dirigía a la ventana para cerrar las cortinas, la segunda declaró con naturalidad:

—Era una mujer distinta y llena de vida, pero en sus últimos meses sufrió mucho.

—¿A qué os referís?

—No podía tener hijos, y aquella desgracia le hizo perder la razón.

Valdés se revolvió en la silla.

—¿Queréis decir que… se volvió loca?

—Es más complicado que eso.

Angustias se acercó a Francisca y le puso la mano sobre el hombro, instándola a continuar. Entonces el artista supo que aquella conversación se prolongaría más de lo esperado.

—Al principio, yo admiraba a mi señor. Era una persona hábil en las relaciones sociales e implacable con los negocios, pero siempre intachable. Sin embargo, con el paso del tiempo, su carácter cambió.

—No os entiendo.

—Al ver el estado en que se encontraba su esposa, don Pietro comenzó a salir por las noches, a beber más de la cuenta y a frecuentar lugares de escasa reputación…

El pintor carraspeó, pero no quiso interrumpir a Francisca, quien, tras mostrarse reticente al principio, parecía dispuesta a llegar al fondo de la cuestión. Asimismo Angustias permanecía atenta desde su sillón, al tiempo que descansaba las piernas sobre un escabel; algo en lo que había insistido Valdés tras

detectar su fatiga.

—Como podréis imaginar, aquello terminó por desequilibrar a doña Elena, quien, además de sentirse profundamente desdichada, comenzó a tener unos celos terribles y a reprocharle a su esposo que la dejara sola tanto tiempo. La situación fue empeorando cada día, y a las fuertes discusiones le sucedieron insultos e incluso golpes.

—¿Y los criados? ¿Cómo reaccionasteis?

—Poco podíamos hacer, salvo rezar. Don Pietro era un hombre admirable, pero aquel comportamiento resultaba indigno; mientras que doña Elena ya no era ni la sombra de quien había sido, y además de reñir con su esposo, nos trataba mal a la servidumbre. Únicamente existían dos personas capaces de rescatarlos de aquel suplicio, don Diego Pérez de las Cuevas y su esposa doña Catalina.

Valdés asintió con la cabeza y se atusó el bigote antes de formular la siguiente pregunta.

—¿Tanta amistad se profesaban?

—Los hombres conectaron nada más conocerse, pero sus esposas fueron más allá. Doña Elena decía de doña Catalina que era la hermana que siempre había deseado tener. Por eso, cuando mi señora falleció, algo murió también dentro de ella.

—¿Y cuál fue la causa de su muerte?

—Los médicos dijeron que había abusado del láudano, pues don Pietro la halló muerta en su cama. Algo perfectamente posible, ya que solía tomarlo en pequeñas dosis para conciliar el sueño. Sin embargo, yo…

La mujer se detuvo en seco, como si se arrepintiese de sus últimas palabras.

—Francisca —musitó Angustias, incorporándose en el sillón e instándola a continuar.

—Como dijo Cicerón: «La verdad se corrompe tanto con la mentira como con el silencio» —declaró el pintor.

—Prometedme que esto no saldrá de aquí.

—Os lo prometo.

Entonces Francisca le explicó que, en base al testimonio del médico que la había examinado, entre la muerte de doña Elena y el hallazgo de su cadáver habían transcurrido siete horas. Sin

embargo, don Pietro lo contradijo asegurando que habían sido cinco, pues, según su versión, tras discutir con ella al filo de la medianoche, la había dejado leyendo en su alcoba.

Más tarde, a eso de las dos de la madrugada, y tras beber copiosamente en compañía del cochero, Bertorelli regresó junto a su esposa con idea de meterse en la cama, pero, al verse rechazado, decidió marcharse a la alcoba de invitados. Versión que corroboraron dos criados, quienes habían escuchado los gritos de su señor insistiendo en dormir con ella, así como el portazo final.

Finalmente, al poco de salir el sol, el banquero fue de nuevo a buscarla para pedirle perdón y entonces la descubrió sin vida.

—Yo no quise dudar de la palabra de mi señor, pero había algo que no encajaba.

—Proseguid.

—Él afirmaba que doña Elena se había quedado leyendo tras su discusión de las doce de la noche, y que no volvió a verla hasta dos horas después, cuando insistió en que ambos durmieran juntos, y ella lo echó de la alcoba.

—Y según acabáis de contarme, hubo dos criados que los escucharon gritar…

—Escucharon los gritos de don Pietro, no los de ella.

Valdés se quedó en suspendo por unos segundos, y seguidamente se puso en pie.

—¿Insinuáis que Bertorelli mató a su esposa a las doce y representó aquella comedia a las dos para que le escucharan los criados y así disponer de una coartada?

—Vos lo decís, no yo.

—Inteligente respuesta. —Aquella mujer le impresionaba cada vez más.

—Si no se lo dices tú, se lo digo yo —intervino Angustias, cuyo relato le había inquietado hasta el punto de abandonar el sillón.

—De acuerdo —respondió la mujer—. Pero antes, os ruego que os sentéis.

Valdés y Angustias obedecieron, y justo después Francisca mostró su última carta.

—No sé si sabéis que mi hijo me enseñó a leer antes de viajar a Panamá.

—¡Dios lo tenga en su gloria! —intervino Angustias.

—Doña Elena no solo estaba al corriente, sino que al descubrir cuánto gozaba con la lectura, me prestó varios de sus libros impresos en castellano, lengua de la que se confesaba una enamorada.

—Interesante —apuntó el pintor.

—Poco antes de su muerte, cayó en sus manos una *romanza*, como ella denominaba a las novelas, y me propuso que la leyéramos juntas. De este modo, cuando mi señora concluía un capítulo, colocaba una cinta y me prestaba el libro para que yo hiciera lo propio, y así sucesivamente. Esto nos permitía comentar la trama según avanzábamos.

Valdés se incorporó en el asiento y se dispuso a escuchar el desenlace de la historia.

—¿Sabéis cuál es el problema? Que cuando don Pietro encontró el cadáver de su esposa, *La fuerza del amor* de María de Zayas descansaba sobre la cama, abierta y justo al lado de la ampolla con el láudano, pero la cinta señalaba el capítulo del día anterior.

# 54

—Disculpad si os molesto, pero necesito que me iluminéis sobre un asunto urgente.

—Vos jamás molestáis, amigo Valdés. ¿Cómo se encuentra vuestra esposa? Aún me siento culpable por haberos fallado aquella noche…

—Dios solo hay uno, y si vuestra merced fue reclamado a los pies de otro enfermo es porque así lo dispuso Él. A fin de cuentas, no os hallabais holgando sino salvando vidas.

—Decís bien, pero aún así.

—Eustaquio. —Esta vez el pintor se puso muy serio—. Lo que vengo a pediros podría evitar una muerte. Y me temo que no contamos con mucho tiempo.

—Tomad asiento, os lo ruego.

A continuación, Valdés alineó en la mesa una serie de apuntes en los que aparecían varios cadáveres. Los cuatro estaban desnudos y lucían una estrella de cinco puntas en el tronco, algo que al galeno le llenó de estupor.

—¿De dónde habéis sacado esto? —inquirió contrariado.

En lugar de aclarárselo, el artista le contestó con otra pregunta.

—¿Conocíais a Pietro Bertorelli?

—¿El banquero? —Don Eustaquio se tomó su tiempo antes de responder—. No tuve ocasión de tratarlo en persona, pero sí oí hablar de él en más de una ocasión. ¿No iréis a decirme que uno de esos dibujos…?

Valdés le deslizó el que se correspondía con el cadáver del italiano, y luego volvió a la carga.

—Fray Alonso de Sigüenza. ¿Qué sabéis de él?

—¿El hermano dominico? Era el bibliotecario de San Pablo, un hombre cabal aunque de trato difícil. ¿No puede ser que él también…?

Esta vez, el maestro le acercó el dibujo mucho más despacio.

—¡Válgame Cristo! —exclamó don Eustaquio, persignándose.

—En cuanto a las dos mujeres, dudo que las conozcáis, pero os adelanto que no eran precisamente virtuosas. Esta se llamaba Jacinta y hacía tratos por Santa Marina. Supongo que ya me entendéis. Y esta otra llevaba por nombre Magdalena y trabajaba remendando redes en Triana, aunque, según dicen, practicaba la hechicería.

Tras observar bien aquellos papeles, el médico se puso en pie y caminó hacia el mueble donde se guardaba el instrumental quirúrgico, el cual se hallaba entreabierto. Una vez cerradas sus puertas, y sin volverse, declaró en voz alta:

—No necesito preguntaros quién es el autor de esos dibujos, aunque me surge una duda importante, ¿están al tanto los miembros del Santo Oficio?

—Por supuesto.

—Entonces, ¿por qué acudís a mí? —Esta vez el galeno se giró completamente—. ¿Acaso la Inquisición no ha hecho bien su trabajo?

El maestro esbozó una sonrisa y, abandonando su asiento, manifestó:

—El día que os conocí, hace ya demasiados años, me bastó un minuto para concluir que erais un hombre inteligente.

—Mi apreciado Juan, no olvidéis que erré en mi diagnóstico, y vuestra mujer estuvo a punto de fallecer por mi culpa —dijo agachando ligeramente la cabeza.

—Errar es de humanos, pero rectificar es de sabios.

—Decidme en qué puedo ayudaros y os aseguro que pondré todo mi empeño.

Valdés asintió satisfecho, y volvió a insistir con los apuntes.

—Fijaos bien en los símbolos y responded con sinceridad, ¿qué os dicen exactamente?

—Que su autor no mata al azar, que sigue algún tipo de patrón.

—Exacto. ¿Y qué más?

—Pues que la disposición en los cuerpos tampoco es casual.

Aunque vos lo sabéis mejor que yo, pues pudisteis verlos de cerca.

—Así es. Pero no logro entender su significado. —Valdés apretó los puños y los colocó encima de los papeles, evidenciando su hastío—. Ni los médicos, ni el pesquisidor, ni un solo familiar de la Inquisición ha logrado esclarecer este punto.

—¿Y sabéis por qué?

Esta vez era el galeno quien parecía tener el control de la situación.

—Porque el árbol no les permite ver el bosque.

—¿A qué os referís?

—Al diablo, querido amigo, a quién si no iba a referirme. El dichoso príncipe de las tinieblas parece nublar el entendimiento de las mentes más brillantes de nuestro tiempo. ¿Y sabéis qué? Que la mayoría de las veces la respuesta es mucho más sencilla.

Seguidamente, don Eustaquio le hizo ver a Valdés que el pentáculo o pentagrama era un símbolo antiquísimo, y que además de estar presente en las sociedades primitivas, solía relacionarse con la divinidad femenina, especialmente con Venus, la diosa del amor y la belleza.

—¿Podría ser que cada vértice pudiera corresponderse con una víctima? —preguntó Valdés, viendo que aquella conversación comenzaba a dar sus frutos.

—Yo no lo dudaría.

—En ese caso…

—… aún queda otra por ejecutar.

Ambos sintieron un escalofrío al imaginarlo.

—Y si el símbolo no conduce a Lucifer, ¿a dónde nos lleva?

El médico se mantuvo en silencio durante unos instantes, y finalmente declaró:

—¿Disponéis de tiempo?

Media hora después, don Eustaquio prendía una vela e invitaba a Valdés a bajar al sótano de su casa, donde, tras despejar un hueco oculto en la pared, le mostró una amplia colección de

libros. Entre ellos sobresalían diez gruesos tomos que por su apariencia externa parecían cantorales, pero que en realidad albergaban algo mucho más valioso.

—No puedo creer lo que veo.

Al pasar las páginas y descubrir las ilustraciones de aquellos ejemplares impresos, el maestro se mostró eufórico.

—Ese concretamente es una traducción de *De Materia medica,* de Dioscórides, libro expurgado por el Santo Oficio por considerarse contrario a la moral cristiana. Y aquí tenéis otro mucho más reciente: *Discurso medicinal y cuestión médico-moral,* de Juan Bautista Manzaneda. ¿Sabéis cuál fue su pecado? Hacer ver la necesidad de que los capuchinos enfermos se desprendiesen del tosco sayal de lana de su orden, pues impedía su curación. En su lugar, el autor proponía que vistieran una túnica de lino. Un gran delito, sin duda…

—¿Y este de Sebastián de Soto?

—Soto afirmaba que, para que las monjas se librasen de la melancolía, era precisa la exclaustración, pues el remedio más eficaz resultaba ser el divertimento de ver cosas alegres, aquellas que no se podían gozar dentro de un convento.

—¡Enorme osadía! —exclamó el artista, irónico.

Finalmente, el galeno dio con el libro que buscaba.

—Aquí tenéis vuestra estrella —dijo mostrándole un volumen sobre medicina oriental que cautivó al artista desde la primera página.

A continuación, le pidió que extrajese su cuaderno y tomase notas, pasando a enumerar en voz alta el primero de los textos que acompañaban al pentagrama y que se correspondía con un esquema del cuerpo humano.

—«La madera domina a la tierra y la penetra».

—Si no me equivoco —terció el pintor—, este vértice se corresponde con el hígado y la vesícula biliar. Exactamente el lugar donde le pintaron la estrella a Bertorelli.

—Y según se explica aquí, representa la toma de decisiones, la ira y el enojo.

Valdés recordó su conversación con Francisca y entonces comprendió el alcance de aquel escrito y su conexión con la muerte del genovés.

—¡Muy bien, maestro! Prosigamos.

Esta vez, don Eustaquio señaló el segundo vértice, ubicado a la derecha del primero, y procedió a descifrar su leyenda:

—«La tierra estanca al agua».

—Es decir, la estabilidad y seguridad del centro del cuerpo conducen a la perseverancia. Por lo que se muestra aquí, están representadas en el bazo y el estómago.

—No os equivocáis.

—El fraile dominico lucía la estrella entre ambos órganos, y, pese al rechazo de los fieles, solía perseverar en su conducta —reflexionó en voz alta—. Continuad, os lo ruego.

—«El agua apaga el fuego».

—La salud de los riñones y la vejiga nos permite estar receptivos con el entorno, favoreciendo el conocimiento carnal entre hombre y mujer y la consiguiente procreación. Sus opuestos conducen al vicio y los pecados contra natura. —De nuevo, el maestro lo tuvo claro—. No cabe duda de que este es el vértice de la alcahueta Jacinta.

—«El fuego funde y derrite el metal».

—El corazón y el intestino delgado. Sentimientos que se expresan y se reprimen, es decir, las relaciones con los demás. Mentiras, supersticiones e hipocresía, algo habitual en el discurso de una remiendavirgos como Magdalena.

El médico se sorprendió de la capacidad de razonamiento de su adlátere, por lo que no quiso dilatar más la interpretación del quinto y último vértice.

—«El metal corta la madera».

—Pulmón e intestino grueso. El equilibrio, la absorción y la entrega de energía, cuyos opuestos conducen a la mezquindad —concluyó Valdés.

—La ley de los cinco elementos según la medicina tradicional china —remató el galeno—. ¿Veis como no era cosa del diablo?

El artista sonrió y, mientras cerraba el cuaderno, se dirigió a su amigo para agradecerle la ayuda. Este replicó que con ese gesto saldaba la deuda que mantenía con su esposa.

—Ahora debo introducirme en el pellejo del criminal por tratar de averiguar qué último ruin merece ser castigado.

—Difícil tarea, Valdés. La generosidad es un bien escaso, y en esta ciudad los viles se reproducen como las cucarachas.

# 55

Pasaron las semanas, y por más que se estrujaron la cabeza, a inicios de octubre seguían sin tener claro quién tenía la espada de Damocles sobre su cabeza, y por tanto, llegar a convertirse en la quinta víctima.

¿Había alguien lo suficientemente avaricioso como para merecer la muerte? Y sobre todo, ¿por qué se habían cometido cuatro crímenes en un breve lapso de tiempo y el último se resistía tanto?

Valdés Leal manejaba tres posibles explicaciones.

La primera era que, debido a sus pesquisas, el criminal se sintiera amenazado y en consecuencia no actuara por miedo.

La segunda apuntaba a que dicho verdugo ya se encontraba fuera de juego —esta hipótesis señalaba directamente al Corcho o a otro delincuente al que hubiesen quitado de en medio.

Y la tercera, aunque improbable, era que el pentagrama solo se hubiese utilizado como herramienta para llamar la atención, y, por tanto, ya no habría más muertes.

Como era de suponer, Castroviejo tampoco había sacado en claro si la carta medio quemada a la que había aludido Beatriz había existido realmente o era fruto de su invención. Dados sus escasos escrúpulos, nadie descartaba que ella misma hubiese podido matar a Bertorelli, aunque costaba imaginar el por qué.

Merced al hallazgo de un nuevo foco de judeoconversos que reclamaba su atención, Salcedo dejó de presionar al pesquisidor, lo que favoreció que este pudiese tomarse un receso para reflexionar.

Si algo parecía estar claro era que, con la muerte de aquellas cuatro personas, el criminal parecía ajustar viejas cuentas, pero ¿qué podían tener en común un banquero, un fraile, una alcahueta y una bruja?

Una tarde, mientras Valdés barnizaba el díptico encargado por Mañara, su oficial reparó en que faltaba una escudilla en la albornía.

—Os juro que la dejé aquí ayer, justo antes de marcharme a la Academia.

—No te preocupes, Manuel. Ya aparecerá.

—Seguro que sí, pero me importuna bastante. Me levanté antes del alba para preparar ese color…

—¿De cuál se trata? —Antes de formular la pregunta, Valdés ya intuía la respuesta.

—Del bermellón —respondió el joven—. ¿Por qué lo preguntáis?

—Haz memoria de todas las personas que han pasado por aquí en las últimas horas, sin dejarte a nadie, y apúntalas en un papel. ¿Me oyes? Yo iré a casa a preguntar.

—No os entiendo.

—No hay tiempo de explicaciones, Manuel. ¡Haz lo que te digo!

—Maestro, yo…

Y antes de que el oficial pudiese concluir su frase, el pintor ya había desaparecido.

Durante los minutos siguientes, Valdés recorrió su domicilio de arriba abajo, preguntando a familiares y criados si sabían de alguien que hubiese podido coger una escudilla de pintura de su obrador.

Dada su inquietud, Polonia se ofreció a ayudarlo, y también su hija Eugenia, pero por más que registraron las cocinas, las alcobas y el salón, no consiguieron dar con ella.

Tampoco Lucas —quien solía ayudar en el obrador por las tardes— supo darle noticia del recipiente. Y pese a insistir a su padre, este no quiso revelarle el verdadero motivo que le impulsaba a buscarlo con tanto ahínco.

—¿Y si ha sido Luisa? —sugirió el niño—. Tal vez su marido la necesitaba para terminar algún trabajo…

—¿Podrías ir a su casa a preguntar? Es muy importante, Lucas.

Al niño le asustó el tono con el que su padre se dirigía a él, aunque lo achacó a su habitual ansiedad por concluir los encargos.

—Por supuesto, padre. Ahora mismo voy.

—¿A dónde vas? —preguntó Clemente, que acababa de regresar de hacer aguas mayores.

—A casa de mi hermana. Mi padre está buscando una…

Valdés no le dejó terminar.

—¿Has visto por casualidad una escudilla con pintura? —preguntó, nervioso.

—¿Aquí? ¿En la casa?

—Ha desaparecido del obrador —aclaró—. Manuel la dejó anoche metida en agua, y por más que hemos buscado, no logramos dar con su paradero…

—No sabría deciros, señor.

—¿Y has visto a alguien rondando cerca del obrador? Ya sabes que solemos dejar la puerta abierta durante el día.

—Si os referís a alguien desconocido, no, no he visto a nadie.

—¿Y a algún vecino? ¿Un mercader quizás?

—Únicamente me crucé con vuestro pariente, ese que le regaló a Luisa un joyero, pero llevaba mucha prisa y no alcancé a saludarlo.

—¿Con mi pariente? ¿Te refieres a Leandro?

Valdés sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¡Ese!

—Que Dios te lo pague, rapaz.

Fingiendo tranquilidad, el artista se ajustó el chambergo y puso rumbo a la alcaicería de los plateros, dejando a los niños en suspenso.

# 56

Ya comenzaba a anochecer cuando el maestro llegó a las puertas del obrador.

—¡¿Leandro?! —dijo tras golpear tres veces la madera. Pero no obtuvo respuesta.

Luego lo volvió a intentar, pero al comprobar que el negocio tenía las ventanas cerradas, dio por hecho que el dueño se encontraba fuera.

—Yo he visto salir de ahí a un hombre hace un rato —le dijo un aguador que solía vender su mercancía por la zona.

—¿Sabes hacia dónde se dirigía?

—Lo desconozco, señor.

—Es platero —añadió, con idea de que el oficio de Leandro le ayudase a recordar. Y en efecto así fue.

—Pues entonces iría a donde el Bisojo. Allí suelen reunirse los de su oficio. —Y antes de continuar, el hombre se le acercó y le dijo en voz baja—: Lo sé porque, más de una vez, me han encargado que les traiga agua. Y no poca, por cierto.

—Proseguid.

—Ezequiel, al que llaman el Bisojo por tener la vista descalabrada, es un hombre fuera de lo común, pero hace unos trabajos muy finos, y paga bien.

Al pintor aquella posibilidad le resultó bastante improbable, pero al no contar con otra mejor, decidió intentarlo. Antes, le dio una propina al aguador y lo despidió con un movimiento de cabeza.

—Dios os guarde, buen hombre.

Llegado al obrador del Bisojo, y tras admirarse de lo que tenía ante sí —ya sus dimensiones denotaban que aquel negocio era boyante—, Valdés empujó las puertas y accedió al interior,

sorprendiéndole el que estuviese perfectamente iluminado, aunque vacío.

A su alrededor se agolpaban infinidad de piezas de artesanía, las cuales estaban labradas en plata de ley y otros metales nobles, ofreciendo al espectador toda una amalgama de brillos.

Nada más echar un vistazo, el maestro constató que el aguador estaba en lo cierto: el tal Ezequiel poseía unas manos exquisitas.

«¿Dónde diantres se habrán metido?», se preguntó tras recorrer gran parte de la estancia principal.

Entonces le pareció ver un bulto detrás de una estantería en la que reposaban un buen número de candelabros. Estos eran de diversos tamaños y formas, y estaban ordenados en base a su altura.

Al acercarse, Valdés distinguió la figura de un mozo, el cual se hallaba bocabajo y en estado inconsciente.

—¡Dios mío!

Rápidamente, se agachó para darle la vuelta, y entonces comprobó que había recibido un fuerte golpe en la cabeza, pero aún respiraba.

—¡Muchacho! ¿Me oyes? ¡Despierta! —exclamó sacudiéndole las mejillas con el dorso de la mano.

Entonces el joven reaccionó, y antes de que el pintor le preguntase qué había sucedido, alzó su mano derecha y señaló hacia el fondo.

No hizo falta más, pues al poco de examinar el pasillo —antes de hacerlo, tomó uno de los candelabros de la estantería —, Valdés distinguió una trampilla que permanecía abierta.

Armándose de valor, ingresó en aquel hueco y comenzó a descender por unas estrechas escaleras, las cuales le condujeron a un nuevo pasillo, pero esta vez con las paredes en bruto.

Mientras se acostumbraba a la oscuridad, el maestro distinguió una voz familiar:

—Sois un malnacido, un mezquino…

—¡Soltadme, perro!

—¡Bebed! ¿O preferís que os saque las tripas?

—¡Estáis loco!

—Sois vos quien me habéis hecho perder el juicio… Y todo por vuestra codicia. ¡Bebed de una maldita vez!

—¡Leandro! —La voz de Valdés Leal retumbó en toda la sala. Esta contaba con dos mesas repletas de recipientes en los que se podían distinguir, merced a sus letreros manuscritos, varios tipos de metales —cobre, estaño, magnesio, hierro— y de no metales —azufre, arsénico, antimonio—. Asimismo, sobre otro tablero descansaban media docena de alambiques conteniendo varios tipos de ácido, desde el fórmico al cítrico, pasando por el sulfúrico.

Al volverse y distinguir el rostro del pintor, el platero se quedó de piedra.

—¡Detente! —le ordenó Valdés frunciendo el ceño y aproximándose lentamente hacia él, con la mano que sostenía el candelabro oculta en su espalda.

—Juan, ¿qué haces aquí?

—Vengo a detenerte. No pienso permitir que mates a más gente.

—¡Ayudadme, os lo ruego! —gritó el Bisojo descompuesto, al distinguir desde el suelo la figura del artista.

—¡No sabes lo que estás diciendo!

—Te equivocas, Leandro. Sé muy bien lo que has hecho y lo que estás a punto de hacer si alguien no lo impide…

—¡Juan, te lo ruego, márchate!

—Suelta ese puñal… Es por tu bien…

—No soy ningún criminal… ¡Tienes que creerme! Si hay algún culpable aquí, ese es Ezequiel. —Y tras decir esto, escupió en su cara con furia.

—¡Aggg!

—Eso tendrás que demostrarlo ante un juez. Pero antes, tira el arma y entrégate.

—¡Jamás! —Y dándole un empujón al pintor, salió corriendo de la sala, atravesó el pasillo como un poseso y subió los escalones de dos en dos, hasta llegar a la planta principal.

Sin embargo, no logró pasar de ahí, pues el joven al que Valdés había dejado en el suelo, lo golpeó por sorpresa con una jarra de plata y lo inmovilizó.

—Corred a atender a vuestro maestro —instó al muchacho, nada más descubrirlo junto a Leandro—. Se encuentra malherido.

Nada más marcharse el aprendiz, el artista tomó el arma del platero y, viendo que seguía consciente, le dio la oportunidad de confesar.

Entonces Leandro le juró que él no había matado a nadie, pero que estaba dispuesto a acabar con la vida del Bisojo, pues había sufrido mucho por su culpa.

—¿Recuerdas cuando murió mi padre?

—Cómo no iba a acordarme. ¡Tuve que pagar su entierro!

—¿Sabes por qué acudí a ti? Porque este gusano se negó a prestarme el dinero. Durante un tiempo fuimos socios e hicimos muchos trabajos juntos. Pero, con el tiempo, supe que me engañaba…

Valdés decidió prestarle oído, aunque sin bajar la guardia.

—Jamás he sabido de cuentas ni de dineros. ¿Ves estas manos? Fíjate en las marcas, en las cicatrices. Son quemaduras, restos de ampollas, cortes… Me he dejado la piel por este trabajo. Por eso me dolió saber que ese asqueroso me robaba a mis espaldas… ¿Piensas que es justo?

Antes de que el pintor respondiera, Leandro continuó:

—Tú me conoces, Juan. No soy un criminal. De serlo, ya habría acabado con Ezequiel. Llevo meses planeándolo, pero hasta hoy no me he atrevido. Además de necio, soy un cobarde…

—¿Por qué no lo denunciaste?

—¿Al Bisojo? Tiene contactos en todas partes, incluso en Nueva España. De hacerlo, habría terminado arruinándome. ¿Acaso no te has fijado en lo que esconde ahí abajo?

—¿Eso es… lo que yo creo que es…?

—Alquimia, Juan. No le des más vueltas.

—Si la Justicia supiera…

—¿Crees que no lo sabe? Ese marrano tiene a sueldo a mucha gente, incluso a los corchetes. Parece que naciste ayer…

A Valdés aquellas palabras le hirieron profundamente. No obstante, insistió en conocer la relación de aquel hombre con los crímenes del pentagrama.

—Prométeme que me dejarás libre si te lo revelo.

—¿Cómo?

—El nombre que buscas. Déjame marchar y te lo diré. Es lo que quieres, ¿no?

El maestro sintió un escalofrío.

—Yo solo soy una pieza del engranaje. Un desgraciado que a punto ha estado de arruinar su vida por culpa de ese miserable. Permite que tenga una segunda oportunidad, Juan. Pese a sus mentiras, Ezequiel sigue vivo y no dejará de ser poderoso. Él es quien debería suplicarte, y no yo…

—Leandro.

—Deja que salga por esa puerta y te juro que no volveré a pisar esta ciudad. Me iré lejos de Sevilla, me subiré en un barco y cruzaré el océano… No me veréis más.

—Eso no es posible, tú…

—¡Ayúdame, hermano! —suplicó con los ojos húmedos—. Aunque no lo creas, eres lo más parecido a un hermano que he tenido nunca. Confía en mí. Dame la oportunidad de redimirme…

Sin dejar de apuntarlo con el puñal, Valdés se mantuvo en silencio durante unos segundos. Hacía ocho meses que trataba de desentrañar un misterio que había puesto su vida patas arriba. ¿Cuánto más lo resistiría? ¿Estaría por fin ante la oportunidad de poner fin a aquella pesadilla?

Si Leandro decía la verdad, ya no habría más muertes, y entonces podría detener al culpable.

Pero ¿y si mentía?

Entonces pensó en las palabras del aguador, en cómo en aquel lugar se organizaban reuniones clandestinas, en el largo pasillo, los alambiques echando humo, el ambiente turbio…

—De acuerdo —aceptó, observándolo sin pestañear—. Dime su nombre y te dejaré marchar.

# 57

Acababan de dar las diez cuando el carruaje se detuvo de manera súbita y Valdés se apeó sin ni siquiera despedirse.

—¿Deseáis que vuelva a recogeros? —preguntó el cochero un tanto molesto.

A esas horas de la noche, con la temperatura descendiendo progresivamente, la calle se hallaba desierta y las estrellas fulguraban menos que de costumbre.

Formulada la pregunta, el pintor se detuvo y, volviendo el rostro, contestó:

—Disculpad. En lugar de eso, preferiría que fueseis en busca de alguien…

Y tras darle las instrucciones pertinentes —acompañadas de una generosa propina— se adentró en la vivienda que se alzaba ante sus ojos. Esta era lujosa y de gran tamaño, aunque su decadencia resultaba notoria; comenzando por la fachada, de trazo armónico y refinado, pero a la que la humedad le afeaba el rostro, y culminando en las puertas, ajadas pese a haberse empleado maderas nobles. En suma, un fiel reflejo de la personalidad que la habitaba.

—Pasad, os estaba esperando.

La voz sonó distinguida y a la vez melancólica, como una invitación a un funeral. Tanto, que Valdés caviló si debía acceder o darse la vuelta.

No obstante, una vez hubo palpado el mango del puñal —este iba oculto entre sus ropas— decidió armarse de valor por culminar su empresa.

Empero, antes de iniciar el recorrido, la voz volvió a resonar al fondo del pasillo:

—Dejad la puerta abierta, os lo ruego.

Este detalle confirmó que aquella persona conocía sus planes, y pese a todo, deseaba continuar jugando.

«Es la última mano», se dijo para darse ánimos, «y esta vez eres tú quien tiene las mejores cartas».

A continuación se desprendió del sombrero, tomó aire y caminó a través del largo corredor con un pensamiento fijo en la cabeza: si Leandro le había contado la verdad —y todo apuntaba a que sí— allí concluía su caza.

—En cincuenta años he conocido a muchas personas; gente humilde y aventajada, generosa y tacaña, compasiva y cruel; pero jamás me había topado con alguien como vos. No solo sois sagaz sino extremadamente imprevisible.

En el suelo descansaban una escudilla con pintura y varias cuartillas repletas de pentagramas que parecían marcar la frontera entre la vida y la muerte. Por pura sensatez, Valdés decidió no cruzarla, y en su lugar permaneció a pocos pasos de la entrada, rígido y cauteloso.

—Vuestras palabras me halagan —oyó decir como un susurro.

—Cinco vidas en un tablero. Cinco almas y una única partida —muy bien jugada, por cierto—. Pero hay algo que aún me cuesta entender: ¿por qué lo hicisteis?

Aquella pregunta golpeó las paredes del salón, escaló por las paredes y se alojó en el techo, para finalmente descender y convertirse en polvo.

—¿Por qué? ¿Y vos lo preguntáis?

Valdés se mantuvo firme, con los pies anclados al suelo y las facciones inalterables.

—Vos estuvisteis allí, escuchasteis su nombre, aspirasteis su aroma. Porque, aunque no lo creáis, su olor permanece en cada una de esas paredes, como los miles de pétalos que, tajados en mitad de su esplendor, dan fragancia a los rosarios.

—Rosas rojas, naturalmente —dejó caer el maestro.

—Rojas como el fuego, la pasión y la fuerza.

—Y como la sangre.

Tregua intencionada.

Luego una risa tenue, afligida, casi un desvarío.

—Si algo envidio de vos es vuestra capacidad para conceder deseos.

Valdés enarcó una ceja, pero se mantuvo en su sitio.

—Dignificar a los pobres, humanizar a los ricos, embellecer a los grotescos, purificar a los disolutos… ¿Sois consciente del poder que poseéis los artistas?

—Soy consciente de que debemos emplearlo para hacer el bien.

—¿Qué mal hizo ella? —Y entonces señaló al maniquí que se encontraba a su derecha. Este era de tamaño natural, portaba un vestido color turquesa y no poseía rostro.

«¡El vestido de doña Elena!».

Aquel que lucía la italiana en el retrato pintado por Artemisia Gestileschi y que asombraba a todos cuantos visitaban su casa palacio. El mismo del que procedía el hilo hallado en la alcoba de Bertorelli.

El pintor se sobrecogió al verlo, pero se esforzó porque sus músculos no lo evidenciasen.

—Elena amó a sus padres, luego a su esposo, y cuando su carne le negó lo que le correspondía por naturaleza, solo le restó amar a la única persona que se había apiadado de ella.

—Vos —Esta vez, el artista dio un paso al frente. No tanto por consideración hacia quien le hablaba como a la dama fallecida.

—El amor que nace súbitamente es el más difícil de extinguir.

—Decís bien —concedió Valdés— pero ¿creéis que ese amor veraz, hermoso e imperecedero os otorga el derecho a matar? Solo Dios, cuyo aliento nos dio la vida, puede resolver nuestra muerte.

—Ese Dios, al que me enseñaron a temer, no detuvo a Bertorelli cuando se emborrachaba cada noche y abusaba de Angustias hasta hacerla desfallecer.

El maestro recibió aquella noticia como un arcabuzazo, pero, a duras penas, consiguió mantener la calma.

—Ese Hacedor, ante el que tantas veces me he postrado, no evitó que Hipólito fuese vejado una y otra vez por ese miserable de fray Alonso.

»Ese Padre, al que rezaba cada noche, no preservó la virginidad de Jerónima cuando fue vendida por su propia madre, Jacinta, siendo apenas una niña.

»Ese Altísimo, a quien me encomendaba ciegamente, no sustrajo la ponzoña de Carmela, la esposa del jabonero, quien confió en las prácticas de Magdalena.

»Ese Omnipotente, al que supliqué que reparase tantas injusticias, no impidió que Leandro fuese engañado vilmente por el platero Ezequiel.

Valdés no alcanzaba a creer lo que estaba escuchando.

—Dicho lo cual, poco importa que un banquero le quitase la vida a Elena fingiendo que esta se había suicidado, que un religioso se opusiera a su sepultura cristiana por dicho motivo, que una alcahueta trajese el pecado a su matrimonio, que una bruja la enfermase con sus pócimas y un alquimista la enloqueciese con sus remedios.

»Dios no evitó que cinco inocentes fuesen víctimas de cinco bestias, y ni temiéndolo desde la cuna, postrándonos en sus iglesias, invocándolo cada noche, confiando en su protección o suplicando su justicia, le habríamos hecho cambiar de opinión. Vos, maese Valdés, poseéis el don de conceder deseos. Yo el de concebir venganzas. Cinco, para ser exactos.

—Cuatro —especificó el artista, a quien aquel discurso le estaba helando la sangre.

—No os entiendo.

—El Bisojo no ha muerto —reveló complacido—. Ya os he dicho que solo Dios podía dar y quitar la vida.

—Cinco —insistió—. Olvidáis que ese es el número de la audacia, la sensualidad y el amor correspondido. No dejemos que un pequeño detalle nos estropee la fiesta.

Y tras decir esto, elevó la cabeza, apoyó sus manos en los brazos de la silla de ruedas y se puso en pie ante la estupefacción de Valdés.

—No puede ser… Vos no podíais andar. Estabais impedida… Yo mismo os vi en brazos de vuestro esclavo… ¡¡¡No es posible…!!!

Luego echó mano de un cáliz de plata, se acercó hasta el maniquí y le dedicó una sonrisa a modo de brindis.

—Concededme el último baile, amor mío.

Cuando el pintor se quiso dar cuenta, doña Catalina ya había acercado el metal bruñido a sus labios y comenzaba a

ingerir su contenido.

—¡No! —gritó corriendo hacia ella, con toda la agilidad que le permitieron sus piernas y con intención de arrebatarle la copa de licor.

Pero ya era demasiado tarde.

El cinabrio enfundado en vino fluía por su garganta ondulada, haciendo estragos allá por donde pasaba y anulándole poco a poco los sentidos, como una serpiente que devora a su presa.

—No sufráis por mi partida —acertó a decir la dama, mientras se precipitaba en los brazos del artista—. Esta servirá para evitar nuevas injusticias.

—¡¿Cómo?! ¿Pensabais matar a más gente? —Valdés no daba crédito.

—Mi admirado pintor… Esta confesión redime a cinco infortunados. Ellos gozarán de una nueva oportunidad… y vos tendréis un culpable…

—¡Voto a Dios…! Vos lo planeasteis todo… Fue vuestra mente la que ideó el patrón del pentagrama, la que trazó el orden en que debían cometerse los crímenes, la que instruyó a sus ejecutores para llevarlos a cabo… Y de ese modo, pudisteis vengar a doña Elena sin mancharos las manos…

—Así es. Pero al mismo tiempo ayudé a cinco personas a librarse de sus fantasmas —musitó la viuda, comenzando a cerrar los ojos. Pero no temáis. Esa carta los exculpa y me convierte a mí en la única responsable —dijo señalando hacia la mesa, tras realizar un gran esfuerzo—. Urso partió esta mañana hacia su país de origen, y Micaela también debería marcharse de Sevilla, o de lo contrario podrían acusarla de complicidad… Prometedme que hablareis con ella… Prometedme que convenceréis a vuestro pupilo… ¡Valdés…!

—¡Doña Catalina! ¡¡¡Doña Catalina!!!

El pintor buscó su mirada —antes lúcida y azul, ahora inmutable y marchita—, y luchó por rescatarla del trance.

Y al ver que no era posible, que ni siquiera él, un nigromante del color y del contraste, tenía potestad para detener el tiempo, juró que, por más que lo tentaran, nunca más volvería a plasmar el semblante de la muerte.

# EPÍLOGO

—*In ictu oculi* —pronunció Mañara en voz alta, mientras los invitados que poblaban la iglesia sentían cómo se les dilataban las pupilas al contemplar el cuadro.

Ni los claroscuros de Zurbarán, ni los bodegones de Sánchez Cotán, ni las alegorías de José de Ribera, lograban impresionar como lo hacía aquella obra.

—«En un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al toque de la trompeta final; pues sonará y los muertos resucitarán incorruptos, y nosotros seremos transformados» —continuó citando al apóstol san Pablo.

Tonos claros, brillos insondables y una oscuridad intensa, casi elocuente, que lo extingue todo, que lo iguala todo.

Una escena teatral y aterradora, en la que la parca, guadaña en mano y manifestada en forma de esqueleto, cercenaba la llama de la existencia y exhibía con sarcasmo el funesto ataúd.

A sus pies, el globo terráqueo y los diversos atributos de reyes, nobles y príncipes eclesiásticos —jerarquías humanas que representaban la vanidad de los placeres—, parecían formar parte de una danza macabra donde la sabiduría, simbolizada en los libros, resultaba tan efímera como el poder y la riqueza —ahí yacían la *Imitatio Christi*, de Tomás de Kempis, un tomo de *Naturalis Historia,* de Plinio el Viejo, la *Historia de Carlos Quinto*, de fray Prudencio de Sandoval, y un álbum de estampas de Theodor van Thulden, comentadas por Gevaerts.

—Ciego eres, si no ves estas cosas —prosiguió Miguel Mañara—, desventurado de ti, que surcas el mar y la tierra por juntar riquezas para dejarlas a otro, y cuando menos piensas entrarás desnudo en una sepultura llena de huesos y calaveras, que será tu oscuro aposento hasta el fin del mundo.

Concluida la exposición del primer lienzo —la iglesia de San

Jorge bullía por la excitación, y esta se expandía a su vez por el resto del hospital—, el hermano mayor de la Santa Caridad se desplazó al otro extremo del sotocoro para explicar las claves de *Finis Gloriae Mundi,* el segundo de los *Jeroglíficos de las Postrimerías,* ejecutado igualmente por Valdés Leal.

No hubo hermano, clérigo o invitado de honor a quien no le mudase el gesto al descubrir la pintura. Y es que si la obra dedicada a la muerte sobrecogía a cuantos la contemplaban, aquella en la que se representaba el juicio de las almas sacudía las conciencias hasta lograr amedrentarlas.

—«Fin de las glorias terrenas» —comenzó a exponer el filántropo—. Desengaño de vanidades y pompas mundanas.

Silencio y respeto ante su discurso inspirado en san Ignacio de Loyola.

—Recuerda hombre que polvo eres y en polvo te convertirás. Es la primera verdad que ha de reinar en vuestros corazones: polvo y ceniza, corrupción y gusanos, sepulcro y olvido. Todo se acaba: hoy somos, y mañana no parecemos; hoy faltamos a los ojos de las gentes; mañana somos borrados de los corazones de los hombres.

En primer término, la corrupción tenía forma de obispo y de caballero.

A un lado carne momificada y revestida de ropas litúrgicas, de la que las cucarachas y los gusanos, verdaderos monarcas de la corrupción, hacían presa; al otro, el cadáver de un calatravo envuelto en su capa aludía al mismo Mañara, quien deseaba así anticipar la representación de su propio deceso.

Al fondo, y sumidos en la penumbra, una lechuza y un murciélago, animales que habitaban en las sombras, reforzaban la alusión al horripilante mundo del estertor, de la ausencia, de la nada.

Más arriba, la psicostasis, o pesaje de las almas, revelaba a Cristo resucitado, cuya mano llagada y envuelta en un halo radiante sostenía una balanza en cuyo plato izquierdo, junto con la leyenda «Ni más», aparecían símbolos de los pecados capitales (un pavo real, alusivo a la soberbia; un perro como la ira; un murciélago sobre el corazón representando la envidia; una cabra dando forma a la avaricia; un cerdo a la gula; un

mono a la lujuria; y un perezoso o pelejo amazónico a la pereza). Mientras que en el derecho, sobre la inscripción «Ni menos», lo hacían iconos de la virtud en los ejemplos de oración, penitencia y caridad (un corazón con el anagrama de Jesús, un breviario, una cadena, unas disciplinas, un pan, un cilicio y un crucifijo con clavos de punta).

—Los hermanos de esta noble corporación no podíais haber puesto broche mejor a la Octava de difuntos. Ambas son obras magníficas, irrepetibles —afirmó Spínola y Guzmán dirigiéndose a Mañara—. Os felicito, don Miguel.

—Gracias, monseñor.

—Y a vos, Juan de Valdés Leal, solo puede deciros que, desde hoy, vuestro nombre quedará ligado para siempre a la historia de este hospital, y por tanto, a la del pueblo de Sevilla. Dios os conserve el talento por muchos años.

El artista recibió las palabras del arzobispo con humildad y agrado, pero sobre todo con alivio, pues ninguna satisfacción era comparable a la del deber cumplido.

Sin embargo, de todos los elogios recibidos —y fueron muchos—, ninguno le llegó más adentro que el de su compañero Murillo, quien no quiso perder la ocasión de contemplar su obra:

—Siempre he admirado vuestro tesón, Juan. Dios nos creó para luchar, y vos sois un guerrero nato. Pero para librar batallas no solo es necesario ser fuerte, también hay que ser valiente, y hoy me habéis demostrado lo mucho que lo sois.

»No existe luz sin oscuridad, ni paraíso sin infierno. Todo cuanto nos rodea es dual, como la tierra y el agua, la riqueza y la pobreza, la salud y la enfermedad.

»Vos y yo somos opuestos, pero a la vez complementarios. Así lo entendió Mañara, y de este modo quedará reflejado para siempre en estos muros.

Y mientras decía aquello, la mujer y los hijos de Valdés Leal vinieron a su encuentro para abrazarlo. Este los recibió con cariño, aunque sin dejar de mirar a Bartolomé, quien remató su discurso con las siguientes palabras:

—Para pintar a los muertos antes hay que amar a los vivos —dijo mirando de reojo a su familia—. Yo lo hice con ardor,

pero Dios quiso llevarse a mi esposa y cinco de mis hijos antes de tiempo. Creedme si os digo que sacrificaría mis manos a cambio de poder verlos una vez más. Gozad de esta vuestra fortuna, amigo Valdés, pues la gloria es efímera pero los afectos eternos.

Una vez en la calle, el maestro recibió con sorpresa los parabienes de Castroviejo, quien lo había esperado pacientemente a las puertas del hospital.

Ambos lucían de manera muy distinta a la última vez que se habían encontrado; tanto, que el aire que respiraban les parecía más puro, más reparador, más libre.

—Disculpad una vez más mi temeridad. Debí haberos consultado antes de ingresar a solas en aquella casa. No solo expuse mi vida, sino que os dejé al margen.

El riojano lo observó durante unos segundos, y esbozando una sonrisa, replicó:

—No cambiéis nunca, Valdés Leal. El mundo ya tiene suficientes grises como para permitirse otro más. Usad vuestra paleta de color para arrojar luz sobre la oscuridad, e ignorad a necios como yo, que no saben valorar vuestro arte.

Y una vez dicho esto, señaló hacia un grupo de personas que observaban al maestro desde lejos.

Allí estaban Angustias y Martín, sosteniendo a su hijo en brazos; también Jerónima, Hipólito y Simón, sonriéndole con los ojos. Y por supuesto Leandro, que, desafiando al sentido común, ansiaba despedirse de su hermano.

Al volver su rostro hacia el pesquisidor, este respondió quitándose el sombrero y haciéndole una reverencia, gesto que imitaron todos los miembros del grupo, así como Manuel y Micaela, quienes emergían dichosos en el fondo de su imaginación.

Solo entonces, frente al ocaso del sol de otoño y en la cima de su carrera, Valdés Leal fue consciente de que acababa de firmar su mejor obra.

# NOTA DEL AUTOR

Cuando decidí abordar la figura de Valdés Leal sabía que me enfrentaba a un importante reto, pues se trata de uno de los máximos exponentes de la pintura andaluza del siglo XVII junto con Bartolomé Esteban Murillo. Si bien antes de dar comienzo al proceso de documentación, solo podía citar de memoria dos obras suyas, *In Ictu Oculi* y *Finis Gloriae Mundi,* las cuales descubrí siendo apenas un niño. Y es que a nadie escapa que, dentro de los innumerables tesoros que atesora la iglesia del Hospital de la Santa Caridad, y por extensión los templos barrocos de Sevilla, los *Jeroglíficos de las Postrimerías* juegan un papel destacadísimo en lo que se refiere a nuestro patrimonio, estando considerados por la crítica como «las más sobrecogedoras imágenes que se han realizado en la historia de la pintura occidental, y la cumbre absoluta de las *vanitas».*

Como es lógico, aquella curiosidad infantil dio paso a un enorme interés por conocer las claves ocultas en el díptico, así como el proceso llevado a cabo por el artista para alumbrarlo. Esto me impulsó a devorar todo cuanto encontré sobre el maestro, desde las impresiones recogidas por Antonio Palomino en *El parnaso español pintoresco laureado* (1724) a la biografía publicada por José Gestoso en 1916, desembocando, como no podía ser de otra forma, en el monumental estudio del profesor Enrique Valdivieso, *Juan de Valdés Leal* (1988).

Merced a estas lecturas pude descubrir que, si bien el pintor sevillano había trascendido por alumbrar uno de los programas iconográficos más completos, mejor diseñados y de mayor dramatismo sobre la muerte que podemos encontrar en toda la historia del arte universal, su amplio catálogo de obras, repartidas por España y otros países, revelaba que la etiqueta «pintor de la muerte» no le hacía justicia. Esto es lo que más me sorprendió y a la vez lo que me motivó para recrear parte

de su vida en una novela, la cual necesariamente combinaría el relato de la ejecución de sus trabajos más famosos con aquellos que suelen pasar desapercibidas para el gran público y que, sin duda, son dignos de elogio.

No en vano, Juan de Valdés Leal, además de sobresalir en las composiciones tenebristas, fue un artista fecundo y de poderosa inventiva, y cultivó facetas muy diversas, llegando a trabajar como escultor, dorador, grabador y proyectista de arquitecturas. Asimismo fue un hombre inquieto, lo que le llevó a ostentar cargos en hermandades, presidir la Academia de Dibujo y colaborar con algunos de los nombres más ilustres del Barroco.

Esta personalidad excepcional, impetuosa y poliédrica no solo me permitía crear una ficción histórica sugerente, sino poner a su protagonista al frente de toda una investigación detectivesca, ficticia pero perfectamente viable, en la Sevilla de 1672 —probablemente el año más importante de su vida.

Con esta idea en la cabeza fui dándole forma a la estructura, tomando no solo elementos de su propia biografía, ya de por sí interesante, sino incorporando otros personajes coetáneos, comenzando por los miembros de su familia —desde su mujer Isabel de Morales a sus cinco hijos, suegra y criados, que en el libro conservan los nombres auténticos—, y continuando con algunas figuras ilustres de la época —el arzobispo Ambrosio Ignacio de Spínola y Guzmán, el inquisidor Juan González de Salcedo, el alguacil mayor Lope de Mendoza, el historiador Diego Ortiz de Zúñiga, el caballero Miguel Mañara, etc.—. Y por supuesto sin dejar de lado a los artistas con los que trabajó y trabó amistad en aquellos años, sobresaliendo el arquitecto-ensamblador Bernardo Simón de Pineda y el escultor Pedro Roldán.

Dichas piezas fueron dispuestas sobre un escenario al que pretendí alejar de los tópicos, ofreciendo en su lugar una Sevilla plural en la que los conventos alternaban con las tabernas, cada mercado era una fiesta, y cada fiesta un mercado, y la economía no se entendía sin los gremios. Una ciudad que trataba de recuperarse de la epidemia de peste de 1649 y que, en su ostensible dualidad, se hallaba polarizada en

dos grupos de personas: los que se aferraban a las glorias pasadas —y luchaban por recuperarlas— y quienes trataban de sobrevivir.

En ese fascinante marco no solo pude contextualizar a mis figuras históricas sino dar luz a muchas otras, en ocasiones ficticias, y otras veces basadas en personajes reales. Por citar varios ejemplos, Pietro Bertorelli bebe de Luis Bucarelli, descendiente de italianos cuyo palacio es una de las mejores obras civiles de la Sevilla del seiscientos; Jacinta está basada en una prostituta real que residió en la collación de Santa Marina y ejerció de alcahueta; el pesquisidor Ginés de Castroviejo está inspirado en Juan de Castrejana y de las Cuevas, riojano de nacimiento y contador del tribunal de la Inquisición de Toledo, etc.

Todos estos ingredientes traté de aliñarlos con una ambientación adecuada pero no excesiva, un lenguaje barroco sin llegar a ser arqueológico, y una atmósfera evocadora pero no localista. Ello fue posible merced a un ingente y a la vez gratificante trabajo de investigación, donde no faltaron referentes de la historiografía hispalense como Félix González de León, Justino Matute, Santiago Montoto, Antonio Domínguez Ortiz o Francisco Morales Padrón, a los que sumé los estudios de Rogelio Reyes Cano, Aurora Domínguez Guzmán, Pedro M. Piñero, Francisco Vázquez García, Andrés Moreno Mengíbar, Piedad Bolaños, Mercedes de los Reyes Peña o Antonio García Baeza. Finalmente, lo salpimenté todo con unas gotas de suspense, otras de misterio y varios romances entrelazados que pudieran aportar algo de color a las partes más grises, y lo rematé con algunas escenas de acción.

No obstante, más allá de la trama detectivesca, de la agilidad que he tratado de imprimir a la mayoría de los capítulos, y del correspondiente *cliffhanger*, el lector podrá juzgar si he conseguido mi principal objetivo: acercarle a la figura de Valdés Leal, un artista que no se ha valorado lo suficiente y que, cuatrocientos años después de su nacimiento, se nos revela como algo más que el pintor de calaveras que nos vendieron los románticos.

Por último, antes de acabar estas líneas, me gustaría

nombrar a una serie de personas que considero fundamentales para que la novela llegase a buen puerto.

En primer lugar, a mi familia, comenzando por mis padres, Antonio y Carmen, quienes me inculcaron el amor por la cultura, y continuando por mi hermano Iván, el mejor *webmaster* posible, y mi hija María, mi presente y mi futuro. Aunque es mi mujer, Rosa, licenciada en Bellas Artes, diseñadora gráfica y colaboradora en muchos de mis proyectos, la responsable de que este trabajo haya visto la luz. Ella fue la primera en apostar por la idea y la que me animó a llevarla a cabo, y sin sus consejos y sugerencias hubiese sido imposible escribir *El pintor de los muertos*.

Asimismo quisiera mencionar, sin nombrar a nadie en particular, a los pintores, escultores, restauradores, historiadores, guías de turismo, fotógrafos, investigadores, bibliotecarios, etc., que me impulsaron a combinar arte y literatura, ya fuese a través de conversaciones en vivo, tertulias de WhatsApp o aportaciones en las redes sociales.

A todos ellos, GRACIAS.

Primavera de 2021

Edición en formato digital: 2022

© Antonio Puente Mayor, 2022
© Algaida Editores, 2022
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
www.literaria.algaida.es

ISBN ebook: 978-84-9189-703-3

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.